

TEORIA

Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata

VIII

METODOLOGÍA
ETNOLÓGICA

POR

FRITZ GRAEBNER

PRÓLOGO DE FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA
TRADUCCIÓN DE SALVADOR CANALS FRAU

LA PLATA
REPÚBLICA ARGENTINA
1940

TEORÍA

ORDENADA POR EL PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD EL 11 DE ENERO DE 1933, E INTEGRADA POR OBRAS TRADUCIDAS, DE AUTORES NO LATINOS, SOBRE CIENCIA Y FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEAS

VOLUMENES PUBLICADOS

- I.—*Filosofía de la sociedad y de la historia*, por Alfredo Vierkandt, con prólogo de Ricardo Levene (1934).
- II. y III.—*Teoría del desarrollo biológico*, por Luis Bertalanffy, con prólogo de Max Mirabén (1934).
- IV. y V.—*La sociedad primitiva*, por Luis E. Morgan, con prólogo de Alfredo L. Palacios (1935).
- VI.—*Fundamentos pedagógicos del siglo XX. La enseñanza pública en Prusia*, por Otto Boelitz y Jorge Grunwald, con prólogo de Adolfo Korn Villafañe (1935).
- VII.—*Crisis y reconstrucción de las ciencias exactas*, por Germán Mark, Juan Thirring, Juan Hahn, Jorge Nöbeling y Carlos Menger, con prólogo de Julio R. Castiñeiras (1936).
- VIII.—*Metodología Etnológica*, por Fritz Graebner, con prólogo de Fernando Márquez Miranda (1940).

EN PRENSA:

- IX.—*Bases Científicas de la Evolución*, por Th. Morgan.

METODOLOGÍA ETNOLÓGICA

La Plata, enero 11 de 1933.

Atenta la nota del profesor de la Universidad de Berlín, doctor Max Dessoir, autorizando la traducción y publicación del trabajo de Alfredo Vierkandt "Filosofía de la Sociedad y de la Historia", y asignando el valor que le corresponde a la función de la Universidad para hacer traducir y difundir en los centros de estudios las más altas expresiones de la teoría, o ciencia pura,

El Consejo Superior,

ORDENA:

1º Iniciar con el citado trabajo del profesor Vierkandt la publicación de una *Biblioteca de obras traducidas de autores no latinos*, que versará sobre los problemas de ciencia y la filosofía contemporáneas y que se llamará TEORIA.

2º Comuníquese, tómese razón, publíquese y archívese.

RICARDO LEVENE.

S. M. AMARAL,

*Secretario General y del
Consejo Superior.*

TEORIA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

VIII

METODOLOGÍA
ETNOLÓGICA

POR

FRITZ GRAEBNER

PRÓLOGO DE

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

TRADUCCIÓN DE

SALVADOR CANALS FRAU

LA PLATA

REPÚBLICA ARGENTINA

1940

P R O L O G O

I

EL HOMBRE Y SU OBRA

Fritz Graebner, que ya no vive, nació en Berlín el 4 de marzo de 1877. Inició sus estudios asistiendo al Domgymnasium de Kolberg, al que concurrió de los 7 a los 10 años de edad. Pasó luego al Gymnasium Grau Kloster, en el que actuó ocho años, realizando sus estudios secundarios. En 1895 se inscribió en la Universidad de Berlín, frecuentando sus aulas sabientes, así como las de la Universidad de Marburgo, durante los catorce años que duró su actuación de estudiante universitario. Como era costumbre por esos días de fines del siglo pasado y comienzos del presente (1895-1909), Graebner siguió a los profesores cuyas enseñanzas le atraían, durante largo tiempo, acaso sin un plan ni una vocación muy precisos, demorando en esos años juveniles su examen final de doctor. Se sentía atraído por la historia y, dentro de ella, por los siglos plenos de vida exaltada y sombría, grandiosa y entenebrecida en el recuerdo de los hombres, que es la historia medioeval. Es así como debutó en las

letras de su patria con un estudio acerca de La política de Bohemia desde la muerte de Otto Karl II hasta la extinción de los Premysliden, obra que es de 1901-1903.

Esta curiosidad por la historia le llevó, sin duda alguna, a los museos. En Berlín pudo frecuentar varios de los más importantes y reputados de Europa. En el Egipcio debió de apreciar la extraordinaria capacidad modelística del anónimo autor de la desnuda imagen de la reina Nofretete, de rasgos tan peculiares y tan únicos dentro de esta antiquísima estatuaria; en el Kaiser Friedrich la deliciosa cabecita de estuco pintado, que Desiderio da Settignano modeló allá por el 1460, y la no menos pulcrísima, en mármol, que Francesco Laurana terminó dos lustros más tarde, obras ambas profanas que contrastan con algunas no menores muestras del arte religioso, a la manera de la tres siglos más moderna María Magdalena, de Egidius Verhelst, que allí se exhibe con el estigma de la amargura en las comisuras decaídas de la boca. El estudioso medioevalista debió de saborear más de una vez el arte ornamentado y preciso de Alberto Durero o los claroscuros de Rembrandt, en el Gabinete de Estampas, pero fueron otros tres museos berlineses los que le acercaron, más que aquéllos, a los pùeblos primitivos sumidos en el polvo del olvido. En el Altes Museum, Graebner se halló frente a las civilizaciones primitivas de la Grecia — ¡cuán lejos, todavía, de la época perfecta de Fidias y Praxíteles! — con sus ídolos de modelado incipiente, de formas abstractas y desproporcionadas, firmemente plantados en su rigidez y su angulosidad. En el Anticuarium, ratificó sus conocimientos de las viejas civilizaciones

aurorales griegas. En el Museum für Völkerkunde, con las huellas de las civilizaciones primitivas del Africa occidental, con las cabezas rotundas de Benin, advirtió la vastedad de ese campo, por entonces casi virgen, que era el estudio de aquellos pueblos sin historia, estudio en el que Frobenius y Ankermann serían sus iniciadores.

Fué inútil el prestigio medioeval de Marburgo, con su Elisabethkirche anterior al 1400. Graebner fué despegándose de aquellos estudios históricos de su anterior predilección para recaer, cada vez más intensamente, en el de los conglomerados humanos que la etnografía examina. Su estada en Colonia marca el momento de total incorporación a este nuevo género de actividades. De los dos grandes museos de aquella ciudad — el Rautenstrauch-Joest y el Wallraff-Richartz — Graebner frecuentó particularmente el primero, entrando a colaborar, en él, con el profesor Foy, prologuista precisamente de la edición alemana de la obra que ahora aparece en español.

De la primera época de su carrera de etnólogo son dos de sus trabajos fundamentales, que él mismo cita con frecuencia en el desarrollo de la obra que hoy edita la Universidad de La Plata, y en los cuales, gradualmente, se van anotando las ideas que forman la base de su método histórico-cultural. Su Teoría de los estratos y de los ciclos culturales, publicada, en 1905, en el "Zeitschrift für Ethnologie", es ampliada, en 1909, con la sistematización de aquellas ideas, en La cultura melanesia del arco, que aparece en el tomo IV de "Anthropos", revista etnológica de la que, como del "Zeitschrift" antes citado, Graebner es censor.

Ambas obras, y el carácter inflexible y enérgico con que planteó sus doctrinas, así como la causticidad con que criticó a quienes no las compartían, otorgó a nuestro autor una amplia reputación. No es el caso de enunciar aquí los fundamentos de su doctrina — que el especialista conoce sobradamente y el lector culto podrá quizás ir adivinando en sus propias páginas — (tarea que, por lo demás, insumiría un tiempo y un espacio del que no disponemos). Tampoco parece indispensable rememorar en la ocasión sus sonadas polémicas, ya con notorios oponentes a su posición (tal como M. Haberland, en los tiempos de la publicación de Metodología etnológica, hacia 1911), ya con representantes de posiciones paralelas o colaterales a la suya (véanse las observaciones, a veces algo vehementes, al padre Schmidt y a León Frobenius, en esta obra). Su talento, su tenacidad y su ortodoxia, le han llevado, pronto, a ser jefe de escuela. Hoy, una pléyade de etnólogos, etnógrafos y otros cultores de las “ciencias del hombre” siguen sus dictados y las reglas de su método.

Su capacidad de trabajo fué también notable. Desde 1921 era profesor en la Universidad de Bonn. Desde esa fecha — y aparte de la multitud de folletos o artículos que van jalonando sus años laboriosos, — ha publicado una Etnología, en 1923, y El mundo del hombre primitivo, en 1924. Cada nueva producción suya promovió discusiones apasionadas, ya que él mismo no pospuso oportunidad de criticar toda producción que no se ajuste a sus normas metodológicas.

Su influencia en el mundo de los cultores de las "ciencias del hombre" es harto considerable. Censor, no sólo de las dos revistas científicas aludidas, sino también de "Globus", "Ethnologica" y "Pettermann Mitteilungen", es además miembro muy principal de la "Sociedad de Antropología de Berlín" y de la "Sociedad del Rin para investigaciones científicas". Pero, aparte de esas posiciones oficiales, inseparables del hombre de ciencia que ha ido desenvolviendo normalmente su carrera en uno de los más altos centros cultos del mundo, es en sí una personalidad brillante y original y uno de los investigadores a quienes debe más la coordinación y el ensamblamiento de los datos, hasta ha poco dispersos y aparentemente incoherentes, de la etnología.

Veamos, ahora, la importancia y significación de El método etnológico, que es, a no dudarlo, una de sus obras capitales y, aún, una de las obras capitales de la bibliografía etnológica del presente.

II

ETNOLOGIA E HISTORIA

Desde luego este "áureo libro" — como con grande acierto lo calificara Imbelloni al recordarle en alguna oportunidad ⁽¹⁾ — vino a llenar, en su hora, un vacío casi inexplicable en la bibliografía etnológica. La

(1) DR. IMBELLONI, Epítome de culturología, *Humanior*, I, sección A, 39, Buenos Aires, s. d.

etnografía contaba con un acervo bibliográfico abundante y hasta con algunas obras escritas ya con cierto rigor metodológico, pero aun en éstas la corrección metodológica de su contenido fincaba más bien en el vigor lógico y en la finura de observación de los autores, y no en la observancia previa de normas especiales. Era el resultado de una ecuación personal, íntima, de los redactores del trabajo, antes que la determinación apriorística de reglas de conducta. Por ello — y aun en relación a esa minoría selectísima — era de absoluta necesidad y de seguro beneficio científico la aparición de un manual que esquematizara los procedimientos y mostrara los errores. De ahí el interés resonante de este libro de Graebner desde el instante de su aparición.

Él mismo ha definido esa situación previa a 1911 al expresar que “en la bibliografía etnológica aparecida hasta hoy, sólo raramente se manifiestan en forma clara principios metódicos” (1) y que no sólo “Una metodología general, recopilatoria, de la etnología”, no existía hasta la fecha (2), sino que “Si en alguna parte puede verse falta de estudios independientes de crítica de fuentes, será seguramente en nuestra disciplina” (3). Podían muy bien no advertirlo los etnógrafos puros, aquellos que jamás habían frecuentado otra disciplina científica sujeta a la

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 12.

(2) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 7.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 62

necesidad de la búsqueda, lo más estricta posible, de la relación causal de los sucesos, pero, como él agrega, “quien como yo llegare a la etnología desde la historia, más precisamente de la historia medioeval, tenía que espantarse ante todo de la falta de método — carencia de disciplina podría más bien llamarla — de la joven ciencia” (1). Por eso, como ya lo he anticipado, no es indiferente la trayectoria de sus estudios anteriores que predetermina su formación mental y las exigencias imperativas que su inteligencia reclama al enfrentarse con un nuevo campo de acción al que ha de permanecer fiel por el resto de su vida.

Su llegada desde la historia, al hacerle tener siempre presente lo que en ella ocurre para comparar la situación con lo que acontece en etnología, va a dejar en su obra una huella profunda. Porque ha sido historiador ha podido observar el hiatus metodológico en la formación de la primera; por lo mismo ha de reclamar en todo instante la captación del fenómeno a estudiarse “en su verdadera condicionalidad causal” (2) y no en forma esporádica o aislada. Todo su sistema ha de surgir de esta necesidad lógica. Por llegar de la historia toma como norte a otro “libro áureo”, el Lehrbuch de Bernheim ya que “pertenece la historia a las ciencias mejor trabajadas sistemáticamente” (3) y las alusiones a las normas his-

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 14.

(2) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10-11.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10.

tóricas (crítica externa e interna del documento, reconocimiento de las falsificaciones, etc.) y las soluciones sabiamente preconizadas por Bernheim han sido utilizadas "sistemáticamente, para hacer resaltar claramente el paralelismo" existente entre la historia y la etnología (1). Más aún, la semejanza del material humano con que se trabaja y de los problemas que se plantean, "hace que nuestra disciplina pueda y deba ser considerada, tanto objetiva como formalmente, como una rama de la ciencia histórica" (2).

De ahí que todo el capítulo II, dedicado a la crítica de fuentes, sea —en buena parte— una trasposición a la etnología de normas por cierto ya harto familiares a los historiadores. Como expresa certeramente Graebner: "La metodología científica comienza, en rigor, con la crítica; el acopio del material, la presupone" (3). Pero, ¿cómo ha de verificarse la tarea de recolección? ¿Qué condiciones de observación y de autocrítica ha menester el observador de los fenómenos etnográficos? Graebner contesta: "Nada más falso que la suposición gratuita de que un hombre dotado de sólo una gran capacidad receptora y de toda la rutina técnica que se quiera, esté capacitado para el aporte de material científicamente inobjetable. Al contrario, él ha menester de todas las artes de

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10.

(2) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 10.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 16.

la crítica, no sólo frente al material por él mismo aportado, sino que también en todo lo que se refiera a sus mismas observaciones; tarea ésta que, naturalmente, lleva aparejadas grandes exigencias no solamente a la fuerza intelectual del investigador, sino también a su fuerza moral” (1). Una investigación exhaustiva de todos los datos posibles, una combinación adecuada de los mismos, una selección certera del área geográfica a investigar — ni demasiado estrecha que impida toda asociación con otros ámbitos que muestre variaciones y contrastes, ni demasiado amplia que excluya la posibilidad de una concentración profunda sobre sus características, — una comprobación crítica de todos y cada uno de los elementos recogidos, serán recaudos indispensables a todo verdadero investigador.

Así como la historia trabaja casi exclusivamente con documentos y relega los demás restos a un segundo plano —recuérdese la frase “No hay historia sin documentos” con que se inicia el difundido manual de Langlois y Seignobos,— la etnología invierte los términos y concede a los que Graebner llama “testimonios directos”, es decir, a los vestigios de la cultura material, una importancia de primer plano. Ello no empece que también sean utilizadas, y a veces en grado eminente, las fuentes literarias, las relaciones, aunque, en general, su empleo en el conjunto de la monografía etnográfica se haga en forma subsidiaria. Su utilización será predominante en uno u

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 17.

otro campo de la vida: los “testimonios directos” acreditarán casi siempre hechos referentes a la cultura material, en tanto que las relaciones se utilizarán sobre todo para ilustrar el campo de la vida espiritual (1). Aunque, como ocurre en arqueología, en caso de conflicto, bastará el hallazgo del vestigio para invalidar a la fuente literaria. Y aunque las más importantes de estas fuentes —al menos en lo que respecta a América— comporten, también, una importante suma de datos respecto a la cultura material.

III

INSUFICIENCIA EN EL CONOCIMIENTO DE LOS
PROBLEMAS ETNOGRAFICOS AMERICANOS

Antes de pasar adelante se hace necesario puntualizar uno de los puntos débiles del magnífico esfuerzo de Graebner, especialmente para los lectores sudamericanos, punto que, sin duda, a él mismo no se le ha escapado y que, indirectamente, prueba su magnífica buena fe: me refiero a su casi total, pertinaz, olvido de todo lo que se refiere a los “pueblos naturales” de América y, particularmente, de América del Sud. Graebner ha trabajado, según propia declaración, ejemplificando con “aquella parte de material etnológico que personalmente me es más familiar, esto

(1) GRAEBNER, El método etnológico (Ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 21.

es, de la etnología de Oceanía" (1). Esto, metodológicamente es inobjetable, máxime cuanto que el autor postula un examen crítico minucioso de cada testimonio y no podría verificarlos faltándole capacidad profesional para juzgar del grado de veracidad de las interpretaciones de sus colegas acerca de los múltiples hechos etnográficos que va luego a pasar en revista o sobre los que va a asentar sus conclusiones etnológicas (2). Pero, naturalmente, esto confiere a su libro una cierta unilateralidad, que las espaciadas referencias a circunstancias de la etnografía americana, que de tanto en tanto recuerda bajo el respaldo de la autoridad de algunos colegas, no alcanza a disipar.

De América las noticias son sólo atingentes a determinadas culturas: para la América del Norte, tal cual referencia a indios del noroeste norteamericano o a las tribus de Alaska (referencia de Boas) o a las culturas aztecas o maya (a través, preferentemente, de Lehmann o de Seler) o a los modernos indígenas mejicanos (con directa intervención de Preuss) y los indios pueblos (con las reiteradas menciones, pese a la ya por entonces abrumadora bibliografía de Eickhoff y Krause, que no eran,

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 12.

(2) Él mismo lo reconoce así, al expresar, frente a los intentos de Preuss de "inferir la interpretación de las antiguas representaciones religiosas —y naturalmente también de las otras demás fuentes,— de las ideas y usos de los actuales indios del área de cultura mexicana", que "En qué medida han tenido éxito, en detalle, las interpretaciones ensayadas, me es imposible juzgarlo": GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 95 y nota 15.

por cierto, las autoridades más sobresalientes, aunque sí, posiblemente, las más gratas por razones de idioma. . .); para la América del Sud, algún dato sobre patagones o fueguinos (con intervención de Lehmann-Nitsche), o sobre indígenas del Río Negro ⁽¹⁾ (a través de Ehrenreich) o del Ucayali (gracias a Max Schmidt) o a los bororós u otros pequeños y aislados agregados amazónicos (merced a Krickeberg). Vale decir, en todos los casos, de autores de origen germánico y a través casi unánimemente de la bibliografía alemana.

Y si esto puede ser interesante, para el lector sudamericano, por acercarlo a fuentes generalmente alejadas de su conocimiento (me refiero, naturalmente, al lector medio a quien va dirigida esta nueva edición de la Universidad Nacional de La Plata y no al especialista que frecuenta a la bibliografía de ese origen como a las demás europeas), no es menos cierto que, a cada instante, se hace notoria esa unilateral (y lo que es peor, muy breve) información.

En pocos momentos esta falta de información se hace más notable que cuando — a continuación de una mención de la actitud del español Quirós incitando a las autoridades de su país a poblar las Nuevas Hébridas,—recuerda el hecho contrario (“caso éste que no es precisamente

(1) *Hasta la rectificación magistral de que la designación de “Alto Amazonas”, para cierto tipo de remo, debe ser reemplazada por la de “Río Negro”, es debida a otro autor alemán, a Koch-Grünberg: GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 47 y 48, nota 21.*

raro en la historia de la colonización”) (1) de los conquistadores de un país que pintaban a los naturales de una región bajo las peores luces posibles para justificar sus propios procedimientos. Quizás en parte alguna como en la América española estos ejemplos pululan y, sin embargo, Graebner pasa sobre ello, sin ofrecer ejemplo alguno.

En cuanto a la unilateralidad de la información, a excepción de la bibliografía inglesa, que es citada, aunque casi siempre en forma subsidiaria, el resto de los países europeos es casi como si no tuviesen cultores de los estudios etnográficos, ni fuentes históricas que al Nuevo Mundo se refirieran. Valga este silencio para España y para el Portugal modernos (aunque no debiera haberse olvidado de todas las relaciones de la conquista americana, que forman un corpus absolutamente insustituible para el conocimiento de los “pueblos naturales” de nuestro Continente). Sea admitido hasta para Italia, aun cuando cultores del conocimiento de América, en la primera hora, como Pietro Martyr de Angleria (o Anglera, o Anghera) no merezcan ser dejados para siempre en el olvido. Pero, ¿cómo sería posible aceptarlo para Francia que, desde los relatos de Jacques Cartier, Samuel de Champlain y el sacerdote Gabriel Sagard, se ha interesado por el conocimiento de la Nouvelle France y le pays des Hurons? ¿Cómo podríamos estudiar a los tupi-guaraní y a otros pueblos guaranizados, si prescindiéramos de los relatos

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 67.

de los primeros misioneros franceses? Jean de Lery, Thevet, d'Evreux, componen una trilogía (completada, como la de los mosqueteros de Dumas, por el holandés Staden), cuya compulsiva recíproca, cotejo, rectificación y valoración crítica, se impone en cada caso. Se trata de fuentes insustituibles para el conocimiento de la vida espiritual y material de los antiguos habitantes del Brasil, al mismo título que los relatos de españoles como Cieza de León, como Polo de Ondegardo, Sarmiento de Gamboa, Montesinos y tantos otros varones ilustres, lo son para las cosas del viejo Perú.

Pero este olvido, en el caso de Francia, se prolonga y se ahonda, por el desconocimiento, al parecer casi absolutamente total, de las investigaciones etnográficas francesas modernas. Esto es, al menos, lo que trasciende de los pie de página, que transcurren sin que la bibliografía francesa sea recordada casi para nada. No olvidemos que, apenas al comenzar su libro, Graebner anota, en una injusta generalización, extraña en quien postula la minuciosa verificación de todos los dichos, que la crítica de fuentes "no está muy desarrollada en Francia" (1), palabras que no correspondían, ni entonces, ni ahora, con la realidad, máxime para ser dichas por quien venía a la etnología del campo de la historia y, aún más estrictamente, de la historia medioeval. En realidad, este silencio rezuma más bien un visible desdén por lo francés, netamente germánico. ¿Cuándo se recuerdan los volúmenes

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 8, nota 3 de la anterior.

escritos en la lengua de Francia? Es sintomático que sea para señalarles como ejemplo de “novelas etnológicas o de viajes” —“cuyo principal desarrollo han encontrado, como no se ignora en tierras americanas” (1) campo propicio— y cuyos contenidos “naturalmente no constituyen un objeto de la crítica científica, ya que si bien pueden utilizar, en el mejor de los casos, material etnográfico, no pueden pretender contener datos objetivos, independientes” (2). Aparte de esa cita, casi no se hace otra en el libro (3), como no sean las del belga Van Gennep, con quien Graebner no suele estar de acuerdo.

No se trata de que reprochemos a un autor, que escribe en 1911, la ya hoy notoria antigüedad de su bibliografía. La modernización de las fuentes implicaría un esfuerzo serio y hasta exigiría alguna parcial rectificación. Pero quizás nos sentiríamos más satisfechos, los sudamericanos, si algún autor de este origen hubiese sido conocido y apreciado por nuestro, sin embargo, muy erudito autor, tal como para recordarlo en alguna de sus notas tan sabientes y críticas. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones. Recién ahora los europeos comienzan a advertir que el americanismo puede llegar a ser seriamente objeto de estudio de los americanos. El desarrollo y la moderna orientación de los propios Congresos Internacionales de Americanistas — que nacie-

(1) GRAEBNER, *El método etnológico* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 53 y nota 1.

(2) GRAEBNER, *El método etnológico* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 54.

(3) GRAEBNER, *El método etnológico* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 99, nota 20; 133, nota 22.

ron en 1875 como un torneo intelectual de eruditos europeos en tierras de Europa, que desde 1895 se desplazaron, alternando sus sedes en Europa y América, y que tienden ahora a no interrumpir sus funciones por los problemas europeos y a continuar sus sesiones en el Nuevo Mundo hasta que las circunstancias permitan al Viejo volver a ocuparse de especulaciones puramente científicas en un ambiente de concordia ⁽¹⁾, — da ya una pauta acerca de la curiosidad creciente de América por conocerse a sí misma y de la capacidad científica obtenida por sus hijos para lograrlo.

En otra obra de vasta interpretación y síntesis de los fenómenos históricos — obra que causó enorme sensación al aparecer y que confirió a su autor nombradía universal y meteórico brillo, — en *La Decadencia de Occidente*, de *Ostwald Spengler*, se advierten estos mismos puntos débiles. La alucinadora sapiencia del escritor en casi todos los campos del conocimiento histórico, finca, sobre todo, en la bibliografía alemana y falla al encarar los problemas de los pueblos primitivos americanos como lo hiciera notar, justamente, en su voluminosa crítica, *Quesada* ⁽²⁾.

(1) La subsesión limeña del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, reunida en setiembre de 1939, acaba de declarar — por expresa delegación de México, donde se verificaba el resto de la reunión — que la próxima sesión se celebrará en Santiago de Chile, en 1941, si Francia, que lo había solicitado, no está en condiciones de convocarlo a comienzos del 1940. Los infaustos sucesos que hoy se desarrollan en Europa hacen imposible ya toda opción.

(2) ERNESTO QUESADA, *La sociología relativista spengleriana*, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLVI y XLVII, 138-139, 542, 555, 706-708, Buenos Aires, 1921.

De ahí que en sus frecuentes ejemplificaciones y en sus novedosas y, a veces, sorprendentes comparaciones o enfrentamientos de culturas, el fenómeno americano resultara traído a cuento sólo por excepción. Parece, pues, una actitud propia de los pensadores europeos frente al panorama americano, actitud que, si bien debilita los fundamentos de erudición de sus libros, no hace al fondo mismo de las obras, que por ser — en uno y otro caso — de índole general, consienten, aunque no justifican, cierta debilidad en la argumentación o en la prueba parcial.

Esta situación exigiría un remozamiento de las probanzas aportadas por Graebner y, particularmente, un aumento de la ejemplificación con casos relativos a fenómenos sudamericanos, que adapte este libro germano a su nuevo público. Es lo que vamos a intentar — aunque en pequeña escala — como personal aporte a este esfuerzo editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

IV

AUTENTICIDAD, IMITACION, FALSIFICACION

Punto interesante — y en cierta manera principal — si no del método, del libro, de Graebner, es el referente a los criterios a seguir para la fijación de la autenticidad de los vestigios.

La mejor garantía de la autenticidad de éstos es haber sido recogidos por colectores hábiles, honestos y especializados. Tales condiciones constituyen el desiderátum, pues, de esta manera, cada objeto recogido llegará a las

coleccionaciones acompañado de una certificación adecuada del lugar y condiciones del hallazgo. Desgraciadamente los vestigios así recogidos, con tan plenos recaudos de autenticidad, constituyen una ínfima minoría con respecto al total de las colecciones de que suele disponer un Instituto. Aun en museos de primera orden, es difícil contar con ellos, en tanto que, a veces, los materiales con documentación deficiente, o no documentados, forman corpus imponentes por su número (Tal ocurre, por ejemplo, con la muy numerosa Colección Zabaleta, de antigüedades del noroeste argentino, que posee el Museo Argentino de Ciencias Naturales y que, pese a comprender ejemplares sumamente interesantes, ve disminuída considerablemente su importancia y el valor y posibilidades de su estudio por no contar con documentación de origen). Frente a esta situación común, constituyen excepciones brillantes la Colección Muniz Barreto, formada también en su inmensa mayoría con materiales del noroeste argentino, y de que dispone el Museo de La Plata ⁽¹⁾, así como las colecciones más modernas — tanto arqueológicas cuanto etnográficas — formadas por los jefes de los tres principales museos argentinos.

Naturalmente, no hay que confundir documentación con autenticidad. Puede haber materiales sin mayor do-

(1) Acerca de la importancia de dicha Colección, y de la documentación que la acompaña, ver LUIS MARÍA TORRES, Las colecciones arqueológicas de Benjamín Muniz Barreto depositadas en el Museo de La Plata, *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, II, 195-198, Buenos Aires, 1934.*

cumentación — como las colecciones que en el período heroico de la formación de nuestras “ciencias del hombre” agrupó en nuestro Museo de La Plata, Francisco P. Moreno — sin que ellas dejen traslucir dudas respecto de su autenticidad, para el ojo experimentado del especialista. Es allí donde el criterio del estudioso para analizar el material, la técnica, y especialmente la forma, deja notar su influjo. El conocedor advertirá la autenticidad de la pieza, casi de manera intuitiva, por un proceso rápido de discriminación y comparación mental de ella con las otras series por él conocidas. No es menos cierto que habrá falsificaciones tan bien hechas, incluso recurriendo al procedimiento del moldeaje de las piezas (como ha ocurrido con antiguas cerámicas peruanas), que el experto sólo podrá reconocer la falta de autenticidad recurriendo al peso específico de la pieza. Inversamente, podrán existir materiales remitidos con una documentación auténtica, pero que no sea la que auténticamente les corresponda. Es el caso, asaz frecuente, de los trastrocamientos de piezas dentro de las grandes colecciones, de los que ningún museo está totalmente libre pues a menudo se deben a manipulaciones del material hechas por personal secundario. Podrán, asimismo, existir materiales que posean documentación auténtica, pero que no sean auténticos, es decir, que un colector o poseedor inescrupuloso haya reemplazado por imitaciones o falsificaciones: esto suele ocurrir en los casos en que la recolección ha sido hecha por “guaqueros” inescrupulosos que se benefician de la ignorancia arqueológica o etnográfica del cliente para hacerle aceptar, como material legítimo, piezas innobles. Por

último, existirán materiales falsificados, con una documentación no auténtica. En estos últimos casos, el mismo carácter burdo de la maniobra excluye, por lo común, que ésta pueda afectar a los centros de estudio: su ámbito suele ser el de las pequeñas colecciones particulares y sus víctimas quienes padecen del hobby coleccionador.

Como Graebner lo establece, hay que distinguir las falsificaciones de las imitaciones, aunque metodológicamente haya que tratarlas igual, ya que no podrían ser consideradas como verdaderos testimonios etnológicos (1). Las imitaciones de telas araucanas, o de fajas peruanas y bolivianas, que — teñidas con anilinas alemanas — se fabrican a máquina, por millares de metros en aquel país, se traen a América del Sud para ser vendidas en los lugares presuntamente de origen (Temuco en Chile, Cuzco en el Perú, La Paz en Bolivia), para regocijo de inocentes turistas patrocinados por Wagons-Lits-Cook, son un bello ejemplo contemporáneo de imitación industrial que cuenta, de antemano, con la tontería, la ingenuidad, la ignorancia y la buena fe del comprador.

Graebner distingue, con razón, de estas imitaciones extranjeras, “aquellas modernas imitaciones de productos auténticos y originales que, a pesar de que en rigor sean indígenas, son frecuentemente elaborados industrialmente bajo el influjo de la demanda europea” (2). Es el caso, que he presenciado personalmente, de la fabricación de ob-

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Universidad Nac. de La Plata), 24.

(2) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Universidad Nac. de La Plata), 25.

jetos de plata (trapelacuches o prendedores pectorales y trailoncos o adornos del cabello) que fabrican los araucanos modernos en sus rucas vecinas a Temuco. Otro caso de comprobación personal es la fabricación de pequeñas estatuillas hechas a cortapluma en piedras blandas, a imitación de los monolitos más conocidos (especialmente de "El Fraile"), que los indiecitos de Tiahuanaco realizan con gran habilidad y excepcional premura. Ambas categorías de objetos son motivo de un activo comercio que se realiza, en el primer caso, merced a los "bolicheros" turcos de la ciudad chilena y, en el segundo, por tráfico directo con los turistas, sin intermediarios.

El criterio de las diferencias de aleación, que Graebner menciona como indicio cierto para el reconocimiento de falsificaciones o imitaciones de piezas de metal (1), no rige, para muchos casos, en la América del Sud. Basta recordar las oscilaciones del porcentaje de aleación registradas en series de instrumentos iguales, de origen diaguita (2). Otro tanto ocurría con sus vecinos septentrionales, los omaguacas. Tal diversidad de aleación, resultante de los procedimientos empíricos en boga, caracterizó al llamado "bronce calchaquí" (3).

En las alfarerías, a la observación de "la manera y grado

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Universidad Nac. de La Plata), 29.

(2) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, La antigua provincia de los diaguitas, *Historia de la Nación Argentina*, I, 333-335, Buenos Aires, 1936.

(3) JUAN B. AMBROSETTI, El bronce en la región calchaquí, Buenos Aires, 1904.

de cocción, la presencia y particularidades del barniz" (1), que Graebner preconiza, corresponderá agregar, en ciertos casos, el examen de la composición misma de la arcilla, por medio del microscopio, en la forma realizada por Linné y Serrano para alfarerías especialmente amazónicas y del litoral argentino respectivamente (2). Las fallas de estilo, en la copia de los temas ornamentales y la "proliferación ornamental con pretensiones de autenticidad de estilo" (3), que nuestro autor advierte como esencial en las falsificaciones, encuentra su ejemplificación en ciertas cerámicas de Arroyo Leyes (4), de algunas de las cuales Frenguelli ha demostrado la confección fraudulenta, evidente y no contradecible (5). A algunas de esas piezas, que he tenido oportunidad de tener entre las manos cuando aun no habían llegado a examen (y aprobación) de peritos bonaerenses, podrían aplicárseles las siguientes pa-

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 28-29.

(2) S. LINNÉ, The technique of South American Ceramics, Göteborgs Kungl. Vetenskaps-och Vitterhets-Samhälles handlingar, Fjärde föliden, XXIX, 5, Göteborg, 1925; S. LINNÉ, Contribution à l'étude de la céramique sudaméricaine, Revista del Instituto de Etnología, II, 199-232, Tucumán, 1932; ANTONIO SERRANO, Observaciones sobre la alfarería de los médanos de Colón, Memorias del Museo de Paraná, Arqueología, 6, Paraná, 1933.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 31.

(4) FÉLIX F. OUTES, El arte de los aborígenes de Santa Fe, 7-12, Buenos Aires, 1935.

(5) JOAQUÍN FRENGUELLI, Falsificaciones de alfarerías indígenas en Arroyo de Leyes (Santa Fe), Notas del Museo de La Plata, Antropología Nº 5, II, 53-80, Buenos Aires, 1937.

labras: "Esta fantasía creadora opera lo más desenfrenadamente, como es natural, allí donde se trata de echar al mercado tipos completamente nuevos de regiones poco conocidas" (1). Una flor con su tallo y ciertas figuras hechas para insertar las unas en otras, que recuerdo, me-
recerían, entre otras, especialmente esa mención.

A los datos que Graebner nos da (2), respecto de la influencia europea en los "pueblos naturales", cabe agregar, en primer término, la influencia misionera que, luego de la Conquista, produjo una intensa "quichuización" y otra no menos fuerte "guaranización" idiomáticas, como consecuencia de la utilización de ambos idiomas, como lingua general, a los efectos proselitistas (3). Un caso de grosera conjunción de cultos — católico y gentil — puede observarse, todavía, entre los chipayas de Carangas, estudiados por Métraux (4) y por Posnansky (5). Y entre los

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 31.

(2) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 38-39.

(3) MÁRQUEZ MIRANDA, Aborígenes de América del Sur, Historia de América, II, 192-193 y 270-271, Buenos Aires, s. d. (1940).

(4) ALFRED MÉTRAUX, Chipayaindianerna, Göteborg, 1932; ALFRED MÉTRAUX, L'organisation sociale et les survivances des indiens Urocipaya de Carangas (Bolivie), Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, I, 198-199, Buenos Aires, 1934; ALFRED MÉTRAUX, Les indiens Urocipaya de Carangas, Journal de la Société des Américanistes (nouvelle série), XXVII, 325-385, Paris, 1935.

(5) ARTHUR POSNANSKY, Antropología y sociología de las razas interandinas y las regiones adyacentes, 39-56, La Paz, 1937.

urus, de la desembocadura del Desaguadero, en la pared misma de su iglesia católica, habitualmente cerrada, se ha grabado el — para ese autor — ancestral “signo escalonado” (1). Cuando los sacerdotes de Cuzco, según yo lo he visto, proceden a decir sus misas ante un auditorio indígena que ha conducido a la iglesia sus carneros y ovejas adornados de cintas rojas, en una fecha dada, admiten una simbiosis curiosa entre el culto católico y los ritos paganos de reproducción.

V

DETERMINACION DE LUGAR

El criterio de autenticidad no es suficiente. A él debe agregarse el de las determinaciones de lugar y de tiempo, aunque este último — como hace notar adecuadamente Graebner — sea menos importante dado que es, en su mayoría, superficial, vale decir moderno (2). Un buen ejemplo de estudio cronológico de determinación de antigüedad, es el practicado por Max Uhle en Pachacamac, donde puede señalarse la existencia de varios estadios culturales superpuestos (3).

(1) ARTHUR POSNANSKY, *Los Urus o Uchumi*, *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, I, 246, Buenos Aires, 1934; reproducido en POSNANSKY, *Antropología y sociología*, cit., 68.

(2) GRAEBNER, *El método etnológico* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 35.

(3) MAX UHLE, *Pachacamac*, Philadelphia, 1903.

La determinación de lugar deberá verificarse contemplando los mismos recaudos que para el descubrimiento de la autenticidad: materia, técnica y, principalmente, forma, otorgarán la pauta. La materia — por su amplitud habitual de distribución — no suele procurar, por sí sola, la indicación suficiente. Si el dicho de Boman, de que todas las hachas planas del noroeste argentino provenían del material obtenido en un solo yacimiento (1), fuera cierto, podría haber procurado un bello ejemplo. Desgraciadamente, para el caso, Casanova (2) y yo (3) hemos demostrado que aquella afirmación es absolutamente infundada. Las determinaciones por la sola materia suelen ser muy difíciles, no sólo por la gran área de difusión natural de los productos, cuanto, también, por su posible trueque. Si se recuerdan los hallazgos de valvas de moluscos del Pacífico, en adornos de pueblos situados al este de la Cordillera (diaguitas, araucanos), se advierte la imposibilidad de una determinación adecuada por la sola materia, en la mayoría de los casos. La técnica, en cambio, puede suministrar datos claros. Tal ocurre, de manera particularmente segura, con la cestería, progresivamente complicada de los yámana. Quien vea alguno de sus tres tipos de traba-

(1) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama, II*, 646, París, 1908.

(2) EDUARDO CASANOVA, Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva, *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, XXXVII, 272-276, Buenos Aires, 1933.

(3) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, El "pucará" del pie de la cuesta de Colanzulí, *Notas preliminares del Museo de La Plata, II*, 267, Buenos Aires, 1934.

jos (tawe'la, uloánastába, gaiíchim) podrá reconocerlos de inmediato y determinar su lugar de origen ⁽¹⁾. Por el contrario, es en el criterio de forma (y, dentro de éste, en la ornamentación y en el estilo) donde se señalarán las normas, no sólo para la determinación de lugar, sino de pureza de cultura. Tanto en el mundo primitivo de las cosas manufacturadas por el hombre (vida material), como en el a veces muy complejo de su vida espiritual, será posible, en muchos casos, "el descubrimiento de partículas extrañas", que a veces disonarán "de manera inorgánica o inarmónica, dentro de un todo estilísticamente armonioso" ⁽²⁾. Así ocurrirá, por ejemplo, cuando en un pueblo de habitat andino, en el cual se encuentran innumerables elementos culturales de la zona andina, se advierte — como lo he encontrado entre los primitivos pobladores de Iruya y Santa Victoria, en la provincia argentina de Salta, — el predominio, absolutamente excluyente en muchos casos, de la habitación de piedra de forma elíptica ⁽³⁾. En caso de que la decoración se presente como "fuera de serie", en un objeto, el criterio de forma y las normas generales del estilo, servirán para una inequívoca determina-

(1) SAMUEL KIRKLAND LOTHROP, *The Indians of Tierra del Fuego, Contributions from the Museum of the American Indian, Heye Foundation, X, 133-139, New York, 1928.*

(2) GRAEBNER, *El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 51.*

(3) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La vivienda aborigen en la Provincia de Salta, Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, I, 146, 149-150, Buenos Aires, 1937; MÁRQUEZ MIRANDA, Cuatro viajes de estudio, etc., cit., 110, 132, 133, 141, 151, 152, 171, 176, 177, etc., etc.*

ción. Es lo que ha ocurrido con un nuevo toki hallado en Pucón, en las vecindades del lago Villarrica, y recientemente descrito por mí (1). Claro está que, para lo relativo a la vida espiritual, "será necesaria una medida de conocimiento de forma y de sentimiento de estilo mucho mayor que la necesaria en la determinación de objetos" (2).

VI

CRITICA EXTERNA E INTERNA DE LAS RELACIONES

El concepto de "relaciones", en Graebner, no es meramente sinónimo de fuentes literarias. Por el contrario adquiere una vastedad mucho mayor, puesto que comprende "todos los datos escritos o verbales sobre el hecho etnológico", es decir "no sólo el grupo principal de las que tratan de viajes y exploraciones, sino que también los datos aislados que vienen agregados a las colecciones o a los objetos, sin olvidar las tradiciones escritas o verbales de los mismos aborígenes" (3). De esta manera, desde una fuente literaria de la importancia de Piedrahita, para la civilización chibcha, hasta una simple etiqueta que se pega

(1) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, Los Tokis. A propósito de un nuevo toki de la Araucania, *Notas del Museo de La Plata*, IV (*Antropología*, nº 11), 17-45, Buenos Aires, 1939.

(2) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de la Plata), 51.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 53.

a una pieza, todo entrará dentro de la categoría de "relaciones".

Aplicando los principios preconizados por Bernheim para la historia, Graebner establece que "una fuente literaria será tanto más verdadera cuanto más derive de la observación directa" (1). De ahí la importancia que asumen, por ejemplo, las afirmaciones del padre Cobo respecto al empleo del instrumental agrícola — y especialmente de la chakitakhlya — en el antiguo Perú (2), o las de Garcilaso al explicar el orden en que se verificaban los cultivos en las diversas partes en que estaba dividida la tierra en el Imperio Incásico (3). Lo mismo ocurrirá, desde luego, para nuestro país, con la relación de Ramírez para el litoral argentino (4), o la de Narváez para los habitantes protohistóricos del Chaco santiagueño (5). En ambos casos, la falta de cultura del observador estará suplida por su curiosidad natural y por la

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 55.

(2) BERNABÉ COBO, Historia del Nuevo Mundo, libro XIV, cap. 8, Sevilla, 1890-95.

(3) GARCILASO DE LA VEGA, Historia general del Perú o Comentarios reales de los Incas, nueva edición, III, cap. II, 8-12, Madrid, 1800. Garcilaso ratifica, igualmente, lo dicho por el padre Cobo en cuanto al instrumental agrícola y forma de la labranza (Ibid, III, cap. II, 14-15).

(4) LUIS RAMÍREZ, Carta fechada en San Salvador a 10 de julio de 1526, en EDUARDO MADERO, Historia del puerto de Buenos Aires, apéndice nº 8, Buenos Aires, 1892.

(5) PEDRO SOTELO NARVÁEZ, Relación de las provincias del Tucumán que dió Pedro Sotelo Narváez, vecino de aquellas provin-

fuerza de verdad que fluye de la reproducción exacta y escrupulosa de lo que ha visto.

Si un dato es mencionado sólo por una fuente requerirá otros recaudos para ser admitido como verdad. Fernando Montesino nos hace dos aseveraciones singulares: a) que antes del imperio de los Incas florecieron otros grandes reinos; b) que los antiguos peruanos poseían la escritura. Estas afirmaciones granjearon al jesuíta una vasta reputación de mentiroso. Los estudios arqueológicos modernos han demostrado la verdad de la primera: todos los reinos preincaicos, entre los cuales se destaca el del Gran Chimú. El recuerdo de ellos había sido tan oscurecido ya, a la época de la llegada de los primeros españoles, por el prestigio y magnificencia de los Incas, que Pedro Pizarro suponía que el Gran Chimú era un ídolo (1). En cambio, se mantiene generalmente la creencia de un error de Montesinos sobre el punto b), a pesar de las modernas interpretaciones (aun generalmente no admitidas por los arqueólogos peruanos) de Larco Hoyle acerca de la escritura con pallares (2) y de Escomel respecto a ideogramas funerarios de valor aritmético (3). Como ejem-

cias al muy ilustre Señor Licenciado Cepeda, presidente desta Real Audiencia de La Plata, Relaciones geográficas de Indias, Perú, II, Madrid, 1885.

(1) PEDRO PIZARRO, Relación del descubrimiento de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenían, etc. Colección de documentos inéditos para la historia de España, V, Madrid, 1844.

(2) RAFAEL LARCO HOYLE, Los Mochicas, II, 85-124, Lima, 1939.

(3) EDMUNDO ESCOMEL, Tejas peruanas precolombinas desti-

plo de aserción única — y falsa — de otro cronista peruano, citemos a Morua que proclama que los palacios incásicos tenían más de veinte puertas (1). La inexactitud del dicho es notoria — y los restos de aquéllos aun existentes y firmes en el Cuzco lo demuestran acabadamente. Pero no es el caso de formalizarse demasiado contra el buen mercedario que padecía de una singular predilección por el error

También en las relaciones americanas nos encontramos con el problema de las fuentes literarias derivadas (2). El concepto moderno del plagio no existía y los autores antiguos eran saqueados por otros más modernos, sin el menor embozo. Por un Garcilaso (que generalmente anuncia lo que ha tomado “a la letra” de los “papeles” de Blas Valera o de otros), cuántos autores nos sumen, al finalizar su crítica, en ese desilusionado estado de ánimo de que nos habla Baudin en su excelente capítulo sobre las fuentes del antiguo Perú (3).

Que el autor que tenga una tendencia a lo maravilloso nos dará una concepción fantástica de lo que él ha visto

nadas a fines aritméticos, *Actas y Trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, II, 45-50, Buenos Aires, 1934.*

(1) MARTÍN DE MORUA, *Historia del origen y genealogía real de los Reyes Incas del Perú, de sus hechos, costumbres, trajes y maneras de gobierno. Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, 2ª serie, IV, 47, Lima, 1922.*

(2) GRAEBNER, *El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 55.*

(3) BAUDIN, *L'Empire Socialiste des Inka, cit., 4-5.*

y que sus dichos deben ser pasados por el tamiz crítico (1), es cosa por demás verdadera. Baste comparar el relato de cómo se fabrica una canoa monoxila entre las poblaciones costeras del Brasil (2), para observar de qué manera el fantasioso Thevet decora su narración con ceremonias complicadas que ningún otro de los observadores contemporáneos narra (3).

Las preocupaciones de orden confesional han producido, en esta parte de América, los mismos errores de enfoque que en el resto del mundo. Al "apóstol del Camerón, que hiciera una hoguera con todo un montón de ídolos", recordado por Graebner (4), podemos oponerle, con ventaja, la resolución del Concilio de Lima, que resolvió lo propio con cuanta antigüedad peruana cayó en sus manos. Y en cuanto a los errores derivados de un parti pris científico — "cuando un investigador tiene la convicción de que todos los ornamentos están basados sobre una significación figural" (5) — ¿cómo no recordar el empecinamiento de Dieseldorf pretendiendo encon-

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 27.

(2) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, La navegación primitiva y las canoas monoxilas (contribución a su estudio). *Revista del Museo de La Plata*, XXX, 60-66, Buenos Aires, 1931.

(3) ANDRÉ THEVET, Les singularites de la France Antarctique, 194, París, 1878.

(4) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 70.

(5) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 70.

trar en la decoración incisa de la parva cerámica de los primitivos habitantes nómades de las pampas bonaerenses estudiada por mí (1), o de otros agregados humanos de igual nivel cultural, signos numerales que denotarían nociones aritméticas sumamente desarrolladas? (2).

Respecto a las precauciones a tomarse, con las fuentes literarias, según "la situación espacial y temporal del autor para con los fenómenos por él relatados" (3), no hay ejemplo sudamericano más numeroso ni más patente que lo que ocurre con respecto a las fuentes para la historia del Perú. Como lo ha hecho notar acertadamente Baudin (4), se debe tener en cuenta no sólo la actitud con respecto al español o al indio — Fernando de Santillán o Juan Polo de Ondegardo son indigenistas en tanto que Sarmiento de Gamboa o Juan de Matienzo son hispanófilos — sino las simpatías o parcerías con respecto a Pizarros (Gutiérrez de Santa Clara) o Almagros (Fernández de Palencia), en el frente español, o el partidismo a favor de Huascar (Garcilaso) o Atahualpa (Santa Cruz Pachacutic, Cavello Balboa), en el campo nativo. De nada nos valdrá la lectura minuciosa de la crónica, si

(1) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Arqueología de la laguna de Lobos* (prov. de Buenos Aires), *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, 75-100, Buenos Aires, 1934.

(2) *Carta personal al autor, año 1935; gestión ante el Museo de La Plata, año 1939.*

(3) GRAEBNER, *El método etnológico* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 71.

(4) BAUDIN, *L'Empire Socialiste des Inka*, cit., 4-18.

no nos percatamos de la encubierta posición política que la preside y que, a menudo, falsea el juicio y nubla el entendimiento para descaecimiento de la verdad y de la justicia. Esta parcialidad ha sido, a veces, muy notoria: la obra de Diego Fernández de Palencia tuvo que ser prohibida por el Consejo de las Indias, como fué condenada — respecto de Méjico — la de Francisco López de Gómara.

*Una de las pocas menciones que Graebner formula respecto de cosas americanas — aunque adolece de una generalización excesiva — es perfectamente exacta. Se refiere a la manera de documentar los dichos de las crónicas mediante los hallazgos arqueológicos o etnográficos que, de esta suerte, “determinan esencialmente la medida del crédito que éstas merecen” (1). Aunque Graebner diga, en general, que “el ejemplo clásico de ello lo constituyen las antigüedades americanas”, vamos a colmar este hiatus, ejemplificando con dos casos argentinos (que, por cierto, podrían multiplicarse sin dificultad): a) Los dichos de del Techo y de Lozano, respecto de la existencia de danzas entre los antiguos diaguitas (prescindiendo del aspecto de embriaguez y de sacrilegio que el doctoral profesor de teología de Córdoba les imputa), encuentran su ratificación arqueológica en el hallazgo de dos máscaras — la una de piedra, de Fuerte Quemado, y la otra de madera de algarrobo negro (*Prosopis nigra*, Hieron), de Atajo, — ambas pertenecientes a las colec-*

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 75.

ciones del Museo de La Plata (1). b) Las narraciones de Rosales respecto a las formas de inhumación de los cadáveres de indígenas australes y, especialmente, de la pintura de los cráneos, ha sido confirmada por los hallazgos de tales piezas óseas en la península de San Blas (2). Este último ejemplo es valedero, también, como ejemplificación de las relaciones que se complementan, de que Graebner (3) nos habla en otra parte de su trabajo.

El aumento de la utilización en gran escala de los medios mecánicos de reproducción óptica o acústica no impide, de manera absoluta, el error. Vignati, cuyas son algunas de las observaciones anteriores, acaba de anotar las dificultades de reproducción absolutamente fidedigna de grabados rupestres en el área comechingona, debido a errores de paralaje de los lentes de su máquina fotográfica (4). Y técnicos me informan de la distorsión de

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, La antigua provincia de los diaguitas, cit., 329, 342, 348; MÁRQUEZ MIRANDA, Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico (en prensa).

(2) R. LEHMANN-NITSCHKE, Un cráneo indígena con pinturas geométricas en rojo y negro, procedente de San Blas (costa atlántica), *Physis*, IX, 122, Buenos Aires, 1928; R. LEHMANN-NITSCHKE, Un cráneo patagón con pinturas geométricas en rojo y negro procedente de San Blas, *Revista del Museo de La Plata*, XXXII, 293-297, Buenos Aires, 1930; MILCÍADES ALEJO VIGNATI, Cráneos pintados del cementerio indígena de San Blas, *Revista del Museo de La Plata*, (nueva serie), I, 35-52, Buenos Aires, 1938.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 80.

(4) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, El arte parietal indígena en Máscaras al norte de la provincia de Córdoba, *Notas del Museo de La Plata*, IV, 270, Buenos Aires, 1939.

los sonidos y de las variaciones de ritmo debidas a una mala impresión fonográfica. Si esto es así, cómo no advertir toda la sagacidad que es necesaria para la interpretación, para la "dulce sollicitación a los textos" de que hablaba Renán.

VII

INTERPRETACION

Aun cuando, como Graebner señala (1), para lo que se refiere a la cultura material la interpretación del significado y del uso del instrumental o del vestigio es, por lo general, fácilmente percible, hay algunos casos en que el error aparece, aún en autores consagrados. Baste recordar a Ambrosetti confundiendo a los cuchillones de madera con boomerangs (2), o a las discusiones y varia-

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 88.

(2) JUAN B. AMBROSETTI, Antigüedades calchaquíes. Datos arqueológico sobre la provincia de Jujuy, *Anales de la Sociedad científica argentina*, LIII, 91-94, Buenos Aires, 1902. Posteriormente Ambrosetti cambió su criterio acerca del empleo de tal instrumento: JUAN B. AMBROSETTI, Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de "La Paya" (Valle Calchaquí, Provincia de Salta), Campañas de 1906 y 1907, *Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la sección antropológica*, nº 3, 452-455, Buenos Aires, 1907. Sobre la historia de tal cuestión: MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, "Novissima veterum", Hallazgos en la puna jujeña, *Revista del Museo de La Plata (nueva serie)*, sección Antropología, I, 68-71, Buenos Aires, 1938.

ciones de criterio habidas respecto de los cerrojos para llamas, que Vignati acaba de historiar (1).

Buena ayuda han de prestar, también, en lo que se refiere al pasado americano, las "representaciones figuradas indígenas", de que Graebner nos habla (2). Las ingenuas ilustraciones que acompañan a la crónica de Poma de Ayala — que el Instituto de Etnología de París ha puesto en manos de los estudiosos, recientemente (3) —, son un venero de elementos de información acerca de vida y costumbres. Otro tanto ocurrirá con los dibujos del obispo de Trujillo, Domingo Martínez Compañón, que tuve oportunidad de estudiar en la Biblioteca de Palacio, de Madrid, el día que encuentren quien les edite. Quizás tanta importancia como estos dos grandes corpus gráficos, tienen los grabados de la primera edición de la crónica de Staden, puestos al alcance de los estudiosos en edición moderna (4), que — junto con los de Poma — he utilizado para ilustrar los capítulos pertinentes de un libro de síntesis arqueoetnográfica que aparecerá casi al mismo tiempo que estas páginas (5). Buen aporte ha de

(1) VIGNATI, "Novissima veterum", *cit.*, 73-76.

(2) GRAEBNER, *El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata)*, 94.

(3) FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA, *Nueva Corónica y Buen Gobierno, (Codex péruvien illustré), Reproduction facsimile, Travaux et mémoires de l'Institut d'Ethnologie, XXIII, París, 1936.*

(4) HANS STADEN DE HOLBERG, *Ein deutscher Landsknecht in der Neuen Welt, Leipzig, 1929: La primera edición fué impresa en Marburgo en 1557.*

(5) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los aborígenes de América del Sur, 115-200 y 265-332.*

dar, también, el relevamiento minucioso de las huellas del arte parietal indígena. Petroglifos y pictografías, algunas con caracteres de verdadera composición, como las del célebre abrigo del Pucará de la Rinconada descritas por Boman (1), son documentos preciosos para el conocimiento del peinado, del vestido, del armamento, de los animales domésticos, etc., de aquellos pueblos desaparecidos. En este sentido es loable la tendencia de los arqueólogos actuales a recoger minuciosamente tales elementos, aun cuando el carácter borroso (por oxidación o descascamiento de muchas superficies rocosas) y el entrecruzamiento y superposición habitual de los dibujos realizados en superficies reducidas, haga, a veces, muy difícil, si no imposible, su interpretación.

Como expresa Graebner: "El grado sumo de mutua facultad interpretativa de varios datos, es solamente alcanzado cuando pertenecen espacial y temporalmente a la misma unidad de cultura" (2). De ahí que, inversamente: "Cuando los datos puestos en paralelo se hallan separados espacial y temporalmente, la medida de la comparabilidad estriba en la posibilidad de poder demostrar la conexión cultural, al menos en lo que respecta a la categoría de fenómenos culturales a los que pertenecen los datos respectivos" (3). Por eso, todo el sistema inter-

(1) BOMAN, *Antiquités de la région andine, cit., II, 665-674, Buenos Aires, 1908.*

(2) GRAEBNER, *El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 97.*

(3) GRAEBNER, *El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 98.*

pretativo de los hermanos Wagner, que postulan antiquísimas e improbadas relaciones entre su supuesta "civilización" chaco-santiagueña y su no menos hipotético "Imperio de las llanuras", con las civilizaciones prehelénicas o con el primitivo Egipto (1), fallan por su base ante la imposibilidad de demostrar su conexión cultural.

La circunstancia de la rareza de que "bienes culturales desaparecidos supervivan en las artes plásticas en forma de temas estilizados u ornamentales" (2), hace que tengamos que mantener una actitud totalmente prudente frente al posible hallazgo del conocimiento del boomerang, entre los diaguitas, posibilidad sólo basada en un documento único (circunstancia que ya, de suyo, aconseja prudencia) y harto dubitativo en sí mismo: el famoso vaso de los Barreales, de la Colección Muniz Barreto, en el cual aparece un personaje antropomorfo ostentando dicha arma (que, según otras opiniones, serían un cetro o insignia de mando). Una circunstancia adicional, en contra de aquella interpretación, sería el silencio reiterado y unánime de la crónica en cuanto al empleo del boomerang, frente a las alusiones constantes al em-

(1) EMILIO R. WAGNER Y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización chaco-santiagueña*, Buenos Aires, 1932; EMILIO R. WAGNER Y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo Mundo*, Buenos Aires, 1935. En respuesta, véase la opinión unánime de los especialistas argentinos, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, (II en prensa), Buenos Aires, 1940.

(2) GRAEBNER, *El método etnológico* (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 115.

pleo del arco y de la flecha y a la capacidad bélica de aquellos combativos flecheros. Tratándose de un arma y poseyendo, como poseemos, tantas constancias documentadas referentes a la guerra (1), el silencio resultaría casi incomprensible. Claro está que bastaría el hallazgo de un solo boomerang en el área diaguita, para que este silencio perdiera su importancia. Pero este hallazgo está por hacerse, todavía

VIII

LAS AREAS DE CULTURA Y LAS ACULTURACIONES

El problema etnográfico de las relaciones interculturales de los pueblos primitivos ofrece ejemplificaciones numerosas en América del Sud. Estas pueden ser de diferentes caracteres. Por ejemplo, aculturaciones como las que típicamente producen los pueblos de cultura superior cuando toman contacto con sus vecinos menos cultos. Todos los grupos etnográficos diferentes que componen el noroeste argentino, por ejemplo — omaguacas, diaguitas, chaco-santiagueños, — ofrecen el claro espectáculo de diversos préstamos culturales, tomados de la cultura incásica y que inciden sobre aspectos sumamente importantes de su vida, ya espiritual ya material. Desde la religión solar hasta el empleo de los metales,

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, Los diaguitas. Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico, (en prensa).

pasando, para los diaguitas, por la imitación perfecta del tipo aríbalo en la cerámica, esas aculturaciones han sido tan numerosas y compactas que han llevado a algunos autores a postular la existencia de un vasallaje o sometimiento en lo político que ninguna otra prueba corrobora. De ahí, pues, las vacilaciones de los arqueólogos frente al problema: para Serrano, por ejemplo, no habría duda de que los incas habían incorporado estos territorios a su Imperio, en tanto que Vignati lo rechaza, entre burlón e indignado.

Este problema de las aculturaciones se acentúa entre los pueblos migradores. Los tupí-guaraní, que lo eran por razones sobre todo religiosas ⁽¹⁾, guaranizaron a considerable número de pueblos vecinos, tal como lo prueban las confrontaciones de elementos culturales propuestas por Métraux ⁽²⁾. Otro tanto ocurrió con otros migradores, esta vez por motivos económicos, los araucanos: la adquisición del caballo, que modificó profundamente todo el conjunto de sus usos y costumbres (hasta llevarles a abandonar sus armas tradicionales, el arco y la flecha, para reemplazarlas por la bola arrojadiza y las boleadoras), les ayudó a intensificar sus migraciones sobre las planicies occidentales de la Pampa y de la provincia de Buenos Aires, araucanizando a pampas y patagones, hasta alcanzar a formar aculturaciones tan firmes y tan

(1) ALFRED MÉTRAUX, *Les migrations historiques des Tupi-guaraní, Journal de la Société des Américanistes (nouvelle serie), XIX, 1-45, París, 1927.*

(2) ALFRED MÉTRAUX, *La civilisation materielle des tribus tupi-guarani, Paris, 1928.*

intrincadas que el etnógrafo no consigue llegar a desatar (1). Para colmo de males, la predicación evangelizadora, en épocas relativamente modernas, al emplear, por boca de los misioneros — particularmente jesuítas — la lengua quichua o el guaraní o aún el propio araucano, para el logro de esta penetración pacífica, reafirmaron y robustecieron las primitivas aculturaciones con una ratificación lingüística, toponímica y, por vía del lenguaje, etnográfica, cuyo verdadero y legítimo alcance no podemos, en todos los casos, hoy discriminar (2).

La tendencia a tomar en cuenta estos complejos etnográficos para tratar de separar netamente sus elementos componentes, se nota en la actualidad entre los estudiosos argentinos, algunos de los cuales se basan, precisamente, en el método histórico-cultural. A veces este proceso de diferenciación se lleva hasta extremos realmente un poco excesivos. Así se busca hoy — tentativa en la que no estoy de acuerdo — de tratar de considerar a los diaguitas no como una “nación” homogénea sino, por el contrario, como un conjunto mal definido de, al menos, tres grupos culturales diferentes, que han tenido entre sí aculturaciones frecuentes. Esta tesis, enunciada ya esquemáticamente por Palavecino en 1932 (3), ha ido ganan-

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, Los aborígenes de América del Sur, 350, 362-363.

(2) MÁRQUEZ MIRANDA, Los aborígenes de América del Sur, 192-194 y 270-271.

(3) ENRIQUE PALAVECINO, Areas culturales del territorio argentino. *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, I*, 223-234, Buenos Aires, 1934.

do terreno últimamente. Sin embargo, y dentro de lo que hoy sabemos de los diaguitas ⁽¹⁾, me parece prematura tan extrema diferenciación y, aunque reconociendo naturalmente la presencia de diferencias culturales, a veces muy marcadas, entre las tres subzonas culturales, considero que constituyen, sin embargo, un todo etnográfico indisoluble, una "nación", tal como lo entendieron los que — como el jesuíta del Techo ⁽²⁾ o el grupo de los primeros que entraron en esa antigua Provincia con Rojas o Pérez de Xurita ⁽³⁾ — les vieron en el apogeo de su indómita fiereza.

Sea como sea, cuando leemos en Graebner que "Por los procesos de las comunicaciones y, en un amplio sentido, de la aculturación, son constantemente niveladas y borradas las antiguas situaciones, delimitaciones y contrastes cuya demostración es una de las faenas primeras de toda investigación etnológica" ⁽⁴⁾, se presenta espontáneamente a nuestro recuerdo el cuadro de la etnografía del Brasil, con la marcha cambiante y continua de sus conglomerados nómades: tupí-guaraníes, ges, arawaks,

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, La antigua provincia de los diaguitas; MÁRQUEZ MIRANDA, Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico (en prensa).

(2) NICOLAO DEL TECHO, Historia Provinciae Paraguariae Societatis Jesu, III, Leodii, 1673.

(3) ROBERTO LEVILLIER, Gobernación del Tucumán, Correspondencia de los Cabildos del Siglo XVI, Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino, 117-126, Madrid, 1918.

(4) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 195

caribes, han ocupado una y otra vez territorios comunes y este entrecruzamiento en el orden puramente geográfico no se ha producido sin crear problemas de contacto. Por ello, el Brasil es hoy, en Sud América, el campo ideal para el estudio de las diferentes formas de aculturación.

Graebner escribe poco después: "Cuando en el transcurso de la historia de la cultura, una cultura se propaga y desborda por áreas de cultura originariamente distintas casi nunca desplaza completamente a las viejas culturas; ni siquiera la superposición es total, por regla común, no siéndolo sobre todo en el sentido de que todos los elementos de la nueva cultura aparezcan en todas las partes de la zona de dispersión" (1). Así ocurre con la cultura andina en su avance sobre el noroeste argentino, en donde señala más o menos fuerte y uniformemente su huella, en elementos tan diversos como, por ejemplo, la agricultura en andenes, la domesticidad de la llama y del perro, las casas de piedra de tipo cuadrado, el empleo del kquero, del aríbalo y del platito con asa zoomorfa, el uso de los metales, los instrumentos musicales — y, especialmente la flauta de Pan, — la religión solar, los sacrificios de párvulos, la agrupación en pueblos, etc., conservándose, sin embargo, como substractum, elementos culturales que corresponden a las primitivas formas del vivir autóctono.

El empleo de la cartografía, que él postula como necesaria para el esclarecimiento del área de difusión de los

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 201.

elementos culturales ⁽¹⁾, ha sido realizado magistralmente, para Sud América, por Nordenskjöld, en sus estudios de arqueología comparada ⁽²⁾ y, luego de él, por sus discípulos de la escuela de Göteborg y otros estudiosos ⁽³⁾, habiendo llegado recientemente hasta a obras de síntesis de alguna envergadura ⁽⁴⁾. Y en cuanto al caso, que también señala ⁽⁵⁾, de círculos culturales de una extensión discontinua con zonas intermedias de atenuación y aun de carencia absoluta de los elementos característicos, ningún ejemplo será más típico de su existencia en América del Sud, que el del área de difusión de la cultura chibcha, en su expansión oriental, hasta Marajó, a través del hiatus venezolano ⁽⁶⁾.

La determinación del número de veces en que es necesario hallar un elemento o forma particular, para juzgarle como suficientemente probatorio de su existencia real en un territorio también determinado, es variable y depende, como lo asegura bien Graebner, de "un cierto

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 201, nota 16.

(2) ERLAND NORDENSKJÖLD, Comparative ethnographical studies, I-IX, Göteborg, 1919-1931.

(3) MÉTRAUX, LINNÉ (en los trabajos mencionados aquí mismo) y una pléyade de los más modernos etnógrafos utilizan constantemente el procedimiento.

(4) LUIS PERICOT, La América Indígena, I, Barcelona, 1936.

(5) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 204.

(6) MÁRQUEZ MIRANDA, Aborígenes de América del Sur, 36-41 y 318-320.

tacto personal" (1). Así, con sólo tres casos documentados — por ejemplo — he podido establecer que el área de difusión de la decoración batracomorfa, que antes se creía exclusivamente diaguita, alcanza en su extensión septentrional hasta la Quebrada de Humahuaca (2).

De la misma manera, la observación de que los restos de las antiguas culturas se encuentren arrinconados en regiones extremas y apartadas y en comarcas de escaso valor económico (3), encuentra su ratificación sudamericana en lo que ocurre con los fueguinos, pueblos que — según los estudios de Imbelloni (4) — han debido ocupar antes regiones mucho más extensas y abundosas que su limitadísimo y pobre territorio actual.

Que "la investigación de detalle enlaza a veces áreas separadas y disuelve formaciones complejas" (5), es cosa que no ofrece dudas a los estudiosos americanos de las "ciencias del hombre". Para el primer caso, tenemos la relación que el estudio del detalle del peinado —

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 210.

(2) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, Ampliación del área de dispersión de la cerámica con decoración batracomorfa en el noroeste argentino, *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 281-285, Buenos Aires, 1934.

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 215.

(4) JOSÉ IMBELLONI, Culturas indígenas de la Tierra del Fuego, *Historia de la Nación Argentina*, I, 651-652, Buenos Aires, 1936.

(5) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 218.

ratificado luego por el de la cerámica, el de la forma del cráneo y de la talla individual, etc., — me ha permitido realizar entre los primitivos hopi de Arizona y los diaguitas del noroeste argentino (1). Para el segundo, recuérdese cómo el estudio de detalle de la pseudo “civilización calchaquí”, de Ambrosetti, ha permitido señalar la existencia de varios conglomerados culturales diversos dentro del ámbito geográfico que aquél les asignaba (2). El caso primero es uno en el que “la antropología, como ciencia auxiliar de la etnología, puede ejercer su acción principal” (3), aunque no sepamos, en realidad, cómo ni en qué momento se realizó la migración étnica que sería su obligado corolario. En cambio, tenemos en los chiriguanos de Bolivia, rama guaraní injertada en el tronco andino, una prueba de migración documentada por el parentesco lingüístico.

Los testimonios lingüísticos ofrecen, sin embargo, un matiz especial, en ciertos casos, en Sud América. Graebner postula que “no tenemos ejemplos de transmisiones de un idioma a grandes distancias, sin una cierta intensidad de acción personal del pueblo portador del idio-

(1) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, El peinado diaguita (aparecerá en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*).

(2) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, Breve inventario de las culturas del noroeste argentino, *Conferencias de intercambio universitario, Publicaciones de la Univ. Nacional de La Plata, XXI, nº 9, 4-5, La Plata, 1937.*

(3) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la *Univ. Nac. de La Plata*), 246.

ma' (1). Esta afirmación — si bien exacta en términos generales — no tiene en nuestros territorios, sin embargo, esa rigurosidad inexorable. Por el contrario, por obra de los misioneros católicos, particularmente jesuitas, que evangelizaron a los naturales, ha habido, en épocas de la Conquista, una “guaranización”, “araucanización” y “quichuización” idiomáticas y artificiales. En efecto, como queda antes dicho, aquellos sacerdotes, en su afán de comunicarse con los indígenas de los nuevos territorios en que iban entrando, para incorporarlos a la grey católica, no vacilaron en emplear estos idiomas para la prédica, como los más afines a los nuevos grupos indígenas. El nombre de lengua general, que dieron al guaraní, al araucano y al quichua, es la mejor demostración del papel que jugaron estas lenguas en la penetración espiritual y en la evangelización de Sud América (2). Quien tomara como base, para el establecimiento del área de difusión de estos grandes etnos, el elemento idiomático, podría incurrir, por lo tanto, en grandes errores, agravados, sin duda, por el hecho de que los tres han tenido desplazamientos motivados principalmente por el afán de conquista y de dominación política, por la apetencia de regiones más productivas económicamente, y por la búsqueda religiosa de un verdadero paraíso terrenal, respectivamente. Por desgracia, estos movimientos cultu-

(1) GRAEBNER, El método etnológico, (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata, 246.

(2) MÁRQUEZ MIRANDA, Los aborígenes de América del Sur, 192-193, 270-271.

rales, estas migraciones, "podrán ser sólo fijados a grandes rasgos y no en sus verdaderos detalles" (1), a tal extremo que aun hoy la opinión de los investigadores está dividida, según se ha visto, en cuanto al área de expansión política de los incas; la "araucanización" de pampas (2) y patagones (3) ha producido un galimatías etnográfico de lo más intrincado por el número y superposición de las aculturaciones (4); con respecto a los guaraníes, dada la forzosa imprecisión a que es necesario que nos resignemos, es difícil que pueda mejorarse mucho el extenso y cuidadoso cuadro que de sus migraciones ha trazado Métraux (5).

Por esto, es quizás América del Sur el único territorio en el cual la etnografía presenta el espectáculo inusitado de una extensión de áreas de difusión de las hablas indígenas propugnada y realizada artificialmente por los conquistadores blancos y ello complica, naturalmente, el cuadro de las zonas legítimamente primitivas. Toda clasificación lingüística o etnográfica tiene que recordar esta circunstancia particular.

(1) GRAEBNER, El método etnológico (ed. en español de la Univ. Nac. de La Plata), 249.

(2) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, Las culturas indígenas de La Pampa, *Historia de la Nación Argentina*, I, 549-551, Buenos Aires, 1936.

(3) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, Las culturas indígenas de Patagonia, *Historia de la Nación Argentina*, I, 591-645, Buenos Aires, 1936.

(4) MÁRQUEZ MIRANDA, Aborígenes de América del Sur, 362-363.

(5) MÉTRAUX, *Migrations historiques des Tupi-guarani*, I-45.

IX

PALABRAS FINALES

Estas referencias americanas — aunque mutiladas, por razones de espacio, en las citas bibliográficas que las prueban, — son ya indicio cierto de que las afirmaciones metodológicas del autor hallan asidero en la realidad del Nuevo Mundo. Ha sido empeño del prologuista no sólo obtener esa probanza, sino poner al alcance del lector aquello que Graebner no le dijera, ya por desconocerlo, ya por esas razones de probidad mental que le inclinaban, inexcusablemente, a hablar de lo que conocía con profundidad poco común. Que este deseo de completar, con el enfoque del fenómeno americano, obra ya de por sí tan preciosa, obtenga del estudioso lector disculpa a la longitud, que de otra suerte pudiera parecer abusiva, de esta introducción.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.

INTRODUCCION

CAPITULO I

§ 1. — Una metodología general, recopilatoria, de la etnología, no existe hasta hoy. Los trabajos publicados, con títulos que podrían hacer presumir un tal contenido, o nada tienen que ver con un método de etnología, cual sucede, por ejemplo, con el de Wirth (1), o se contentan, como el trabajo de Günther (2), con acentuar y desarrollar el carácter genético-comparativo de la disciplina. La actividad comparativa no es, empero, en modo alguno una particularidad de la etnología, sino que es común a todas las ciencias (3). Además, la mera yux-

(1) A. WIRTH, *Methode vergleichender Völkerkunde* Politisch-Anthropolog. Revue V, pág. 156 y sig. Aquí el autor se limita a tratar del empleo de las analogías lingüísticas para conclusiones sobre conexiones étnicas.

(2) GÜNTHER, *Ziele, Richtpunkte und Methoden der modernen Völkerkunde*, 1904.

(3) De esto resulta la falla principal del trabajo de A. VAN GENNET, *Totémisme et Methode comparative* (RHR. 1908, pág. 1 y sig.), o sea, la formulación de un contraste entre los métodos histórico y

taposición comparativa de fenómenos, carece completamente de carácter, de acción metódica, la cual comienza sólo cuando los datos comparados son puestos en recíproca relación. Tampoco es algo específicamente etnológico el acentuar la idea de evolución; carece, para comenzar, de todo principio metódico de demostración, y constituye más bien un postulado de la concepción, de la intuición filosófica (4).

Acaso no parezca completamente injustificado el interrogante de si es ya posible escribir una metodología de nuestra ciencia. En la concepción de los datos etnológicos y sus relaciones se combaten hoy día opiniones tan radicalmente opuestas (5), que es de todo punto evidente que unos resultados tan dispares no pueden haber sido obtenidos con el mismo método. Y quien pasee su vista por los capítulos siguientes, no dejará de ver que una parte de los problemas contenidos en ellos, apenas si han estado representados en la literatura etnológica aparecida hasta hoy. No es que la actividad etnológica las hubiese completamente eludido, no. En lo

comparativo. Por lo demás, las objeciones que hace el autor al método histórico se basan seguramente, en parte, en un insuficiente conocimiento de la crítica de fuentes que, por otra parte, no está muy desarrollada en Francia; por esta razón, aquéllas podrían ser atribuidas, a lo sumo, a una parte de investigadores, pero no al método.

(4) Tampoco las cuestiones referentes a idea elemental y préstamo, son concebidas metodológicamente por GÜNTHER, sino más bien como problemas de la intuición.

(5) Comp. capítulo IV, 2.

capital se debe a las restringidas posibilidades de publicación en nuestra disciplina, el que aquellas funciones metodológicas que, en relación a las otras, deban ser consideradas como trabajos previos, como por ejemplo la esfera toda de la crítica de fuentes. El sistemático, tiene que deducir sus principios de la práctica diaria, en lugar de extraerla de la bibliografía, si estudios metódicos en ciencias afines no le ofrecen servicios de orientación. De todos modos no se puede negar que la insuficiente representación literaria de esas ramas de la metodología, dificulta el trabajo coordinado y con ello la estructuración sistemática de los correspondientes dominios. Y si a ello se agregan los mentados antagonismos de la concepción, habrá que admitirse que una exposición del método etnológico no tiene precisamente allanados los caminos.

§ 2. — De otra parte paréceme, empero, como si un ensayo de esta índole fuese especialmente apropiado para esclarecer esta situación. Es para toda ciencia de gran utilidad el darse exacta cuenta no sólo de su propia esencia, sino también de los caminos y límites de su capacidad cognoscitiva, tener plena conciencia de sí misma. No me hago la ilusión de haber, con este ensayo, acertado siempre, y solucionado todos los problemas metodológicos. Lo que yo espero es, más bien, remover los respectivos problemas más de lo que hasta ahora lo han sido, y preparar así, su solución. En ello algo vino en mi ayuda: la estricta relación metodológica existente entre la etnología y la historia en sentido estricto, basada en la semejanza del material y de los problemas, y

que hace que nuestra disciplina pueda y deba ser considerada, tanto objetiva como formalmente, como una rama de la ciencia histórica. Ahora bien; pertenece la historia a las ciencias mejor trabajadas metodológicamente; yo he tenido múltiples oportunidades de apoyarme en el excelente libro de Bernheim sobre método histórico ⁽⁶⁾ y las he utilizado sistemáticamente para hacer resaltar claramente el paralelismo. La obra contiene una gran laguna, y de ella deriva la única incongruencia mayor aparente de los métodos: Bernheim ubica demasiado exclusivamente en primer plano, al menos en la parte combinatoria, a aquella parte de la historia que estriba en fuentes escritas; y a pesar de ello, en la historia europea, más exactamente, en la historia de la cultura, aquellos complejos de conclusiones que reposan total o preponderantemente en la comparación de testimonios inmediatos que Bernheim llama "restos", desempeñan también un papel en modo alguno subordinado. Si al sistema agregamos los respectivos principios metódicos, resultará de ello la más perfecta congruencia; sólo para la etnología habrá un minus en razón de que la utilización de fuentes escritas contemporáneas es imposible para la mayor parte de sus dominios.

El hecho fundamental, metódico, que vincula toda ciencia histórica frente a las ciencias denominadas exactas, es que ella quiere captar todo fenómeno en su ver-

⁽⁶⁾ BERNHEIM, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, 5ª edic., 1908.

dadera condicionalidad causal (7). De ahí deriva la característica valoración del hecho aislado frente a la orientación hacia lo típico de las ciencias naturales en general (8). Ello se manifiesta ya en los problemas de la crítica de fuentes; pues sólo el valor asignado a los procesos y hechos individuales condiciona la importancia de las fuentes dependientes del tiempo y del espacio; de esto resulta luego el postulado de fijar, por todos los medios a nuestro alcance y de manera inobjetable, el valor científico de estos testimonios. Análogamente, la necesidad, pero también la dificultad, de una interpretación del fenómeno aislado, estriba únicamente en el intento de comprenderlo en sus peculiares relaciones. Finalmente, se halla por entero dominada por la valoración del hecho aislado y por la tendencia a captarlo en su real condicionalidad particular, la actividad com-

(7) Por lo tanto, de acuerdo con la causalidad "externa" frente a la llamada interna de las ciencias naturales o, más propiamente, exactas. En realidad, la causalidad histórica corresponde al sentido primitivo del vocablo. Cuando el químico explica un proceso químico como separación de átomos heterogéneos de una substancia y su enlace con los de otra substancia, o cuando el físico declara un fenómeno luminoso una vibración determinada del éter, ni uno ni otro han mostrado en rigor las causas de los fenómenos, sino interpretado procesos individuales, o más complejos, por otros más generales, o más sencillos. Que con este procedimiento se haga más comprensible, más intuitiva, la conexión de los fenómenos aislados, en nada modifica lo que acabamos de expresar.

(8) Ciertamente, en las ciencias biológicas y en la geología existe ya un vigoroso elemento histórico.

binatoria: es evidente que serán necesarios arbitrios metodicos muy distintos para solucionar el problema del porqué de una organización social cabalmente determinada, individual, o explicar la existencia en un lugar determinado de una precisa forma de escudo, que no para investigar la naturaleza de la radioactividad o el origen de las combinaciones químicas. Acaso la diferencia capital estriba en que la valorización absoluta del hecho aislado imposibilita una aplicación en gran escala de la inducción, relegándola al papel de función auxiliar.

§ 3. — El exiguo desarrollo de la metodología etnológica no pudo, sin embargo, quedar sin influencia alguna sobre el presente trabajo. Prescindiendo de la mencionada y necesaria imperfección de los resultados, ciertos problemas y puntos en litigio deberán ser tratados con una extensión que sólo se explica del estado confuso de la disciplina. Resulta luego de la falta de una conciencia sistemática y metódica, que en la bibliografía etnológica aparecida hasta hoy, sólo raramente se manifiestan en forma clara principios metodicos; el examen y la valoración de los trabajos existentes en cuanto se refiere a su eventual contenido metodológico, le será sólo posible, en todos los casos, a quien conozca y domine la región correspondiente, sobre todo, en el aspecto de la crítica de fuentes. De esta situación deriva para mí la consecuencia, en cierto modo necesaria, de traer y documentar las proposiciones metodológicas de aquella parte de material etnológico que personalmente me es más familiar, esto es, de la etnología de Oceanía. En donde he

creído poder hacerlo sin peligro alguno he tratado de suavizar en algo esta unilateralidad.

Tal vez se me objete haber tirado demasiado estrictamente los límites del conocimiento científico. Gno-seológicamente no existe la objetividad absoluta, se me argüirá, sobre todo en aquellas cosas que no nos es dado percibir las directamente con los sentidos; y las grandes verdades se han debido siempre al espíritu intuitivo. Muy exacto; sólo que no se trata de objetividad absoluta en sentido filosófico, sino de que la fantasía creadora no logra las reglas de su actividad constructiva libremente, por creación artística de su propia disposición psíquica, cien y mil veces condicionada individualmente —pues con ello quedarían excluidos, de antemano, hasta los conocimientos de validez aproximadamente general—, sino de la naturaleza de los objetos y problemas que representan al respectivo dominio del saber ⁽⁹⁾.

Y en lo que atañe a la intuición, sería yo el último que desconociera su fundamental importancia. Pero la intuición, que no reposa en la fantasía desenfrenada sino en la congenialidad del espíritu con su objeto, sólo es dada en alto grado a muy pocas personas. El peligro reside en que tanto los discípulos de Atena como los de Apolo se creen todos y cada uno de ellos verdaderos genios. Y, al final de cuentas, ¿cuál sería el criterio de

(9) VAN GENNÉP, en *Mythes et Légendes d'Australie*, pág. XXVII (comp. también pág. CIV) ve claramente la tarea y sus dificultades. Sólo que desconoce las posibilidades metódicas de su solución.

verdad para los conocimientos adquiridos intuitivamente? La concordancia con los hechos y los principios fundamentales de la Ciencia. De todas maneras, quien como yo llegare a la etnología desde la historia, más precisamente de la historia medieval, tenía que espantarse ante todo de la falta de método —carencia de disciplina podría ser más bien llamarla— de la joven ciencia. Ella ha menester, ante todo, de una rígida orientación, verse encauzada metodológicamente. No necesitamos temer la falta de genios; ellos vendrán a pesar de todo y trabajarán de la manera más metódica ⁽¹⁰⁾.

(10) Comparar ya mi recensión de la obra de WEULE, *Völkerkunde und Urgeschichte im 20 Jahrhundert*, en *Ethnol. Notizblatt*, III, 3 (1904), pág. 118.

CAPITULO II

CRITICA DE FUENTES

1. INTRODUCCIÓN: COLECCIONAR Y OBSERVAR; PUBLICACIÓN.

§ 1. — Condición previa de todo trabajo científico, es la existencia de seguro material de investigación. Para las ciencias naturales, él está dado sin mayor preparación, y en las disciplinas exactas se llega frecuentemente a producirlo de manera artificial, en el experimento, para los fines del investigador. Muy otro es el asunto en las ciencias históricas. Todas ellas han menester, en mayor o menor grado, de una crítica de su materia, antes de poder elaborarla. En el más lato sentido vale esto de la historia propiamente dicha, que se apoya preponderantemente en los testimonios del pasado; pero tampoco las demás disciplinas históricas pueden eludir esta crítica, ni menos la etnología. Pues en primer lugar sus testimonios proceden, en gran parte, del pretérito, si bien muchas veces de uno no muy alejado de nosotros, y hasta que se llegue a reunir, si es que ello sea algún día posi-

ble, por personas preparadas, la totalidad del hecho etnográfico mundial, habrán de nuevo desaparecido extensos complejos de fenómenos para cuyo conocimiento dependeremos para siempre de fuentes incompletas en el sentido científico. Finalmente, el hecho de que ni siquiera el relevamiento más objetivo haga completamente inútil la crítica, reside no solamente en la imperfección de la naturaleza humana en general, sino también en el desarrollo de la ciencia misma, y en la interacción de las distintas funciones metódicas, la crítica, y hasta la observación, con la interpretación y combinación; en toda exposición de hechos científicos reside ya un elemento, si se quiere subjetivo, de concepción, un elemento que en las investigaciones esencialmente dirigidas a lo típico de la mayoría de ciencias naturales no resalta tan fuertemente en sí y que por lo general puede ser fácilmente eliminado por nueva observación de otro caso análogo, pero que en los datos históricos y, por ende, también en los etnológicos, se alcanza a conocer tan sólo por la penetrante utilización de la crítica interna (1).

§ 2. — La metodología científica comienza, en rigor, con la crítica; el acopio de material la presupone. Dada la importancia de esta actividad, quiero, sin embargo, dedicarle unas palabras (2). Con ello no preten-

(1) Comparar BERNHEIN, l. c., pág. 185 y sig.

(2) Compárese, en relación con lo que sigue, los trabajos: R. LEHMANN-NITSCHKE, *Forschungsmethode einer wissenschaftlichen Ethnologie*, en *Congres International d'Expansion Economique Mondiale*, Mons, 1905, Section V, pág. 1 a 4. F. GRAEBNER, en *Globus*,

do naturalmente penetrar aquí en problemas técnicos como son, verbigracia, la preparación de cuestionarios para el lego en etnografía, o la manera cómo lograr que los trabajos de éstos se acerquen lo más posible a los fines de investigación que, en sentido estricto, sólo los especialistas pueden pretender. Más bien me limitaré a relevar algunos puntos de vista que, paréceme, condicionan esencialmente el valor científico del acopio. Ahí pertenece, ante todo, una sólida preparación del mismo investigador, quien deberá dominar los problemas generales de la etnología, de la misma manera que los particulares de su especialidad. Nada más falso que la suposición gratuita de que un hombre dotado de sólo una gran capacidad receptora y de toda la rutina técnica que se quiera, esté capacitado para el aporte de material científicamente inobjetable. Al contrario, esta persona habrá menester de todas las artes de la crítica, no sólo frente al material por ella misma aportado, sino que también en todo lo que se refiere a sus mismas observaciones; tarea ésta que, naturalmente, lleva aparejadas grandes exigencias no solamente a la fuerza intelectual del investigador, sino también a su fuerza moral. El

tomo XCIV, pág. 215. Errónea es la opinión de STEINMETZ (*Über die Beschaffung des ethnographischen Materials*, Congres International d'Expansion Economique Mondiale, Mons, 1905, Sect. V, pág. 2 y sig.), respecto de lo poco apropiado que serían los etnólogos profesionales para la observación científica, pues el autor sólo conoce etnólogos universales. Naturalmente que no son éstos los que en mejor condición están, sino que los mejores viajeros son los especialistas.

arte de la interpretación le mostrará el verdadero camino para penetrar en el significado de las cosas; y sólo la aptitud para aprehender rápidamente y enlazar todos los hilos que se ofrecen a la combinación, conduce a la conjetura y, con ello, frecuentemente al descubrimiento de importantes datos, por encima de los cuales suele pasar hasta el más ingenioso de los observadores si no es que el azar lo favorezca. Por lo que respecta al área de investigación, ella no deberá ser elegida ni demasiado grande ni demasiado restringida en relación con el tiempo de que se dispone: no deberá ser limitada a un distrito cerrado, indiferenciado; pues la conciencia de variaciones y contrastes aguza la vista para toda peculiaridad de la zona aislada, mientras que la limitación dificulta el conocimiento de importantes relaciones comerciales y culturales (3). Casi más grave es, empero, la extensión excesiva; ello favorece la superficialidad y dificulta un relevamiento verdaderamente intensivo. Y a esto último se debe siempre tender, en toda circunstancia. Sólo ello garantiza, no solamente una relativa integridad cuantitativa, sino también la fidelidad. Los datos incompletos o inexactos conducen, en su utilización científica, que es donde únicamente residen la finalidad y el derecho de exis-

(3) FROBENIUS en ZfE., tomo XXXIX, pág. 311 y siguientes, pone esta clase de investigación que, según mi modo de ver, es concebida de nuevo demasiado generosamente como "poligráfica", en una oposición un tanto rebuscada con la "monográfica". Como exponemos a continuación, la exactitud monográfica debiera ser siempre la condición principal.

tencia de las expediciones etnográficas, necesariamente a falsas interpretaciones y combinaciones, contrariando así sus fines y hasta irrogando serios perjuicios (4). La manera de reunir el material, así como la de hacer las anotaciones correspondientes, debiera ser de tal índole que en tanto que lo permitan las circunstancias y a pesar de la rigidez científica, haga posible la comprobación crítica a todo el que deba utilizarlo. Quiere esto decir, que no solamente deban ser coleccionadas de una cultura, en el original o, en segunda línea, en reproducciones fieles, todas aquellas partes que materialmente puedan ser recogidas, sino que también todas las informaciones que se puedan obtener de boca de los indígenas, deben ser fijadas, en tanto que ello sea posible, en la misma forma en que hayan sido dadas. Esto ya puede decirse de las anotaciones y explicaciones agregadas a los objetos materiales, pero sobre todo tiene ello valor para las relaciones de índole tradicional o religiosa, mitos, etc., cuya incondicional utilización científica depende en alto grado de la posibilidad de una revisión del texto original, tanto si es dado en un idioma aborigen como en una jerga europea, más o menos pura, como por ejemplo el Pidgeon-English.

§ 3. — El punto últimamente citado ya nos traslada, en cierto sentido, del problema del método de inves-

(4) Sin olvidar aquellos otros perjuicios prácticos mencionados en mi trabajo citado, que nada tienen que ver aquí, y que se refieren a las perturbaciones producidas en las culturas indígenas, y que ni el más intenso estudio del estado prístino puede ya compensar.

tigación al otro de la publicación. La manera de publicar el material científico es metodológicamente indiferente, en aún más alto grado que la de su obtención. Que la descripción cataloguizante de las colecciones, tan en boga hasta hoy, represente en realidad una pérdida de tiempo y trabajo, dificultando más bien que no facilitando la claridad y, por ende, su valor científico, no carece naturalmente de importancia; en realidad es, empero, un problema técnico y no de metodología científica, como también lo es, verbigracia, todo lo referente a la exposición de los objetos materiales de cultura en los museos, donde una disposición torpe y carente de objetividad, sobre todo si disgrega lo orgánico, dificulta sumamente la utilización científica. Lo más importante será naturalmente, que la publicación del material existente se lleve a cabo, máxime si no es de fácil acceso por no hallarse expuesto en las vitrinas de los museos, sino guardado en forma manuscrita en los cajones de la dirección. Luego, que la publicación sea completa y auténtica en el sentido arriba mencionado para el coleccionar y rotular de los objetos, es decir, que facilite la comprobación crítica en todos los puntos. En tanto que ello, por alguna razón, no fuere posible, entonces la publicación debiera al menos contener la clara indicación del lugar en que está depositado el documento y donde se puede utilizar. Con esto termino estas consideraciones previas, algo fuera de programa, para dirigirme a la parte primera de la metodología científica: a la crítica.

2. CRÍTICA DE LOS TESTIMONIOS DIRECTOS.

Las fuentes de la etnología, como las de la historia en general, se dividen en dos grupos: los testimonios directos, comprendiendo todo aquello que de tangible tengamos de las culturas humanas tanto pretéritas como actuales, y las relaciones. El fenómeno, frecuente en la historia propiamente dicha, de que un mismo objeto deba ser considerado una vez como testimonio directo y otra como relación (1), se manifiesta, como es natural, muy poco en la etnología, y dentro de ella sobre todo en áreas de cultura superior, o sea, especialmente, en las literaturas de las altas culturas asiáticas y en las del Sudan influenciadas por los árabes. Pero también las ideografías americanas y las tradiciones verbales de ciertos pueblos, como los polinesios, pertenecen aquí. A menudo, a una división formal de las fuentes corresponderá también, en cierto sentido, una diversidad del contenido. Los testimonios directos, en su mayor parte, pertenecen a la cultura material, mientras que nuestro conocimiento de la cultura espiritual, para la mayoría de los pueblos, tendrá que basarse exclusivamente en relaciones. Pero su principal contraste está del lado formal, en el carácter de inmediato de uno de los grupos, mientras que en el otro los hechos han pasado siempre a través del medio de un espíritu humano cuando menos. De ahí deriva también

(1) BERNHEIM, l. c., pág. 255 y siguientes.

la diversidad de tareas de la crítica frente a los dos grupos. Los testimonios directivos son intrínsecamente, y en cuanto que puedan pretender tener valor de fuente, absolutamente objetivos; aquel problema fundamental, de si hay que atribuir o no carácter de fuente al testimonio en cuestión, junto con la determinación externa del testimonio, agotan aquí los problemas críticos. Además, y ante todo, será menester examinar las relaciones respecto de sus cualidades subjetivas, y valorarlas de acuerdo con el resultado del examen.

A. CRÍTICA DE AUTENTICIDAD.

§ 1. — Como se ha dicho, todo testimonio directo es, intrínsecamente, un seguro comprobante objetivo, cuando menos de la existencia del fenómeno cultural que representa en el lugar y el tiempo a que pertenece. Un interrogante puede solamente formularse respecto de si el objeto que pretende ser testimonio directo lo es o no lo es. En otras palabras: ¿el objeto, es auténtico o es una imitación, una falsificación? Las falsificaciones son incomparablemente más raras en etnología que en las demás ramas de la ciencia histórica, verbigracia, en la arqueología clásica, en la oriental o en la diplomática medioeval (1). La razón de ello reside, naturalmente, en los

(1) Compárese, para todo el capítulo, a BERNHEIM, 1. c. pág. 33 y siguientes; luego, EUDEL, *Die Fälscherkünste*, 2ª edición (1909), especialmente las págs. 5 y sig., 26 y sig., 192 y sig.

beneficios materiales, considerablemente menores, que se pueden lograr; pues de todos los motivos que inducen a la falsificación tiene, en etnología, sólo el afán de lucro alguna importancia, y éste logra sus deseos solamente en aquellos objetos cuya cotización en el mercado está en relación con los trabajos y los gastos de su elaboración. De ahí que también en etnología sean precisamente los dominios de la arqueología, o sea la de los pueblos asiáticos y americanos de alta cultura, los centros principales de la falsificación.

Por ejemplo, las esculturas en piedra necesitarán no pocos trabajos para su talla, pero también con ellas se logran mayores precios; mejores son aun las perspectivas en aquellos objetos de alfarería, de elaboración fácil, y de los cuales, en los últimos tiempos, se han introducido desde Colombia grandes cantidades en el mercado, todos ellos productos de una misma industria y de un mismo estilo ⁽²⁾. Cuando, hace una serie de años, después de la conquista inglesa de Benin, los productos de la fundición en bronce de los siglos XVI y XVII en este país llamaron poderosamente la atención de los etnólogos alcanzando pronto precios extraordinariamente altos, fueron también ellos objeto de falsificaciones, aun-

(2) El Museo Rautenstrauch-Joest, de Colonia, posee una gran colección de ellos. FOY tiene la intención de tratar en forma extensa, en una fecha próxima, a todo este grupo de falsificaciones, y es sobre sus observaciones que, en lo esencial, nos basamos tanto aquí como en las noticias dadas sobre falsificaciones de objetos de Nueva Zelandia.

que, en general, con bastante mal resultado ⁽³⁾. Por lo demás, nunca se ha podido distinguir claramente estas falsificaciones de aquellas otras originadas sin un fin consciente de falsificación, pero también bajo el influjo de la demanda europea, ni siquiera de los productos amarillos de la forja indígena de las regiones circunvecinas que sólo concuerdan con aquéllos, en lo capital, en su reducido valor estético y en una cierta crudeza de estilo ⁽⁴⁾. Intrínsecamente a una muy distinta categoría que las falsificaciones, pertenecen las imitaciones, las cuales, sin querer despertar la apariencia de autenticidad, sólo satisfacen el gusto del público para curiosidades y formas exóticas; buen ejemplo de ello son las imitaciones de objetos neozelandeses en nefrita, como se fabrican especialmente, de manera perfecta, en Idar, en el Hunsrück, en Alemania ⁽⁵⁾. Sin embargo, metodológicamente habrá que tratarlas como a las falsificaciones, ya que, como es natural, no pueden pretender ser consideradas como testi-

⁽³⁾ Pues el hecho de que un conocido sabio berlinés, el profesor doctor LEWIN, basándose en sus estudios prácticos y técnicos, estuviera a veces inclinado a considerar partes considerables de las colecciones de Benin como falsificaciones, podrá sólo ser calificado de hipercrítica.

⁽⁴⁾ Sobre el hecho de que cosas muy heterogéneas, hasta de origen parcial o completamente europeo, hayan sido consideradas como auténticas de BENIN, véase a FOYZUR, *Frague nach der Herkunft einiger alter Jagdhönet aus El efenbein: Portugal oder Benin?* en ABMD., 1900-01, IX, N^o 6, pág. 20 y sig.

⁽⁵⁾ Comparar, R. ANDREE, *Die Nephritindustrie in Oberstein-Idar*, ZfE., XXXIX (1907), pág. 943 y sig.

monios etnológicos y sí, en cambio, llegar por diversos caminos a alguna colección como presuntamente auténticos (6). Finalmente, un tercer grupo de objetos etnográficos, imposible de ser considerados como auténticos testimonios etnológicos, lo constituyen aquellas modernas imitaciones de productos auténticos y originales que, a pesar de que en rigor sean indígenas, son frecuentemente elaborados industrialmente bajo el influjo de la demanda europea; hasta allí mismo donde la influencia europea no alcance a la forma o la técnica, la medida de su autenticidad podrá sólo ser obtenida, en general, por la comparación con otros ejemplares más antiguos, auténticos; por lo tanto serán eliminados como auténticamente probatorios, mientras no muestren ciertos detalles que, de acuerdo con la comparación, puedan ser considerados como indígenas a pesar de no conocerse otros ejemplares iguales (7). Sólo debido a esos detalles que las mencionadas imitaciones pueden ofrecer al estudio, es por lo que ellas no deberán ser rechazadas completamente como

(6) En cierto modo un subgrupo de esta categoría, representan los objetos fabricados especialmente en Europa para uso de los aborígenes, como, verbigracia, las armas congoleas importadas de Inglaterra (P. STAUDINGER, en ZfE., XXVII, pág. 32), y, recientemente las lanzas massai. Comp. también: JOEST, en IAE., V, pág. 140: *Lanzas Mahdi* de Birmingham.

(7) Una valoración un tanto distinta de la puramente científica, es la museal. En los museos, un elaborado moderno puede muy bien servir para ejemplarizar el tipo, aun cuando no muestre variante ninguna científicamente utilizable, si es que el objeto en cuestión ha sido suficientemente identificado por otros buenos ejemplares.

fuentes, aunque sí miradas siempre con recelo. Ello es, por ejemplo, lo que sucede con las imitaciones de Benin, y también con aquellas otras fabricadas en gran número en las islas polinesias que son muy visitadas por los turistas.

§ 2. — Muchas veces, la falsificación será ya evidente por el mismo material. Sobre todo para el falsificador no residente en el país, le será demasiado difícil y costoso la adquisición del material indígena. También resultará larga e ineconómica la elaboración de aquellos objetos que se suelen trabajar en materias duras y resistentes; y lo mismo sucederá cuando deban utilizarse materias primas elaboradas artificialmente, como aleaciones de metales, colorantes y otras, cuya imitación exacta exigiría mayor estudio y cuidado del que está generalmente a disposición de los falsificadores. Incongruencias de esta naturaleza son por lo general determinantes, aunque ellas rebasen ya el problema que afecta al material y se acerquen al de la técnica. En los demás casos, la cosa es más fácil al tratarse de la imitación de la sustancia natural, cual sucede, verbigracia, cuando se trata de reemplazar la nefrita por el vidrio. En lo demás, habrá que investigar no solamente la existencia del material en el presunto país de origen —teniendo en cuenta, naturalmente, posibles relaciones comerciales—, sino también su empleo real para el objeto determinado. Por lo tanto, no basta saber, por ejemplo, que una piedra o arcilla determinadas existan en Méjico, sino que en caso afirmativo habrása también de establecer si, de acuerdo con

hallazgos seguros existentes, los antiguos mejicanos solían emplear precisamente esta clase de piedra en sus esculturas o habían ya empleado esta clase de arcilla en sus alfarerías. Lehmann-Nitsche incluye entre las falsificaciones de objetos etnológicos suramericanos que él demostrara, unas hachas con hoja de hueso que no pueden ser auténticas por el solo hecho de que los indios de las regiones respectivas no utilizaron nunca los huesos para hachas (8). Una respuesta negativa en este sentido no deberá en todos los casos ser determinante en favor de la falsificación, pero sí siempre pesará desfavorablemente en contra del objeto; tratándose de hallazgos arqueológicos, el estado de conservación del objeto, comparado con el material y con las condiciones climáticas y naturales del pretense yacimiento, podría completar la demostración. Por lo demás, el reemplazo de material difícil por otro más maleable, no sólo es una frecuente característica de falsificaciones conscientes, sino también síntoma casi absoluto de modernas imitaciones indígenas. Esto vale de manera principal para los objetos polinesios tallados en madera; por ejemplo, todo remo o maza de las Marquesas elaborado en madera blanda, liviana, lleva en sí estampado el sello de trabajo moderno inferior.

§ 3. — Un segundo grupo de criterios de autentici-

(8) R. LEHMANN-NITSCHKE, *Gefälschte ethnologische Gegenstände in Buenos Aires*, Sonntags-Zeitung des Argentinischen Familien- und Unterhaltungsblattes, 1905, N° 18, pág. 2.

dad reside en la técnica. Para partir de un ejemplo particularmente típico: cuando un *mere* en nefrita de Nueva Zelanda muestra, como asidero, una perforación en forma lisa y cilíndrica ⁽⁹⁾, seguramente que no es auténtico. La razón de ello está en que en trabajos legítimamente maorís la perforación se efectúa de ambas partes mediante cavidades cónicas que se juntan en el medio. Así, cada región tiene sus determinadas peculiaridades técnicas que alcanzan hasta a maneras particulares de alisaduras o pulimentos, y que deben ser detenidamente estudiadas, para poder lograr un seguro juicio en la oposición de ejemplares auténticos y falsificados. Frecuentemente, la diferencia estribará en la utilización de herramientas europeas por el imitador o falsificador: la marca de una sierra será, para extensas regiones, la señal infalible de trabajo moderno; pero también es posible diferenciar, con un poco de práctica, los rastros del corte de un cuchillo europeo de acero, de los de un instrumento neolítico, como valva de molusco, diente de tiburón, etc. ⁽¹⁰⁾. En las alfarerías habrá que fijarse en la manera

⁽⁹⁾ Esta señal es también característica para las mencionadas imitaciones europeas.

⁽¹⁰⁾ En una máscara mejicana que SELER (ZfE., XXIV, pág. 94) también considerara como falsificada, E. KRAUSE (l. c., pág. 95) encontró rastros de lima europea, y de soldadura de estaño, también desconocida de los antiguos mejicanos, en un pedazo de cobre que se había utilizado en la fabricación. Sobre el empleo de papel de lija en la imitación de objetos líticos neozelandeses, ver W. W. SMITH, *Spurious stone implements*, JPS., VII, pág. 245.

y grado de cocción, la presencia y las particularidades del barniz ⁽¹¹⁾. En un vaso mejicano, célebre en su tiempo, pudo ser demostrada la falsificación al caérsele las figuras en relieve, agregadas secundariamente, pues en los ejemplares legítimos estos relieves se modelan de la misma masa ⁽¹²⁾. En cuanto a los metales, ya he mencionado las diferencias de aleación. También las distintas maneras de fundición y del proceso de forja, se reflejan en el material; en un trabajo en hoyos, verbigracia, el hierro obtenido será muy otro que el de los altos hornos europeos ⁽¹³⁾. En la fundición amarilla, las imitaciones se caracterizarían por regla común, si no absolutamente y en tanto que las piezas auténticas sean en vacío, cuando menos por paredes gruesas y trabajo pesado, frente a la elaboración en paredes delgadas de los originales. Aquí, como en todas partes, un capital criterio de la falsificación e imitación es tratar de reducir el trabajo y, por ende, el aumento de la rentabilidad. Bajo este punto de vista hay que considerar también,

(11) También para eso se puede consultar a KRAUSE, en l. c.

(12) EUDEL, pág. 32. Un ejemplo análogo nos lo ofrecen las copas con zodiaco de Java, de las cuales tratara PLEYTE en NBG., XLVII, pág. 159, y en las cuales el ajuste secundario, y por ende la falsa orientación, de las figuras, aparece como característica capital de falsificación.

(13) Así, ciertos trabajos africanos de forja muestran, verbigracia, una superficie que se rasga con facilidad y que no puede deberse a otra cosa que a la mezcla de carbón como consecuencia del trabajo en hoyos.

por ejemplo, las modernas imitaciones de antiguos trabajos en metal, de Siam: los ornamentos de los originales eran cuidadosamente repujados y luego se llenaba la cavidad con una masa negra; en los modernos trabajos, en cambio, se pintan únicamente las cavidades sobre el metal liso y, de esta manera, se ahorran los ornamentos (14).

§ 4. — El falsificador o imitador no logra casi nunca captar real y seguramente los principios de forma, de estilo, del original, excepto los casos, todavía no mencionados en etnología, de una copia puramente mecánica, digamos galvanoplástica. Esto vale naturalmente sólo desde el punto de vista del conocedor especial. Así, las imitaciones de objetos neozelandeses en nefrita descritas por Andree (15) como excelentes trabajos dentro de su categoría, y de un parecido extremo, son fácilmente distinguibles al buen conocedor, no solamente en su técnica sino también, en la mayoría de los casos, por su mismo estilo. Lo determinante, en este caso, será, no tanto sus líneas ornamentales como su formación plástica, determinadas peculiaridades del nivel superficial, de los cantos, etc. (16). La técnica de la ornamentación en

(14) El Museo Rautenstrauch-Joest, de Colonia, posee ejemplos de ambas técnicas.

(15) En l. c., pág. 944.

(16) Véase W. W. SMITH, pág. 244 y siguientes. HAMILTON, en Edge-Partington, *Maori Forgeries* en la revista *Man*, 1910, pág. 54, menciona imitaciones similares, pero a las cuales adhiere una característica infalible; desgraciadamente no indica cuál es ella.

las falsificaciones, en tanto que éstas no copien fielmente un original determinado —en cuyo caso, por regla general, se nota una cierta inseguridad de líneas—, e igualmente la de las someras imitaciones modernas, suelen caracterizarse como contrarias a estilo por fallas en la composición, si no es que pecan por una proliferación ornamental con pretensiones de autenticidad de estilo pero que en realidad es extraña al mismo. Esto tiene aún más valor, si cabe, al tratarse de objetos plásticos, para lo cual las numerosas falsificaciones de alfarerías mejicanas nos ofrecen un ejemplo clásico; ellas muestran, junto a muy malas copias de formas auténticas, un gran número de fantásticas creaciones nuevas ⁽¹⁷⁾. Esta fantasía creadora opera más desenfrenadamente, como es natural, allí donde se trata de echar al mercado tipos completamente nuevos de regiones poco conocidas. Tal sucede, verbigracia, con aquellos mencionados recipientes y otras alfarerías de Colombia que, no solamente contienen formas curiosamente torcidas, sino que también objetos completamente enigmáticos tanto por sus formas como por su uso. Armas fantásticas, a veces con cabezas enteras de cocodrilo a manera de vaina y en las más notables combinaciones, suelen ser adquiridas hoy día por viajeros en el nordeste de África ⁽¹⁸⁾. Ellas pertenecen a la cate-

(17) Ilustran muy bien este fenómeno ciertas colecciones de los museos etnográficos de Berlín y Colonia.

(18) Ejemplos de ellas hay en el Museo Rautenstrauch-Joest, de Colonia.

ría de falsificaciones parciales, pues las hojas son, por lo común, auténticas. Dentro de la misma categoría de falsificaciones muy burdas, están aquellos casos en que torpemente se juntan elementos de la procedencia cultural más heterogénea, cual, por ejemplo, sucede, cuando se pone una inscripción cuneiforme a un cuchillo fan ⁽¹⁹⁾. Para valorar todos estos matices formales es menester, además de un buen conocimiento de las formas, poseer ante todo un seguro sentido del estilo, lo cual será infalible.

Un grupo especial, aunque con respecto a los criterios muy homogéneo, está constituido por aquellas imitaciones de signos expresivos cuyas formas más desarrolladas son las escrituras del Viejo Mundo. Ahí, a veces, se logra la copia aproximada de las letras, pero seguramente que no el ducto; el centro de falsificaciones del Turquestán que describiera Stein ⁽²⁰⁾, pasó prontamente a la utilización exclusiva de signos fantásticos, debido a los esfuerzos que exigía la copia exacta. Tampoco escaparon a la acción falsificadora las ideografías centroamericanas en pintura o relieve. En ambos casos,

⁽¹⁹⁾ W. JOEST, *Ueber ein Fan-Schwert mit Keilinschrift*, IAE., V, pág. 139 y sig. En su mayor parte dentro de la misma categoría caen las falsificaciones eminentemente burdas, de las cuales trata Fr. W. KELSEY en *Some archaeological Forgeries from Michigan*. *American Anthropologist*, N.S., X, pág. 48 y sig.

⁽²⁰⁾ A. STEIN, *Archaeological Exploration in Chinese Turkestan*, pág. 64 y sig., y *Sand buried Ruins in Khotan*, pág. 470 y sig. (en parte repetición literal del otro).

Seler pudo fácilmente reconocer la falsificación en la ordenación a todas luces capciosa y carente de sentido de los ideogramas ⁽²¹⁾.

§ 5. — Con las modernas imitaciones europeas y aborígenes, las falsificaciones a conciencia tienen en común, como es natural, en primer lugar, el aspecto de piezas de fabricación nueva. Pero mientras que las inocuas imitaciones no tratan, en manera alguna, de ocultar esta situación, todo falsificador tendrá la apremiante necesidad de otorgar a sus creaciones un mayor aspecto de vetustez ⁽²²⁾. Tratándose de objetos en madera, el asunto es relativamente fácil, pues con sahumerios y barnices —el sahumerio ha tenido también éxito en otros objetos, verbigracia manuscritos—, toman fácilmente el aspecto de arcaicos; sin embargo no será siempre necesario el experimento químico para destruir esta falsa apariencia, sino que bastará una cuidadosa comparación del brillo del barniz y un examen de las cavidades de la superficie de los objetos. Tampoco es difícil hacer que cualesquiera objetos cobren la apariencia de haber estado mucho tiempo enterrados, mas ello no podrá sostener una observación un poco severa ⁽²³⁾. Además del en-

(21) E. SELER, *Pinturas jeroglíficas*, Colección Chavero, ZfE., XXXIII, pág. 66. Criterio característico de la falsificación sería en estos casos la mezcla de signos mayores mayas con mejicanos.

(22) Ver sobre este aspecto, especialmente, a EUDEL, pág. 17 y siguiente, 178, 193, 298, 202 y sig.

(23) Las hachas de hueso de que habla LEHMANN-NITSCHKE, l. c., habían estado durante un tiempo en tierra o estiércol. Además, los

terramiento real y transitorio, suele también utilizarse el embadurnamiento con tierra o el rociamiento con líquido terroso; este último procedimiento ha sido por ejemplo empleado en aquellas "antigüedades" colombianas reiteradamente mencionadas, en las cuales se ve fácilmente cómo el líquido ha penetrado en las cavidades y allí se ha secado localmente por gotas y baches. La apariencia de desgaste por el tiempo es producida, además de por el sistema de enterramiento, mediante un adecuado tratamiento con ácidos, aunque, como es fácil suponer, sus efectos son relativamente superficiales y claramente delimitados en su superficialidad; en cambio el proceso natural es más profundo y penetra más hacia el interior de los objetos. En los metales se agrega, que a estas modificaciones de la superficie producidas artificialmente, les falta también el tan deseado aspecto de la noble pátina; por lo tanto, a veces se limitan a darles una pintada con el color deseado, a pesar de que con ello resulta especialmente fácil el descubrimiento de la falsificación ⁽²⁴⁾. De todas maneras, la mayor seguridad en estos problemas será siempre, junto con un detenido examen del objeto correspondiente, su comparación con otros objetos de indudable autenticidad que sean de la misma clase y técnica, del mismo origen y, si ello es

mangos habían sido reiteradamente ennegrecidos por el fuego para darles un aspecto de gran antigüedad.

(24) Compárese KRAUSE, l. c., donde las piezas en cobre habían sido recubiertas con aguada verde. •

posible, del mismo lugar; por lo demás, es todo eso razón de peso en contra de todo procedimiento para limpieza y conservación de los objetos pertenecientes a colecciones científicas, ya que ello podría hacer desaparecer eventuales desgastes superficiales del tiempo y modificar, así, el aspecto natural de los objetos. En esto tenemos que la presencia de falsos rastros de antigüedad es señal mucho más segura de falsificación que la falta de ellos ⁽²⁵⁾. Pues ciertas situaciones estratigráficas no facilitan en nada, o en muy poco, las modificaciones de la superficie; además, en todo objeto no adquirido en el mismo yacimiento, existe siempre la posibilidad de que haya sufrido un torpe ensayo de limpieza. En tales casos, el criterio siempre más importante de la forma, cobra aún mayor valor junto a los del material y de la técnica.

Fuera de los objetos mismos, los datos referentes a vicisitudes sufridas por ellos, a las circunstancias de su hallazgo, etc., proporcionarán, a veces, indicios para el examen de su autenticidad, fallas, incongruencias, etc. Los eventuales certificados, aun cuando provengan de alcaldes suramericanos, necesitarán también de la consideración crítica, pues el mismo firmante de la certificación puede haber sido engañado en su buena fé por otra

(25) Así, la estatuíta ecuestre de Benin que se encuentra en el museo de Berlín es completamente inobjetable a pesar de que carece de toda pátina. Cuál de las dos causas mencionadas es aquí la responsable, creo que no ha sido establecido hasta hoy.

persona ⁽²⁶⁾. Estas investigaciones deberán hacerse de acuerdo con los puntos de vista válidos para las relaciones etnológicas ⁽²⁷⁾. En algunos casos raros, la falsificación podrá ser seguida hasta en su mismo origen, con lo cual naturalmente se habrá alcanzado el más alto grado de seguridad sobre su carácter ⁽²⁸⁾.

B. DETERMINACIÓN DE TIEMPO Y LUGAR.

§ 1. — La crítica de los testimonios directos, en cuanto su autenticidad no da lugar a duda alguna, va referida, en lo capital, a determinar el tiempo y el lugar de su origen o de su uso ⁽¹⁾; entendiéndose que dado el carácter superficial, históricamente considerado, de la mayoría del material etnológico, aparece en primer término el problema del lugar. La determinación se extiende a los caracteres del objeto mismo y a los datos, orales o escritos, sobre procedencia y vicisitudes del mismo. Es-

⁽²⁶⁾ Una falsificación con el mejor certificado de origen es mencionada, verbigracia, por EDGE-PARTINGTON, en *Man*, 1910, pág. 55.

⁽²⁷⁾ Comp. Cap. II, 2.

⁽²⁸⁾ Compárese SELER, *ZfE.*, XXXIII, pág. (266). LEHMANN-NITSCHKE, l. c. Numerosos ejemplos no etnológicos se hallan en EUDEL, pág. 5 y sig., 52 y sig., etc.

⁽¹⁾ Bernheim, pág. 391 y sig.

tos últimos rebasan el marco de los testimonios directos y están, por lo tanto, sometidos a los puntos de vista críticos valederos para las relaciones (2). Lo único, pues, que nos interesa aquí, son los caracteres de determinación radicados en el objeto mismo y, por lo demás, sobre todo en muchos de los objetos de la cultura material, tan sólo ellos nos ofrecen la última y más segura medida para la exactitud de los datos de origen. Es notable observar que esto no ha penetrado hasta ahora de manera general, ni siquiera en los centros museales, y que todavía hay personas que aceptan sin mayor trabajo todo dato sobre origen, aun cuando esté en flagrante contradicción con la forma, considerando como hipercrítica el eventual ensayo de una determinación objetiva. Claro está que la división que aquí hacemos de los rasgos determinativos, en caracteres objetivos y en datos escritos o de palabra, sólo persigue la finalidad teórica-sistemática de posibilitar un tratamiento en conjunto de los puntos de vista que se corresponden, mientras que en la práctica ambos grupos se manifiestan entreverados de la más diversa manera. Condición previa es, naturalmente, que los dos grupos se hallen presentes, pues como se sabe no son pocos los objetos pertenecientes a colecciones etnológicas que carecen de todo dato sobre su origen. Entonces son solamente los criterios de los caracteres objetivos los que entran en acción.

En lo que respecta al objeto de la crítica, tenemos

(2) Véase Cap. II, 2.

conciencia de nuestra actividad crítica, por regla general, sólo cuando nos hallamos frente a los mencionados objetos indeterminados o cuya determinación, por una u otra causa, despierta desconfianza en nosotros. En realidad, todo fenómeno necesita del examen crítico; pues hasta la misma certeza de que aquél no ha ya menester de la crítica, debe ser obtenida sobre la base de algún criterio. De hecho, la función crítica entra en acción mucho más frecuentemente de lo que uno se da cuenta; sólo que en el especialista entendido el proceso se produce a menudo tan rápida y sencillamente, el juicio resultante aparece tan inmediato y seguro, que finalmente llega a conciencia sólo este juicio y no las consideraciones que lo han precedido. La necesidad de la crítica, visto de cerca, hiere también los fenómenos que se observan en su mismo medio; pues siempre cabe y es, hasta cierto grado, necesario el interrogante sobre si el correspondiente objeto, la danza, el cuento o lo que sea, pertenece al auténtico patrimonio cultural de la región o ha hallado su camino hasta el lugar en que ha sido observado, por influencias no genuinas. El agente capital, a este respecto, es naturalmente el europeo, con su cultura. Con todo, en los círculos etnológicos se ha concedido relativamente mucha importancia a la directa imitación de fenómenos culturales europeos y hasta se ha indiscutiblemente extremado su efecto; pues todavía falta la clara demostración de que, verbigracia, las lámparas del archipiélago de las Palaos

(³), las ballestas de los Fan (⁴) o los cascos-oruga de los Oceánicos (⁵), se deban realmente a la influencia de los descubridores europeos y a la más antigua colonización portuguesa. El hecho de su influencia es innegable; que ella puede penetrar en tribus relativamente vírgenes y hasta en su misma vida religiosa, lo muestra un ejemplo del N.O. de Australia, donde entre los moradores de la bahía Beagle, que son nómadas y se hallan en plena posesión de su cultura indígena, no solamente la forma de la cruz muestra influencias europeas, sino que también otros elementos del culto han sido introducidos en sus propias ceremonias indígenas, de las misiones católicas (⁶). Por lo tanto, esta influencia directa de la cultura europea no ha pasado desapercibida en general, pero en particular no ha siempre recibido la consideración que se merece. Conocidos son, verbigracia, los relatos bíblicos de la obra de Merker sobre los Massai, cuyo autor, si bien ha mencionado el problema de la genuinidad, lo ha investigado insuficientemente (⁷). Distinta es la situación en lo que atañe a la influencia

(³) *Guía del Museum für Völkerkunde*, de Berlín, 8ª edición, pág. 93.

(⁴) VON LUSCHAN, en la *Historia Universal* de PFLUGK-HARTUNG, tomo I, pág. 57.

(⁵) Compárese el rechazo de tal punto de vista por FOY en *Tanzobjekte vom Bismarck-Archipel, Nissan und Buka*, PEMD., XIII, pág. 6.

(⁶) Según comunica por carta a Foy el P. J. BISCHOF.

(⁷) MERKER, *Die Massai*, Berlín, 1904, pág. 260 y sig. Compárese la recensión de MEINHOF en la *ZfE.*, XXXIV, pág. 735 y

indirecta, originada por la confusión de los indígenas y de su cultura dentro de la esfera de cultura europea. Aquí, donde estaba muy en su lugar, no siempre se ha formulado el problema crítico referente al origen. En las islas del Estrecho de Torres, que son muy frecuentadas por obreros y maestros extraños, parece como si los componentes de la Expedición de Cambridge al Estrecho de Torres no hubiesen nunca temido que los datos etnográficos por ellos recogidos pudieran contener elementos extraños. E igualmente, al P. J. Meier nunca se le ocurrió pensar que los mitos del archipiélago del Almirantazgo que le contaron pudiesen contener componentes dudosos, a pesar de que sus relatores eran catecúmenos de la península de la Gacela y estaban ahí en continuo contacto con indígenas de esa y de otras regiones (8). Introducciones análogas de bienes de la cultura material pueden ser fácilmente demostradas (9). Ciertamente,

sig., así como la de ANKERMANN en *Zentralblatt für Anthropologie*, tomo X, pág. 187 y sig.

(8) *Anthropos*, III, pág. 103 y sig., 651 y sig.; IV, pág. 354 y sig.

(9) Compárese, verbigracia, HAMBRUCH, *Wuvulu und Aua*, MMVH., II, pág. 144. También el museo *Rautenstrauch-Joest*, de Colonia, recibió un venablo Maty desde Samoa. El "Museum für Völkerkunde" berlinés posee un mosqueador de Samoa cuyo mango ha sido elaborado de una flecha del Golfo Papúa, en Nueva Guinea. Comp. también A. KRAEMER, *Der Wert der Südseekeulen für Völkerbeziehungen*, en *Globus*, LXXXIV, pág. 125 y sig., donde, empero, no se resuelve el problema sobre si se trata de introducción por los europeos o arrastre por el mar.

ellas no carecen de todo valor para el problema del origen y de la índole de las relaciones culturales anteriores, y tampoco son muy raros los casos interesantes en que tales bienes de cultura se hallaban ya en cierto grado asimilados por los habitantes del lugar al ser hecha la observación. A pesar de ello, resultaría una imagen completamente falsa e inservible metodológicamente si, por ejemplo, quisiéramos atribuir al patrimonio cultural de Nueva Irlanda meridional los adornos tallados en madera de un bote de Berlinhafen que, al ser arrojado por el mar sobre aquellas costas, hubiese sido pintado de nuevo, de acuerdo con su propia técnica, por aquellos aborígenes ⁽¹⁰⁾. Son, todo eso, ejemplos en los cuales está muy en su lugar una crítica respecto del origen, a pesar de que los objetos han sido indiscutiblemente observados y recogidos entre los mismos indígenas, en su propio país. El contingente principal de los testimonios directos lo proporcionarán siempre, en cuanto atañe a la crítica, los objetos de la cultura material, pues son ellos los únicos que, aun lejos de su país de origen, pueden ser directamente estudiados sin mediación de comunicación ninguna.

§ 2. — Los criterios de la determinación se dividen, como es natural, en las mismas categorías que las falsificaciones; pues, lógicamente considerado, el problema de la autenticidad constituye solamente un caso especial de la determinación histórico-cultural. En rigor, toda fal-

(10) STEPHAN-GRAEBNER, *Neu Mecklenburg*, pág. 71.

sificación no deja de ser el producto de una cultura; sólo que no procede del medio cultural al cual pretende pertenecer. En lo que respecta a la crítica, en aquellas falsificaciones que, si bien no siempre de manera expresa, pretenden comúnmente, en razón de alguna característica formal, tener un origen más o menos determinado, será más frecuente ver que un solo criterio, una sola determinación negativa, decida la cuestión, que no cuando se trata de problemas de la determinación de piezas auténticas, en las cuales la negación de un origen determinado sólo provocará una prosecución de las investigaciones.

Por lo tanto, criterio muy importante es, aquí como en las falsificaciones, el material. La determinación del material es el capítulo de la metodología etnológica en que las ciencias naturales desempeñan su principal papel como ciencias auxiliares de nuestra disciplina. Ciertamente es que raramente se verá que una sustancia utilizada en una cultura tenga una difusión tan extremadamente local que su solo empleo ubique ya al objeto de que se trata en un distrito etnográfico determinado ⁽¹¹⁾. Pero la determinación científico-natural del material restringe a un área exactamente limitada las posibilidades de origen, dentro de la cual, luego, se puede determinar más precisamente la localidad con la ayuda de otros criterios; así,

(11) Un ejemplo de determinación casi exacta por el material (se trata de plumas de especie ornitológica determinada) es mencionado por O. RICHTER en *Über die idealen und praktischen Aufgaben der ethnographischen Museen*, *Museumskunde*, IV, pág. 98, nota 1.

verbigracia, collares o diademas elaborados con dientes de canguro, sólo podrán pertenecer a Australia o a partes de Melanesia exactamente determinadas. Por otra parte, puede ser el material quien nos proporcione la solución dentro de una extensa región señalada por otros criterios; cuando, por ejemplo, un objeto determinado no puede, por razones de su forma, proceder sino de Nueva Bretaña o de Nueva Irlanda, el eventual empleo de plumas de casuario decidirá por la primera de las nombradas regiones, ya que en Nueva Irlanda no existe el casuario (12). A veces será también posible una más precisa determinación mediante caracteres de material en la combinación de materiales diversos. Determinaciones todavía más estrictas, más precisas, a veces completamente exactas, se podrán obtener si agregamos al problema puramente científico-natural de la distribución del material, el cultural de su empleo. Pues una sustancia determinada no siempre se utiliza culturalmente allí donde ella existe, ni mucho menos para todos los fines. Dientes de *Pteropus* como adorno y dinero, me son únicamente conocidos de la parte septentrional de las islas de Salomón; las colas de cerdo como aditamentos de dinero, sólo de la Nueva Irlanda media, y escamas de pescado como adornos en

(12) Solamente en la parte más meridional de Nueva Irlanda se utilizan los cañones de plumas de casuario importadas de Nueva Bretaña. Compárese STEPHAN-GRAEBNER, l. c., pág. 38. Se deberá, naturalmente, tener siempre presente la posible existencia de tales zonas de intercambio.

vestidos, sólo del Borneo Británico (13). Es, sobre todo considerando este problema bajo el punto de vista de la utilización cultural de los diversos materiales, que el mencionado criterio del material puede llegar a ser, dentro del marco de una determinada colección cuyos orígenes son bien conocidos, de una importancia decisiva.

§ 3. — El estudio de la técnica posibilitará de una manera, por lo común más frecuente que no lo hace el estudio del material, las claras e inequívocas determinaciones. Hay, por ejemplo, una determinada técnica del trenzado que hasta hoy día es solamente conocida de la región del Ucayali, en Suramérica (14); una manera determinada de la forja de puntas de flechas, que tiene como consecuencia una cierta gradación a manera de terrazas que parten de la línea media y van hacia el borde derecho, lo es, en cuanto alcanzan mis conocimientos, sólo del Camerón meridional y las regiones vecinas. Idénticamente, la perforación de valvas de moluscos mediante el perforador hueco de bambú se realiza, de acuerdo con nuestros actuales conocimientos, sólo en Halmahera (15) y en Berlinhafen (16); mientras

(13) Comparar, verbigracia, a F. KRAUSE en *JbMVL.*, I, pág. 154 y sig. LING ROTH, *Natives of Sarawak*, tomo II, pág. 101.

(14) MAX SCHMIDT, *Besondere Geflechtsart der Indianer im Ucayaligebiet*, *AfA.*, N.F., VI, pág. 270 y sig.

(15) Existe un ejemplar de perforador hueco en bambú en el museo de Berlín.

(16) BIRÓ, *Ethnogr. Sammlungen des Ungarischen Nationalmuseums*, I, lámina 5. PARKINSON, en *IAE.*, VII, pág. 89.

que el procedimiento de la sierra en la fabricación de anillos de valvas de moluscos existe sólo en el archipiélago de Salomón (17). Sabido es que las más diversas variantes del trabajo en barniz y de la elaboración y ornamentación de los productos de la fundición amarilla son características, cada una de ellas, de determinados sectores de las altas culturas asiáticas. Claro está que la existencia de una técnica determinada depende mucho menos de las condiciones naturales del medio, que lo que sucede con el empleo de un material determinado; en cambio, depende mucho más de la situación cultural y, sobre todo, se halla también determinada por afinidades de cultura. Así la sujeción con un mástique, aun sin ayuda de atadura, pertenece a las características de la cultura australiana (18). La técnica del dibujo en los textiles, conocida por batica, se halla limitada a la India y a las regiones de Indonesia, intensamente influenciadas por aquélla (19). Las diversas formas técnicas de la canastería no aparecen entremezcladas en parte alguna del globo, sino que tanto en América, en Africa como en Oceanía poseen su distribución característica que en cada caso va unida, de manera inequívoca, con un gran número de otros fenómenos culturales (20). Estos casos, que fácil-

(17) RIBBE, *Zwei Jahre unter den Kannibalen der Salomo-Inseln*, pág. 292 y sig.

(18) Comp. FOY, *Eine alte Verzierungsart*, *Ethnologica*, I, pág. 262 y sig.

(19) MEYER y RICHTER, en *ABMD.*, X, N° 6, pág. 30.

(20) Compárese, verbigracia, GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 760, 780, 1001, 1011, 1015, 1020.

mente pudieran aumentarse, muestran claramente que la existencia de cada una de las técnicas está unida a la existencia de determinadas formas de cultura. De este conocimiento derivan, a su vez otros que, empero, presuponen evidentemente un trabajo de índole combinatoria que rebasa en mucho la crítica. Es éste uno de los casos que demuestran que la delimitación formal de las funciones metódicas, y especialmente la sucesión de ellas, tiene sólo una importancia relativa, y que en la práctica, la crítica y la concepción se hallan en la más íntima y fructífera relación una con otra.

§ 4. — Naturalmente que esto tiene también valor, y tal vez en una mayor medida, en cuanto se refiere al tercer y más capital criterio, al de la forma. Es el criterio de mayor importancia, por ser en muchos casos absolutamente inequívoco, mucho más frecuentemente que no lo son los otros. Una armadura japonesa, un hacha de los Basonge, un taparrabos de Sumba, un escudo del Golfo Papúa, en Nueva Guinea, un yelmo con plumas de Hawái, un sonajero de danzar del noroeste de América, una maza cuadrada de la Guayana y numerosas otras cosas se pueden siempre identificar a primera vista basándose comúnmente en su forma. Tomado en su más lato sentido, el criterio de la forma abarca, por lo demás, no solamente la diferenciación de cada una de las formas de un mismo grupo de objetos, sino también la distinción de los mismos grupos, ya que, objetivamente considerado, la lanza y la macana, el escudo y el tambor, sólo por su sola forma se diferencian

uno de otro. La solución del problema referente a la distribución en el espacio de un determinado grupo de objetos, verbigracia del propulsor, nos dará en muchos casos la primera y más lata delimitación de las posibilidades de origen de una pieza. Ciertamente, en la inmensa mayoría de las cosas, será esa una delimitación muy extensa y muy imprecisa, que cuenta, además, con una cierta plenitud en nuestros conocimientos que a menudo no existe. Por lo tanto, la decisión propiamente dicha será dada, en casi todos los casos, por los caracteres formales en sentido estricto que, como se ha notado antes, son frecuentemente inequívocos a simple vista y quedan limitados a áreas de dispersión mucho más pequeñas que no la de los grupos de objetos. Para decirlo con un ejemplo: si excluimos determinadas regiones, relativamente pequeñas, veremos que el remo en cualquiera de sus formas es conocido en todo el mundo. Pero las formas de remo con una especie de muleta en la extremidad del mango tienen ya una dispersión bien delimitada en todos los continentes. Esta delimitada distribución queda aún más restringida al tratarse de un grupo de formas con hoja escotada y cuya mayor anchura pertenece al tercio inferior. Luego, de acuerdo con el grado de escotadura, la relación entre el largo y el ancho, etc., resultan formas especialísimas, limitadas cada una de ellas a un área estrictamente circunscripta, cual en Suramérica la del río Negro ⁽²¹⁾.

(21) GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 763, 1003, 1016.

Los caracteres de determinación propiamente formales se dividen, en lo esencial, en dos grupos, o sea en el de caracteres de la forma externa, de los cuales se trata en los ejemplos citados de formas de remo, y en el de elementos ornamentales; sin embargo, en los casos de recia transformación plástica de las mismas partes ornamentales, no siempre será posible una separación neta. Claro está que los componentes ornamentales no se hallan, ni de lejos, en todos los objetos. Pero allí donde existen favorecen extremadamente la determinación, y hasta podría decirse que un objeto con mucha ornamentación puede, por regla general, ser inequívocamente determinado. Pues aún en el caso de que el trazo de líneas de dos ornamentos, verbigracia de dos cintas en espiral, una del río Augusta y del distrito de Massim la otra, ambas de Nueva Guinea ⁽²²⁾, deje la impresión de una casi identidad en el observador poco práctico, las variaciones en la coloración, y para el ojo del especialista también ciertas particularidades del relleno en los ángulos, del trazo de las espirales y otras, muestran claramente la diferencia de estilo. Con ello hemos llegado a un concepto especialmente importante para la determinación formal: el del estilo. La mayor parte de los problemas, y los más difíciles, de la determinación, no

La designación de "Alto Amazonas" para este tipo debe ser reemplazada por la de "Río Negro", de acuerdo con KOCH-GRÜNBERG, *Zwei Jahre unter den Indianern*, tomo II, pág. 267

(22) Comparar PREUSS, en IAE., XI, lámina VIII. HADDON, *Decorative Art of British New Guinea*, pág. 190, fig. 64 y otras.

se referirán a aquellos grupos de formas que se manifiestan de manera inconfundible por grandes y marcadas diferencias, sino a aquellos otros en que formas aproximadamente iguales son conocidas de distintas regiones o son, cuando menos, posibles. Esto vale para los ornamentos y, generalmente en un grado mayor, también para los caracteres de la forma externa, que difícilmente poseerá en ningún grupo de objetos un tal margen de variación cual lo posee la ornamentación. En tales casos, una segura determinación exigirá no solamente extensos conocimientos y una captación intelectual de ciertos elementos formales y de su composición, sino que también será frecuentemente necesaria una fina comprensión de la forma y sentimiento de estilo. Recuerdo perfectamente un caso en que un buen conocedor de la etnografía melanesia atribuía con gran energía al grupo del Almirantazgo un recipiente en madera, basándose en un determinado rasgo exterior del objeto, a pesar de que por su forma característica, determinada por la relación de la curva de su parte externa e interna, pertenecía claramente al distrito de Massim, en Nueva Guinea, dejándose convencer sólo cuando se descubrió casualmente, en el objeto, un ornamento típico del mencionado distrito. Casos como éste nos inducen a utilizar con sumo cuidado los signos aislados y a estudiar con ahinco la íntima relación formal como criterio decisivo estilístico. En las íntimas relaciones de forma y, cuando existe, en el ornamento, es donde se expresa de la más clara manera la particularidad psíquica, la individualidad de la unidad

étnica. Pero también en ellas reside a un tiempo la razón del por qué estas particularidades no pueden siempre ser captadas fácilmente por la inteligencia analizante, sino que frecuentemente tiene uno que penetrar antes en ellas con el sentimiento. Una vez que guiados por el material inequívocamente determinado que le sirve de base, hayamos dado con el auténtico sentimiento del estilo, no nos será difícil a posteriori, hallar también los caracteres objetivos sobre los cuales se funda la impresión sentimental (23). Para la segura determinación es natural que aquéllos deban ineludiblemente ser establecidos, pues el sentimiento subjetivo del estilo carece, a pesar de toda su certeza, del criterio objetivo de la verdad. Si bien para los fines administrativos, o para demostración a los visitantes de los museos, puede uno a veces contentarse con una mayor o menor probabilidad, como fundamento de la labor científica es indispensable que las positivas determinaciones sean hechas sobre la base de caracteres seguros.

§ 5. — Ya anteriormente se ha hecho notar que la crítica de los testimonios directos trata, en lo capital, de los objetos materiales, pero que también le están sometidos aquellos datos de la cultura espiritual que enfrentan al investigador como testimonios directos en el mismo lugar de su manifestación. Para este grupo de fenómenos están naturalmente fuera de lugar los criterios

(23) Como en el caso antes mencionado, la curvatura de la parte externa e interna del objeto. Un ejemplo de determinaciones elaboradas con el procedimiento citado en FOY, *Schwetter von der Celebes-See*, PEMD., XII, especialmente, pág. 4 y sig.

de material y de técnica, permaneciendo, empero, los de forma y contenido, que en esencia serán manejados de la misma manera que en los objetos materiales. También los mitos, danzas, etc., se caracterizan, en toda área de cultura, por determinados motivos, ritmos, movimientos, etc., que los penetran ⁽²⁴⁾, y cuyo dominio posibilitará en muchos casos el descubrimiento de partículas extrañas, sobre todo cuando estos componentes se hallan implantados de manera inorgánica o inarmónica, dentro de un todo estilísticamente armonioso. Ciertamente, aquí será necesaria una medida de conocimiento de forma y de sentimiento de estilo mucho mayor que la necesaria en la determinación de objetos. Junto a su valoración dentro del marco del área de observación, aparece también aquí como segundo factor de importancia, la comparación con los fenómenos correspondientes de otras regiones. Aquellas marcadas coincidencias que llegan hasta la identidad y que rebasan, de manera inequívoca, lo que debe esperarse de acuerdo con el parentesco cultural (o un eventual origen autónomo), hallándose en oposición con el general estado de cultura de las dos áreas, sugieren de la más intensa manera la existencia de modernos préstamos. Donde los dos factores hasta ahora tratados conducen a un mismo juicio, la probabilidad será preponderante. A pesar de ello, para esclarecer cabalmente la

(24) Ejemplos en EHRENREICH, *Mythen und Legenden der südamerikanischen Urvölker*, pág. 60 y sig. HAGEN, *Unter den Papuas*, pág. 272 y sig.

situación habrá menester no solamente de una demostración de que ambas áreas no mantienen genuinas relaciones una con otra, sino que también se deberá establecer el modo y manera, o el camino, por donde ha sido posible la introducción ⁽²⁵⁾. Claro está que también aquí, al igual que en las falsificaciones, el grado sumo de seguridad lo constituye la fijación real de la importación, digamos, por testimonio fehaciente de los indígenas.

Para la determinación en el tiempo de testimonios directos —naturalmente, sólo tratándose de objetos materiales— hay un criterio especial únicamente en su eventual colocación entre capas de edad diversa determinable geológicamente o según las circunstancias locales del yacimiento. Por lo demás, los criterios de determinación en el tiempo concuerdan exactamente con los de la determinación en el espacio.

CRITICA DE LAS RELACIONES

A. CRÍTICA EXTERNA.

§ 1. — Mientras que la crítica de los testimonios directos en su forma capital de la determinación del objeto es una ocupación diaria y corriente de la mayoría de los etnólogos, al menos de aquellos instruídos en la

⁽²⁵⁾ Compárese cap. II, 2 B, § 1.

práctica de museo, no sucede lo propio con la segunda esfera principal de la crítica: la de las relaciones. Por relación entendemos aquí todos los datos escritos o verbales sobre el hecho etnológico, es decir que consideramos como relación no sólo al grupo principal de las que tratan de viajes y exploraciones, sino también los datos aislados que vienen agregados a las colecciones o a los objetos, sin olvidar las tradiciones escritas o verbales de los mismos aborígenes.

En la crítica de estos grupos de fuentes el problema de la autenticidad queda relegado notablemente a un segundo plano. Hasta se podría decir que una relación no puede ser falsificada como tal, sino solamente en su calidad de testimonio directo. Y en efecto, tales fenómenos no deberían ser tratados, en lo que se refiere a la seguridad de los datos por ellos dados, metodológicamente de ninguna otra manera que la que sirve para las otras relaciones no falsificadas. El asunto es de poco interés para la etnología, porque estos fenómenos faltan, felizmente, casi en forma completa en ella. Una cierta afinidad externa con ellos poseen las novelas etnológicas o de viajes, cuyo principal desarrollo han encontrado, como no se ignora, en tierras americanas, pero que tampoco faltan en otros continentes, ni en la misma Oceanía (1). Éstas no carecen de todo interés para nuestra dis-

(1) Compárese, verbigracia, *Histoire des Sevarambes, Peuples qui habitent une partie du troisieme continent communément, appelé la Terre Australe*, Nouv. éd., Amsterdam, E. ROGER, 1716. Para Africa, por ejemplo, las *Mémoires de Gaudentio di Lucca, où il rend*

ciplina, aunque naturalmente no constituyen un objeto de la crítica científica, ya que si bien pueden utilizar, en el mejor de los casos, material etnográfico, no pueden pretender contener datos objetivos, independientes. Por lo general no serán posibles las dudas sobre el carácter novelesco de un escrito; en caso contrario, también ellos están sujetos al análisis crítico común.

No mayor es la importancia del papel que desempeñan en etnología los problemas referentes a tiempo y lugar del origen y a la paternidad de las relaciones etnológicas. Los interrogantes de esta índole que pudieran suscitarse están sujetos a los principios generales de la determinación histórico-literaria —en sentido lato, incluso criterios filológicos, paleográficos y otros—, pero cuya consideración rebasaría el marco de una metodología específicamente etnológica (2).

§ 2. — De una importancia mucho más considerable es el problema referente a una posible situación de dependencia de distintas relaciones una con otra. De su solución depende, hasta cierto punto no solamente el juicio respecto del grado de fe que nos merece un infor-

compte auz Pères de l'Inquisition de Bologne qui l'ont fait arrêter, de tout ce qui lui est arrivé de plus remarquable dans sa vie et où il les instruit d'un pays inconnu, situé au milieu des vastes déserts de l'Afrique, dont les habitants sont aussi anciens, aussi nombreux, et aussi civilisés que les Chinois. Avec l'Histoire de leur Origine, de leur Religion, de leur Coutumes, leur Police, etc., 1746.

(2) Compárese, BERNHEIM, pág. 391 y sig.

mante, de lo cual trataremos luego ⁽³⁾, sino ante todo también el juicio sobre la exactitud del fenómeno mismo que nos comunica. *Ceteris paribus*, una fuente literaria será tanto más verdadera cuanto más derive de la observación directa. Luego, es natural que un dato determinado será más fehaciente si nos es referido por varias relaciones que si lo es por una sola, siempre en la suposición de que estas relaciones sean independientes una de otra. De igual manera, el hecho que nos es referido de un mismo lugar, pero en épocas distintas, es de suma importancia histórico-cultural, siempre en el supuesto de que los testimonios posteriores descansen también sobre un conocimiento directo y no se deriven de la información primera, cual sucede, verbigracia, con datos de Ptolomeo y de los geógrafos arábigos, que hallaron sin obstáculo alguno su camino en las obras medievales y hasta en obras recientes del occidente ⁽⁴⁾.

Entre las fuentes indígenas pertenecientes a esta categoría, hay también que mencionar las ideografías mejicanas. Seler ha demostrado que los códices Borgia, Vaticanus B, Boloña, Fejérváry, el código Laud, el Viennensis, los de la colección Bodley, la segunda parte del código Telleriano-Remensis y las primeras láminas del Vaticanus A, constituyen una parentela estrechamente relacionada, cuyas partes no solamente son de un conte-

(3) Cap. II, 3 B, § 1 y 2.

(4) Respecto de esto, véase BERNHEIM, pág. 521 y sig., 525 y sig.

nido generalmente similar, sino que reproducen un limitado número de exposiciones en una misma sucesión e idéntica concepción. El códice Vaticanus A es una copia directa del Telleriano-Remensis (5). Un ancho campo de investigaciones genealógicas de esta índole nos es ofrecido por las relaciones europeas. Por ejemplo, mencionaremos en seguida los trabajos españoles sobre la historia de Méjico, en los cuales, como me escribe el profesor Seler, "es posible seguir ciertas exposiciones de Motolinia y otra fuente no identificable del todo, pasando por Mendieta y Torquemada, a través de todos los autores posteriores" (6). Similar es la situación en lo que se refiere a las demás regiones del globo. Ling Roth establece en lo que respecta a las fuentes más antiguas para el conocimiento de Benin y del resto del occidente africano, que García de Rezende y Joao de Barros reposan en Ruy de Pina, y que muchos datos del siglo XVIII y principios del XIX derivan, con mayor o menor seguridad de la relación de Dapper (7). Una no disimulada compilación de las más distintas fuentes es el "Voyage pittoresque autour du Monde", de Dumont d'Urville, sin que por ello esté claramente indicado el origen de cada uno de los datos, o que pueda fácil-

(5) SELER, *Der Codex Borgia und die verwandten aztekischen Bilderschriften*, ZfE., XIX, pág. 105 y sig.

(6) Carta del 1º de diciembre de 1909. Comp. LEHMANN, *Ergebnisse und Aufgaben der mexikanistischen Forschung*, AFA., N.F., VI, pág. 124.

(7) LING ROTH, *Great Benin*, pág. 1 y sig.

mente ser identificado. En "Voyages dans les deux Océans", de Delessert, tenemos que especialmente las reproducciones de armas y utensilios de los isleños de Oceanía, han sido reunidas tomándolas sencillamente de las obras de Eyre, Duperrey, Dumont d'Urville, Müller y otras, y se les ha puesto nuevas leyendas de carácter general o completamente erróneas (8). Un grupo de fuentes interesantes es el que constituyen las derivaciones del libro de navegación llevado por Le Maire durante su viaje. Primeramente lo publicó von Schouten, en cuyas manos viniera a caer por una serie de circunstancias, falsamente bajo su nombre y no sin modificaciones, luego hizo lo propio el mismo Le Maire, y, finalmente, Joris van Spilbergen. Todavía Dalrymple y Burney tenían a Schouten por el autor y a Le Maire por el plagiador, y solamente después de una detenida crítica pudo establecerse la verdadera, inversa, situación. Resulta, empero, que tanto la relación de Le Maire como la de Spilbergen no son meras copias del texto original, sino que se hallan completadas con noticias suministradas por otros participantes en el viaje (9). Que ni siquiera en los más modernos productos literarios se puede siempre prescindir del análisis de sus conexiones, tal vez sea prueba de ello el trabajo de Parkinson sobre la sección de Berlinhanfen (10), y el otro de Erdweg sobre los

(8) Especialmente en las págs. 132 y 191.

(9) Comp. WICHMANN, *Entdeckungsgeschichte von Neuguinea*, I (Nova Guinea, I), pág. 60 y sig.

(10) IAE., XIII, pág. 18 y sig.

Tumleo ⁽¹¹⁾. La relación de Parkinson apareció dos años antes del trabajo de Erdweg; ambas obras muestran a grandes trechos concordancia textual, sólo que Parkinson relaciona con el distrito etnográfico entero lo que Erdweg limita a los Tumleo ⁽¹²⁾. La fuente original, cual resulta no solamente de la situación general, sino también de una detenida comparación, no es, a pesar de la prioridad de la publicación, el trabajo de Parkinson, sino el de Erdweg; el primero agrega también en forma general haber recibido toda clase de facilidades de parte de los misioneros, pero calla el hecho de que recibió de ellos un manuscrito terminado y que en parte lo utilizó textualmente. Estos pocos ejemplos, entresacados de muchos, nos darán un concepto de cuán propicia a las investigaciones de fuentes es la etnología. Que yo sepa, hasta ahora no se ha trabajado sistemáticamente en ello en parte alguna, y el examen de las relaciones de Le Maire y Schouten, así como de otros trabajos afines, ha sido realizado por geógrafos e historiadores de los descubrimientos, y no por etnólogos. Y sin embargo toda disciplina histórica, y por ende la etnología, se halla, en el aspecto crítico, en una situación de ingenuidad hasta que se incorpora a ella esta rama de la crítica de fuentes, y hasta que llegue este momento siempre sucederá de nuevo que distintas relaciones de una misma familia de fuentes serán —tal vez con la única excepción

(11) MAGW., XXXII, pág. 274 y sig., 317 y sig.

(12) Comp. la nota de W. SCHMIDT, en *Erdweg*, pág. 274.

del estricto especialista— citadas y valoradas como comprobantes independientes. Pues sólo el especialista está en situación de dominar las fuentes correspondientes a su esfera, de manera que en cada caso puede realizar independientemente las necesarias reducciones.

§ 3. — Es, de nuevo, asunto que incumbe a la metodología histórica general el tratar detalladamente los criterios de dependencia y de parentesco ⁽¹³⁾. Visto de una manera general, la igualdad de contenido en sí, sólo será indicio seguro de préstamo, cuando este contenido muestre una limitación característica, cuando, verbigracia, de las costumbres religiosas de un pueblo, las fuentes correspondientes nos relaten de manera uniforme sólo una determinada selección de ellas, o únicamente ciertas partes de una determinada ceremonia, siempre en el supuesto, como es lógico, de que la limitación no resida en la esencia misma de la cosa, cual sucede, por ejemplo, con las ceremonias de iniciación australianas, en que los europeos, que no son considerados por los indígenas como iniciados, por lo común pueden presenciar sólo determinadas partes, no muy secretas, de ellas ⁽¹⁴⁾. En sentido general será, pues, seguro indicio, la concordancia formal, como, por ejemplo, una idéntica agrupación del material, la misma precisión en los detalles y otros por

(13) BERNHEIM, pág. 411.

(14) Compárese, verbigracia, C. HODGKINSON, *Australia from Port Macquarie to Moreton Bay*, pág. 231. J. HENDERSON, *Observations on the Colonies of New South Wales and Van Diemens Land*, pág. 145 y sig.

el estilo. Aún más irreprochable será la demostración de identidad de fuentes mediante la revelación de coincidencias textuales o de concordancias en faltas u errores, en tanto que ellos no estén dados necesaria o probablemente por la misma ideología de los autores. También los errores de una fuente sola a menudo sólo se explican por la mala comprensión del texto de otra fuente. En este caso, con el hecho mismo nos es también dado el modo de parentesco. En otros casos es la relación temporal de las fuentes la que nos ofrece un asidero; que ella no es infalible nos lo muestra el ejemplo citado de Parkinson y Erdweg. Tampoco podemos conocer por ella el caso de una misma dependencia de una fuente común. Entonces serán el grado de coincidencia textual y formal, así como los datos biográficos, posición, etc. de los autores, los que nos darán la medida. Finalmente, uno de los más importantes criterios reside en la conexión orgánica en que los datos de referencia se hallan entre sí o con el restante contenido de la fuente.

Otro caso especial, de poca importancia para la etnología, lo constituyen los problemas de recensión y edición, esto es, las diversas redacciones de una misma obra o, en un lato sentido, también de diversas obras del mismo autor relacionadas por su contenido ⁽¹⁵⁾. En autores modernos la situación es generalmente clara. De los problemas de la literatura etnológica antigua citemos solamente el referente a la relación en que se

(15) BERNHEIM, pág. 447 y sig.

hallan las formas mejicana y española de la obra "Historia universal de las cosas de Nueva España", de Sahagún ⁽¹⁶⁾, a la que recientemente ha venido a agregarse el manuscrito descubierto en Roma por W. Schmidt, el cual sólo contiene una parte de la obra total con redacción parcialmente modificada ⁽¹⁷⁾.

Naturalmente, el hecho de la dependencia de fuentes no se limita a la derivación de otras fuentes literarias conocidas. Precisamente en la bibliografía etnológica hay exposiciones enteras, o partes de ellas, que a menudo no derivan de la propia observación, sino de relaciones ajenas, orales o que son inéditas. Por ejemplo, acaece a menudo que en las colecciones que nos llegan o en las notas que las acompañan, el que las trae no ha reunido por sí mismo más que una parte, y el resto lo ha adquirido secundariamente de diversos lugares. Cuando en tales casos el mismo comunicante no da a conocer sus fuentes o, al menos las partes de su exposición o noticias que ha tomado de otros, —en las colecciones nos ofrece alguna luz la eventual existencia de etiquetas originales—, entonces se podrán sacar conclusiones solamente de los datos biográficos, verbigracia del conocido itinerario de un viaje, así como de las eventuales incongruencias formales en la exposición o redacción de las notas.

⁽¹⁶⁾ Comp. W. LEHMANN, en *AFA.*, N.F., VI, pág. 121

⁽¹⁷⁾ P. W. SCHMIDT, en *Anthropos*, I, pág. 302 y sig.

B. CRÍTICA INTERNA.

§ 1. — De una importancia tal vez mayor para una exacta interpretación de los datos etnológicos, pero descuidada por la joven disciplina en la misma forma que el fijar las relaciones externas de las fuentes, es la crítica interna propiamente dicha (1). No se trata solamente de saber si un autor ha bebido en la propia observación o en fuentes extrañas, sino más bien de establecer la manera en que ha observado y cómo reproduce los frutos de su observación o de sus lecturas. Si en alguna parte puede verse falta de estudios independientes de crítica de fuentes, será seguramente en nuestra disciplina. No sólo en los trabajos etnológicos se ven frecuentemente citadas fuentes de primera y última calidad en yuxtaposición equivalente (2), sino, lo que es aún más grave, que se ejerce efectivamente crítica de fuentes, pero esta crítica carece de método y de objetividad, y se apoya ya sea en los puntos de vista subjetivos del operador

(1) Ver BERNHEIM, pág. 464.

(2) Típico ejemplo de una compilación carente de toda crítica es, por ejemplo, la vieja obra monstruosa de Schoolcraft, *History, Conditions and Prospects on the Indian Tribes of the United States*, 1851-57. Naturalmente que tampoco se puede considerar esta obra ejemplo de la nueva etnología científica. Muy otro es el caso cuando un libro así y otras colecciones de material por el estilo, como, verbigracia, CURR, *Australian Race*, son utilizados como

(³), ya en imprecisiones cuya magnitud no ha sido bien examinada. De esta última manera, por ejemplo, una de nuestras mejores fuentes antiguas sobre Nueva Guinea, "Wanderings in a wild Country", de Powell, ha sido tenida en descrédito durante mucho tiempo debido a

fuentes homogéneas por etnólogos modernos, cual sucede, por ejemplo, con el libro de WESTERMARCK, *Historia del matrimonio humano*. Aunque aceptemos la objeción de que en un extenso trabajo como el contenido en *Golden Bough*, de FRAZER, o en los escritos de A. LANG no sea posible una intensa crítica de detalle de las fuentes y por lo tanto no se pueda hacer cargos al autor por su descuido, tampoco es posible hacer una virtud de la necesidad (cual hace WESTERMARCK en su pág. XXXII) declarando la falta de crítica como inevitable, y sostener que la utilización extensiva de fuentes pueda suplir la crítica. Esto es naturalmente un *nonsens* absoluto. Lo referido puede a lo sumo demostrar la necesidad de trabajos independientes de crítica, en etnología.

(³) Ejemplo clásico de ello puede ahora ser considerado el libro del P. W. SCHMIDT, *Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschichte des Menschen*, en el cual a todo dato que no concuerda con la teoría por él sustentada se le pone un signo de interrogación, a veces sin siquiera tratar de fundar la duda. Compárese, por ejemplo, la pág. 173, en donde se dice ser "seguramente falso" el que tribus aisladas de bosquimanes no conozcan impedimento alguno a las uniones entre padres, niños o hermanos (¿de dónde sabe el autor eso?), o la pág. 197, en donde se pone en descrédito el expreso dato negativo de sus propios informantes principales, de que en las Andamanes no existe ningún culto a Dios, mediante la insuficiente objeción de ser posible una mala información. Otras críticas deficientes, en las pág. 143, 148, 156, 159, 164 y 175.

Parkinson (4), y de la misma manera W. Schmidt ha tratado recientemente de colocar en posición de dudosa autenticidad un importante complejo de datos contenidos en la obra de Howitt, "Native Tribes of South East Australia" (5). Para una crítica sana es necesario un penetrante adiestramiento metodológico, y de él carecemos casi absolutamente en etnología. Tampoco es suficiente, basándonos en determinadas observaciones, otorgar o negar a un autor el carácter de fidedigno. La investigación etnológica tendrá pocos autores más gentiles que, verbigracia, Cook y Forster, y a pesar de ello hoy día, a muchos de sus datos, sólo podremos concederles un valor de fuente muy condicionado.

§ 2. — Primer requisito de todo examen de autenticidad de una fuente es tener clara conciencia del alcance de las razones determinantes de nuestro juicio. Si en un autor hallamos una falta evidenciable, se entiende de suyo que allí donde hay una puede haber dos, sin que

(4) PARKINSON, *Im Bismarck-Archipel*, pág. 58. Comp. al respecto FOY, en PARKINSON-FOY, *Die Volksstämme Neupommerns*, (ABMD., Festschrift 1899, N° 5), pág. 6; así como FOY *Zur Ethnographie von Neu-Pommern*, *Globus*, LXXIX, pág. 97.

(5) P. W. SCHMIDT, *Die soziologische und religiös-ethische Gruppierung der australischen Stämme*, *ZfE.*, XLI, pág. 329 y sig. Además, del mismo autor, *Die soziologischen Verhältnisse der südostaustralischen Stämme*, en *Globus*, XCVII, pág. 158 y sig., 173 y sig. En contra: GRAEBNER, *Zur australischen Religionsgeschichte*, *Globus*, XCVI, pág. 341 y sig., y *Noch einmal P. W. Schmidt und die südostaustralische Kulturgeschichte*, en *Globus*, XCVII, pág. 362 y sig.

por ello, empero, haya razón suficiente como para desechar completamente al autor. Pocos serán los autores, por exactos que ellos sean, que no hayan nunca sufrido un lapsus. La cosa ya es distinta cuando son varios los datos falsos o inexactos que deben su origen a una carencia de aptitud de observación, a la mala memoria, o a una falta de cuidado al fijar las observaciones (6). Por desgracia, aún frente a fuentes de capital importancia, nos hallamos a veces en una tal situación. Un ejemplo: entre las más ricas fuentes etnográficas de la Melanesia septentrional cuentan los escritos de Parkinson. Sin embargo, en ellos podemos establecer no solamente una gran incuria en la señalación de sus fuentes, sino también en su utilización —él generaliza, verbigracia, los datos de Erdweg sobre los Tumleo, a todo el distrito de Berlinhafen (7)—, así como múltiples inexactitudes, faltas y contradicciones en los datos; por ejemplo en lo referente a los grupos exógamos de las islas del Almirantazgo y Nueva Irlanda, o en cuanto a las formas de tambor y lanza de las mismas islas (8). Tampoco aquí, de la existencia de tales tachas, podremos sacar en conclusión que los otros datos que no pueden comprobarse tengan necesariamente que ser falsos o inexactos; por otra parte, tampoco podrán ser considerados como datos absoluta-

(6) Una buena medida del cuidado puesto en el trabajo nos lo da la manera en que eventuales trabajos previos hayan sido utilizados.

(7) Véase arriba, capítulo II, 3 A, § 2.

(8) Compárese mi recensión en *Zentralblatt für Anthropologie*, XIII, pág. 102 y sig.

mente seguros en tanto que ellos no sean corroborados por otro material.

§ 3. — Una tal calidad general de autenticidad, aunque naturalmente todavía distinta por el grado, o una carencia absoluta de ella, sólo podrá establecerse de una determinada parte, tal vez no muy grande, de casos. De todos modos, en cada ocasión habrá que examinar detenidamente si las faltas que se puedan comprobar estriban realmente en las mencionadas causas generales o más bien existen fuentes de error específicas que influyen solamente sobre una parte de los datos y dejan intactos los otros. Powell, a quien citáramos antes, no es en manera alguna lo que se llama una cabeza crítica, y es muy factible que se haya creído alguno que otro infundio ⁽⁹⁾. Sin embargo, los datos que él comunica pueden, en general, ser considerados como de buena observación. En cambio, los grabados que ilustran su obra son en su mayoría muy malos y en parte absolutamente falsos. Evidentemente no era él un gran dibujante, y los grabados han sido hechos, al menos en parte, de acuerdo con sus esbozos, a veces según las piezas de su colección, aunque no siempre las auténticas, y hasta seguramente por sólo sus descripciones ⁽¹⁰⁾. La misma situación tenemos en

⁽⁹⁾ Como el relatado en la pág. 166 de su libro, referente a la colocación de dientes postizos.

⁽¹⁰⁾ Sobre todo en las páginas 109 y 178, así como la empuñadura del escudo en la pág. 110. El pendiente de la pág. 111 (pretensamente de la Spacious Bay) es un adorno pectoral de la Nueva Guinea Británica (Golfo Papúa).

la obra de Eyre sobre Australia meridional, en la que los grabados están también dibujados en una forma que los hace en parte completamente incognoscibles ⁽¹¹⁾; aquí los dibujos originales eran sin duda mucho mejores que los de Powell, pero ellos han sido evidentemente grabados sin el control de una persona entendida. Son estas razones externas para la infidelidad de una parte exactamente limitada de los datos, razones que, vistas de cerca, debieran figurar en el capítulo de parentesco de fuentes, sobre todo entre los problemas de recensión y edición ⁽¹²⁾. Más frecuentes y de mayor importancia son las fuentes de error radicadas en la persona misma del autor. La más transparente de todas es la intención de perseguir un fin determinado, verbigracia cuando Quirós, cuya fidedignidad no es por demás muy grande, incita a las autoridades españolas a poblar las regiones por él descubiertas —en primera línea la isla Espiritu Santo del grupo de las Nuevas Hébridas— y a ese efecto dice existir allí todas las riquezas posibles y hasta ganado ⁽¹³⁾; o cuando, al contrario, los conquistadores de un país hacen aparecer el carácter y, en ciertas circunstancias, la cultura de los indígenas bajo el peor aspecto posible —caso éste que no es precisamente raro en la historia de la colonización—, todo ello para justificar su propio

(11) EYRE, *Journal of Expeditions of Discovery into Central Australia*, especialmente II, lámina II, 5 y 10.

(12) Cap. II, 3 A, § 3.

(13) DALRYMPLE, *An historical collection of the Several Voyages and Discoveries in the South Pacific Ocean*, II, pág. 166 y sig.

modo de proceder. Con esto, no siempre será necesario que se trate de un engaño consciente, y en Quirós lo es seguramente sólo en parte, sino que frecuentemente parece estar en juego más bien una autosugestión o también una sugestión colectiva. Pero, sea ello como fuere, el juicio de infidelidad no debe extenderse a otra cosa fuera de los fines e intenciones del autor que hayan podido influir sus datos.

§ 4. — Más frecuentemente se nota, y ello es de mayor importancia aun, el influjo que el círculo de representaciones de un hombre, determinadas por una congénita inclinación, por la educación o por la costumbre, ejerce sobre la índole y la orientación de sus observaciones. Por ejemplo, un espíritu inclinado a lo extraordinario y maravilloso tenderá a una concepción fantástica de lo que él ha visto, y todos sus datos que se hallen en esta dirección deberán ser acogidos con cuidado. De la misma manera, un observador de tendencia racionalista caerá fácilmente del otro lado cuando, verbigracia, al tratar de los hechiceros de una región cualquiera, los califica sencillamente de tramposos y prestidigitadores ⁽¹⁴⁾. Influencias de importancia suma son, además, las de la época y de la profesión. Típicos de la primera categoría son las relaciones de viajes de la segunda mitad del siglo XVIII, con su tendencia

(14) Concepción ésta representada de una manera directamente grotesca por GOLDSTEIN. Comp., por ejemplo *Globus*, XCVI, pág., 79 y sig.

roussoniana a descubrir el ideal de la prístina cultura humana entre los pueblos primitivos ⁽¹⁵⁾. La diversidad de las profesiones actúa en un sentido positivo o negativo. En un sentido positivo en cuanto cada uno naturalmente otorga interés preponderante a los fenómenos que caen dentro de la esfera de su profesión. El navegante será, *ceteris paribus*, el que mejor nos informe respecto de la construcción de embarcaciones y de la navegación, el jurista sobre derecho y sociedad, el teólogo y misionero sobre la situación religiosa. De otra parte, el peligro de la educación profesional reside en que el observador no alcanza a rebasar los límites impuestos por los conceptos acostumbrados, adquiridos en su educación, y que, o bien tiende a comprender todo lo que ve de acuerdo con lo que él conoce, o es incapaz de hacer justicia a la situación indígena. En el primero de estos errores caerán fácilmente los juristas, lo que puede notarse en la totalidad del derecho comparado ⁽¹⁶⁾, mientras que en el segundo se enredan de manera relativamente fácil los misioneros; y aunque pocos de

(15) Como tipo pueden servir las *Observaciones sobre un viaje alrededor del mundo*, de J. R. FORSTER.

(16) Un excelente ejemplo de este formalismo se halla en STEINMETZ, *Rechtsverhältnisse in Afrika und Ozeanien*, pág. 13, donde bajo la rúbrica "Derechos sobre bienes muebles", se formula la interrogación siguiente: "¿Qué objetos deben ser considerados como bienes muebles? ¿También las casas?". Ahí se ve claramente que desde un principio la observación se basa en un concepto jurídico-europeo del bien mueble.

ellos lleguen al extremo de aquel apóstol del Camerón, que hiciera una hoguera de todo un montón de "ídolos", es lógico que no siempre les resulte tarea fácil llegar a una comprensión de las instituciones religiosas y de las sociales con aquellos conexas; como ejemplo sólo voy a mencionar la manera en que el P. Kleintitschen trata a la liga Iniet de la península de la Gacela (17). Como grupo importante de errores de esta categoría citaremos finalmente los prejuicios derivados de teorías científicas o convicciones: cuando un investigador tiene la convicción de que todos los ornamentos están basados en una significación figural, podemos apostar uno contra diez de que descubrirá este significado en muchos casos en que no existe (18); y lo mismo sucederá en otros ejemplos de la misma calaña. No son, ni con mucho, los investigadores los que evitan el peligro de sugerirles la respuesta a los aborígenes, peligro éste que, por lo demás, es fomentado extraordinariamente por el sistema de los cuestionarios. Pues no es el especialista quien más fácilmente cae en las redes de las teorías y determinados interrogatorios, sino el lego. En todos estos casos son, naturalmente, sólo los datos que

(17) KLEINTITSCHEN, *Die Küstenbewohner der Gazellehalbinsel*, pág. 354 y sig.

(18) Paréceme esto ser el caso en una buena parte del material en *Südseekunst*, de STEPHAN, pues dado lo poco que duraron las investigaciones del autor, muchas de sus interpretaciones son indudablemente debidas a las respuestas obtenidas mediante la sencilla pregunta "¿qué es esto?".

caen dentro de la esfera del correspondiente grupo de errores los que tendrán menoscabada su autenticidad.

§ 5. — Finalmente, nos falta aun tocar una causa que, como se comprende, otorga un valor muy diverso a los datos de un mismo autor. Me refiero a la situación espacial y temporal del autor para con los fenómenos por él relatados. No solamente se puede dar una relación mucho más auténtica de las cosas que hemos visto o vivido que de aquellas que sólo conocemos de oídas, sino que también dentro del primer grupo de datos lo observado de una manera fugaz estará menos asegurado que lo que se ha visto reiteradamente y ha sido examinado con frecuencia. En este sentido, los escritos antes mencionados de Parkinson han menester, en sus diversas partes, de una diversa apreciación. Los errores que acabamos de mencionar van referidos todos a regiones que él conociera sólo por sus viajes o por el relato de otros; está claro que dado este material, una eventual falta de cuidado se hará sentir mucho más que en lo que él conoce del punto de su residencia habitual o sea la zona costanera de la península de la Gacela; y es aquí donde sus datos alcanzan el grado más alto de autenticidad. Este mismo criterio vale, evidentemente, no sólo para los distintos datos de un mismo autor, sino que también para los testimonios de distintos comunicantes que sean equivalentes en cuanto a personalidad y favor de las circunstancias. Es claro que un Mariner pudo describir la situación cultural de las islas Tonga no sólo de manera más completa que Cook y

Forster, sino que también más correctamente, a pesar del don genial de observación de los últimos ⁽¹⁹⁾.

§ 6. — Con lo que llevamos dicho apenas si hemos agotado las posibles fuentes de error. De todas maneras, ha resultado evidente que su número no es pequeño, que su valoración y eliminación no son siempre fáciles, especialmente cuando se combinan de distinta manera o cuando se trata de sopesarlas frente a relevantes elementos positivos de autenticidad. Estaría naturalmente justificado que tan pronto como apareciera alguna duda, en cualquier sentido, sobre fidedignidad de una fuente, se consideraran con desconfianza todos los datos de la misma que se hallan en idéntica dirección. Indudablemente, con esta exclusiva consideración de las cualidades subjetivas de una fuente, sólo obtendríamos un número relativamente pequeño de datos seguros; sobre todo aquellas relaciones de cuya autenticidad tenemos motivos más o menos grandes de duda, tendrían que quedar eliminados casi por entero. Frente a un tal escepticismo general, el control recíproco de los testimonios ofrece

(19) Más raro será el caso de que entre dos o más autores, cada uno de ellos tenga alguna ventaja frente a los otros, en razón de circunstancias especiales. Así, por ejemplo, Spencer y Gillen tuvieron oportunidad de asistir personalmente a las ceremonias religiosas de los indígenas, seguramente debido a la posición oficial de Gillen y también por su misma capacidad material; les faltaba, empero, el conocimiento del idioma de que gozara Strehlow en virtud de su larga actuación en el país. Comp. VON LEONHARDI, en STREHLOW, *Publicaciones des Städtisch. Vöolkermuseums, Frankfurt*, tomo I, 3, pág. V y sig.

un recurso seguro (19 bis). Por una parte, una relación insegura o dudosa puede ser corroborada por otra libre de toda objeción. Si la coincidencia es absoluta la fuente dudosa estará, en realidad, de más (20). Otro es el asunto cuando la coincidencia es sólo parcial, aunque de esencia; pues de no tener nuevos y especiales motivos de duda, carecemos de toda razón para dudar de aquellas partes no mencionadas por la fuente mejor, y la probabilidad indica más bien que ellas corresponden igualmente a los hechos. En general, estas corroboraciones por buenos testimonios pueden desplazar esencialmente el juicio sobre una fuente y, en caso favorable, llevarnos al conocimiento de que las fallas en que descansaba nuestra duda primera eran relativamente de poca monta o sólo rozaban un grupo determinado de datos. De una importancia quizá mayor aun, pueden ser las corroboraciones recíprocas de varias relaciones, que en sí no son absolutamente seguras. Sus posibilidades residen en la absoluta imposibilidad de que varios autores describan de una idéntica manera errónea el mismo fenómeno o el mismo proceso. Supuesto previo de ello es, naturalmente, que, al igual que en toda corroboración de una relación por otra, ambas exposiciones sean independientes, o sea, que no deriven una de otra, ni ambas de una fuente común, ni tampoco que la idéntica exposición se deba, con una

(19 bis) Comp. BERNHEIM, pág. 524 y sig.

(20) Si no es que tenga valor propio, por mediar entre una y otra una distancia importante en el tiempo.

cierta necesidad, a las mismas condiciones subjetivas que han sido antes citadas como fuentes de error. Por ejemplo, la leyenda de las flechas ponzoñosas de Santa Cruz y Nuevas Hébridas no se convierte en hecho real por la mera circunstancia de haber sido referida repetidamente (21). Ahí, los dos mencionados grupos de errores engranan reforzándose mutuamente: los datos de los diversos autores tienen su común origen, por una parte en las manifestaciones de los aborígenes, y por otra en la deducción falsa, aunque comprensible, del efecto rápido de los flechazos, lo cual, en realidad, se debe a la acción mecánica de las partículas desprendidas de las puntas de flecha y que se quedan en la herida. Distinto es el caso siguiente: el libro de Howitt sobre Australia del sudeste, es, en términos generales, una fuente muy digna de fe; sus datos referentes al totemismo local exógamo de los Kurnai, han sido, empero, puestos en duda por hallarse, presuntamente, bajo la influencia de una teoría. Sin embargo es posible, por razones internas, rechazar las dudas como infundadas (22); mas, para aquel que, a pesar de todo, siguiera dudando, ahí está el dato análogo de Mathews, completamente independiente del de Howitt y seguramente no influenciado por la misma teoría, como corroboración de lo que dice este último

(21) Comp. GRAEBNER, *Völkerkunde der Santa Cruz-Inseln*, Ethnologica, I, pág. 136. CODRINGTON, *The Melanesians*, pág. 306 y sig. El mismo, en JAI., XIX, pág. 215 y sig.

(22) GRAEBNER, *Zur australischen Religionsgeschichte*, en *Globus*, XCVI, pág. 342 y sig.

autor. La concordancia es demostrativa a pesar de que, en lo demás, no siempre se puede considerar a Mathews como testimonio seguro ⁽²³⁾.

Junto a la corroboración de una relación por otra tenemos también, como es natural, la corroboración por testimonios directos ⁽²⁴⁾. Y no solamente en el sentido de que el dato sobre la existencia de un objeto determinado quede apoyado por la posterior observación del objeto o su hallazgo en una colección, cual sucediera, verbigracia, con la noticia, por aquel entonces completamente aislada, sobre la existencia en la Bahía Grande de escudos con caras pintadas y mazas en forma de estrella, que diera Powell, y la cual ha sido confirmada posteriormente por colecciones reunidas en la región ⁽²⁵⁾. De mayor importancia son los casos en que complejos de la cultura espiritual, ceremonias y otros, quedan documentados seguramente mediante la demostración de objetos en ellas utilizados; ejemplo clásico de ello lo constituyen las antigüedades americanas que, con su mayor o menor coincidencia con las relaciones antiguas, determinan esencialmente la medida del crédito que éstas nos merecen. En rigor, toda máscara, toda zumbadora,

⁽²³⁾ Comparar mi observación frente al P. W. SCHMIDT, en *Globus*, XCVII, pág. 363. Por lo demás, las objeciones en contra de Mathews se refieren no tanto a sus propias observaciones cuanto a las de sus informantes y a la manera cómo las utiliza.

⁽²⁴⁾ BERNHEIM, pág. 531 y sig.

⁽²⁵⁾ Comp. FOY. *Zur Ethnographie von Neu-Pommern*, en *Globus*, LXXIX, pág. 97.

desempeña el mismo papel; apoyan los datos referentes a la ceremonia en la cual se emplean aquellos instrumentos. Ellos confirman, cuando menos, la existencia y determinados detalles; para lo demás vale lo que se ha dicho sobre corroboración de un dato dudoso por otro fidedigno; serían necesarios determinados motivos de duda para justificar la desconfianza frente a partes de un todo que, en lo esencial, está asegurado.

§ 7. — En una situación mucho más desfavorable nos hallamos frente a los datos que nos han sido transmitidos una sola vez. En primer término, deberemos emplear aquí el criterio de la autenticidad en general. En un autor que en las partes controlables de su relación nos es conocido como fidedigno, correremos poco o ningún peligro al aceptar como hechos las noticias no pasivas de comprobación. En aquellas fuentes que sólo suscitan dudas parciales podrá decirse lo mismo de todos los datos que no residen en la dirección de aquellas fuentes de error ⁽²⁶⁾. Pero, además de este criterio de la autenticidad general tenemos otro que ensancha considerablemente el círculo de datos utilizables. Ningún autor inventará fácilmente noticias que estén fuera de su esfera de representaciones; por lo tanto, esta clase de informaciones deberán considerarse, en general, como auténticas. Un ejemplo ilustrará esta situación. Cuando Behrens relata que él y sus acompañantes fueron atacados con flechas en Nueva Irlanda meridional, esta relación

(26) BERNHEIM, pág. 522 y sig.

no está completamente libre de objeciones, pues es seguro que para el autor era cosa común imaginarse a los indígenas armados de arco y flechas (27). Pero cuando Surville comunica que los habitantes de Ulawa cubrían el glande con una envoltura tejida con hojas (28), se refería a un fenómeno tan extraño para él que la posibilidad de dar con esta noticia sin haber verdaderamente observado el hecho parece imposible. Naturalmente, aquí también es necesario eliminar otras posibilidades de error. Primeramente, el lugar de la observación puede estar equivocado; aquí, de nuevo, será el crédito general del autor en lo que se refiere a datos de lugar, lo que nos ofrezca el criterio. Pero también podrá suceder que dada la índole del fenómeno esté asegurado el hecho de una determinada observación, sin que por ello sean correctos los detalles. Por ejemplo, cuando Carteret menciona flechas con puntas de pedernal de Malaita, parece ello una noticia tan peculiar para Oceanía, que uno tiende a tenerla por verdadera. Sin embargo, ya las dudas aparecen al notar que Carteret también atribuye a las flechas de Santa Cruz puntas de piedra en lugar de hueso, de manera que las observaciones de este autor en lo que se refiere al material de las puntas de flecha, dado lo fugaz de sus visitas, no pueden precisamente ser llamadas

(27) BEHRENS, *Reise durch die Südländer und um die Welt*, pág. 151.

(28) En *Magazin merkwürdiger Reisebeschreibungen*, XVIII, pág. 117.

fidedignas ⁽²⁹⁾. Casos como éste nos ofrecen la insistente lección de que nunca iremos demasiado lejos en cuanto a precaución crítica. Una garantía muy especial de seguridad nos ofrecen las relaciones que no sólo no pueden ser explicadas desde el punto de vista de las respectivas fuentes de error propias del relator, sino que se hallan en franca oposición a ellas ⁽³⁰⁾. En esta dirección está la segura e íntima prueba de la certeza de los anteriormente mencionados datos de Howitt sobre la situación social de los Kurnai; pues la organización local patriarcal de los totems está en oposición directa del sistema patriarcal totemista de las dos clases con totems mezclados, a la cual quisiera él reducir toda formación social australiana ⁽³¹⁾. O cuando un europeo, y hasta un jurista europeo ⁽³²⁾, nos cuenta que en Nueva Bretaña frecuentemente los árboles frutales son de otra persona que aquella a quien pertenece el suelo en que están plantados, contradice ello tanto las representaciones acostumbradas, que por este sólo hecho es digno de fe.

§ 8. — Un último criterio para datos aislados, si bien deberá ser utilizado con la mayor precaución, es la coincidencia con el inventario general de nuestros

⁽²⁹⁾ En Hawkesworth, *An account of the Voyages undertaken by the order of His present Majesty for making discoveries in the Southern Hemisphere*, I, pág. 359 y 365.

⁽³⁰⁾ Comp. BERNHEIM, pág. 523.

⁽³¹⁾ Ver § 6.

⁽³²⁾ Verbigracia, HAHN, en *Nachrichten aus Kaiser-Wilhelms-Land*, 1897, pág. 82.

conocimientos ⁽³³⁾. Cuando, dentro de las principales áreas de distribución de un fenómeno cultural o en sus inmediatas cercanías, se señala la existencia de un fenómeno afín, tendremos mayor derecho a creerlo que cuando la relación va referida a una región en que, de acuerdo con la totalidad de nuestros conocimientos, no deberíamos esperar su existencia. De otra parte, y en abierta oposición al criterio del cual venimos tratando, en tales casos vale, en cierto grado, lo que hemos dicho respecto de los datos que se hallan fuera del círculo de representaciones del comunicante: una observación despierta tanto menos desconfianza cuantos menos razones tenía su autor de presumir su existencia en dicho lugar. Es por eso que la existencia, en el Bamu (Nueva Guinea meridional) ⁽³⁴⁾, de la forma de arco con cuerda atada al palo con lazo especial, suscita tanto menos dudas cuanto que nadie tenía derecho a presumirla ahí. Es menester, pues, estar dotado de un muy fino sentido del tacto para sopesar, enfrentándolos, a ambos criterios; en muchos casos serán los criterios más objetivos de que habláramos antes, los que tendrán que decidir la cuestión. Esto vale en casi mayor medida para los casos en que no es la distribución realmente establecida la que otorga la medida de probabilidades, sino la posibilidad de distribución científicamente deducida. Tampoco debe ser rechazado este criterio: habiéndose establecido que el complejo

⁽³³⁾ BERNHEIM, pág. 533 y sig.

⁽³⁴⁾ Comp. GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 756.

cultural al cual pertenece la funda para el pene se manifiesta también en las islas Salomón del sureste ⁽³⁵⁾. La observación de Surville arriba mencionada gana en certeza. La utilización de este punto de vista presupone, como no deja de verse, una actividad combinatoria mayor; pero es ahí donde reside el peligro de que basándose sobre opiniones insuficientemente aseguradas, teórico-subjetivas, se exprese un juicio. Es pues, posible, predecir para los tiempos futuros una mayor importancia a este criterio, ya que debemos esperar en ellos, también para la etnología, una existencia mayor de resultados científicamente asegurados. Actualmente, procederemos correctamente al hacer de él el menor uso posible.

§ 9. — Hasta ahora hemos tratado de datos que o bien han sido dados coincidentemente por varios autores o lo han sido solamente por una sola fuente. Junto a eso, tenemos también los casos en que los relatos se contradicen mutuamente. En determinadas circunstancias esta contradicción será sólo aparente: los datos que, por su apariencia primera, parecieran distintos, verbi-gracia las localidades de las cuales se refieren los fenómenos, o los nombres bajo los cuales se dan a conocer, son idénticos o, al menos para el caso de marras, equivalentes. Aquí la oposición aparente podrá conducir a error sólo a las personas no especializadas. O los dos datos se complementan recíprocamente; esto sucede cuando, por ejemplo, dos observadores de una misma

(35) L. c., pág. 733 y sig.

ceremonia han visto dos partes distintas de ella, o cuando dos autores describen dos procedimientos distintos como ceremonia de iniciación de una misma tribu, la que realiza, no una ceremonia sola, sino varias ceremonias en épocas distintas ⁽³⁶⁾. Idénticas contradicciones aparentes pueden, naturalmente, manifestarse hasta en un mismo autor y ser luego la causa de que una crítica incorrecta dude en general de la fuente. Si no estamos frente a ninguno de estos casos y se trata realmente de una contradicción indiscutible de los datos, entonces habrá que considerar cada uno de ellos —eventualmente toda la fuente— de acuerdo con los criterios mencionados, atribuyendo la primacía a los más fidedignos. Una diferencia de grado en la autenticidad de diversas relaciones de por sí no muy seguras, no posibilita evidentemente un juicio seguro, pues puede suceder que la fuente mejor incluye más errores que la otra, peor de suyo o

⁽³⁶⁾ Un interesante ejemplo de contradicciones de dos fuentes generalmente buenas, nos ofrece la exposición del aspecto religioso de Australia central, en SPENCER y GILLEN, por una parte, y STREHLOW, por otra. A. LANG concibió estas contradicciones como debidas aparentemente a diferencias geográficas de los testimonios. Que esto no es completamente exacto, lo acentúa VON LEONHARDI, en STREHLOW, Publicaciones del Stadt. Völkermuseum Frankfurt, I, pág. VII y sig. Ciertas diferencias locales existen, indudablemente, como admite el mismo von Leonhardi; pero sobre todo se complementan los datos de ambos autores frecuentemente de una manera objetiva, como en lo que se refiere a la concepción, a la relación del individuo para con el totem y lugar del totem, a las churungas, etc.

que ambas relaciones sean falsas. Las prevenciones serán todavía mayores, frente a la utilización del principio de mayoría. Aun en el caso de que sean varias las relaciones malas que enfrenten una buena, a ésta corresponderá por de pronto la mayor confianza. Naturalmente que una situación tal deberá conducirnos a re-examinar detenidamente el valor crítico de las fuentes y de sus datos aislados. Si la investigación no evidenciara la posibilidad de conocer por qué fuentes independientes, si bien inferiores, hayan podido llegar a idéntico error, entonces la situación pasaría a ser favorable a éstas ⁽³⁷⁾, y correspondería examinar si la relación que en sí es buena, no manifiesta alguna fuente de error precisamente en lo que atañe al dato en cuestión. Al juzgar los datos contradictorios puede también servirnos como criterio el estado de nuestros conocimientos, debiendo notar que aquí el peligro de falsa inducción sea tal vez menor que en la crítica de datos aislados; de todas maneras, se entiende de suyo que en estos casos estará en su lugar la más extrema reserva y precaución.

En general, al tratar de las fuentes contradictorias, es precisamente el momento de señalar con todo rigor la necesidad de que al servirnos de la crítica sea siempre mantenido el principio siguiente: cuando los criterios sean insuficientes para lograr un resultado absolutamente seguro, será siempre científicamente más correcto dejar en suspenso el juicio, que no querer llegar a una decisión

(37) Ver lo dicho antes, sub. 6.

contra viento y marea. Con ello tal vez reduzcamos sensiblemente el material científicamente utilizable; mas lo que resta será seguro, y siempre será mejor edificar provisionalmente una pequeña y fuerte construcción que no levantar un soberbio edificio con material averiado, cuyo desmoronamiento tiene que hacer peligrar la existencia de la obra toda.

§ 10. — Ya al principio he hecho notar que también la tradición oral de los aborígenes debe ser incluída entre las relaciones en cuanto que ella pretende expresar algo sobre sucesos o circunstancias pasadas. Al valor de fuente de estas expresiones debo todavía dedicar, finalmente, algunas palabras. Como paradigma de una tal tradición puede considerarse a la *polinésische gelten*, sobre todo a la que va contenida en los árboles genealógicos y en las leyendas de migraciones con aquéllas conexas. Dado que estas tradiciones contienen hechos realmente históricos resulta su valoración como testimonios directos; los comienzos y otras partes de las genealogías que, de un mismo tenor, se hallan a veces en islas diversas, demuestran una raíz común hasta un determinado momento, y con ello la realidad de las migraciones relatadas en este tiempo. A pesar de ello, se ha exagerado la importancia de estas tradiciones ⁽³⁸⁾. Los comienzos de los árboles genealógicos están plagados de partes mitológicas que tampoco

(38) Comp. especialmente PERCY SWITH, *Hawaiki, The original home of the Maori*, 1904.

faltan en las leyendas de migración ⁽³⁹⁾; y es de todo punto críticamente inadmisibile concebir como seguros todos los datos que no se ha demostrado ser falsos. Muy al contrario, todas las partes cuya fidelidad no ha sido posible hacerla, cuando menos, probable, deben ser considerados como inseguros. Y, por ejemplo, ni el valor de los nombres contenidos en las genealogías ni su número, pueden ser fijados críticamente, así como tampoco puede solucionarse de manera general e inequívoca el interrogante de si los viajes relatados, o parte de ellos, deban ser considerados como primera ocupación polinesia de aquellas regiones o no. De todo esto resulta que debe ser considerado como muy pobre el valor histórico de la tradición. Como capitales criterios de verdad deberemos mirar a la coincidencia de las distintas tradiciones, en tanto que no estribe en una base común, y a la concordancia con los hechos a deducir de la situación cultural. En el mismo caso se hallan, y deben también ser idénticamente tratadas, todas las demás tradiciones; sólo que en la generalidad de ellas —en las de la Australia central por ejemplo ⁽⁴⁰⁾ el elemento indudablemente mito-

(39) Como ha sido ya acentuado, en parte seguramente con razón, por SCHIRREN, *Die Wandersagen der Neuseeländer und der Maui-mythos*. Aquí no puedo entrar en mayores detalles al respecto. Esperemos que en la obra sobre las Marquesas, de KARL VON DEN STEINEN queden dilucidados críticamente ciertos problemas.

(40) Contrario a este punto de vista es VAN GENNEP, *Mythes et Légendes d'Australie*, pág. CIX y sig. Comparar *Globus*, XCVI, pág. 376 y sig.

lógico prepondera aún más y la posibilidad de separar de la masa total elementos históricamente utilizables, desaparece a menudo completamente ⁽⁴¹⁾.

§ 11. — Un grupo particular de fuentes, producto exclusivo de los tiempos modernos, está constituido por las fono y fotografías con sus respectivas reproducciones. Dado que tampoco ellas reproducen el fenómeno mismo, sino que en lugar del medio de la psiquis humana colocan el medio de un aparato inanimado, conceptualmente no pueden ser consideradas como testimonios directos. Metódicamente, empero, se acercan a ellos en la objetividad de la reproducción ⁽⁴²⁾, acercamiento que queda claramente evidenciado al comparar los procedimientos antiguamente en uso, como por ejemplo las melodías fijadas por el oído o los dibujos y pinturas hechos a mano; para la última categoría, básteme recordar a los polinesios, clásicos por su figura y caída de los vestidos, que figuran en las obras de viaje de Cook y sus contemporáneos. Ciertamente, tampoco en los discos y fotografías está completamente ausente el elemento psíquico. Aquí se expresa en la posibilidad del retoque y en fallas eventuales de la velocidad giratoria de los fonogramas, con lo cual deben necesariamente resultar deficiencias no sola-

(41) Véanse las generalidades referentes a la crítica de la tradición verbal en BERNHEIM, pág. 494 y sig.

(42) Bibliografía sobre la importancia del fonógrafo en FOY, *Das Städtische Rautenstrauch-Joest-Museum für Völkerkunde in Cöln*, Ethnologica, I, pág. 61. Compárese, también, VON HORNBOSTEL, en *Anthropos*, IV, pág. 781 y sig.

mente en la altura absoluta del sonido, sino también en el compás. Sin embargo, las fallas más esenciales residen en la esencia misma de los aparatos: la cámara fotográfica bajo ciertas circunstancias reproduce las formas de los objetos con importante desviación de líneas, y hasta los mejores de nuestros actuales fonógrafos y gramófonos son incapaces de llevar al oído, de una manera absolutamente correcta, el valor y el matiz del sonido. Todas esas deficiencias y posibilidades de error deben ser bien tenidas en cuenta en la utilización crítica y, dado el caso, ser descontadas para sacar en limpio el verdadero valor de las fuentes.

CAPITULO III

INTERPRETACION

1. GENERALIDADES.

§ 1. — Una vez fijados, mediante la crítica, el valor y la posición externa de las fuentes, la primera tarea de toda utilización científica de sus datos será la interpretación, es decir, el determinar los fines, el sentido y la importancia de los fenómenos por aquellas relatados o expuestos. No estará de más que repitamos que esta sucesión es sólo válida de una manera general, y claro está que sólo para el tratamiento aislado de cada uno de los testimonios. En particular, la crítica de los datos sobre finalidad y significación de un fenómeno presupondrá a menudo un extenso empleo de la actividad interpretativa, y la utilización, como criterio, de la suma de conocimientos, la completa combinación de los hechos conocidos hasta el día ⁽¹⁾. En una mútua relación aun más íntima se hallan estas dos mismas funciones de la

(1) Para esto y lo que sigue, comparar BERNHEIM, pág. 566.

concepción. Se verá que problemas referentes a la significación primaria de ciertos fenómenos podrán ser resueltos tan sólo al final de todo el trabajo metódico y que por lo tanto el tratamiento de capitales problemas de la interpretación siguen, hasta con relación a un mismo objeto, a la actividad combinatoria ⁽²⁾. Esta clase de interpretación puede convenientemente ser designada como interpretación indirecta o de segundo grado, frente a la de primer grado (o interpretación directa) que no ha menester de tal trabajo previo.

En muchos casos, el sentido de un objeto o cualquier otro fenómeno cultural estará aclarado en la fuente misma o en notas anexas, y tendremos que, en cierto sentido, la interpretación estará ya anticipada en las fuentes. En tanto que esas aclaraciones sean críticamente correctas y agoten la significación del hecho, claro está que toda interpretación metódica es innecesaria. Esta solamente entra en acción allí donde la explicación dada no resiste a la crítica o no basta a las exigencias de una interpretación a fondo.

§ 2. — Frecuentemente —sobre todo al tratarse de objetos de la cultura material—, la interpretación general de un fenómeno se desprende sin mayores dificultades de su misma forma y de sus propiedades: un hacha, una saeta, un cesto, serán comúnmente reconocidos como tales. De la misma manera, una determinada ceremonia fúnebre de los Sulka de Nueva Bretaña puede ser inter-

(2) Cap. III, 2.

pretada, por sí misma, como un exorcismo del espíritu del muerto ⁽³⁾, y un mito de los Narrinyeri como una representación del recorrido del sol ⁽⁴⁾. A pesar de ello, ya en los datos de la cultura material, aparece, agravante, la posibilidad de un uso específico. No siempre será fácil distinguir un hacha de trabajar madera, digamos para la construcción de canoas, de una azada, o una lanza ceremonial de un venablo de guerra o de caza. A ciertos carcajes del Brasil o de Indonesia, en nada se les ve que se utilicen únicamente para flechas de cerbatana. Un cráneo adornado indica siempre alguna clase de culto de cráneos, sin que, empero, denote por sí si se trata de culto de los muertos o de caza de cabezas. Leyendas que tratan de una migración de este a oeste y de un regreso al este por debajo de la Tierra, son sin duda alguna mitos diurnos, pero cuando faltan detalles más precisos es difícil juzgar a qué astro van referidas. Y en las demás cosas, ni siquiera la significación general está, sin más, dada: tipos de lanza y de flechas son a menudo muy parecidos; recordemos, si no, las pequeñas lanzas del norte de Australia. Los tenedores de la región de la bahía Geelvink, en Nueva Guinea, fueron hasta hace poco tenidos por peines ⁽⁵⁾. La finalidad de las fundas para el pene, en forma de bolsa, de la región septentrional del To-

(3) MÜLLER-RASCHER, *Die Sulka*, AfA., N.F., I, pág. 215.

(4) BROUGH SMITH, *The aborigines of Victoria*, I, pág. 432.

(5) v. d. SANDE, *Nova Guinea*, III, pág. 6.

go ⁽⁶⁾, sería tan poco perceptible sin el conocimiento del material correspondiente, como el sentido de las cruces y estrellas de hilo de los indios Huichol ⁽⁷⁾. Un mito de devoración sin datos aclaratorios puede representar, por de pronto, tanto el ocaso de un astro, su devoración por nubes, como un eclipse ⁽⁸⁾. Completamente obscuro, por su significado, es un hecho tan sencillo como el que un indígena no come un animal determinado o no habla con determinadas otras personas. Casos de tal inseguridad con respecto a la interpretación son dados, especialmente, allí donde no se ha comunicado el complejo entero de un fenómeno, sino sólo una parte de él.

§ 3. — Donde la forma y las propiedades de un fenómeno no bastan para fijar su sentido, hay que acudir a la comparación como recurso metódico más capital. En rigor, ella ya, desempeña este papel en muchos de los ejemplos citados de una interpretación por el objeto mismo; sólo que las representaciones y conceptos con los cuales trabajan son, al menos al etnólogo, tan comunes y familiares, verbigracia el concepto de un hacha de piedra, que la actividad comparativa del entendimiento permanece por debajo del umbral de la conciencia. Y allí donde estas naturales asociaciones no se producen se

⁽⁶⁾ Comp. VON LUSCHAN, *Zur anthropologischen Stellung der alten Agypter*, en *Globus*, LXXIX, pág. 197.

⁽⁷⁾ Comp. LUMHOLTZ, *Symbolism of the Huichol Indians*, MAM., III, pág. 154 y sig.

⁽⁸⁾ EHRENREICH, *Die allgemeine Mythologie und ihre ethnologischen Grundlagen*, pág. 215.

llega a un agudo, consciente, trabajo de comparación. La situación fundamental sobre la cual estriba esta actitud es, en lo esencial, siempre la misma, o sea que todo testimonio de fuente contiene elementos reales que faltan a las otras (9). En particular, se puede distinguir entre interpretaciones unilaterales y recíprocas. En la primera categoría, uno de los fenómenos comparados es conocido por su sentido y significación, y al fijar la igualdad queda establecida la misma significación para el desconocido. Aquí pertenecen todos aquellos casos en que de dos o más complejos homogéneos de hechos, uno está determinado literariamente por el sentido y significación y los otros no; esto acaece frecuentemente en la determinación de objetos de colecciones. Además, aquellos otros casos en los cuales un complejo incompleto (10), y por lo tanto no interpretable por sí mismo, es identificado por otro relativamente completo, y por ende interpretable; tal sucede cuando una talla en madera es reconocida como adorno de embarcación al ser comparada con una embarcación entera o con un modelo de ella, y también cuando el sentido de una leyenda transmitida fragmentariamente queda esclarecido al ser

(9) En lugar de un testimonio aislado puede también figurar, naturalmente, en la parte activa, todo un grupo de ellos, pero también un resultado de conclusiones científicas y hasta, como dice BERNHEIM, pág. 570 y sig., toda una rama de la ciencia.

(10) No sólo en el sentido de un fragmento, sino también por la carencia de rasgos determinativos aislados o por su descolorida aparición.

comparada con otra tradición entera. Sólo un caso particular de relativamente poca importancia y, de seguro, muy poco frecuente, es cuando el fenómeno a interpretar es completamente idéntico con una parte del complejo de comparación; la razón de su poca importancia radica en que *ceteris paribus* la utilización científica del fenómeno —especialmente en lo atañadero a la fidelidad crítica— se apoyará naturalmente en la parte más completa. En la inmensa mayoría de casos, el complejo que para los fines de la interpretación es insuficiente, contendrá a su vez ciertos otros elementos, para cuya interpretación correcta y utilización será esencial la interpretación del todo. Esto tiene valor, por ejemplo, para muchas interpretaciones de mitos. Si, por ejemplo, hemos establecido que para determinadas partes de Australia es de esencia lunar el tema mitológico de la denegación recíproca y alternada de alimento, y luego, encontramos asociados, en otra versión, por una parte la denegación de alimento, y por otra la de albergue, estará completamente justificado si aceptamos, por de pronto, la denegación de alimento como rasgo de mitología lunar, pero al mismo tiempo nos asistirá la misma razón al asignar a la negativa de albergue una significación idéntica ⁽¹¹⁾. De mayor importancia, en cierto aspecto, es la segunda categoría de la interpretación comparativa, la recíproca. Su carácter distintivo es, que ninguno de los complejos comparados permite de por sí una interpretación inobjetable,

⁽¹¹⁾ Comp. GRAEBNER, en *Globus*, XCVI, pág. 375.

sino que ésta es sólo posible mediante la reunión de las particularidades de todos los elementos de comparación. Ya antes he significado que un testimonio sobre cualquier clase de prohibición alimenticia, no siempre permite de por sí una clara explicación. Pero si junto a ello tenemos noticias, digamos de otra fuente, sobre determinadas limitaciones matrimoniales, en sí mismas capaces de una plural interpretación, entonces, por la reunión de ambos datos, podría justificarse la conclusión de que se trata de auténtico totemismo de grupo. O también, para tocar de nuevo uno de los principales dominios de toda actividad interpretativa, la mitología: apenas si habrá una de las tantas figuras de dioses en todo el mundo, cuyo carácter mítico sea completamente cognoscible por uno solo de los mitos que de él se relatan; la mayoría de ensayos de esta naturaleza producirían una imagen unilateral que tendría que ser corregida con el aporte de las demás leyendas. Apenas será necesario consignar que ambas categorías, cuya diferenciación tiene valor sistemático, prácticamente se confunden a veces: no pocas veces, la interpretación se apoyará en lo esencial, en un solo testimonio, pero en los detalles pondrá a contribución también otros.

§ 4. — En lo que se refiere a los diversos grupos de fuentes, claro está que tanto son interpretables los testimonios directos por otros testimonios directos, las relaciones por otras relaciones, como también recíprocamente

los dos grupos entre sí ⁽¹²⁾. De una importancia especial, son, precisamente, las últimas posibilidades, o sea la interpretación de los testimonios directos por relaciones y viceversa. Tal vez el mejor ejemplo de esta índole sea el que nos ofrece la interpretación de los ideogramas mejicanos sobre la base de la situación mejicana en lo religioso, que nos han pintado los informantes españoles Sahagún y otros. Este mismo ejemplo abarca también el proceso inverso, o sea el esclarecimiento de las fuentes escritas por los testimonios directos, en este caso ideogramas y esculturas. De idéntico modo, los datos de los antiguos navegantes españoles y holandeses sobre la etnografía de las islas de Oceanía pueden ser comprendidos comparándolos con el actual estado de cultura que se observa directamente hoy día, y que nos muestran, por ejemplo, que hacia 1600 los habitantes del grupo Santa Cruz ya poseían la misma forma de vela que actualmente, y los de Nueva-Irlanda los mismos gorros de agua ⁽¹³⁾. Por lo demás, las representaciones figuradas indígenas, como testimonios mediatos de lo en ellas representado, se hallan, en lo que atañe a la interpretación, muy cerca de las relaciones, al igual de lo que ya consignamos al tratar de su crítica. Las armas y los demás bienes de cultura que se hallan figurados, verbigra-

(12) BERNHEIM, pág. 602 y sig. Este autor afirma en la pág. 575, que la interpretación de las relaciones tiene muchos puntos de contacto con su crítica.

(13) GRAEBNER, *Völkerkunde der Santa Cruz-Inseln*, Ethnologica I, pág. 158. STEPHAN-GRAEBNER, *Neu-Mecklenburg*, pág. 3.

cia en las esculturas de la India, frecuentemente son sólo identificables por comparación con los objetos originales existentes ⁽¹⁴⁾. En el dominio del mexicanismo Preuss ha emprendido la tarea, en estos últimos tiempos, de inferir la interpretación de las antiguas representaciones religiosas —y naturalmente también de las otras demás fuentes—, de las ideas y usos de los actuales indios del área de cultura mexicana ⁽¹⁵⁾.

§ 5. — En toda interpretación es necesaria, y eso en alta medida, la circunspección crítica. En primer lugar el testimonio sobre el cual se basa la interpretación, deberá naturalmente estar asentado críticamente en forma completa. Luego, el hecho testimoniado deberá ser, con el otro a interpretar, tan formal o conceptualmente idéntico, que no sea posible, o al menos no probable, la falsa deducción; ante todo, los puntos de comparación

(14) Por ejemplo, un objeto circular en esculturas indias resulta ser un anillo metálico arrojadizo. Además, en los relieves de Borobudur figuran arcos tendidos que aparentemente representan un tipo sencillamente curvo. Sólo por comparación con las curvaturas de los arcos originales de la región se infiere con seguridad que se trata del arco compuesto de la India. Compárese mi recensión del trabajo de NIEUWENHUIS, *Der Gebrauch von Pfeil und Bogen auf den grossen Sunda-Inseln*, en *Zentralblatt für Anthropologie*, XV, pág. 88.

(15) PREUSS, *Der Mitotetanz der Cora-Indianer*, en *Globus*, XC, pág. 69 y sig.; *Weiteres über die religiösen Gebräuche der Cora-Indianer, insbesondere über die Phallophoren des Osterfestes*, en *Globus*, XC, pág. 165 y sig. En qué medida han tenido éxito, en detalle, las interpretaciones ensayadas, me es imposible juzgarlo.

deberán ser, pues, claros. Por ejemplo, cuando Thilenius, basándose en la descripción de un delantal de las Palaos, en el catálogo del Museo Godeffroy, cuyo borde superior estaba constituido por una lámina, dedujo que se trataría de un objeto similar a los delantales de las islas Hermit y Anacoretas ⁽¹⁶⁾, era ello fácilmente comprensible por serle desconocidos otros delantales que estuviesen de acuerdo con aquella descripción; la deducción empero era falsa porque utilizaba una determinación equívoca —la lámina de un delantal hermita está orientada verticalmente y la de un palao horizontalmente— como inequívoca para la interpretación. Es éste un ejemplo muy sencillo, pero precisamente por eso un típico ejemplo. Además, los puntos de comparación deben ser tan característicos para el correspondiente fenómeno, que por ellos sea posible determinar de una manera casi absoluta el fenómeno entero. Un cúmulo de ejemplos de una bien realizada interpretación nos lo ofrecen las aclaraciones de los códigos mejicanos por Seler, donde cada ideograma es explicado por sus símbolos característicos y por otros caracteres ⁽¹⁷⁾. Pero cuando el P. W. Schmidt, verbigracia, interpreta el Daramulum del sureste austra-

⁽¹⁶⁾ THILENIUS, *Ethnographische Ergebnisse aus Melanesien*, II, pág. 327.

⁽¹⁷⁾ Sobre todo en sus ediciones de los códigos Borgia, Vaticanus A, Fejérváry y del Tonalamatl, pero también en numerosos trabajos. Claro está que no se trata, o sólo muy raramente, de meras explicaciones recíprocas, sino generalmente de completos sistemas de juicios interpretativos.

liano como dios solar por aparecer como halcón y éste animal ser considerado como representante del sol en una parte del territorio ⁽¹⁸⁾, es ello insuficiente, pues la reunión de conceptos halcón-sol, no es, en manera alguna, constante en toda la región, y el halcón es más bien identificado en otros mitos, de manera clara, con la luna ⁽¹⁹⁾.

2. INTERPRETACION A DISTANCIA.

§ 1. — Sobremanera importante, y desgraciadamente hasta ahora casi por completo ignorada en la práctica etnológica, es finalmente una tercer medida de posibilidades de interpretación, que, por lo demás, desempeña ya un cierto papel en varios de los ejemplos recientemente tratados. Si en los fenómenos comparados por Thilenius y el P. Schmidt se tratara de sendos elementos de una misma unidad cultural, la probabilidad de error sería infinitamente más reducida que lo que sucede al tratarse de una diversidad de áreas de cultura. Nos referimos aquí a una diferencia especial, pero lo mismo sería bien mirado, en la diferencia espacial. El grado sumo de mutua facultad interpretativa de varios datos, es solamente alcanzado cuando pertenecen espacial y temporalmente a la misma unidad de cultura. Dada la

(18) *Anthropos*, IV, pág. 228.

(19) *Globus*, XCVI, pág. 375 y sig.

relativa limitación de posibilidades dentro de una tal unidad, bastará a veces una pequeña característica para la identificación de un fenómeno cultural. Las dificultades aumentan con la riqueza y la variabilidad de las culturas. Cuando los datos puestos en paralelo se hallan separados espacial y temporalmente, la medida de la comparabilidad estriba en la posibilidad de poder demostrar la conexión cultural, al menos en lo que respecta a la categoría de fenómenos culturales a la cual pertenecen los datos respectivos. Si me es posible demostrar que el conjunto cultural de un área, dentro de un determinado espacio de tiempo, no ha variado, o sólo lo ha hecho de una manera no esencial, entonces tendré que tratar los datos a interpretar, que caen dentro de este período, aproximadamente de la misma manera que si ellos fueran simultáneos.

Dado el actual estado de nuestra ciencia, podemos disponer en grandes extensiones territoriales de una profundidad tan ínfima en lo temporal que, teniendo en cuenta la lentitud de las modificaciones históricas autónomas, igualmente característica para las principales zonas de pueblos primitivos, el elemento tiempo pasa a una situación relativamente secundaria en la interpretación. De todas maneras, su descuido acarrearía serios perjuicios, no solamente en asuntos de las altas culturas asiáticas, sino probablemente también en los ensayos mencionados, emprendidos recientemente, de interpretar los monumentos del antiguo Méjico por la cultura actual.

§ 2. — Esto tiene aún más importancia para los

casos en que arbitrariamente se quieren saltar las distancias en el espacio. Claro está que el limitar definitivamente la interpretación a datos de la misma unidad cultural sería inadmisibile y equivaldría a quitarle la mejor parte de su importancia. La totalidad de la historia comparada de las religiones, del Derecho, en una palabra, todo tratamiento comparado de problemas históricos, vive y muere con la posibilidad de interpretar los fenómenos de un área geográfica por analogía con los de otra. La razón de ello radica no solamente en la a menudo deficiente transmisión de los datos, sino ante todo en la conocida tendencia histórico-cultural de la degeneración y de la decadencia, que hace que mitos se conviertan en leyendas y cuentos, instituciones llenas de sentido se transformen en puras fórmulas, que desaparezcan partes de conexiones importantes, etc., etc., de manera que en todos estos casos no es posible inferir el sentido de un fenómeno considerando el área aislada, sino sólo mediante la comparación con fenómenos similares de otras regiones. Por lo tanto, el problema puede solamente formularse en el sentido de establecer qué cautelas son necesarias para eliminar con seguridad, o al menos con un alto grado de probabilidad, las fuentes de error de tales ensayos de interpretación ⁽²⁰⁾. Evidentemente, la mayor

(20) Sobre los errores de una interpretación a distancia carente de método, comparar BERNHEIM, pág. 607; FOUCART, *Sphinx*, XIII, 3, pág. 125 y sig.; PINARD, *Anthropos*, V, pág. 545 y sig. Una falta absoluta de conciencia de tales fuentes de error, por ejemplo, en A. LANG, *Custom and Myth*, pág. 10 y sig.

o menor semejanza, formal o de contenido, de los fenómenos comparados, no ofrece de por sí un tal criterio sobre la admisibilidad de la interpretación. No está, por de pronto, justificada la conclusión que admite que idénticas manifestaciones tengan que basarse en un modo de pensar idéntico ⁽²¹⁾, o que de la semejanza de los elementos conocidos deba inferirse la de los desconocidos. Ni siquiera el supuesto de una igualdad de la psiquis humana ofrece razón suficiente para ilimitada comparación interpretativa. Pues el problema de establecer en qué medida esta homogeneidad psíquica, aun en el supuesto de que ella fuera admitida generalmente, se expresa en los detalles de los fenómenos culturales, tiene que ser resuelto sobre la base de la concepción de estos fenómenos, y por lo tanto la solución no puede ofrecernos la medida para la comparabilidad de los fenómenos. Luego, es muy bien posible, al menos teóricamente, que fenómenos originariamente heterogéneos sufran un notable acercamiento con otros elementos análogos mediante la convergencia o la combinación ⁽²²⁾; en tal caso, una comparación interpretativa realizada sobre la base de esta aparente identidad, tendría que conducir, con mayor o menor probabilidad, a resultados falsos. Tomemos un ejemplo para esta última eventualidad: en varias regiones del globo se han combinado de una

(21) En esto descansa precisamente la dificultad de interpretación mencionada en el capítulo III, 1, § 2.

(22) Véase capítulo IV, 2 B, § 2.

manera singular mitos de ballenas y mitos de dragones. De esto, Frobenius deriva su concepción del mito ballena-dragón como de un complejo unitario; y dado que, de acuerdo con su modo de ver, el mito de la ballena representa un claro mito solar, el mito del dragón se convirtió también en mito solar ⁽²³⁾, a pesar de que con toda probabilidad nada tiene que ver genéticamente con el de la ballena y, si bien la concepción de Frobenius es tal vez cierta, el mito draconiano se evidencia como claro mito lunar ⁽²⁴⁾.

§ 3. — El más seguro y, cual yo creo, único medio de evitar, o al menos limitar a un mínimo, las falsas conclusiones en el terreno de la interpretación a distancia, es acercarla lo más posible a la interpretación local. Dos o más fenómenos son comparables y recíprocamente interpretables, cuando es posible demostrar que ellos pertenecen, sino a la misma unidad local de cultura, al menos a la misma conexión cultural. Claro está que tal demostración deberá llevarse a cabo no solamente para esta o aquella parte del fenómeno, sino para el complejo o los complejos básicos de fenómenos y, por poco que ello sea posible, también para los elementos de cuya interpretación se trata. Vaya un ejemplo: está completamente justificado el interpretar la leyenda de Quatu, de las Nuevas Hébridas, por el mito polinesio de Maui, pues no sólo es posible demostrar que las Nue-

(23) L. FROBENIUS, *Im Zeitalter des Sonnengottes*, pág. 59 y sig.

(24) Compárese GRAEBNER, en *Globus*, XCVI, pág. 376 y sig.

vas Hébridias septentrionales, que es de donde conocemos la leyenda, se hallan en estrecha conexión lingüística y general de cultura con la polinésica ⁽²⁵⁾, sino que también se pueden poner a descubierto las relaciones especiales de ambos complejos de leyendas en sus componentes esenciales ⁽²⁶⁾. A pesar de ello sería un error incluir también en la interpretación a los elementos de la leyenda de Quatu para quienes no es posible establecer aquella conexión. Resulta, por ejemplo, que el episodio de Taso del ciclo de Quatu, que carece de analogías en las leyendas del ciclo de Maui, como típica leyenda de mellizos-caníbales, pertenece a una conexión mitológica y cultural muy distinta de la polinésica, o sea al complejo más arcaico de la cultura de las dos clases ⁽²⁷⁾. No se comportan de manera distinta las interpretaciones de fenómenos de otra naturaleza. Por ejemplo, la demostración de que la pintura en los escudos marawot de la Nueva Bretaña del norte deba ser concebida como representaciones del rostro humano, puede considerarse como lograda tan sólo en razón de su conexión cultural y de las relaciones de forma de sus elementos aislados con las demás formas de escudo y de ornamento de la misma provincia cultural ⁽²⁸⁾.

§ 4. — También en la interpretación a distancia

(25) Ver GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 744 y sig.

(26) FROBENIUS, *Weltanschauung der Naturvölker*, pág. 93 y sig.

(27) GRAEBNER, en *Globus*, XCVI, pág. 366, 376.

(28) STEPHAN-GRAEBNER, *Neu-Mecklenburg*, pág. 169 y sig.

se encuentran ambos tipos de interpretación, la unilateral y la recíproca. Los dos ejemplos últimamente citados pertenecen, en lo esencial, a la categoría primera. Para el otro tipo utilizamos los mismos puntos de vista: tampoco aquí podremos reunir para una común interpretación varios complejos de hechos aparentemente iguales sino podemos hacer como probable su pertenencia a la misma unidad cultural, y a su vez incluiremos en la interpretación sólo a los elementos de los cuales se ha podido probar con alguna seguridad una tal conexión. Así, todo ensayo de interpretar uniformemente la totalidad de fenómenos conocidos bajo el nombre colectivo de "totemismo", será calificado de arbitrario hasta que se pueda demostrar su conexión cultural. Pues tan sólo entonces tendremos derecho a representárnoslos como originados en una misma mentalidad fundamental. Esta condición previa está, tal vez, dada en lo que respecta al tipo particular del totemismo de grupo patrilineal, local-exógamo; pero aun en este caso no podremos incluir en la interpretación, las peculiaridades de este tipo existentes en el norte de la Australia central, hasta que su pertenencia al mismo complejo cultural haya sido hecha probable ⁽²⁹⁾. Y sino otro caso: nos ha sido posible demostrar que entre los temas mitológicos de Oceanía, el que hace referencia al amor de una o

(29) Compárese lo que más adelante se dice, en el capítulo IV, 3 D, sobre los problemas de origen que a menudo se hallan en estrecha relación con los problemas de la interpretación.

dos mujeres para con otro hombre, su huída hacia él o con él, y su persecución por parte del marido abandonado, forma parte del complejo cultural totemístico, y por lo tanto me hallo en situación de tratar de darle una interpretación uniforme ⁽³⁰⁾. Sin embargo, en esta interpretación deberemos hacer caso omiso de aquellos detalles que en las leyendas sólo se encuentran en una o en otra versión, precisamente por no ser posible evidenciar su pertenencia al complejo de hechos interpretable. Tal vez sea posible establecer posteriormente su armonía con la significación fundamental del mito; mas ellos no sirven para la interpretación propiamente dicha. Para algunos de ellos, y en el ejemplo citado, verbigracia la forma *narrinyeri-eyarra*, podrá ser directamente demostrada su pertenencia originaria a un complejo mitológico completamente heterogéneo ⁽³¹⁾, de manera que su consideración hubiera tenido que llevar a resultados inexactos.

§ 5. — De qué manera se puede demostrar la existencia de conexiones culturales de elementos aislados o de complejos enteros, así como la pertenencia de un fenómeno o de sus partes a esta o aquella conexión, es asunto que no pertenece aquí sino que representa el tema del capítulo siguiente. La clase de interpretación que presupone tales investigaciones histórico-culturales, a veces muy importantes, ha sido ya anteriormente calificada de interpretación de segundo grado. Además

⁽³⁰⁾ GRAEBNER, en *Globus*, XCVI, pág. 363 y sig., 374 y sig.

⁽³¹⁾ L. c., pág. 366, 375 y sig.

también se ha aducido ya que toda interpretación será interpretación de segundo grado si pretende alguna objetividad. No dejo de reconocer que esta exigencia de la interpretación a distancia, frente a la directa casi exclusivamente en uso hasta ahora, puede tener como consecuencia que una parte considerable de los trabajos etnológicos realizados hasta hoy —sobre todo en el terreno de la historia de las religiones—, pierdan en valor, sino caduquen por entero. Mas, es natural que este conocimiento no puede ser razón para apartarme de lo que considero correcto y necesario. Tal vez el mal no sea tan grande como a primera vista parece; pues una parte de aquellas más antiguas investigaciones hizo hincapié, consciente o inconscientemente, en la comparación en regiones que, por lo demás, tenían una estrecha conexión cultural ya establecida o que era de fácil demostración. Uno de los ejemplos más célebres, más extensos y, en realidad, también excelentes de un tal trabajo de interpretación es el "Golden Bough" de Frazer, el cual, por lo tanto, tiene también ejemplos clásicos de sus debilidades y de su compensación que realiza en parte. Cuando Frazer, para interpretar el fin violento y reglamentario del rey-sacerdote de Nemi por su sucesor, aduce los análogos ejemplos de los soberanos orientales y africanos que tampoco pueden o podían morir de muerte natural; cuando sigue aduciendo que frecuentemente se atribuye a los príncipes de pueblos primitivos una fuerza mágica sobre el tiempo o el desarrollo de la vegetación y que por lo tanto debemos ver en la muerte violenta del

príncipe un medio para evitar un aminoramiento de aquella fuerza mágica paralelo al decrecimiento de la energía de la vida, y cuando, finalmente concluye que la muerte violenta del rey de Nemi, cuyo carácter de representante de un espíritu de la vegetación había ya antes tratado de exponer mediante la comparación con otros casos de espíritus de árboles y otros representados por hombres, debe ser atribuído al mismo motivo ⁽³²⁾, no podremos negar que esta explicación es en sí muy plausible si no se quiere otra cosa que formarse una idea de cómo son posibles estas costumbres que tan raras nos parecen. Pero resulta que la ciencia quiere algo más que eso, y el mismo Frazer quiere también más que eso, o sea, mostrar lo que esta costumbre determinada ha querido significar en su origen y cómo se ha originado. Y para esta demostración no bastan las analogías por muy numerosas que ellas sean. La masa, tanto en sí misma como en comparación con el complejo de fenómenos latinos a interpretar, no es lo suficientemente homogénea como para poder elaborar un grupo de representaciones realmente análogas y por ende comparables sin objeción. Pero, sobre todo, falta la demostración de que los fenómenos comparados se hallen recíprocamente en conexión cultural, esto es, que puedan ser comprendidos como idénticas concepciones básicas de la cultura. En tanto que esta demostración no se verifique —que algún día sea ello posible no está completamente excluído—, a las

(32) FRAZER, *Golden Bough*, I, pág. 1 y sig.; II, pág. 1 y sig.

exposiciones de Frazer les faltará lo concluyente de la certeza científica y predominará en ellas el momento artístico de la intuición. Muy distinta es, en cambio, su exposición de los diversos ritos agrícolas de Europa y de Oriente (33). Aquí, no solamente es indudable la estrecha conexión cultural de las regiones mencionadas, especialmente en las épocas relativamente recientes a las que pertenecen aquellos ritos, sino que también el material numeroso recogido en ellas muestra una tal homogeneidad que casi se ha alcanzado el grado sumo de facultad de interpretación recíproca. El aumentar el material mediante analogías traídas de fuera del área cultural citada, digamos de Méjico o del Perú, no carece en modo alguno de interés histórico-cultural y puede más bien servir posiblemente como demostrativo de la conexión cultural de todas las regiones cultivadoras de cereales; pero, en tanto que no quede demostrada aquella conexión más lata, nada se agrega a la facultad interpretativa extensa del material europeo y oriental. Y todavía hay más. La misma facultad recíproca de interpretación de aquel material europeo y oriental llega solamente hasta donde va la homogeneidad del material. Cuando Frazer, por ejemplo, basándose en las analogías no sólo vindica para Osiris el carácter de espíritu de vegetación, sino que también cree poder demostrar que esta cualidad es el núcleo originario de su misma esencia, del cual sólo secundariamente se habrían desarrollado los rasgos de dios

(33) L. c., II, pág. 70 y sig.

lunar ⁽³⁴⁾, representa esto algo más de lo que el material de comparación permite; y además es ello falso, pues no puede ser demostrado que los mitos de los hermanos lunares enemigos y de la desmembración de la luna, sean, en su extensa distribución, derivados de los mitos del cultivo de cereales, y ellos, así como los demás mitos estrechamente afines, pertenecen más bien a culturas que son indudablemente más antiguas que el cultivo de los granos ⁽³⁵⁾. De acuerdo con ello, el carácter lunar de Osiris será más arcaico, o en su figura habrán confluído dos elementos heterogéneos. En el hecho de que el complejo de parentesco de los ritos agrícolas europeo-orientales aparezca en Egipto en general muy débil, se manifiesta también el momento geográfico-cultural de la interpretación que reza que con la intención de la demostración de la conexión cultural, decrece también la facultad interpretativa.

Espero que los ejemplos citados de la obra de uno de nuestros más importantes intérpretes habrán aclarado los criterios en razón de los cuales una interpretación a distancia promete tener resultados inobjetables cuando es interpretación de segundo grado ⁽³⁶⁾. La interpreta-

(34) L. c., II, pág. 152 y sig.

(35) Compárese, verbigracia, EHRENREICH, *Die allgemeine Mythologie und ihre ethnologischen Grundlagen*, pág. 185.

(36) Nada hay que objetar, por el contrario, cuando el sacar a colación las analogías tiende sólo a servir a una mayor extensión de la mirada para las posibilidades de interpretación, sin que se considere como base suficiente para determinadas deducciones.

ción de segundo grado es un punto angular del método histórico en la etnología, sobre el cual descansa, en gran parte, el futuro de nuestra ciencia. Mantiene con la actividad combinatoria propiamente dicha, las más estrechas relaciones e interacciones. De ésta vamos a tratar ahora.

Claro está que ambos modos de utilización pueden mostrar una cierta tendencia a confundirse; es cuestión de tacto separar uno de otro. Sobre la utilización heurística de analogías, compárese BERNHEIM, pág. 628. Una utilización de esta índole se ve muy favorecida por trabajos cual el de EHRENREICH, citado en la precedente nota.

CAPITULO IV

COMBINACION

1. INTRODUCCION.

§ 1. — Frente al exiguo desarrollo de la crítica, podemos calificar la interpretación como la parte de la etnología que más cultivada ha sido hasta hoy. Pero junto a ella ha ido desde un principio, aunque tal vez en grado algo menor, la auténtica actividad combinatoria, esto es, el enlace de los datos en complejos de exposición científica que tiene como fin último una unidad de exposición. Y, realmente, esta actividad combinatoria no es solamente, como se ha demostrado en el capítulo anterior, la condición previa de extensos e importantes dominios de la interpretación, sino que sólo en ella puede residir el fin último, la auténtica razón de ser de la disciplina toda. Para la etnología como ciencia histórica, esta combinación no puede consistir más que en establecer los nexos causales entre los fenómenos aislados, y su finalidad no puede ser otra que una historia evolutiva de estos fenómenos y sus complejos, para llegar

finalmente, junto con las demás disciplinas históricas, a una historia general de la cultura humana.

§ 2. — La actividad combinatoria podrá edificar sobre más seguro, allí donde pueda apoyarse en una tradición críticamente depurada, especialmente si ella es escrita. En tal caso está, ante todo, la historia de la cultura del Asia meridional y oriental, con sus períodos relativamente recientes pero que medidos con nuestra cronología, son bastante antiguos. Frente a las sombras históricas de los pueblos primitivos, esta disciplina se halla en un estado tal de claridad, que no debemos maravillarnos mayormente si el sinólogo o el indólogo observan, con cierta benévola compasión, los ensayos de los colegas que se hallan en una situación más desventajosa. Esta situación de superioridad estriba naturalmente, en parte, en una mucho mayor riqueza en monumentos y en sus relaciones de forma, especialmente estrechas, que facilitan grandemente la utilización del método específicamente etnológico e histórico-cultural, del cual trataremos luego. Pero también se debe ello a que estas partes de la historia de la cultura se hallan más o menos bajo el foco de relaciones contemporáneas o casi contemporáneas, al igual de lo que ocurre en la historia de Europa o del Oriente. Resulta de ello, que no solamente la cronología —cognoscible a menudo por la arqueología— es directamente dada, sino que también lo es en parte la condicionalidad causal de los fenómenos. Los puntos de vista metódicos que hay que tener presentes en la elaboración combinatoria de este material, perte-

necen al dominio de la metodología general histórica y no es, por ende, posible tratarlos detenidamente en este lugar (1). Su idea fundamental es fijar el papel de la fantasía en la combinación de los hechos históricos, y restringirlo críticamente. Requisito lógico e indispensable es una concienzuda consideración del orden espacial y temporal; también la condición de que el investigador, al explicar los fenómenos no deba basarse en sus representaciones y opiniones individuales o en las propias de su comunidad social, sino que tiene que ubicarse afectiva e intelectualmente en la situación espiritual de la unidad de cultura de la cual derivan los respectivos fenómenos. Por lo demás, dos son los criterios de importancia decisiva. En primer lugar, no es factible deducir una relación causal de una sucesión en el tiempo, sin que razones especiales que deriven de la exposición de una relación digna de crédito o que se hallen implícitamente en los dos fenómenos comparados, nos obliguen a ello. Luego, el alcance de toda causa debe ser examinado de la más exacta manera. Las causalidades históricas son frecuentemente de naturaleza muy compleja; a pesar de ello, muchos investigadores han creído que al descubrir una causa para un determinado fenómeno daban una completa explicación de él (2). Mas es indudable que sería una solución

(1) Pueden verse en BERNHEIM, pág. 613-684, 749 y sig.

(2) Compárese BERNHEIM, pág. 662 y sig. Dentro de la misma categoría caen las tendencias a hacer derivar todos los fenómenos culturales de la "raza" o de condiciones antropogeográficas que el autor critica en la pág. 638 y sig.

de todo punto insuficiente querer explicar el lamaísmo puramente por el budismo, o buscar su origen únicamente en los problemas filosóficos sin tener para nada en cuenta las series causales económicas y políticas. Luego, la misma seguridad relativa en los resultados de esta parte de la historia de la cultura, induce fácilmente a exagerar su alcance. Así, el indólogo, del hecho de que en Indonesia se designe con el término "devata" a ciertas clases de espíritus, tenderá fácilmente, no sólo a deducir el origen índico de estas formaciones religiosas en su totalidad ⁽³⁾, sino que también reducirá todos los paralelismos culturales índicos en Indonesia al influjo, indudablemente recio, de la cultura hindú ⁽⁴⁾. Evidentemente, con ello se va demasiado lejos: donde no se trate de fenómenos específicamente índicos o de determinados nexos formales, es igualmente posible una conexión

⁽³⁾ Comparar la feliz exposición de WILKEN en *Het Animisme bij de volken van den Indischen Archipel*, De Gids, VI, pág. 202 y sig.

⁽⁴⁾ Véase, también, sobre el particular, WILKEN, lugar citado, VI, pág. 978 y sig.; VII, pág. 238 y sig. D. W. HORS, *De Rum Serams op Nieuw Guinea of het Hinduisme in het Oosten van onzen Archipel*, ha querido hacer derivar del influjo índico hasta la arquitectura de los templos de la costa septentrional de Nueva Guinea y el culto con ellos relacionado (WILKEN, VII, pág. 46). En el mismo caso están las manifestaciones de VON LUSCHAN en *Beiträge zur Völkerkunde der deutschen Schutzgebiete*, pág. 67, 78 y sig., y que van referidas al tema Garuda-Naga; compárese sobre ello FOY, *Tanzobjekte von Bismarck-Archipel*, en PEMD., XIII, pág. 29.

más antigua; mas con este problema rebasamos ya los tiempos de tradición y las posibilidades de demostración con ella dadas, para entrar de lleno en el dominio de la metodología propiamente etnológica que, como hemos ya mencionado, desempeña también un papel importante en los problemas y complejos de demostración anteriormente citados.

§ 3. — La posibilidad de utilizar la tradición literaria que es únicamente donde se dan en forma directa las relaciones causales, se halla desgraciadamente circunscrita a la historia de los pueblos civilizados y a aquellos procesos que acaecen a la vista de ellos como, verbigracia, los recientes movimientos étnicos en el Africa del Sur. En la limitación a los pueblos cultos reside, a un tiempo, la otra referida a los períodos histórico-humanos más recientes del desarrollo cultural. Para las épocas más antiguas y para la mayor parte de la esfera etnológica, se podrá al menos lograr, en ciertos casos, un asentamiento más o menos directo de sucesiones temporales y, con ello, a veces del desarrollo. Aquí, la importancia de la lingüística rebasa por de pronto su propia esfera e invade la de la historia general de la cultura cual primeramente se ha demostrado en la filología indo-europea ⁽⁵⁾: por el estudio de las palabras y sus significaciones, se demuestra la distribución de las cosas y de las formas en los distintos

(5) Sobre todo por O. SCHRADER, *Sprachvergleichung und Urgeschichte*, así como la nueva revista *Wörter und Sachen*, redactada por MEYER-LÜBKE, MIKKOLA, MUCH y MURKO. Sobre estudio de toponímicos véase BERNHEIM, pág. 469, 572.

períodos de la evolución lingüística; el estudio de los topónimos, nos enseña a conocer los antiguos límites de las unidades étnicas, y por ende de las unidades de cultura. El método que se utiliza corresponde, naturalmente, en lo esencial, al que tratamos en los capítulos siguientes y que es particular de la investigación etnológica en su totalidad. Habrá que notar que hasta allí donde falte una cosa, y con ello también el nombre respectivo, se podrá inferir, en determinadas circunstancias, su antigua existencia de formas derivadas que podrán ser de carácter verbal o adjetivo. Mucho más raro es el caso, aunque esté dentro de lo posible, de que bienes culturales desaparecidos supervivan en las artes plásticas en forma de temas estilizados u ornamentales (6).

§ 4. — Una contestación de las más directas a los interrogantes de la cronología se halla también, fuera de la basada en las fuentes históricas escritas, en los dominios de la prehistoria. Ésta tiene, empero, un desarrollo extraordinariamente débil en las regiones no europeas del globo; en rigor, sólo en el Japón y en Norteamérica tenemos tentativas sistemáticas de establecerla (7). Sin em-

(6) Así, tal vez, pudiérase inferir por la ornamentación la anterior existencia de la estrella de hilo en alguno de los complejos que constituyen la actual cultura de Timor, aun en el caso de que el objeto hubiese desaparecido. Ver LOEBER, *Het spinnewebmotief in Timor*, BTLV., (7), VI, pág. 93 y sig.

(7) Resúmenes en E. SCHMIDT, *Vorgeschichte Nordamerikas im Gebiet der Vereinigten Staaten*, Braunschweig, 1894 (desde entonces numerosos trabajos en las publicaciones periódicas de Norteamérica) y MUNRO, *Prehistoric Japan*, Yokoama, 1908.

bargo, su más intenso cultivo y ulterior desarrollo en todos los países en que opera la etnología, es una de las exigencias capitales para el futuro. Las excavaciones pueden poner a descubierto nuevas formas desconocidas de las culturas actuales; y ensanchar así el conocimiento de los nexos formales. Pero su mérito principal reside, indudablemente, en que se fija la sucesión de formas culturales distintas y con ello se crea una cronología relativa de la cultura prehistórica. El valor de estas determinaciones será tanto mayor, cuanto más extensa sea el área geográfica en que pueda ser demostrado el paralelismo en la sucesión de capas aisladas de cultura; pues sólo así cobra validez absoluta, ya que son muy posibles las inversiones locales de orden cronológico, y una cultura más arcaica en sí puede llegar a cubrir, en razón de determinados procesos históricos, secundariamente, otra más reciente ⁽⁸⁾. Si algún día lograremos un conocimiento talmente detallado y, a un tiempo, general de la prehistoria no europea, ¿quién podría decirlo? No podría, empero, desconocerse el inmenso valor que tendría como criterio de la cronología histórico-cultural, y con ello como medio para verificar las eventuales deducciones de la cultura actual y de que trataremos luego. Otro de los fines imaginables, o sea el de descubrir las hoy desaparecidas comunes raíces de distintas ramas de la cultura y poder tal vez demostrar el país de origen de

(8) Igual que lo que manifestamos en Cap. IV, 3 C, § 8, sobre estratigrafía geográfica.

las diversas familias culturales por sus rastros, está probablemente fuera de la esfera de lo posible; pues no está fuera de lugar la duda de si el único material que de las más viejas culturas nos queda, los artefactos líticos, es suficiente para conclusiones de tal envergadura.

Pero tampoco en lo demás debemos exagerar los resultados que se pueden esperar de la indagación prehistórica. En razón del carácter recién mencionado de su material, la prehistoria sólo podrá evidenciar una parte mínima de las culturas pretéritas, o sea algo de la cultura material, y en consecuencia sólo insinuar la existencia de distintos grupos de cultura sin fijar ni su contenido ni su extensión. Por lo demás, habrá que rechazar la idea, que no siempre ha estado lejos de la mente de los prehistoriadores, de que con la sucesión en el tiempo de capas de cultura en una región determinada, esté también implícitamente dada una sucesión evolutiva, y que por lo tanto, en la sucesión de culturas tengamos, en cierto modo, un paradigma de la evolución general de la cultura humana ⁽⁹⁾. Finalmente, la misma cronología no está en todas partes dada geológicamente, pues los restos de edad distinta no se hallan siempre superpuestos, sino que a menudo están horizontalmente separados y depositados en capas geológicas no comparables. Y así como en este caso tenemos necesidad de principios me-

(9) Pues es, evidentemente, una suposición ilícita y apriorística admitir sin más ni más que las distintas superpuestas culturas hayan tenido su origen en el mismo lugar del yacimiento.

tódicos especiales para conocer la cronología, también los hemos de menester siempre para establecer las relaciones culturales y la posición histórico-evolutiva. Estos principios metódicos no son otros que los usuales en las demás historias de la cultura allí donde faltan las tradiciones directas, y son por ende típicos de los principales dominios de la etnología, los cuales se caracterizan, precisamente, por su carencia de toda tradición histórica directa ⁽¹⁰⁾.

En su inmensa mayoría, los datos etnológicos se nos presentan en una forma superficial, considerados desde el punto de vista del tiempo, y careciendo de todo evidente nexo causal. Por lo tanto, tarea de la combinación metódica es dar a esta extensión superficial una

(10) Comp. Cap. IV, 3 A y B. MONTELIUS, en *Die älteren Kulturperioden im Orient und in Europa, I, Die typologische Methode*, parte del criterio de la forma que acepta como dada y natural. Mas, luego coloca en primer plano el criterio del grado de parentesco en lo que respecta a las formas. Pero, en primer lugar arranca de series de formas cuya sucesión evolutiva es muy clara (para su existencia véase Cap. IV, 3 C, § 2). Luego, dándose cuenta del peligro que implica una utilización decisiva de este criterio, lo corrige por el de cantidad. El concepto de círculo de cultura como base de deducciones histórico-culturales, es cultivado sobre todo por KOSSINNA (comparar, verbigracia, *Die indogermanische Frage archäologisch beantwortet*, ZfE., XXXIV, pág. 161 y sig.). Errónea es sólo su interpretación de los procesos históricos que, por lo demás, están bien elaborados. En la misma órbita se mueven —aunque en parte en oposición objetiva con Kossinna— los trabajos de SCHUCHARDT.

profundidad no solamente temporal sino también causal y, del agrupamiento y de las relaciones espaciales de los fenómenos, deducir sus conexiones en el tiempo y el origen de ellos.

2. PARTE CRITICO-HISTORICA

A. TEORÍAS EVOLUCIONISTAS.

§ 1. — El concepto de evolución que corresponde a estos fines metódicos estuvo presente, desde un principio, en la joven etnología. Pero lo curioso es que este concepto, que por propia esencia posee primariamente carta de naturaleza en la ciencia histórica, haya llegado a la etnología a través de las ciencias naturales y en una forma influenciada por éstas; lo cual se deberá, principalmente, a que la mayor parte de los cultores de la etnología tuvieron marcada preparación naturalista, y en parte, también, a los actuales progresos de las ciencias científico-naturales. De ahí el llamado a la inducción que, verbigracia en Bastian, desempeña tan importante papel junto al concepto del método genético-comparativo, y también dentro de él; de ahí, también, ante todo, el hecho de que en la antigua metodología etnológica se manifiesten conceptos específicamente biológicos y principios de las llamadas ciencias exactas. Aquí nos referimos, sobre todo, al relativo descuido del hecho

aislado y de sus peculiares relaciones causales, y a su valoración prevaleciente como representante de un tipo de fenómenos que, considerado como un todo, era ubicado en el microcosmos del desarrollo cultural. Pues ésta era, en efecto, la auténtica característica de esa antigua escuela, que no trataba de indagar, ante todo, las verdaderas relaciones genéticas de estos o de aquellos datos en Africa, Oceanía o América, sino que consideraba a la cultura humana toda como una masa más o menos homogénea dotada de una tendencia evolutiva más o menos unitaria. La conexión que esta idea de una evolución homogénea pueda tener con la doctrina de la igualdad psíquica del género humano y su expresión cultural, la idea elemental de Bastian, nada tiene que ver aquí, sino que pertenece a una historia de la etnología (1). Lo que a mí, aquí, me interesa es sólo el método que se ha empleado para llegar, basándose en estas opiniones, a establecer series evolutivas, y con ello a la construcción de una historia general de la cultura (2).

(1) Ver, ahora, R. SCHWARZ, *Adolf Bastians Lehre vom Elementar und Völkergedankens*, pág. 21 y sig.

(2) Este método se halla casi completamente desarrollado en la obra de MORGAN, *Ancient Society*, 1878, [traducción española, en esta misma colección de la Univ. Nac. de La Plata. N. del T.] y en la de MAC LENNAN, *Studies in Ancient History*, 2ª serie, 1896 (los principales puntos se hallan en la 1ª serie de 1886). De estos autores, el segundo es el auténtico teorizante, mientras que Morgan desarrolla prácticamente los principios metodológicos de la escuela. Comp. MORGAN, pág. 3 y siguientes (edición española, pág. 222); MAC LENNAN, pág. 6 y sig.

§ 2. — La idea fundamental metódica de estos ensayos es más antigua que la etnología científica, y puede ser ya observada en Herder y en Schiller (3). Los pueblos naturales son todos ellos miembros, más o menos atrasados en la evolución, de una misma familia humana, siempre de acuerdo con sus disposiciones y el favor del medio geográfico. Y esta diversidad se manifiesta no sólo dentro de las distintas ramas principales de la Humanidad, sino también en las subdivisiones de esas ramas, y ello con una tal multiplicidad en la graduación que, cual opinara Mac Lennan (4), apenas habrá un solo grado de la evolución general que no esté representado. Por consiguiente, debe de ser posible llegar a adquirir una visión auténtica de aquella evolución general, mediante una acertada ordenación de aquellas fases. De esto resulta la necesidad, como problema principal metodológico, de criterios para la verdadera sucesión de las fases.

Lo más sencillo parece ser ordenar las unidades culturales aisladas, de acuerdo con el progreso general alcanzado por ellas. Cuanto más sencilla y pobre sea una cultura, tanto más cerca deberá estar del punto de partida de la evolución humana, y cuanto más rica y compleja tanto más deberá apartarse de ella. Y como estas últimas tienen frecuentemente mayores bienes culturales en su favor que aquéllas, es menester hallar

(3) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Menschheit*. SCHILLER, *Was heisst und zu welchem Ende studiert man Universalgeschichte?*

(4) MAC LENNAN, l. c., pág. 15.

caracteres que faciliten, de una manera válida para casi todos los pueblos, la ordenación en una determinada construcción ideal. Así, por ejemplo, Morgan hace que su fase superior de salvajismo comience con el invento del arco y la flecha, el período del barbarismo con la introducción de la alfarería, el de la civilización con el invento de la escritura. El asunto se pone más difícil cuando no se trata de la presentación de nuevos inventos y descubrimientos, sino del desarrollo dentro de un grupo de fenómenos ya existentes que pueden ser instituciones sociales o representaciones religiosas. Aquí se trata, primeramente, de ordenar la multiplicidad de formas en series, en las cuales cada uno de los eslabones esté enlazado con el inmediato, por medio de transiciones. Una vez esto logrado, según Mac Lennan, disponemos a menudo de consideraciones generales según las cuales no puede haber duda alguna en determinar cuál de los extremos de la serie se halla al principio de la evolución y cuál otro al final. También entre estas consideraciones generales es el principio de la mayor o menor complejidad el que, indudablemente, desempeña un importante papel; pero no siempre queda bien establecido por qué, por ejemplo, nuestro sistema de parentesco no se diferencia de ciertos otros primitivos por una mayor complejidad. No cabe duda que es el punto de vista negativo de la mayor o menor distancia de nuestro propio estado de cultura, como el punto más alto alcanzado por la evolución, el que, no siempre con plena conciencia de ello, se introduce aquí como factor decisivo para com-

pletar. A esto se agrega el principio, en Morgan particularmente perceptible, de medir la sucesión evolutiva de las instituciones, por el nivel cultural que han alcanzado los pueblos respecto a inventos y descubrimientos, o sea por la cultura material. Metodológicamente importante en extremo, y bajo reconocimiento de determinados supuestos de una objetividad relativa, es, finalmente, el criterio cuyo grupo capital de fenómenos fuera denominado simbolismo por Mac Lennan ⁽⁵⁾ y que no son sino los "survivals" de Tylor ⁽⁶⁾, esto es, la supervivencia inorgánica e incomprensible de instituciones y representaciones de estados más antiguos de cultura. Cuando en un complejo de instituciones y representaciones se encuentran elementos que parecen no tener su fundamento en la situación general de este complejo, ni siquiera poder ser explicados de suyo, pero que en otro complejo se manifiestan orgánicamente y son en él comprensibles, entonces el complejo primeramente nombrado debe ser atribuído a una fase posterior de la evolución y habrá derivado del complejo segundo; por ejemplo, el rapto ceremonial de la novia sería sólo comprensible en un complejo ceremonial dominado por la idea del matrimonio por compra, si se admite que un estadio del matrimonio por rapto haya precedido al del matrimonio por compra ⁽⁷⁾.

§ 3. — De estos criterios, ya el primero despierta

(5) MAC LENNAN, l. c., pág. 21 y sig.

(6) TYLOR, *Primitive Culture*, 4ª edic., 1903, pág. 70

(7) MAC LENNAN, l. c., 1ª serie, pág. 9 y sig.

poca confianza por los resultados muy dudosos a que ha conducido, verbigracia cuando Morgan coloca a los polinesios al lado de los australianos, en el más bajo grado demostrable de la evolución, fundándose en su carencia de alfarería y de arco y flecha. Huelgue también toda palabra respecto de la subjetividad del procedimiento que mide el nivel cultural de los pueblos extraños, por la situación cultural nuestra. Y, finalmente, es también falaz de por sí la determinación basada en el recíproco control de las distintas categorías de cultura; pues nadie podría a priori afirmar que la cultura material, las instituciones sociales y las convicciones religiosas tengan forzosamente que ir de la mano en su evolución, de manera que sea factible sacar conclusiones del nivel de la cultura material y aplicarlas al de la sociedad, o viceversa. Pero el error capital de todo este grupo de criterios está en que sólo son válidos bajo el supuesto de aquella representación apriorística de la evolución de la Humanidad. Ciertamente, si todos los pueblos se desenvuelven absolutamente de la misma manera y en la misma dirección, en un punto determinado de su evolución tendrán que inventar arco y flecha o la alfarería, y todos aquellos pueblos que no hayan dado este paso se encontrarán atrasados en su evolución detrás de este punto. De igual manera, si todos los pueblos evolucionan en la misma línea recta hacia nuestra posición cultural, es lógico que su nivel de cultura pueda ser medido por el nuestro. Mas lo que sucede es que precisamente este supuesto es el que está aún por ser demostrado y tan pron-

to como se admita la posibilidad de desarrollos autónomos divergentes, todos los criterios mencionados pierden su valor. Lo propio sucede con el último de los criterios citados, el de los "survivals" y del simbolismo. Pues, en el supuesto de varias series evolutivas, tenemos la posibilidad de la mezcla, y es natural que los fenómenos del simbolismo y de la aparición inorgánica de elementos heterogéneos son imaginables tanto en mezclas de complejos originariamente heterogéneos, como en supervivencia de fases evolutivas en otras más recientes. No son excepción aquellos casos que, de acuerdo con la situación general, deban ser considerados como auténticos "survivals", como supervivencias de elementos de cultura arcaica en una capa cultural más reciente. Pues de la cronología de los fenómenos no resulta, en modo alguno, implícitamente, que se trate de fases de una misma serie evolutiva. Hasta podríamos ir más allá y preguntarnos, teóricamente, de si hechos de la clase de los "survivals" no se manifestarán con una mayor probabilidad precisamente cuando sobrevivan en complejos evolutivos heterogéneos, que no al seguir actuando en la misma serie causal. Pues precisamente en una evolución interna, sin perturbaciones, es donde debiéramos esperar, a priori, una transformación regular, orgánica, de todos los elementos, en cuya consecuencia un determinado fenómeno desapareciera completamente o se manifestara tan lógicamente en el nuevo complejo como en el antiguo. Por lo tanto, también este criterio tiene valor sólo bajo el supuesto axiomático de una evolución continua y análoga.

§ 4. — Todos estos criterios están, pues, muy lejos de poder ofrecernos irreprochables puntos de vista para el establecimiento de series evolutivas. A esto hay que agregar que aún en el supuesto caso de ser ellos exactos, no son aplicables a todos los hechos etnológicos por igual, y que por lo tanto tampoco posibilitan, ni aproximadamente, soluciones claras a todos los respectivos problemas. Así, por ejemplo, el criterio de los "survivals" tiene forzosamente que fallar allí donde modificaciones del estado de cultura hagan que los elementos antiguos adquieran una reinterpretación lógica y, en lugar de seguir vegetando como restos absurdos, sean incorporados orgánicamente en el nuevo complejo fenomenal. En todos estos casos, la imaginación puramente subjetiva, en el mejor de los casos limitada por consideraciones lógicas generales, la fantasía, tiene libre el camino, y la interrogación siguiente pasa a ser criterio único: de acuerdo con mis pareceres generales referentes al desarrollo cultural humano, ¿cómo podré imaginarme de la mejor y más inobjetable manera su trayectoria? De esto y del carácter de insuficiencia que caracteriza los mencionados criterios de verdad, resulta una utilización de la hipótesis que rebasa en mucho las posibilidades de su empleo científico. La esencia de la hipótesis consiste en poner en lugar de una conclusión necesaria, inequívoca, obtenida con ayuda de criterios metódicos determinados sobre la base de la totalidad de los datos respectivos, una proposición hipotética adquirida en razón de una inducción incompleta y cuya aceptación explica aquellos datos; ella es

tenida por válida hasta que se presenten hechos que se le opongan. Ninguna ciencia puede prescindir completamente de la hipótesis, pero sólo en las ciencias naturales es utilizada en gran escala como principio de investigación. Y aun aquí, en la estructuración científica, sólo le corresponde una importancia subsidiaria, tanto espacialmente como por sus fines. Ella sigue siendo principio heurístico, arbitrio metódico para el investigador consciente, con el fin de poder utilizar combinatoriamente un grupo de fenómenos o conexiones de esencia todavía no cognoscible. Su finalidad es ser reemplazada por el conocimiento real, no hipotético; todos los casos en que no es dable esperar un tal progreso hacia el conocimiento de lo factible y en que, por lo tanto, la hipótesis representa un estado definitivo, nos marcan un límite de la investigación científica. Pero en la obra etnológica-evolucionista de la clase descrita hasta ahora, la hipótesis significa, en la inmensa mayoría de los casos, la última palabra de la sabiduría, precisamente porque falta todo criterio objetivo para establecer las conexiones reales (8).

(8) Característico de este estado de cosas es, verbigracia, que E. HAHN, en *Die Entstehung der wirtschaftlichen Arbeit*, pág. 36, defiende las "hipótesis palmarias" en lugar de las "certezas construídas con gran seguridad pero con muy poca razón". Auténtica resignación, pues. De esta preponderancia de la hipótesis resultan ciertas notables concepciones sobre decisión de problemas científicos. Así, por ejemplo, cuando A. LANG aduce el consenso de los etnólogos ingleses en favor de la prioridad del matriarcado, o sea una

§ 5. — Hasta hoy, el método descripto domina con sus criterios los trabajos etnológicos en todo lo que se refiere a cuestiones de la evolución ⁽⁹⁾. Para citar sólo uno de los estudios más recientes de uno de nuestros más sobresalientes investigadores, o sea el trabajo de J. G. Frazer sobre el origen del totemismo, en la *Fortnightly Review* ⁽¹⁰⁾, diremos que él nos ofrece una ingeniosa y muy gráfica hipótesis bajo consideración del hecho de que los australianos del centro figuran entre los pueblos más primitivos de los conocidos, o sea utilizando el criterio del nivel general de cultura. El mismo criterio, así como el de los "survivals", desempeña un gran papel en la teoría de la progresión social desde la promiscuidad, por el matriarcado, al patriarcado, y que sigue teniendo, al menos en su segunda parte, muchos partidarios; e igual sucede en la hipótesis del progreso religioso del animismo y del culto a los espíritus, por el politeísmo

suerte de decisión por mayoría. Casi más significativa fué la observación de un colega alemán que, en ocasión de hallarnos con puntos de vista completamente dispares, expresó que en otra conversación tal vez pudiéramos ponernos "de acuerdo", verbigracia en una línea media.

⁽⁹⁾ Comp., en general, SCHURZ, *Urgeschichte der Kultur*, 1900, a pesar de que, en las pág. 48 y sig., considere teóricamente el problema del origen autónomo similar y el del préstamo, sopesando ambas teorías.

⁽¹⁰⁾ FRAZER, *The Beginnings of Totemism*, en *Fortnightly Review*, Sept. 1905, pág. 452 y sig. (Ahora, en FRAZER, *Totemism and Exogamy*, I, pág. 139 y sig.).

al monoteísmo ⁽¹¹⁾; esta hipótesis no es sino prolongada hacia abajo, por la otra moderna de un magismo pre-animístico ⁽¹²⁾. En los ensayos hechos en el dominio de la historia de la evolución de la cultura pasa a un primer plano el principio de progreso de la forma sencilla a la más complicada ⁽¹³⁾. Pero cuánto le queda ya aquí a la pura hipótesis nos lo muestran problemas como el de la prioridad de origen del arco y flecha y del arco musical ⁽¹⁴⁾. Además, la utilización del principio de la relativa primitividad suele generalmente convertirse en puras disquisiciones hipotéticas, ya que en el juicio sobre una mayor o menor primitividad es en sí, reciamente subjetivo, especialmente cuando se hace caso omiso del nivel general de cultura de las respectivas tribus, o sea de la acción de control de las demás categorías culturales. Ejemplos de ello son las derivaciones que hace Schurzen de todo comercio del intercambio por medio de trueque o robo, y del interior concepto de dinero

(11) Sobre todo TYLOR, *Primitive Culture*, pág. 417 y sig. En cuanto a la supervivencia de esta teoría, comp. P. W. SCHMIDT, *L'origine de l'idée de Dieu*, *Anthropos* III, pág. 138 y sig.

(12) PREUSS, *Der Ursprung der Religion und Kunst*, *Globus* LXXXVI, pág. 321 y sig., 355 y sig., 375 y sig., 388 y sig.

(13) Comp. especialmente O. T. MASON, *The Origins of Invention*, 1895.

(14) FROBENIUS, en *Ursprung der afrikanischen Kulturen*, pág. 275 y sig., hace derivar, como es sabido, al arco y flecha, del arco musical, mientras que el P. W. SCHMIDT, en *Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgegeschichte des Menschen*, pág. 277, no puede imaginarse cómo alguien pudo concebir tal idea.

del carácter social que tiene el dinero ⁽¹⁵⁾, así como la teoría de que en las transiciones del ornamento figural al geométrico, el primero se halle siempre al principio de la evolución ⁽¹⁶⁾. Y finalmente, mencionamos aun como ejemplo típico de construcción puramente hipotética, no influenciada por clase alguna de criterios metodológicos, el libro de Lang, "Secret of the Totem" ⁽¹⁷⁾.

§ 6. — Sólo en los últimos tiempos ha sido reiteradamente utilizado como criterio, especialmente en la historia de las artes plásticas, el desarrollo de los grupos de fenómenos culturales en el transcurso de la vida individual, sobre todo de la niñez; también este criterio en estricta unión con un teorema científico-natural, o sea el de la repetición del desarrollo filogenético por el individual ⁽¹⁸⁾. Pero el llevar esta ley biológica al terreno histórico-cultural no es, naturalmente, un procedi-

También BALFOUR, *Natural history of the Musical Bow*, pág. 1 y sig., deriva, siguiendo el ejemplo de Pitt Rivers, el arco musical, del arco y la flecha.

(15) Comp. sobre ello F. GRAEBNER, en Heidenreich y Sieger, *Karl Andree's Geographie des Welthandels*, pág. 150 y sig., 205 y sig.

(16) Comp. especialmente BALFOUR, *Evolution of decorative Art*, pág. 17 y sig.; HADDON, *Evolution in Art*, pág. 118 y sig.

(17) Arranca, ciertamente, en lo capital, de la situación en Australia, pero precisamente la explicación fundamental del origen primero de denominaciones totémicas la adquirió del folklore inglés.

(18) Comp. S. LEWINSTEIN, *Kinderzeichnungen bis zum 14. Lebensjahr mit Parallelen aus der Urgeschichte, Kulturgeschichte und Völkerkunde*, especialmente pág. 62.

miento libre de toda objeción, aunque más no fuere por el hecho de ser imposible separar de un contorno social cualquiera a un individuo y realizar así las condiciones necesarias a una evolución auténticamente independiente. Y sobre todo, este criterio no puede, por propia naturaleza, cumplir con su fin histórico-cultural porque, como se sabe, ni siquiera en el terreno biológico se efectúa siempre en la misma sucesión de tiempo la repetición del desarrollo filogenético por el individual.

Una vasta historia de la Humanidad en el sentido de Morgan y modernizada de acuerdo con la concepción de Lamprecht, ha comenzado recientemente K. Breysig (19): cree poder establecer que todos los pueblos viven su vida histórica pasando por una misma determinada sucesión de fenómenos. Tiene, empero, frente a otros la ventaja de que su conclusión general se apoya en una inducción, si bien es ella bastante incompleta; él opina tener la visión exacta de al menos dos de estas series paralelas en la historia de los pueblos paleoeuropeos, microasiáticos y germánicos, y en el esquema de evolución así obtenido, poder ordenar el estado cultural de los demás pueblos (20). De esta manera, ciertos pueblos,

(19) BREYSIG, *Geschichte der Menschheit*, I, 1907; ver especialmente pág. 57 y sig. Lo mismo en su obra anterior *Der Stufenaufbau und die Gesetze der Weltgeschichte*, 1905. Algunos buenos puntos de vista se hallan en la nota crítica de ABY, en *Globus*, XCIII, pág. 160 y sig.

(20) No omitiremos decir que también la antigua etnología creyera poseer una prueba de la existencia de una sucesión evolutiva

cual los americanos del N.O., que se encuentran ya bastante adelantados, son situados en los comienzos de la Historia, son degradados a "pueblos de época arcaica eterna": en otras palabras, un largo e importante período de historia cultural humana es dejado completamente de lado o no es considerado en la forma que se merece. Además, Breysig no se pregunta nunca si las unidades de comparación que él menciona, verbigracia el feudalismo, no representan más bien ecuaciones conceptuales antes que objetivas, problema éste que debiera estar, sin duda alguna, al principio de toda disquisición. De mayor importancia es todavía que en este autor, al igual que en Morgan, la gradación se basa únicamente en una parte de los fenómenos culturales, especialmente en los sociales. Pero lo que resulta fatal a su concepción es el fracaso de los fundamentos en que se apoya. Las dos series paralelas de donde extrae él los criterios principales de la gradación, o sean el complejo cultural antiguo y el medioeval-moderno, se hallan en la más estricta conexión causal uno con otro, primeramente por prístina afinidad, en virtud de la cual las eventuales disposiciones y tendencias evolutivas similares no pueden ser consideradas como procesos legales, sino como efectos de una causa común; en segundo lugar, por las más diversas influencias directas del complejo más antiguo sobre

de los datos etnológicos, en la comparación de éstos con la prehistoria; sobre el problema de la demostración del desarrollo mediante la prehistoria, ver arriba, Cap. IV, 1, § 4.

el más reciente, hasta en los puntos que no pueden ser documentados literariamente. Y Breysig hasta olvida hechos tan indudablemente conocidos como ser el gran influjo de la política romana sobre la formación de la realeza celta-germana y la importancia de los elementos étnicos e instituciones románicas para el desarrollo del sistema franco de gobierno; sólo así le es posible ofrecer como demostraciones de su teoría los respectivos fenómenos de ambas partes ⁽²¹⁾. Resumiendo lo que antecede diremos que tampoco Breysig puede pretender el mérito para sí, de haber dado con criterios objetivos que sirvan a la concepción evolucionista de la historia de la cultura ⁽²²⁾.

§ 7. — El carácter de inseguridad, carente de todo criterio auténticamente objetivo de las demostraciones en boga, no permaneció absolutamente ignorado. Nadie menos que E. B. Tylor lo señaló ya en 1888, e hizo el

(21) Pero también el otro paralelismo de que se hace gala, el referente a la historia del Extremo Oriente, el cual, por otra parte, es sólo parcial, estriba en primer lugar en la mencionada identificación de ecuaciones conceptuales con históricas, y luego, especialmente, en un descuido deliberado de toda influencia que venga de Oriente.

(22) Metodológicamente afín, sólo que con prescindencia de la gradación, es la proposición de FOUCART, *La méthode comparative dans l'histoire des Religions*, 1909, de tomar a la historia de la religión egipcia como medida de la evolución de las religiones, naturalmente con la intención de interpretar los fenómenos religiosos egipcios por los datos, así paralelizados, de las demás religiones. La idea de la gradación, por otra parte, se manifiesta últimamente de

ensayo de remediar el asunto (23). Que también este ensayo tendiese a buscar el contacto con la exactitud de las disciplinas matemático-naturales no debe extrañarnos, dado que la posición de la etnología, por la época, era todavía más vacilante que hoy. Tylor, con su método de las adhesiones, busca de alcanzar la anhelada exactitud y objetividad por el procedimiento estadístico. Comparando el mayor número posible de pueblos llegó al resultado de que ciertas formas de algunas categorías de la cultura humana aparecían a menudo enlazadas con determinadas formas de otras categorías, sacando de ello la conclusión de que los fenómenos que manifestaban una tal adhesión se hallaban en una conexión genética. Luego, por la comparación de las distintas formas fenomenales de una categoría y de sus relaciones con los fenómenos adherentes, cree este autor poder también conocer de manera indudable la dirección en que se han sucedido las formas de la categoría. Me limitaré, únicamente, a citar uno de sus ejemplos: la comparación que establece entre el domicilio de los esposos después del

manera muy recia, en F. MÜLLER-LYER, *Phasen der Kultur und Richtungslinien des Fortschritts*, 1908, así como en E. FRIEDRICH, *Die Fortschritte der Anthropogeographie*, *Geographisches Jahrbuch*, XXXI, 1908, pág. 292; en este último autor, completamente en el sentido de la antigua filosofía idealista; fase del instinto, de la tradición y de la conciencia histórica.

(23) TYLOR, *On a Method of Investigating the Development of Institutions; applied to Laws of Marriage and Descent*, *JAI.*, XVIII, 1888, pág. 245 y sig.

matrimonio, con la costumbre de que los parientes eviten encontrarse. El caso en que el marido evita las relaciones con los parientes de su esposa lo encuentra catorce veces, coincidiendo con la costumbre de que el marido ingrese en la familia de la esposa, mientras que el caso contrario es sólo comprobado nueve veces, y el estadio intermedio, en que el marido pasa primeramente a la familia de ella pero luego se lleva la esposa a su propia morada, es atestado veintidós veces. En cambio el caso inverso en que es la mujer quien elude las relaciones con los parientes del marido, no pudo ser establecido ninguna vez en los casos en que el matrimonio vive en la familia de la esposa, cinco veces en el estadio intermedio, y ocho veces cuando ingresa en la familia del marido. De todo eso, Tylor concluye primeramente que la prohibición de que el marido tenga relaciones con sus suegros se halla en íntima conexión con su establecimiento en la familia de ella, y el proceso es inverso con la mujer. En segundo término, empero, la evolución general tiene que haberse realizado pasando de la extrema forma matriarcal del matrimonio a la forma patriarcal, que si no, en el caso contrario, debieran hallarse "survivals" de la prohibición de relaciones entre la esposa y sus suegros, también bajo la constitución matriarcal extrema del matrimonio.

§ 8. — Un defecto muy grave del método quedó ya anotado en la discusión que siguió a la conferencia de Tylor ⁽²⁴⁾, y es que su seguridad depende de que sean

(24) L. c., pág. 271.

establecidas las unidades de comparación y de que esto es muy problemático. La réplica de Tylor, de que basta considerar como unidad a todo grupo de fenómenos de particularidades bien caracterizadas, no desvirtúa la objeción, ya que es relativa la característica así establecida de la unidad; en realidad, toda dispersión particularmente importante de asociaciones secundarias de fenómenos —siendo indiferente si existen o no, ya que sólo se trata aquí de la posibilidad teórica—, echaría abajo el método o llevaría a resultados completamente falsos. Una segunda deficiencia igualmente fundamental del método reside en el hecho de que presupone una abundancia tal de material como no se encuentra en Tylor ni es fácil que se logre nunca; pues la suposición de que las lagunas existentes se irán colmando será muy optimista, pero carece de fundamento. Esta imperfección no es, naturalmente, sólo geográfica, sino que roza también las observaciones comprendidas dentro del grupo de fenómenos reunidos en una unidad. Por ejemplo, si, como opina Tylor, de acuerdo con el promedio general de observaciones y una distribución proporcionada, la prohibición de relaciones entre esposa y suegros, respectivamente cuñados, debiera manifestarse de dos a tres veces en unión con la costumbre de establecerse el marido en la familia de la mujer, pero no se atestigua ni una sola vez, ¿no se deberá ello, en parte, a que la vida de la pareja entre los suegros ofrece relativamente menos ocasión de observar el comportamiento de la esposa frente a la familia del marido que no la costumbre inversa?

Hasta para los admiradores más entusiastas y parciales de la aplicación del método estadístico para explicar los procesos históricos, su importancia radica exclusivamente en la ley del gran número ⁽²⁵⁾. ¿Qué pueden demostrar guarismos como los enunciados arriba y que oscilan entre 5 y 25? Pero aún prescindiendo de todas las imperfecciones y deficiencias del material numérico, ¿es, sin más, correcto deducir de la adherencia de un fenómeno a otro, mejor dicho, de la coexistencia relativamente frecuente de dos fenómenos, una íntima conexión de ellos? Tylor sostiene que tratándose de la aparición puramente casual de un fenómeno, debiera tener efecto una distribución cabalmente proporcionada sobre todos los pueblos y, correspondientemente, en los dominios de otros fenómenos no conexos. Pero más bien podría decirse, al contrario, que una distribución tan regular por sobre la tierra dejaría de ser casual, y que de imperar el azar debiéramos esperar una distribución en alguna manera irregular. Claro es que todas estas irregularidades de la distribución tienen sus causas; sólo que la mera fijación estadística no puede revelárnoslas. Y es que la estadística en sí no está en condiciones de explicar los hechos, sino sólo de llamar la atención sobre los problemas. Por lo tanto, el mero hecho de que dos o más fenómenos se hallen frecuentemente unidos, permite sólo la conclusión de que causas determinadas favorecen

(25) Comp. BERNHEIM, *Lehrbuch der historischen Methode*, 5ª edición, pág. 119 y sig.

su frecuente coexistencia, pero nada nos dice, por de pronto, referente a esas mismas causas.

§ 9. — Con las consecuencias que de la coexistencia se infieren sobre la conexión íntima, fallan también por su base las demás conclusiones sobre la trayectoria de la evolución. Pero también por sí mismas estriban ellas en inadmisibles supuestos apriorísticos, ante todo, en la teoría ya antes enunciada de que la Humanidad, en todas sus ramas, ha sufrido una evolución esencialmente similar y que, por lo tanto, las diversas formas fenomenales de las categorías culturales sólo representan distintas etapas de la misma evolución. Sin embargo, a priori, es igualmente posible que diversas ramas de la Humanidad se hayan desarrollado en una dirección cabalmente distinta y que los resultados de estos diversos desarrollos se hayan luego puesto en contacto y cruzado secundariamente de manera distinta. Si consideramos, verbigracia, el ejemplo especialmente traído por Tylor y que se refiere a las instituciones patriarcales y matriarcales, no vemos la razón de por qué, a priori, no ha de ser posible que ellas representen dos direcciones distintas de la evolución, y combinaciones de ellas los estados de transición. La opuesta conclusión de Tylor, deducida de la no existencia de ciertos fenómenos de adhesión en la esfera puramente matriarcal, es, bien mirado, un sofisma lógico, una consecuencia de la unilateralidad en la elección de los ejemplos tomados como base de la demostración. Que fenómenos específicamente patriarcales —y de tales se trata confesadamente en Tylor— no aparezcan en situaciones pura-

mente matriarcales, es casi una tautología. Y, de la misma manera en que, verbigracia, en situaciones netamente matriarcales no se manifiesta la herencia en la línea masculina directa —ni siquiera en lo que respecta a la herencia de las esposas—, tampoco se encuentra el ingreso del marido en la familia de la esposa, ni, para quedarnos dentro del derecho de sucesión, el derecho de sucesión privilegiado del hijo de la hermana, en los pueblos organizados patriarcalmente. Son estos ejemplos absolutamente congruentes con los de Tylor, pero de los cuales se podría, y deberían, sacar, con el método de Tylor, conclusiones diametralmente opuestas a las suyas. Para que se vea de qué manera la inseguridad subjetiva, a la que el método debía cerrar el camino, se une de nuevo con la selección y agrupamiento del material, bástenos mencionar el solo ejemplo de que se cita como testimonio de peso y “survival” de situaciones matriarcales, el hecho de pasar a primera línea el hermano de la madre, opinión ésta antigua y extensamente difundida, pero completamente sin demostrar hasta hoy, al menos en su generalización. Eliminándola, la estadística cobraría en seguida un cariz muy distinto. En resumen: el procedimiento de Tylor permitiría conclusiones referentes a la agrupación primaria de fenómenos sólo en casos especialmente notables de coherencia o repulsión, esto es, en casos que a menudo no serían dudosos, ni siquiera prescindiendo de toda fineza estadística. Sobre direcciones de la evolución apenas si podrá nunca expresar algo. A pesar de ello, el principio fundamental del método, el

establecimiento de las coherencias, no es en manera alguna estéril. Cobrará importancia cuando salga de su aislamiento como principio de comparación general y se relacione con la consideración de las agrupaciones geográficas de cultura.

B. PARENTESCO CULTURAL.

§ 1. — La existencia de relaciones culturales más o menos extensas, el hecho de que la semejanza de fenómenos culturales en lugares distintos sea explicable por aquellas relaciones directas mediante migración o préstamo, no ha de haber sido nunca negado en principio; tampoco era ello posible frente a la realidad de la historia cultural europea bien documentada. Así es que aquellos problemas se encuentran en Bastian ⁽¹⁾ y en Morgan ⁽²⁾, y Tylor ha dedicado varios trabajos a las migraciones de fenómenos culturales ⁽³⁾. Pero de todas

(1) En distintos lugares. Citaremos únicamente *Indonesien*, I, pág. 5: "Más apiñados que los grupos de islas de la extensa Oceanía, los del archipiélago índico constituyen un puente de transición sobre el cual se reflejan, en refracciones heterogéneas, las corrientes culturales del continente asiático". También puede compararse ahora R. SCHWARZ, *Adolf Bastians Lehre vom Elementar un Völkergedanken*, pág. 53 y sig., en donde también se trata de los límites de las ideas de Bastian en este sentido.

(2) *Ancient Society*, pág. 8 (edición de la Universidad Nacional de La Plata, pág. 34).

(3) *Notes on the Asiatic Relation of Polynesian Culture*, JAI., XI, pág. 401 y sig. *Remarks on the Geographical Distribution of Games*, JAI., IX, pág. 23 y sig.

maneras la atención que se prestaba a aquellos problemas era sólo reducida, y, lo que era esencial, para los problemas capitales histórico-evolutivos que se atribuían a la etnología, quedaron aquéllos casi sin importancia alguna. Por lo tanto, a esta dirección que va directamente a la idea evolutiva pura, sin consideración alguna de los procesos reales histórico-culturales, la podremos caracterizar de la mejor manera llamándola simplemente "evolucionista" (4).

Ratzel fué quien no sólo asignara a los problemas de las relaciones culturales, de las migraciones y de los préstamos que representan tan alto papel precisamente entre aquellos procesos histórico-culturales, la posición que les pertenece como sector de trabajo de la misma calidad y condición de los demás; quien no sólo expuso su opinión de que esta clase de procesos pueden tener una participación en la vida cultural de los pueblos, hasta de aquellos mal llamados no-históricos, mucho más ingente que lo que se había supuesto (5), sino que con

(4) El P. W. SCHMIDT, en *Die Stellung der Pygmäenvölker in den Entwicklungsgeschichte des Menschen*, pág. 283, es de opinión que aquella orientación no se esfuerza en indagar la verdadera evolución y que, por lo tanto, tampoco merece este nombre. De todas maneras su característica reside, a diferencia de otras direcciones, en que se representaba el desarrollo cultural en el sentido de simples evoluciones, de acuerdo con la concepción filosófica de la palabra, y eso era lo que quería demostrar.

(5) F. RATZEL, *Anthropogeographie*, II, pág. 577 y sig. *Über die Stäbchenpanzer*, Sitzungsberichte der Bayr. Akademie der Wissenschaften, Hist. Klasse, 1886, 2, pág. 181 y sig.; *Die afrikanis-*

ello hizo pasar a un primer plano la importancia que para la problemática general etnológica poseen esos problemas y sus soluciones, y hasta para aquellas mismas cuestiones histórico-evolutivas. Pues si realmente, como expresara Ratzel, no existía, en potencia, límite espacial alguno para la migración y préstamo de bienes culturales aislados o de complejos enteros de ellos, entonces la inducción que sacaba su mayor argumento de la yuxtaposición idéntica de los más diversos estados culturales en los más distintos ámbitos geográficos, quedaba completamente invalidada. En lugar de una evolución homogénea uno podía imaginarse de golpe cien evoluciones autónomas y heterogéneas que sólo en el transcurso de su expansión se habían combinado de un modo similar en los más distintos lugares. Numerosos estados distintos de cultura que hasta ahora se había uno acostumbrado a considerar como fases del general progreso cultural humano, podían convertirse en fenómenos parciales, en episodios de la historia de la Humanidad. La totalidad de las relaciones causales empezó a tambalearse. A ello se agregaba todo lo referente a la comprensión de los fenómenos. Y si antes me era posible imaginar que una costumbre, una representación religiosa, se había engendrado en su actual contorno cultural y, por otra parte, cabía interpretarla por fenó-

schen Bögen, Abhandlungen der Königl. Sächs. Gesellschaft der Wissenschaften, Phil. Hist. Klasse, XIII, N° 3; *Geschichte, Völkerkunde und historische Perspektive*, HZ., 93, pág. 1 y sig.

menos similares de otras regiones y por sus efectos concomitantes observando, a lo sumo, determinadas cautelas metódicas, ahora, en toda investigación de tal índole, se presentaba amenazador el interrogante de si el mismo fenómeno a interpretar no era más bien un cuerpo extraño en su patria actual, de si la conexión aparentemente orgánica en que actualmente se halla, y con ello su actual sentido, no es el resultado de mezclas histórico-culturales y de asimilaciones. Para no citar sino un solo ejemplo: a pesar de que el mito de Jonas, en la India, se nos aparezca en completa conexión lógica con la mitología lunar ⁽⁶⁾, no por ello es menos dudoso su carácter prístino. Pues no puede rechazarse la posibilidad de que un mito originariamente solar se vea asociado, por mezcla cultural, a un ciclo de mitos lunares, y se asimile tanto a éstos que pueda formar, secundariamente, el rasgo esencial de la desaparición por tres días. Y tan pronto como se admita tal posibilidad, todo ensayo de interpretar, digamos, una leyenda australiana de Jonas con la ayuda de la índica y de las que se hallan con ésta en un estrecho círculo, tendrá necesariamente que conducir a sofismas ⁽⁷⁾.

⁽⁶⁾ SIECKE, *Indras Drachenkampf* (Beilage z. Jahresbericht des Lessing-Gymnasiums, 1905), pág. 3 y sig.; comp. también *Drachenkämpfe*, pág. 42 y sig.

⁽⁷⁾ El P. W. SCHMIDT, en *Anthropos*, IV, pág. 829 y sig., expresa muy correctamente en contra de Siecke, y en favor de la necesidad de no tratar las figuras mitológicas como meras formas estacionarias, sino que debe ser investigado su devenir histórico, su

Con esta sugestión de Ratzel la metodología etnológica quedaba realmente *eo ipso* dirigida hacia nuevos rumbos. Es falso hablar, cual tan frecuentemente se hace, de una nueva teoría de Ratzel opuesta a la de Bastian (8). En lo capital, Ratzel no expuso teoría nueva alguna ya que, como queda dicho, no se había nunca negado la existencia de relaciones cual las entendía él. Su acción fué, más bien, plantear una exigencia que, una vez expresada en tal forma, resultaba ya imposible pasar por encima de ella sin ningún peligro. Y ni siquiera aquel que, personalmente, no crea en relaciones tan extensas cual lo hiciera Ratzel, podría ya eludir la obligación de examinar *sine ira et studio* la posición histórico-cultural de eventuales paralelismos, al estudiar problemas evolutivos. La cuestión relación histórico-cultural u origen autónomo, ha sido definitivamente convertida por Ratzel en problema fundamental, más exactamente en problema preliminar *kat'exogen* de la etnología.

§ 2. — Otra cierta complicación, si bien no demasiado grande, ha experimentado el sistema conceptual metódico desde hace unos años, por un concepto biológico

crecimiento y sus mezclas. Estamos de acuerdo; sólo que no debe ello llevarse a cabo en una forma tan constructiva cual lo hace el propio SCHMIDT en el trabajo que él cita y que lleva por título *Grundlinien einer Vergleichung der Religionen und Mythologien der austronesischen Völker*. Pues el esquema de SIECKE: dios lunar - dios solar— dios celeste, no es más constructivo que el suyo propio.

(8) Comp. sobre todo F. RATZEL, *Die geographische Methode in der Ethnologie*, Geographische Zeitschrift, III, pág. 268 y sig.

que introdujera primeramente Thilenius ⁽⁹⁾ y desarrollara luego Ehrenreich ⁽¹⁰⁾, y que no es otro sino el de convergencia. Según este concepto, pueden producirse fenómenos análogos no sólo a consecuencia de la misma disposición psíquica del hombre —la idea elemental de Bastián— o por migración o préstamo, sino también por asimilación de fenómenos originariamente distintos bajo la influencia de una naturaleza análoga o de un contorno cultural similar. Pero dado que un contorno cultural específicamente análogo, además de por parentesco cultural, es sólo imaginable como producido por un mismo contorno natural, queda éste únicamente como causa primaria de las convergencias. En lo capital, y por su propio sentido, esta concepción se halla, como complemento de la doctrina de la idea elemental, sobre el terreno de la dirección evolucionista. Pero en cierto respecto se encuentra también cerca de las tendencias específicamente histórico-culturales, o sea en cuanto se refiere a su propensión a valorar en forma absoluta el fenómeno aislado. Pues es claro que si los fenómenos análogos no son meros eslabones finales de

⁽⁹⁾ Según EHRENREICH (nota siguiente). Comp. THILENIUS, en: *Mitteilungen des Verbandes Deutscher Vereine für Volkskunde*, 3, (Enero 1906), pág. 16. La posibilidad de convergencias es recalcada también, aunque con ejemplos fuera de lugar, por O. RICHTER, en *Museumskunde*, V, pág. 167 y sig.

⁽¹⁰⁾ P. EHRENREICH, *Zur Frage der Beurteilung und Bewertung ethnographischer Analogien*, KBIAEU., XXXIV, 1903, pág. 176 y sig.

las mismas series evolutivas, sino que pueden tener una prehistoria completamente distinta, será menester que todo hecho aislado sea indagado en cuanto le atañe a sus causas particulares y sus peculiares conexiones. En cuanto al hecho de si la investigación establece luego una convergencia hacia atrás o una falta de relación de las series causales, esto, en el fondo, es sólo una diferencia en los resultados, pero no del método.

§ 3. — Como problema capital metodológico del grupo de problemas así caracterizado, resalta naturalmente el que se refiere a un criterio de las posibles relaciones recíprocas de los fenómenos análogos. ¿Será posible dar con caracteres que permitan reconocer de modo indudable que varios fenómenos paralelos posean parentesco histórico-cultural, se hayan originado independientemente o sean producto de la convergencia? La única persona que, de acuerdo con mis conocimientos, se haya ocupado de estas cuestiones, aunque no sobre la base de material etnológico, sino histórico-cultural europeo, es Richard M. Meyer ⁽¹¹⁾. De entre sus categorías de paralelismos podemos suprimir, sin mayor peligro, la coincidencia por casualidad; el criterio de una coincidencia grande, pero aislada, es muy incierto, y apenas si alguna vez será suficiente para excluir un paralelismo basado sobre condiciones análogas, aun para el

(11) R. M. MEYER, *Kriterien der Aneignung* (de *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum, Geschichte und Deutsche Literatur*, XVII), 1906, pág. 16 y sig.

caso de que se admitiera teóricamente la posibilidad de una casualidad pura independiente de análogas circunstancias, lo cual serán pocos en admitir; *in praxi*, sólo se pedirá hipotética y provisoriamente el auxilio del azar cuando hayan fallado todas las demás posibilidades de explicación. Las coincidencias basadas en causas análogas se caracterizarían, según Meyer, por el hecho de que no son solamente los fenómenos comparados mismos y sus causas los que muestran una cierta analogía, sino también sus consecuencias. Como se ve, este criterio tendría una aplicación extremadamente limitada, dado el carácter de superficialidad en el tiempo, que es propio de la inmensa mayoría de los complejos de hechos etnológicos. Pero los ejemplos aducidos por Meyer no excluyen ni siquiera el interrogante de si en última instancia no es el parentesco primario o la relación cultural directa el que toma parte en las coincidencias (12). A esto podemos agregar que él mismo invalida el criterio con su observación de que las analogías muestran también por parentesco primario una tendencia a igual desarrollo ulterior, lo cual hasta sucedería en una mayor medida (13), todo ello sin contar que un juicio sobre si la analogía de ambas causas estriba o no en parentesco, no sería posible con la ayuda de este criterio

(12) Cual sucede, verbigracia, de manera indudable, en cuanto a las mismas disposiciones en el desarrollo del parlamentarismo en los Estados de Baden y Sajonia.

(13) L. c., pág. 30.

más que en el caso de ser conocidas las series evolutivas enteras hasta sus comienzos. Quedan, por lo tanto, sólo las categorías del parentesco primario y de la transmisión. Allí donde un fenómeno se halla de una manera inorgánica en su conexión, tenemos ante nosotros una transmisión. Es esto una tesis cuya exactitud cabe admitir. Claro que también este criterio afecta sólo a una mínima parte de casos de transmisión; pues falla siempre cuando fenómenos transmitidos son incorporados secundariamente de manera orgánica, por reinterpretación o adaptación al nuevo medio, o cuando son complejos enteros de fenómenos los que han sido transmitidos. En el caso último, la situación de préstamo se convierte en estado de parentesco primario, cual no deja de ver el mismo Meyer. Esta categoría es la que rige siempre cuando existe un gran número de coincidencias. Los representantes de una utilización amplia del principio de convergencia, como Ehrenreich, negarán la validez de este criterio. Por mi parte yo espero poder demostrar, en la parte sistemática, que en realidad tiene una gran importancia (14).

§ 4. — Sólo como punto de vista orientador en el antagonismo de idea elemental y suposición de relaciones histórico-culturales, está concebida la división en dos grupos de todos los datos culturales que realizara Vierkandt desarrollando una idea de Heger (15). Él distingue una

(14) Cap. IV, 3 A.

(15) VIERKANDT, *Naturvölker und Kulturvölker*, pág. 99.

capa primitiva cuyos elementos son de origen fácilmente explicable psicológicamente, en los cuales es, pues, suficiente, según cree el autor, la explicación por la idea elemental y la que no carece de cierta probabilidad, sin contar que en la mayoría de los casos es la sola posible al faltar criterios para eventuales conexiones de parentesco. Frente a éstos coloca a los fenómenos culturales de una complejidad mayor en los cuales, si bien no quiere excluir completamente el origen independiente, considera más probable el nexo histórico-cultural ⁽¹⁶⁾. Y mientras Vierkandt acentúa expresamente la posibilidad de estos nexos también para sus elementos primitivos, Ehrenreich no sólo considera como suficiente *in praxi* la explicación por la idea elemental de todos los fenómenos factibles de fácil comprensión psicológica, sino que se cree en el deber de tener que asignarle valor de hecho real ⁽¹⁷⁾, punto de vista éste apriorístico y, teóricamente cuando menos, erróneo, pues de la facilidad en ser imaginado un origen no resulta, en modo alguno, su realidad. Para demostrar el parentesco en los datos culturales, Ehrenreich no ha podido darnos un criterio general. En sus investigaciones mitológicas sólo considera como de parentesco indudable aquellos mitos en que aparecen

⁽¹⁶⁾ Otra diferencia, aunque menos sólida todavía, cree ver H. WINCKLER, *Babylonische Geisteskultur*, pág. 110, en que el origen autónomo de los bienes materiales de cultura sea más fácil de imaginar que el de los bienes espirituales.

⁽¹⁷⁾ EHRENREICH, *Mythen und Legenden der amerikanischen Urvölker*, pág. 68 y sig.; *Allgemeine Mythologie*, pág. 266.

unidos, con una cierta constancia, determinados rasgos o motivos que no están fundados en una representación central psíquicamente sencilla o necesariamente enlazados con ella ⁽¹⁸⁾. Con lo cual se acerca a la principal idea metódica del fundador de la dirección histórico-cultural en la etnología.

§ 5. — Que los fenómenos análogos que se hallan dentro de un área cerrada de distribución deban ser considerados, por regla general, como culturalmente emparentados, era generalmente admitido antes de Ratzel, y tampoco es rechazado por Ehrenreich ⁽¹⁹⁾. A esto agregó Ratzel ⁽²⁰⁾, que en los casos de distribución difusa y hasta de extensión manifiestamente interrumpida, habría también que suponer un nexo cultural al manifestarse coincidencias no fundadas en la esencia misma del objeto o —en bienes materiales de cultura— en el material utilizado. Tales casos serían, por ejemplo, cuando ciertas formas del arco en Africa y en Melanesia muestran no solamente un determinado corte transversal, sino también conteras trenzadas, o cuando numerosas formas de coraza del Pacífico septentrional están construídas de una manera muy característica con varillas o láminas a manera de varillas. Yo quisiera llamar a este punto de vista, de manera concisa, criterio de la forma. Como complemento habrá que añadir, en el

(18) EHRENREICH, *Mythen und Legenden*, pág. 70 y sig.; *Allgemeine Mythologie*, pág. 270 y sig.

(19) *Mythen und Legenden*, pág. 60 y sig., 74 y sig.

(20) Véase Cap. IV, 2 B, § 1.

último caso, la conclusión que al demostrarse por este medio que la distribución de una forma se debe a parentesco cultural, las demás formas del mismo objeto deberán ser adscriptas, con preponderante probabilidad, al mismo complejo de parentesco, mientras y en tanto que su distribución se ciña estrictamente al mismo ámbito.

§ 6. — Las ideas de Ratzel fueron recogidas y desarrolladas por Leo Frobenius ⁽²¹⁾. También él arranca del criterio de la forma, no sólo para la cultura material, sino también en sus estudios mitológicos en los cuales aparece como criterio de los pequeños rasgos ⁽²²⁾. Y trata de reforzarlo en dos distintos sentidos: la parte primera de su método, la “geográfico-estadística” ⁽²³⁾,

(21) Teóricamente en *Die naturwissenschaftliche Kulturlehre*. (*Allgemeinverständliche naturwissenschaftlichen Abhandlungen*, 20, 1899). Prácticamente en: *Der Ursprung der afrikanischen Kulturen* (1898) y *Die Kulturformen Ozeaniens*, en *PM.*, XLVI (1900), pág. 204 y sig., 234 y sig.

(22) L. FROBENIUS, *Das Zeitalter der Sonnengottes*, pág. 390.

(23) En principio, tanto este criterio como el segundo, el de la variación de la forma, se hallan ya en RATZEL; compárese *Anthropogeographie*, II, pág. 605: Los círculos etnográficos de formas; pág. 607: Parentesco evolutivo.

Por lo demás, la denominación de “Método geográfico-estadístico” es desgraciada. Aun prescindiendo completamente del hecho de que nada tiene que ver con estadística el fijar las distribuciones geográficas y sus coincidencias, la esencia del método no es precisamente aquella actividad registradora —la cual es sólo un previo trabajo, si bien importante—, sino la clase de conclusiones que de ello se infieren. Más acertado es el calificativo de “geográfica” dada

estriba en el concepto de forma de cultura como complejo de elementos culturales de forma y distribución características ⁽²⁴⁾; metodológicamente, es un enlace del criterio de forma con el de cantidad que, como lo hemos ya mencionado, fuera elaborado por R. M. Meyer ⁽²⁵⁾. El hecho de que junto con la configuración del arco coincidieran también, en el oeste africano y en el área indonesio-melanesia, cosas tan dispares como tipos de

por Ratzel a la totalidad de investigaciones sobre parentesco y movimientos culturales. Pero también éste sólo toca un lado del método, y dirige todos sus esfuerzos a la elaboración de los círculos de cultura, como concepto auxiliar, geográficamente determinado, del método. Las conclusiones más importantes desde el punto de vista de la historia de la Humanidad resultan del enlace de los círculos aislados, en los cuales los criterios geográficos no aportan servicio alguno o sólo lo hacen en una forma auxiliar. En determinadas circunstancias, el criterio de forma puede hasta actuar desde un principio sin la ayuda de factores geográficos. Y si el calificativo de "geográfico" quiere sólo señalar que los procesos objeto de las investigaciones están en su totalidad determinados y condicionados geográficamente, resultaría ser éste el caso de todos los procesos históricos sin haber por ello necesidad de hablar de un método geográfico en la historiografía. Por lo tanto será suficiente que consideremos lo que RATZEL y FROBENIUS llaman geográfico o geográfico-estadístico, como función del método etnológico o, dado que semejantes demostraciones son también frecuentes en los demás sectores de la historia de la cultura, función del método histórico-cultural.

(24) Concepto éste que también se manifiesta en RATZEL y SCHURTZ, *Das Augenornament und verwandte Probleme*, pág. 94 y sig., como "zona etnológica".

(25) Arriba, capítulo IV, 2 B, § 3,

escudo y vivienda, máscaras, vestido de fibra vegetal, formas de tambor, etc., hubo de reforzar poderosamente la demostración llevada a cabo por Ratzel, por el poder del volumen.

También la parte segunda, el método "biológico" o "histórico-evolutivo" anticipa otro criterio de Meyer y lo enlaza con el de forma; esta vez se trata del criterio aducido por Meyer para la demostración del préstamo, o sea la manifestación inorgánica o inmotivada de los elementos culturales. La idea fundamental en Frobenius es la siguiente: toda cultura, con todos sus elementos, está condicionada por la naturaleza de su país de origen; consecuencia de una separación del suelo madre será la transformación y hasta disolución de formas. De este modo, no sólo las analogías se convierten en criterios de descendencia, sino que también las diversidades, y precisamente éstas. Cuando dos complejos de fenómenos con afinidad formal se nos muestran el uno arraigado y orgánico en su suelo, el otro sin nexo con la base natural e inorgánico en sí, entonces estará justificado el juicio de que no se trata de un doble origen independiente, sino de conexión de parentesco. Como país de origen consideraremos, naturalmente, al de las formas arraigadas, y con ello tenemos dada la dirección de la migración. De esta manera, Frobenius cree poder derivar, verbigracia, los arcos de forma aplanada y los tambores de señales, así como los mitos, de la forma de cultura "malayo-nigracia", únicamente de los archipiélagos, tan ricos en bambúes, del S.O. de Asia; y el hecho de que los peque-

ños rasgos en los mitos parezcan en Africa dispersos y sin conexión, mientras que los complejos centrales de representaciones frecuentemente desaparecen por completo, es para Frobenius la mejor prueba de su procedencia oceánica.

§ 7. — Frobenius ha declarado que la parte final de su método era la de mayor importancia, y últimamente que era la única sólida ⁽²⁶⁾. En esto no podría seguirlo. Ciertamente, la genealogía de las formas, una vez establecida, puede servir no solamente como prueba del grado e índole del parentesco, si es que existe, sino también, en determinadas circunstancias, como demostración del parentesco mismo ⁽²⁷⁾. Pero, en primer lugar, este momento puramente genealógico en Frobenius pasa a un plano secundario, frente a la condicionalidad del medio, y al desarrollo de acuerdo con las posibilidades de la materia prima, en la cultura material. Así concebido, este criterio es aplicable sólo limitadamente, porque es natural que no todos los fenómenos culturales, en las migraciones, pierdan su íntima conexión, su forma, ni siquiera el contacto con las condiciones naturales del medio. Luego, las conclusiones derivadas de las transformaciones tienen valor para determinar la dirección de éstas, sólo cuando no se han producido, cual sucede en parte en los ejemplos traídos por Frobenius, por la influencia de elementos análogos pero de forma distinta.

⁽²⁶⁾ ZfE., XXXVII, pág. 89; XXXIX, pág. 313.

⁽²⁷⁾ Capítulo IV, 3 A, § 13; B, § 6 y 13.

Si, por ejemplo, los escudos circulares asiáticos en el nordeste de Africa deben su mayor pureza, en gran parte, a que el país carece de otras influencias de formas africanas de escudos, la pureza de formas nada podrá expresarnos referente al país de origen, ya que el influjo secundario puede proceder tanto del país de origen como de cualquier otra parte del área geográfica de dispersión. Pero lo más importante y verdaderamente funesto es que la construcción hipotética subjetiva, para cuya eliminación debía servir precisamente la metodología, puede de nuevo hacer de las suyas. Pues la interrogación sobre origen y desarrollo de los fenómenos deberá, con este método, preceder a la dilucidación de conexiones histórico-culturales. Y los únicos criterios a nuestra disposición para resolver aquel problema son las razones ya criticadas de la plausibilidad y nivel general de cultura (28). Si, recogiendo de nuevo uno de los ejemplos arriba citados, Frobenius hace derivar el tambor de señales y el arco de forma plana, del uso del bambú, y luego, dado que no es comprensible sin más ni más el desarrollo del arco de un trozo de bambú, lo hace proceder del arco musical, tenemos que establecer que toda esta argumentación es absolutamente subjetiva; es el antiguo y probado procedimiento: de esta manera puedo representarme excelentemente el asunto, de otro modo no; por lo tanto (29). Basar las investigacio-

(28) Capítulo IV, 2 A.

(29) Otros ejemplos de una tal elaboración subjetiva de series evolutivas en FROBENIUS son, verbigracia, sus párrafos sobre de-

nes auténticamente histórico-culturales sobre los resultados de un tal teorizar, no significa otra cosa que quitar de antemano también a aquellas la base seguramente objetiva. En realidad, el criterio de la genealogía de la forma no tiene valor objetivo más que como parte integrante del método "geográfico-estadístico"

Y es precisamente esta parte la que abandonara el mismo Frobenius, como ya se ha dicho. Es evidente que los resultados no estaban completamente de acuerdo con sus esperanzas. Que la culpa del fracaso pudiera, en parte, corresponder no al método en sí, sino al modo de aplicarlo, esto no debe de haberle nunca llegado a conciencia ⁽³⁰⁾. Más bien necesitaremos dar una ojeada a su posición teórica general, para explicarnos los motivos de un cambio tan notable. Las ciencias naturales, con su ingente desarrollo, despertaron su admiración al igual

terminadas formas africanas del arco y sobre las campanas africanas (ZfE., XXXIX, pág. 326 y sig.; XLI, pág. 773 y sig., pág. 782). Con la misma certeza se podría, por ejemplo, hacer derivar el escudo de parar de madera, del palo de parar africano con protección de la mano en cuero, a pesar de que este último sea histórico-culturalmente mucho más reciente que no el escudo de parar de madera; comp. capítulo IV, 3 C, § 8.

(30) La consecuencia de una cierta ligereza genial, y sobre todo de un desdén para las pequeñas diferencias locales, especialmente en Oceanía, es la erección de formas de cultura que en realidad no son unidades, sino que son ya complejos en sí, y luego un desvanecimiento de límites y formas por afuera y por dentro, junto con la imposibilidad de distinguir siempre con alguna seguridad entre variación y mezcla, cuando se trata de fenómenos de transición.

que en los viejos etnólogos, y es así que trata de dar fuerza probatoria a sus métodos, en la congruencia con las ciencias naturales. Juega con conceptos científico-naturales sin haber siempre captado su auténtico sentido. Tal sucede, verbigracia, cuando en la formación de los híbridos cree ver, casi, el problema capital de la teoría de la descendencia ⁽³¹⁾, o cuando señala a la "anatomía" de las formas de cultura la tarea de establecer la heterogeneidad de los componentes de un complejo cultural ⁽³²⁾, y, finalmente, cuando reduce al concepto de ley el hecho de que ciertas formas de elementos culturales ocupen determinadas áreas de dispersión más o menos cerradas, y que generalmente coincida un número de elementos en su extensión aproximada ⁽³³⁾. Y así es que también se creyó en el deber de tener que oponer un argumento científico-natural a los que son de opinión que el origen de formas análogas de cultura corresponde a semejantes condiciones naturales del medio. A ningún zoólogo se le ocurriría —les dice Frobenius— querer otorgar origen independiente a las variedades de antropoides del Asia meridional y África occidental, que tienen una distribución concordante, en lo esencial, con la cultura "malayo-nigricia"; por lo tanto, también las analogías culturales se deberán a parentesco ⁽³⁴⁾. Más tarde, empero, se dió Frobenius perfecta cuenta de que

⁽³¹⁾ *Naturwissenschaftliche Kulturlehre*, pág. 29.

⁽³²⁾ L. c., pág. 9.

⁽³³⁾ L. c., pág. 10.

⁽³⁴⁾ L. c., pág. 16 y sig.

no cabe equiparar los elementos de una cultura a las variedades o géneros biológicos, sino que fisiológicamente sólo podían ser concebidos como órganos funcionales, y que por lo tanto nada tiene de improbable, a priori, el concebir las formas culturales análogas como una suerte de variaciones locales. Frente a este punto de vista derrumbósele su método "geográfico-estadístico" entero. Sin embargo, frente a esta argumentación habrá que observar que tales variaciones modificadoras de toda la modalidad y que igualan las formas del más variado origen, devienen siempre más raras ya en el mundo animal superior y suelen manifestarse únicamente en el desarrollo funcional de órganos materialmente existentes, y no en una creación completamente nueva. Por ejemplo, podrá muy bien, un mamífero, adaptar sus órganos, verbigracia los pies, a la vida en el agua, y con ello tomar un aspecto pisciforme, pero naturalmente sus pulmones no se convertirán en branquias. Por lo tanto, creo que, aun de acuerdo con los principios científico-naturales, cabe descartar, al menos en una parte de las formas culturales y de sus elementos, la suposición de un origen autónomo. Luego, las relaciones entre estas igualaciones por adaptación y condiciones de vida que las motivan son, entre los animales superiores, perfectamente claras y patentes, cual sucede, verbigracia, con el color blanco de muchos animales polares, y las largas patas del avestruz, emu, etc.; en las analogías culturales, en cambio, podría decirse lo propio sólo en muy contados casos. Pero, con todo, lo principal sigue siendo que la

paralelización metodológica de datos etnológicos y biológicos se funda en insuficientes deducciones por analogía, y que una conclusión metódica de lo uno a lo otro no podrá, por ello, ofrecer nunca una base seria para la investigación.

Los conceptos metodológicos expresados a continuación se asocian de estricta manera a las ideas de Ratzel y Frobenius, no sólo en teoría, sino que en cierto modo también prácticamente, pues su elaboración partió del mismo extenso complejo de problemas histórico-culturales que constituyen las conexiones entre África y Oceanía, y el cual fuera inaugurado por Ratzel, abordado abiertamente por Frobenius y realizado por Ankermann y yo en 1904 ⁽³⁵⁾. Que por nuestra parte no se trata de una aceptación inmodificada de aquellas ideas, lo habrá puesto en claro la crítica ejercida en estas últimas páginas. En qué sentido se ha orientado la modificación y superación de ellas, lo dirán los próximos capítulos.

(35) ANKERMANŃ, *Kulturkreise und Kulturschichten in Afrika*, ZfE., XXXVII (1905), pág. 54 y sig.; esencialmente en el mismo sentido se encontraban ya *Die afrikanischen Musikinstrumente*, Ethnologisches Notizblatt, III (1901), pág. 1 y sig. GRAEBNER, *Kulturkreise und Kulturschichten in Ozeanien*, ZfE., XXXVII (1905), pág. 28 y sig.; completando y reformando *Die melanesische Bogenkultur und ihre Verwandten*, en *Anthropos*, IV, pág. 726 y sig., 998 y sig.

A. CRITERIOS DE LAS RELACIONES CULTURALES.

§ 1. — Dos grupos de problemas se han manifestado hasta ahora en la historia de nuestra ciencia: el del desenvolvimiento general de la cultura, y el del parentesco de las culturas. De ello podría inferirse que el círculo de problemas etnológicos queda así cerrado. Mas, ¿cómo se comportan recíprocamente ambos grupos? Los problemas del parentesco cultural poseen sin duda, y en el más alto grado, una importancia autónoma. En cada caso aislado deberemos tratar de solucionarlos, como hemos ya manifestado antes. Carecerá de todo valor metodológico cualquier división de los datos etnológicos basada en consideraciones de oportunidad y que tenga como objeto la clasificación en datos que han menester de la interrogación histórico-cultural, y en otros en los cuales es “superfluo” este proceder, por ser “suficiente” la explicación por la idea elemental ⁽¹⁾. No es procedimiento científico el establecer si podemos o no representarnos la invención autónoma de arco y flecha en Suramérica o en el oeste africano, sino que sólo es científico el tratar de fijar si la población de ambas regiones ha o no inventado realmente el artefacto. Y nada modifica la clara situación metodológica el hecho de que en muchos casos no podrá ser, de momento,

(1) Argumentación que, verbigracia, se manifiesta también en SIECKE reiteradamente.

resuelto decisivamente el problema, y en alguno de ellos tal vez nunca. La solución del problema debe ser ensayada, y eso en forma absolutamente autónoma; pues una eventual indagación evolucionística, por propia esencia, no puede expresarnos nada sobre las relaciones histórico-culturales aisladas, ya que tiene sus miras puestas en lo general y prescinde del hecho aislado (2).

En cambio es dable plantear la cuestión relativa a si a los problemas histórico-evolutivos les corresponde una posición particular fuera del círculo de problemas del parentesco cultural, y eventualmente en qué medida. La situación quedará determinada de una parte, por la posibilidad general de establecer series evolutivas válidas mediante un trabajo puramente evolucionista, o sea sin tomar para nada en cuenta cuestiones de parentesco, y de otra, por el grado en que hayan aparecido desarrollos autónomos de hecho, en el transcurso de la historia de la cultura humana. Pues si, por ejemplo, no existieran series causales reiteradamente autónomas, si todos los paralelismos se basaran en el parentesco, las relaciones de los fenómenos para con la evolución cultural serían completamente idénticas a las del parentesco cultural, y sus criterios deberían hallarse exclusivamente en las determinaciones de parentesco. Pero ya he demostrado antes (3) que los criterios evolucionistas aplicados hasta ahora carecen de objetividad, y yo no podría decir en

(2) Comp. capítulo IV, 2 A, § 1.

(3) Ver capítulo IV, 2 A.

qué sentido sería posible alcanzar una certeza mayor. Solamente las series evolutivas permiten conclusiones sobre una mayor o menor semejanza de la evolución, y no la mera igualdad de los eslabones finales; la sola posibilidad de la convergencia, como resultado semejante de series evolutivas desemejantes, ya lo impediría. Pero, dado la superficialidad en el tiempo de los datos etnológicos, son los eslabones finales los que principalmente conocemos, y su ordenación en series evolutivas debe justamente efectuarse sobre la base de las legalidades obtenidas por comparación. Evidentemente, un círculo vicioso. En tales casos, las ciencias naturales recurren al experimento, lo cual es imposible a la etnología. Pues no podemos colocar a un aborígen, y mucho menos, naturalmente, a un grupo suficientemente grande de ellos, en un determinado contorno natural ni cultural y aislarlo allí hasta conseguir un resultado lo más cerca posible a la evolución natural. Ni siquiera el método de la observación en gran escala, recientemente propuesto (4), puede servir a estos fines. Pues prescindiendo de las dificultades de su realización y de la obtención de resultados en cierta medida "autóctonos", sería menester establecer primeramente, sobre todo en vista de la posibilidad de convergencias, y por el método histórico-cultural, si las condiciones bajo las cuales se ha

(4) VIERKANDT, *Zur Reform der völkerkundlichen Aussenarbeit*, en *Globus*, XCIV, pág. 79 y sig.; *Die Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 206.

efectuado una observación determinada corresponden o no a las condiciones engendradoras del fenómeno respectivo; además, la observación debería proseguirse no sólo hasta la aparición de una idea individual sino hasta su completa realización social ⁽⁵⁾. El análisis étnico-psicológico, finalmente, podría tal vez establecer las condiciones psíquicas bajo las cuales puede producirse un proceso histórico-cultural; pero tampoco podrá fijar en el tiempo y en el espacio la producción de estas condiciones, ni tampoco decirnos si, en el transcurso de la historia de la Humanidad, aparecieron sólo una o más veces. Y con esto llegamos al problema del origen autónomo repetido de fenómenos culturales análogos. Como hemos ya manifestado, tampoco se ha descubierto hasta ahora un criterio utilizable al respecto ⁽⁶⁾. Pues es menester repetir que ni la posibilidad de explicar un paralelismo sin el supuesto de parentesco, ni tampoco la presunción personal más intensiva de la improbabilidad de una conexión de parentesco, son criterios suficientes para establecer la no existencia de una tal conexión. El más alto grado de probabilidad lo ofrecería una permanente imposibilidad de demostración del nexo histórico-cultural; pero nadie se atrevería a dar a este criterio negativo un valor determinante. De todas maneras, es teóricamente imaginable —y hasta un cierto

⁽⁵⁾ Véase sobre esto VIERKANDT, *Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 123 y sig.

⁽⁶⁾ Capítulo IV, 2 B, § 3 y 4.

punto tal vez probable—, que después de haber sido establecidas todas las relaciones de parentesco cultural de la Humanidad, las ramas más o menos autónomas de la evolución que se hallaren, mostraran ciertas semejanzas parciales que, en virtud de determinadas razones metodológicas, no pudieran ser recíprocamente relacionadas. Luego, estas semejanzas deberían ser consideradas, con toda probabilidad metodológica, como independientes; pero claro está que estos resultados no se deberían a la aplicación de criterios particulares del origen autónomo, sino a la imposibilidad de aplicar los criterios de parentesco.

Por lo tanto, queda como problema primero y fundamental de la etnología, como de toda la historia de la cultura, la elaboración de las relaciones culturales.

§ 2. — Frente a la teoría del origen autónomo de los fenómenos culturales paralelos, el tratamiento de la cuestión referente a conexiones histórico-culturales tiene la enorme ventaja, como ha sido ya mencionado (7), de que la existencia en gran escala de tales conexiones, está asegurada más allá de toda duda. En vista de lo cual, y dada la imposibilidad de dar con criterios objetivos para demostrar la existencia de evoluciones autónomas paralelas, sería completamente lógica la tesis de que todas las analogías culturales estribaran en parentesco, y presumo que una construcción hipotética erigida sobre esta base, no iría a la zaga de las construcciones evolucionis-

(7) Capítulo IV, 2 B, § 1.

tas, en cuanto a estabilidad e íntima consecuencia. Pero es natural que tampoco respondería a las justificadas exigencias de objetividad y certeza científica. Pues, de la imposibilidad de demostrar el origen autónomo de dos fenómenos paralelos, no se sigue en modo alguno su conexión genética ⁽⁸⁾. De la misma manera, las conexiones histórico-culturales que se establezcan, podrán pretender validez científica sólo en el caso y en la medida en que hayan sido elaboradas sobre la base de criterios libres de toda objeción.

§ 3. — Como se ha expuesto ya en la parte crítico-histórica, dos son los criterios que a tales efectos tenemos a disposición: el criterio de la forma, es decir, la coincidencia en cualidades que no resultan necesariamente de la esencia del objeto, y el criterio de la coincidencia cuantitativa ⁽⁹⁾. R. N. Meyer ha sostenido la identidad de ambos criterios, y reducido el de la forma al de cantidad, con la observación de que las distintas peculiaridades formales de un objeto agregaban sólo un determinado número de coincidencias a la principal de la existencia del objeto, o sea que representaban no más que un au-

(8) Por lo tanto, contra lo que sostiene DIRR, en *MAGW.*, XL, pág. 36 y sig., de que en cuanto se refiere al lenguaje, debe suponerse monogénesis hasta que se demuestre decisivamente la falsedad de este punto de vista.

(9) Por lo demás, PINARD, en *Anthropos*, V, pág. 551, lo caracteriza bien. WUNDT, *Logik*, (3ª edic.). III, pág. 488, da especial valor al criterio de cantidad.

mento cuantitativo de la coincidencia ⁽¹⁰⁾. En abstracto, puede ser ello exacto. Mas, para la consideración concreta quedará siempre una diferencia entre ambos que se basa en la situación lógica. Las peculiaridades formales no pueden nunca aparecer independientes del objeto, sino ligadas a éste. Y es precisamente por eso que ellas permiten la comparación de objetos aislados, y con ello el estudio, tan importante para el problema de las relaciones genéticas, de las transiciones, modificaciones y mezclas. Una parte de los elementos formales, que podríamos llamar elementos formales en sentido estricto, otorgan además al fenómeno cultural que ellas caracterizan, una determinación íntima, en cierto modo psíquica, que se manifiesta especialmente en préstamos, en las modificaciones generalmente unidas a éstos, y que corresponden a la psiquis del pueblo prestatario. Por lo tanto, en la práctica, haremos bien en mantener separados a ambos criterios.

Respecto de la validez de los criterios, tenemos por de pronto algo perfectamente aclarado: ellos tienen la gran ventaja, frente a todos los posibles criterios demostrativos del origen autónomo de paralelismos, de ser de una aplicación universal. Y mientras que éstos presuponen siempre el conocimiento de series causales, los criterios de forma y de cantidad son aplicables sin una previa construcción subjetiva a toda situación, por muy superficial en el espacio que ella sea, circunstancia ésta que

(10) R. M. MEYER, *Kriterien der Aneignung*, pág. 19 y sig.

tampoco carece de importancia para el mismo valor objetivo de los criterios.

§ 4. — En realidad, ambos criterios son continuamente aplicados de una manera general y con el consenso universal. en cuanto se trata de áreas de dispersión continua. Hasta a menudo se manifiesta una cierta inclinación a hacer caso omiso de todo criterio particular, especialmente cuando el área de dispersión del fenómeno cultural se halla aislada en una gran extensión de territorio, como, verbigracia, la de la hamaca en Suramérica. Ahí, tal vez, desempeñe un papel importante la conclusión inconsciente de que el aislamiento tenga como consecuencia de que el fenómeno en cuestión no pertenece a aquellas cosas en que cae fácilmente el espíritu humano en los más diversos lugares. De ahí que cabría hablar de un especial criterio del aislamiento ⁽¹¹⁾. De todos modos, nadie pondrá en duda la conexión genética, si dentro de un área de dispersión continua es aplicado uno de los dos principales criterios, el de la forma o el de cantidad. Para el primero de ellos, puede servirnos de ejemplo los arcos de la región boreal con su refuerzo en ataduras hechas de determinada manera ⁽¹²⁾. Al utilizar el crite-

(11) Evidentemente, correspondería al criterio ratzeliano de la "no-existencia" (*Anthropogeographie*, II, pág. 725), aunque en este autor encuentre una aplicación más lata y seguramente demasiado intensa (comp. R. M. MEYER, *Kriterien*, pág. 17).

(12) Comp. B. ALDER, *Die Bögen Nordasiens*, IAE., XV, pág. 19 y sig., y O. T. MASON, *North American Bows, Arrows and Quivers*, SR. (1893), pág. 643 y sig., láminas XLI, XLIV y sig.

rio de cantidad, de todas las categorías culturales es el lenguaje el que goza de la mayor autoridad como complejo de control. Y es así que el supuesto origen unilateral de hamaca y cultivo del tabaco en Suramérica se ve considerablemente reforzado por el hecho de aparecer principalmente en pueblos de idioma arauco ⁽¹³⁾. Igual cabe decir del extensamente difundido raspador de cocos en forma de taburete y tabla, cuya conexión genética resulta, además de las analogías de forma, especialmente por coincidir su área de dispersión con la de las lenguas malayo-polinésicas ⁽¹⁴⁾. Pero también allí, donde falta esta unidad lingüística, como, verbigracia, entre las tribus Pueblos ⁽¹⁵⁾, nadie supondrá un múltiple origen de los diversos elementos generales, cual la peculiar delineación de casas y aldeas ⁽¹⁶⁾, seguramente debido en parte a sus manifiestas particularidades de forma, y luego en razón de sus múltiples coincidencias en religión, constitución social, mascaradas, estilo artístico, etc. Y realmente, si parece ya improbable en alto grado que uno de estos fenómenos, con los mismos elementos formales, se haya doblemente engendrado den-

(13) Comp. EHRENREICH, *Die Ethnographie Südamerikas zu Beginn des 20. Jahrhunderts*, AfA., Nueva Serie, LII, pág. 48.

(14) FOY, *Schemelartige Kokosnusschaber*, MAGW., XXXIV, pág. 147.

(15) Comp. EICKHOFF, *Die Kultur der Pueblos von Arizona und New Mexico*, pág. 33 y sig.

(16) F. KRAUSE, *Die Pueblo-Indianer*, pág. 193 y sig., trata de delimitar los diversos tipos y elementos.

tro de la misma área, una extensión del supuesto aplicado a toda una serie de coincidencias se convertiría en algo absurdo.

§ 5. — Pero, entre las coincidencias dentro de un área de dispersión continua, y las coincidencias fuera de ellas, ¿existe una diferencia objetiva capaz de ser utilizada metodológicamente? Notoriamente, no. Que pueblos con parentesco cultural hayan sido en todas partes y en todos los tiempos desgarrados y separados por las vicisitudes históricas, propias migraciones e invasiones extrañas, es un hecho incontrovertible que, ni siquiera en principio, niegan los más cálidos defensores de la idea étnica y de la convergencia. Cuando se trata de distancias relativamente reducidas, y sobre todo en los casos de coincidencia lingüística —entonces sin consideración alguna de la distancia—, la conexión genética es generalmente admitida ⁽¹⁷⁾. Ahora bien: no cabe la menor duda que el idioma de un pueblo, con la multiplicidad de

(17) WINTERNITZ, en *Globus*, LXXVIII, pág. 375 y sig., sostiene que las conexiones histórico-culturales son únicamente factibles de demostración por el lenguaje. Y PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, pág. 5, declara —todo ello con un sabor evolucionista muy pronunciado— que ninguna rama de la cultura permite conocer tan certeramente las condiciones de la evolución como el idioma, y que por ello ningún método de otra ciencia cultural cualquiera, podrá ser llevado a tal perfección como el de la lingüística. Como causa de ello aduce el autor la sencillez y semejanza de las razones. Esta clase de juicios se verá considerablemente restringida —al menos yo así lo espero— por un mayor desarrollo de la metodología específicamente histórico-cultural en la etnología.

sus elementos, constituye un objeto de comparación especialmente plurilateral y útil; mas nunca repetiremos suficientemente que como parte de la cultura humana, el idioma, se halla cualitativamente en una misma línea con las demás partes y que no está justificado en modo alguno concederle una situación metodológica de privilegio. Tampoco son otros los criterios de parentesco del idioma, que los en cuestión: el de la forma en gramática y fonética, y el de la coincidencia cuantitativa en el orden puramente lexicológico. Coincidencias aisladas en el léxico no deben ser utilizadas como demostrativas de conexión genética, para lo cual es necesaria la acumulación de paralelos, y, para completar la demostración, se exige también, la prueba de la relación de forma (18).

§ 6. — Los representantes de la idea elemental y de la convergencia, siguen empero sosteniendo la posibilidad de extensas formaciones paralelas, formales y cuantitativas, basadas en las mismas disposiciones espirituales y en idénticas condiciones naturales del medio (19), o sea la invalidez de los criterios de parentesco en cuestión. No hay duda de que en ello se exagera la igualdad de las formaciones naturales en las diversas áreas geográficas; un paisaje tropical en Nueva Guinea es seguramente distinto de otro igual en el occidente africano. Pero, de mayor importancia es todavía que las distintas ramas de

(18) Comp. v. d. GABELLENTZ, *Die Sprachwissenschaft*, 2ª edic., pág. 166 y sig.

(19) EHRENREICH, en KBIAEU, XXXIV, pág. 176 y sig.

la Humanidad, en tanto que viven en regiones de análoga formación, no se encuentran menos diferenciadas en lo psíquico que en lo físico; recordemos sino a los melanesios y a los negros africanos ⁽²⁰⁾. La igualdad psíquica llamada a contribución para explicar los fenómenos culturales análogos, ha sido más bien inferida, en lo capital, de éstos. Y cuando, en las distintas zonas terrestres, se encuentran pueblos de espíritu y temperamento estrechamente afín, surge, naturalmente, el mismo problema que al tratarse de las formas de cultura, o sea si estas analogías no se deberán también a parentesco o a un antiguo contacto cultural. De todas maneras, lo cierto es que el producto de un desigual aunque parecido contorno natural y de una psiquis diferenciada, en la cultura, deberían mostrar al manifestarse reforzadas las diferencias de los factores. Verdad es que Ehrenreich recalca, como mencionamos antes ⁽²¹⁾, que las analogías pudieran muy bien derivar no sólo de idénticas condiciones naturales, sino también culturales. Pero yo repito que tratándose de un origen independiente, las condiciones culturales no pueden dimanar, a su vez, sino de las naturales; luego, sería precisamente la igualdad de condiciones culturales la que haría presuponer, en grado especialmente alto, la igualdad psíquica. Creo firmemente que los defensores de la idea elemental y de la convergencia se encuentran en

⁽²⁰⁾ Ver, verbigracia, PFEIL, *Studien und Beobachtungen aus der Südsee*, pág. 152. Con todo, los melanesios entre sí son también psíquicamente muy dispares.

⁽²¹⁾ Cap. IV, B, § 2.

una íntima contradicción que, naturalmente, no les ha llegado a conciencia. Por ejemplo, Ehrenreich recalca, frente al supuesto de vastas relaciones extra-continetales de las culturas americanas, que éstas, a pesar de ciertos paralelismos, no pueden ser comparadas con las no-americanas en razón de su carácter intrínseco ⁽²²⁾. Pero como, de acuerdo con sus propias manifestaciones, los paralelismos únicamente se producen bajo idénticas condiciones culturales, resulta de todo punto obscuro explicarse cómo relaciones culturales completamente heterogéneas hayan podido producir, no solamente convergencias aisladas, sino complejos enteros de numerosas analogías.

§ 7. — En esta situación, corresponderá una importancia decisiva a la comparación de aquella parte de la historia de la cultura humana que, por hallarse en la luz de relaciones contemporáneas, puede ser estudiada seguramente, o sea a la historia de la civilización europeo-microasiática. Pues aun admitiendo, hasta cierta medida, diferencias de grado entre ella y las demás partes de la historia universal, o sean precisamente las series causales etnológicas, en lo esencial deberán ser considerados como análogos los procesos y situaciones que sirven de base a ambas partes. Pues bien, en aquellas partes mejor conocidas de la historia, hallamos, por un lado, antiguos parentescos originarios que por razones lingüísticas están fuera de toda duda, y en segun-

(22) EHRENREICH, *Mythen und Legenden der südamerikanischen Urvölker*, pág. 100 y sig. Comp., también, KRICKEBERG, en la *Illustrierte Völkerkunde*, de BUSCHAN, pág. 164.

do lugar, siempre nuevas corrientes y olas de cultura, difusión de complejos grandes y chicos y de conquistas humanas en lo cultural que, partiendo de un punto origen se expanden por áreas geográficas de diversa extensión, y van, desde la fructífera cultura de Mesopotamia a la difusión del idioma, estilo y costumbres francesas en el siglo XVIII, y las modernas corrientes de moda en las artes. Estos procesos históricos han elaborado en las diversas regiones de nuestra área geográfica y en varios períodos, una analogía tal del medio cultural como pocas veces habrá acaecido en la tierra y que tendría que haber favorecido extremadamente la formación de paralelismos. A pesar de ello, su número es verdaderamente exiguo; y sólo una muy pequeña parte de ellos puede pretender carácter de prueba en el asunto que nos interesa. Examinemos, verbigracia, los comprobantes literarios que se han citado al respecto ⁽²³⁾ y veremos que ellos todos se presentan sólo como combinaciones de ideas y temas existentes en la cultura común a ambos autores y que, por lo tanto, se basan realmente en conexión genética. Lo mismo cabe decir de los distintos inventos técnicos e ideas científicas ⁽²⁴⁾; pero aun cuando se admita también aquí el hecho de la creación nueva en el mismo sentido en que se acepta para los inventos y progresos de los pueblos naturales, pues en ellos no se trata nunca de crea-

⁽²³⁾ R. M. MEYER, *Kriterien der Aneignung*, pág. 11 y sig., 28 y sig.

⁽²⁴⁾ Comp., por ejemplo, VIERKANDT, *Die Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 56 y sig.

ciones absolutas, deberemos, por otra parte, acentuar el hecho de que precisamente aquellos casos estriban, en forma casi absoluta, en una peculiaridad de la cultura moderna que es casi completamente extraña a la vida cultural de los pueblos naturales, y que no es otra que el tender conscientemente hacia un desenvolvimiento constante. Pero también otro esencial punto de vista nos ofrece la consideración de los fenómenos culturales paralelos en nuestra propia historia. Recordemos los casos, frecuentes en comparación con los paralelos mismos, en que estos paralelismos tenían que ser primeramente desenterrados de la literatura, o en las disputas sobre prioridad en la técnica y ciencia modernas ⁽²⁵⁾. ¿Y qué otra cosa representan las primeras en su totalidad y en su mayoría las segundas, sino que una idea, si bien concebida dos veces, no por ello suele tener una eficacia histórico-cultural repetida? Y ello es, evidentemente, de absoluta necesidad para poder producirse formaciones culturales paralelas en situaciones que carecen de prensa y de historiografía. Y si una igualdad cultural que se basa en parentesco genético tan estricto pudo producir relativamente tan pocas formaciones análogas autónomas, con cuánta razón no cabrá dudar de que las analogías relativas de la psiquis humana y las semejanzas de las situaciones naturales puedan provocar una identidad tan absoluta de la dispo-

(25) A la primera categoría pertenece también, ante todo, una parte de los paralelos literarios citados por R. M. MEYER y que ya mencionáramos antes. Por esta circunstancia pierden aún más valor demostrativo para nuestro problema.

sición cultural que permita, no sólo que puedan concebirse iguales ideas, sino que ellas se vean socialmente adoptadas y desarrolladas (26). De acuerdo con lo que sucede en Europa, parece como si la posibilidad de formaciones paralelas quedara, cuando menos, restringida a casos aislados, y que esté excluído el origen autónomo en gran escala de analogías o de complejos enteros de paralelismos. Por esta razón, el criterio de cantidad o de las coincidencias múltiples ha sido sistemáticamente desarrollado precisamente en la historia de la cultura europea (27). Pero también el criterio de la forma ha sido aplicado desde antiguo con éxito en los mismos dominios (28). Y, francamente, no puede hablarse de paralelismos de forma en estas partes de la historia. Y si en los ejemplos literarios sacados a colación por Meyer (29), se considera como paralelo la combinación de las distintas ideas, entonces es indudable el común origen del género literario de la antítesis que se ha empleado.

§ 8. — En suma: no veo otra razón de querer restringir la validez de los criterios de parentesco, reconocidos en lo que atañe a la lengua y las distancias relativamente modestas, y no querer aplicarlos en las distancias grandes y en las demás categorías de la cultura, que un

(26) Sobre este requisito para una eficacia histórico-cultural de la idea, compárese VIERKANDT, *Die Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 126 y sig.

(27) R. M. MEYER, *Die Kriterien der Aneignung*, pág. 18 y sig.

(28) Sobre todo en la historia del arte y de la literatura.

(29) L. c., pág. 12.

temor al espacio y al tiempo. No pueden imaginarse la posibilidad de que en las situaciones primitivas con sus deficientes medios de comunicación, pueblos migratorios, o hasta sin migraciones de pueblos, inventos y representaciones llevados de tribu en tribu hayan podido recorrer extensiones tan grandes; o no pueden concebir el tiempo que parecía indispensable a tales procesos. Ahora bien: los malayo-polinesios forman también parte de los pueblos naturales, y sus migraciones que abarcan más de la mitad del radio terrestre se hallan fuera de toda duda, debido a coincidencias lingüísticas. Pero todavía de mayor importancia me parece el hecho de que para el auténtico dominio de las ideas elemental y de convergencia, para América, Ehrenreich haya podido establecer sobre seguras bases la difusión de mitos asiáticos, desde el noroeste hasta muy adentro del continente austral ⁽³⁰⁾. Verdad es que este autor cree que únicamente se trata de una o varias leyendas migratorias. A pesar de ello, y ateniéndonos a lo que nos enseñan los períodos mejor conocidos de la historia de la cultura, podemos calificar confiadamente como disparate histórico, la tesis que admite grandes migraciones de elementos culturales aislados, incluso le-

(30) EHRENREICH, *Mythen und Legenden der südamerikanischen Urvölker*, pág. 77 y sig.; *Die allgemeine Mythologie und ihre ethnologischen Grundlagen*, pág. 270 y sig. La comprobación de FRIEDRICH, ahí mencionada, y referente al origen mitológico-natural de las leyendas de Oger, no roza esta dependencia porque no deriva del motivo aislado, sino del momento formal de la combinación de motivos.

yendas, sin una extensión simultánea de otros bienes de cultura. Y también la afluencia de material indo-persa de cuentos y leyendas a Europa, aducido por Ehrenreich, coincide indudablemente con otras influencias orientales que enriquecieron nuestra cultura en la arquitectura, formas de armas, vestidos y adornos, poesía y filosofía ⁽³¹⁾.

§ 9. — Para la validez intrínseca de los criterios de parentesco, una definición ya esbozada antes ⁽³²⁾, tiene una importancia decisiva. Elementos formales, tanto como acumulaciones de fenómenos, pueden hablar en favor de la conexión cultural, únicamente cuando el elemento formal no está necesariamente condicionado por la naturaleza del objeto, ni los diversos fenómenos coincidentes se hallan en una íntima conexión, es decir que no están necesariamente dados el uno por el otro, o entrambos por un tercero. Por ejemplo, en una leyenda, la sucesión de los motivos míticos es un elemento formal que no carece de valor para la cuestión de la conexión genética, pero sólo en cuanto la sucesión no esté condicio-

⁽³¹⁾ Esto tiene validez para las migraciones de leyendas de la época de las Cruzadas, pero también con la misma certeza, naturalmente, para las eventuales relaciones más antiguas; pues la influencia oriental en la alta y baja antigüedad es todavía más vigorosa que la islámica. Con ello no queremos decir que no sea posible que uno u otro elemento, en este caso los cuentos, no se salga del complejo total de la esfera de influencia y gane una cierta delantera, en la expansión, a los demás.

⁽³²⁾ Capítulo IV, 2 B, § 5.

nada por el proceso mitológico sobre el cual se basa, cuando, verbigracia en un mito lunar, el crecimiento paulatino de la luna, su desaparición y el nuevo surgimiento, se suceden en el mismo turno. De la misma manera, y en lo que atañe al criterio de cantidad, la presencia concomitante del derecho de sucesión directa y la constitución patriarcal del connubio, no podrá ser utilizada en el sentido cuantitativo porque el mencionado derecho de sucesión no es sino la expresión de determinadas y precisas ideas patriarcales (33). Las relaciones de esta clase, que son numerosísimas, merecen la mayor atención metodológica, pues los datos por ellas enlazados, en la comparación deben ser únicamente valorados como un solo elemento (34). Una segunda restricción, análoga a la anterior, sufrirán los criterios por la exigencia de que también todo elemento material y formal necesariamente dado por las condiciones naturales de las áreas comparadas, sean eliminados, al menos por lo pronto, de la demostración genética de la conexión. Verbigracia, cuando en dos regiones determinadas el único material lítico existente es el basalto, es natural que los habitantes de ellas fabricaran sus hachas de piedra de este material, sin que la coincidencia tenga la mayor significación para demostrar

(33) Comp. arriba, capítulo IV, 2 B, § 9.

(34) Sin embargo, si la relación de parentesco de los correspondientes fenómenos ha sido demostrada por otros criterios, ciertas perturbaciones o defectos del complejo normal reciben gran importancia para establecer las diluciones de la expansión cultural, la intensidad de las mezclas, etc.

una eventual relación de parentesco. Pero no siempre la situación será tan terminante; por lo general, los moradores de una región determinada tendrán a disposición suya una cierta diversidad de la materia prima, ya por existir en el país, ya por obtenerla mediante el trueque; a pesar de ello, creo que el procedimiento correcto será utilizar lo menos posible la clase de materia prima empleada, como punto primario de comparación para determinar el parentesco cultural ⁽³⁵⁾, lo cual no obsta para que una vez fijado el complejo de cultura y sus relaciones de parentesco, se pueda agregar a la demostración, en forma secundaria, el empleo de determinados materiales coincidentes en la distribución. Más raro será, relativamente, el que un fenómeno se vea influenciado decisivamente en su forma por su contorno natural. Sin embargo, tampoco es ello imposible, cual lo demuestra la consideración de que las embarcaciones, por ejemplo, pueden verse en parte condicionadas por la anchura y profundidad de las corrientes de agua disponibles y por la forma de los árboles utilizados en su construcción. También en estos casos será bueno prescindir por de pronto de las correspondientes formas, si no contienen otros elementos que sean independientes del medio natural.

§ 10. — Si comparamos un criterio con otro, deberemos declarar a entrambos como de valor igual, tanto intrínsecamente como en su correcta aplicación. Pero, precisamente en esto, en la seguridad de su correcto em-

(35) Comp. también capítulo IV, 3 B, § 13.

pleo, no pueden ellos ser equiparados. En la esencia del mismo concepto de la forma reside de nuevo un elemento que facilita los juicios subjetivos. Recordemos sino, el trabajo de von Luschan sobre los bancos-almohadas de Nueva Guinea ⁽³⁶⁾ en el cual el autor pone en conexión genética, basada en presuntas relaciones formales intensivas, objetos tan heterogéneos como ser capiteles jónicos y aquellos banquitos. Seguramente que muy pocas personas percibirán estas analogías de formas; pero, ¿en qué nos basaremos para afirmar que otra persona posee el auténtico sentimiento de la forma? ⁽³⁷⁾. Ciertamente, habrá numerosísimos casos en que la coincidencia de forma no ofrece duda alguna. Pero allí donde no sea éste el caso, la objetividad del criterio de la forma reside en su último enlace con el otro criterio, absolutamente objetivo, el de cantidad. Esto significa que en

⁽³⁶⁾ VON LUSCHAN, *Beiträge zur Völkerkunde der deutschen Schutzgebiete*, pág. 66 y sig.

⁽³⁷⁾ Menos fantástico, aunque también rebasando toda medida, es lo que dice SCHURTZ referente al ornamento ocular (*Das Augenornament und verwandte Probleme*, pág. 13 y sig.). El ejemplo mayor de negligencia o de aplicación sin método del criterio de la forma nos lo ofrece, tal vez, el panbabilonismo inaugurado por STUCKEN. Las críticas del P. W. SCHMIDT (*Panbabilonismus und Elementargedanke*, MAGW., XXXVIII, pág. 73 y sig.) y ANDREE (*Globus*, XCIV, pág. 147 y sig.) son en tanto completamente acertadas; sólo que al recurrir estos autores a la idea elemental lo echan a perder todo. Menos unilateralmente, y también más justo frente a Stucken, se expresa EHRENREICH en *Allgemeine Mythologie*, pág. 264 y sig.

caso de duda, dos o más formas serán utilizadas como paralelos de la demostración, sólo cuando la unidad intrínseca y la coincidencia del círculo formal estén asegurados por su pertenencia a un mismo complejo cultural, o a otros afines.

§ 11. — Parece natural, y es también factible de demostración histórica, que en la dispersión de una cultura, al mezclarse y combinarse con otros complejos, en parte alguna del área de dispersión se encuentren representados todos sus elementos, sino que su distribución es, más bien extremadamente dispar, apareciendo ora estos elementos, ora aquéllos recíprocamente unidos. Por esta razón son de tanta importancia aquellos casos, que en realidad existen, de manifestaciones coincidentes más o menos constantes de dos o más fenómenos, que Tylor llamara adherencias y que, como se ha dicho, quería utilizar como criterios para determinar las trayectorias de la evolución ⁽³⁸⁾. Lo que verdaderamente significan, es que los fenómenos así enlazados se hallan en una conexión cultural especialmente estrecha. Constituyen en cierto modo un caso especial de la coincidencia cuantitativa, caracterizado por una peculiar constancia. Su utilización metódica no se limita a los complejos que, cual es fácil de comprender, tuvo especialmente en vista Tylor, y que pueden ser seguidos a través de grandes espacios terrestres, o de la Tierra toda; pueden también servir en unidades culturales relativamente reducidas, para distin-

(38) Capítulo IV, 2 B, § 7.

guir los distintos componentes de estas unidades. Así, el hecho de que en las islas del Almirantazgo aparezca el ornamento en espiral precisamente en los potes para guardar la cal que se usa en el buyo, o el otro de que las grandes casas colectivas de Nueva Guinea sean casi siempre palafitos, son, junto con otras razones, un nuevo indicio de que el ornamento en espiral y la casa colectiva pertenecen a la misma capa cultural que el uso del buyo y los palafitos (39).

§ 12. — He expresado ya que la separación espacial de fenómenos de cultura coincidentes, no es una razón para el escepticismo frente a los criterios de parentesco que hemos tratado en lo que antecede. De todos modos, es claro que la dispersión prístina de todo complejo cultural habrá sido siempre en forma continua y nunca a saltos. Por lo tanto, para un pasado más o menos lejano, habremos de presuponer siempre un enlace continuo entre las áreas de dispersión hoy separadas. De esto resulta que las pruebas de forma y número de coincidencias son factibles de verse aun reforzadas por la nueva introducción del criterio de continuidad, esto es, mediante la demostración de los puentes culturales entre las regiones separadas. Naturalmente, esto sólo puede lograrse demostrando que la cultura en cuestión sólo aparentemente falta en las regiones intermedias, y que sus elementos han sido rechazados y sojuzgados en mayor o

(39) Comp. GRAEBNER, *Die melanesische Bogenkultur*, en *Anthropos*, IV, pág. 766, 773.

menor medida, pero al menos en parte se han conservado. Una laguna capital podrá ser colmada a este respecto, precisamente por la investigación prehistórica, apenas iniciada fuera de Europa: nadie podrá negar que la existencia prehistórica del ornamento y de la alfarería en espiral en el Japón, no permita corroborar la existencia, postulada a base de los paralelos contemporáneos, de una vasta comunicación cultural del sudeste de Asia, a través del Asia oriental, hasta América ⁽⁴⁰⁾. Pero también de la actual situación cultural, sobre todo de la de aquellas zonas más apartadas y menos rozadas por nuevas corrientes, podrán a menudo ser formuladas conclusiones referentes al aspecto cultural de un período pretérito ⁽⁴¹⁾.

§ 13. — La reconstrucción de la continuidad no es, empero, el único criterio de refuerzo para la demostración de la conexión. Ya he manifestado en otra parte ⁽⁴²⁾, que el criterio de Frobenius sobre las variaciones de la forma, tanto en su carácter de demostración independiente, como en su concepción evolucionista, da lugar a fuertes posibilidades subjetivas. Aquí, por el contrario, como refuerzo —y especialización— de la de la prueba realizada, en lo capital, de otra manera, está completamente en su lugar; sólo que es recomendable su ampliación, rebasando el criterio de forma, en criterio

⁽⁴⁰⁾ GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 1023.

⁽⁴¹⁾ Comp. Cap. IV, 3 B, § 6 y 10.

⁽⁴²⁾ Capítulo IV, 2 B, § 7.

del grado de parentesco. El asunto es así: si se formaran independientemente paralelos en lugares distintos del globo, es natural que no acontecería que la posición geográfica de aquéllos fuera de índole tal que los fenómenos o complejos culturales más afines se hallaran también geográficamente más cerca, pero sí sucedería de tal suerte en el caso de conexión genética, ya que en una difusión paulatina hay también, se comprende, una paulatina diferenciación. Invirtiendo este punto de vista podremos, pues, con toda razón sostener que en todos aquellos casos en que se manifiesta claramente una agrupación que corresponde a las probables rutas de comunicación de los fenómenos o complejos aislados, los argumentos de forma y número de coincidencias se verán confirmados de manera capital ⁽⁴³⁾. La conclusión opuesta en aquellos casos en que falta una disposición simple y clara sería, naturalmente, errónea; pues tenemos numerosas posibilidades históricas capaces de perturbar la posición original, del mismo modo que interrumpen las conexiones. En estos casos, el estudio de las relaciones cercanas o alejadas, nos será más bien un importante auxiliar para establecer situaciones más antiguas ⁽⁴⁴⁾; en el detalle cumplirá los mismos fines que el establecimiento de las semejanzas en lo general.

§ 14. — En las conexiones de parentesco cultural se pueden, lógicamente, distinguir dos formas: el parentes-

⁽⁴³⁾ Comp. capítulo IV, 3 B, § 6 y 13.

⁽⁴⁴⁾ L. c., § 16.

to originario y el préstamo. Para la demostración de la última forma será aplicable, en ciertos casos, el especial criterio de la aparición inorgánica de un fenómeno o de un complejo de fenómenos. La limitación se debe, ante todo, a la relatividad del mismo concepto. Una relación de préstamo, en sentido estricto, existe, cuando un fenómeno originado en una unidad cultural es transmitido a otra unidad, sin haber sido asimilado o transformado substancialmente por ella ⁽⁴⁵⁾. Esta situación está dada, verbigracia, al tratarse de transmisiones debidas al tráfico comercial o a accidentes naturales, y casi siempre cuando son recientes; y en estos casos, la característica de la aparición inorgánica será particularmente frecuente, aunque, como es natural, una comunidad preferirá a menudo aquellas formas de determinados objetos que posean una cierta afinidad con la propia cultura. Cuanto más antiguo sea un préstamo, tanto mayor será la tendencia a eliminar de nuevo el bien cultural o a asimilárselo. Con ello, se restringe su carácter de inorgánico y, por ende, la aplicabilidad del respectivo criterio ⁽⁴⁶⁾. De todos modos, fenómenos transmitidos conservan a veces una singularidad notable; recordemos el ya antes mencionado ⁽⁴⁷⁾ ornamento en espiral de las islas del Almirantazgo que, a pesar de

⁽⁴⁵⁾ Comp. VIERKANDT, *Die Steitigkeit im Kulturwandel*, pág. 112 y sig.

⁽⁴⁶⁾ Comp. capítulo IV, 2 B, § 3.

⁽⁴⁷⁾ § 11.

haber sido indudablemente adaptado en su empleo al sentimiento de estilo indígena, aparece en medio de la ornamentación total del grupo como elemento claramente aislado y extraño. Todavía más claramente se manifiesta la relatividad del concepto de préstamo, en la relación de masa de los fenómenos prestados para con la unidad cultural prestadora. Cuanto más grande sea, en relación, la masa de fenómenos prestados, tanto más poderosa será a su vez, su influencia sobre la cultura indígena; pero tanto más conservará también su conexión íntima, y por ende tanto menor será la posibilidad de aislar por inorgánico el complejo entero o alguna de sus partes. La calidad de prestación se convierte aquí enteramente en la de parentesco originario, y eso en medida tal que aun la eventual existencia de uniones inorgánicas no puede ser interpretada como préstamo. Pues también en la mezcla de grupos culturales potencialmente más o menos semejantes, elementos aislados como, verbigracia, instituciones patri o matriarcales, pueden ser tan contradictorios uno para con otro, que no hay posibilidad de que se fusionen orgánicamente y tienen que permanecer tanto más yuxtapuestos inorgánicamente cuanto más equilibrada sea la relación potencial de ambos factores en mezcla. Por lo tanto, el estado de inorgánico no debe ser derivado del concepto de préstamo, sino del general de la heterogeneidad; y aun así no carece de toda importancia, evidentemente, para la demostración del nexo con otros complejos análogos. En suma, los conceptos de préstamo y de parentesco originario no son absolutamen-

te distintos, sino sólo relativamente. El préstamo no es otra cosa que un parentesco relativamente débil. Por esta razón, la aplicabilidad de la manifestación inorgánica como criterio del parentesco, dependerá del grado en que se manifieste a un tiempo el criterio de cantidad.

§ 15. — Terminamos: disponemos de una serie de criterios de parentesco cuya validez está fuera de toda duda en cuanto se refiere a territorios de extensión relativamente restringida, a relaciones lingüísticas y a la parte mejor conocida de la historia de la cultura, o sea, la europea-microasiática. He mostrado no haber ninguna razón lógica para limitar su validez a estos tres casos, y mencioné diversos otros criterios capaces de reforzar y especificar la demostración del nexo cultural. En ningún momento he dudado de que un escepticismo exagerado no pueda, dado lo relativo de todo conocimiento humano, encontrar también aquí un campo propicio a su actuación. Un tal escepticismo es, naturalmente, estéril, y su aplicación general haría ilusoria toda actividad científica. Lo que debe esperarse y exigirse de una sana crítica no son objeciones generales negativas y teóricas ⁽⁴⁸⁾, sino la prueba positiva de que los criterios en cuestión

(48) A este respecto, algo de lo más fuerte es lo ofrecido por W. SOLTAU en *Preussische Jahrbücher* (1908), pág. 416, cuando expresa, refiriéndose a un determinado paralelo europeo-americano: "Sólo un ingenuo podrá creer que se trate aquí de un parentesco con leyendas griegas del Styx y del Cancerbero". Ciertamente, lo que interesa no es que alguien "crea" algo, sino que lo esencial es que se demuestre.

no son aplicables en general, es decir, que los resultados que bajo el supuesto de los criterios pueden solamente ser producto del parentesco cultural, puedan también producirse por otros medios, y se hayan realmente producido (49). En tanto que una demostración de tal naturaleza no se lleve a cabo, nos veremos justificados en aplicar los criterios de validez en una parte de la historia de la cultura, a la otra parte todavía desconocida. Lo que caracteriza a estos criterios, y lo que los distingue ventajosamente de otros, verbigracia de los caracteres de prueba de las sucesiones evolutivas que criticamos, es su objetividad. El criterio de las coincidencias cuantitativas no permite ninguna multiplicidad subjetiva en la concepción, y lo mismo vale decir del criterio de forma cuando, como se ha dicho, se hace depender su validez, en todo caso de duda, de la concurrencia del criterio de cantidad. Exactamente lo mismo reza para los criterios auxiliares. Con esto nos parece haber logrado el más

(49) Frente a un escepticismo general negativo EDUARD MEYER aduce, con razón (Sitzungsberichte der königl. Preuss. Akademie der Wissenschaften, 1908, I, pág. 651 y sig.), la posibilidad de confirmación de deducciones históricas por descubrimientos nuevos. Estas confirmaciones son naturalmente posibles en el dominio etnológico; y al menos mi exposición sobre la conexión de parentesco de las zonas de cultura "totemística" en Oceanía (ver IV, 3 B, § 6) se ha visto decisivamente confirmada por el hecho de que los dos únicos elementos del complejo todavía no hallados en las islas del Almirantazgo, han sido posteriormente descubiertos. Eran éstos la auténtica sepultura en plataforma y el propulsor. (Comp. *Anthropos*, IV, pág. 736, y THURNWALD, *ZfE.*, XLII, pág. 128).

alto grado posible de seguridad crítica. Allí donde fracasen los criterios y no se pueda llegar a ningún resultado con razones críticas sobre el carácter de paralelos eventuales, habrá que conformarse y pronunciar un *non liquet*. Ciertamente, nadie podrá ni querrá impedir que el investigador trate de encuadrar en una imagen total y de acuerdo con puntos de vista uniformes, aquellos fenómenos cuya posición sea reacia a una inobjetable demostración, alcanzando con ello y para su persona una total visión de su disciplina, como parte de la cosmovisión. Sólo que no debe dejar de tener plena conciencia del carácter francamente hipotético de las relaciones establecidas, no solamente en lo teórico, sino también en la práctica. Esto significa, ante todo, que los resultados logrados hipotéticamente no deben servir de base, como pretensos datos comprobados, a nuevas deducciones ⁽⁵⁰⁾. Auto-resignación y el valor del *ignoramus*, son fundamentales exigencias del tender científico.

B. CIRCULOS CULTURALES Y CAPAS DE CULTURA

§ 1. — Ciertamente, con el hallazgo de criterios objetivos e inobjetables, se ha realizado sólo una parte.

⁽⁵⁰⁾ Como hace, verbigracia, de manera casi sistemática, el P. W. SCHMIDT. Cómparese, por ejemplo, mi observación en *Globus*, XCVI, pág. 363; luego, sobre todo, su trabajo *Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschichte des Menschen*, donde la mayoría de los datos son de naturaleza enteramente hipotética y sin embargo son utilizados para las deducciones más atrevidas sobre la historia del desenvolvimiento humano.

del trabajo. Ninguna herramienta, ni siquiera la mejor, realiza por sí sola su trabajo, sino que es menester de una correcta aplicación. Apenas si se podrán establecer reglas generales para ello, y el éxito depende, en gran parte, del tacto, de la delicadeza, sobre todo de la auto-crítica. La mejor garantía objetiva la ofrecerá una fundamentación lo más amplia posible, junto con el trabajo de detalle, que no pretenda abarcar en audaz vuelo países y pueblos, sino que se limite, por de pronto, a poner pie firme en una sola región, y luego, desde ahí, avance paso a paso cuidadosa y seguramente.

En etnología, se trata de reconstruir un desenvolvimiento, con todas sus ramificaciones y penetraciones, del cual sólo nos quedan los eslabones finales. Sólo de la situación y relaciones de estos eslabones finales, y tal vez con la ayuda, más adelante, de los resultados de la investigación prehistórica de los países no europeos, es que será dable inferir conclusiones sobre el estado y los procesos pretéritos ⁽¹⁾. La parte capital de la historia de la cultura humana, que es la que está contenida en la etnología, debe, pues, ser reconstruída hacia atrás por una suerte de resta: una vez fijados y abstraídos los movimientos y modificaciones culturales más recientes, y prosiguiendo siempre en la misma operación, se llega a procesos y complejos más antiguos, más prístinos y frecuentemente de mayor extensión. El punto de arranque de toda la investigación debe ser siempre el estudio

(1) Comp. capítulo IV, 1, § 4.

de las unidades culturales hoy existentes, o de las pretéritas fijables por fuentes históricas. Ellas nos ofrecen la materia de comparación no sólo en la existencia misma de sus elementos, sino que la acción recíproca de éstos expresa ya un trozo de íntima historia de la cultura, y sus eventuales contrastes no nivelados, que son como dijimos (2) una característica de heterogeneidad, representan una prueba de que la actual unidad cultural está compuesta por varios complejos originariamente distintos. En cuanto a si esta fusión, a si estas interacciones se han engendrado dentro de esta unidad particular, y sólo dentro de ella, o bien son más generales, tal vez más antiguas, todo eso no será naturalmente posible determinarlo partiendo de la observación de una unidad aislada, sino solamente de la comparación con otras unidades vecinas o afines.

§ 2. — Por lo tanto, se trata primeramente de fijar por su contenido y por sus límites, las áreas de cultura homogénea tal cual se han constituido como resultado final del desenvolvimiento y de los movimientos histórico-culturales. Esta delimitación no es, empero, absolutamente precisa; por resultas de las relaciones recíprocas de las poblaciones, se extienden partes más o menos grandes del haber cultural de un pueblo más allá de sus límites, en las zonas vecinas. Muy a menudo resultará que de dos unidades culturales que se hallan en relaciones de esta naturaleza, una de ellas será la más activa,

(2) Cap. IV, 3 A, § 11 y 14.

cual sucede, verbigracia con los zulús que en una época determinada influyeron muy intensamente sobre sus vecinos sin recibir, esencialmente, nada de ellos. Claro está que también existe el intercambio; en tales casos se suele formar en la zona periférica, un área de auténtica cultura mixta, cual la tenemos, por ejemplo, en el grupo Duke of York, que está radicado entre las tres zonas de cultura de la península de la Gacela, de la Nueva Irlanda central y de la meridional, aunque con predominio del complejo de la zona primera (3). Para esta suerte de procesos Holmes (4) introdujo el concepto de "aculturación", y luego Ehrenreich el de "áreas de aculturación", para las zonas de mutua influencia cultural (5).

Frecuentemente será dable documentar directamente la expansión comercial de los elementos culturales desde una a otra región, corriendo parejas, a veces, con la imitación indígena; así, por ejemplo, en la Nueva-Bretaña occidental se importan fuentes de madera de Tami, y al mismo tiempo se imita la fabricación en el país (6). Procesos semejantes pero más antiguos, debe-

(3) Según material de museo. Compárese, también STEPHAN-GRAEBNER, *Neu-Mecklenburg*, pág. 155.

(4) HOLMES, *Pottery of the ancient Pueblos*, 4, ARBE., pág. 266.

(5) EHRENREICH, *Mythen und Legenden der südamerikanischen Urvölker*, pág. 61. Comp. VIERKANDT, *Die Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 112 y sig.

(6) Cual resulta de material del Museo de Berlín. Comp. PARKINSON-FOY, *Die Völkerstämme Neu-Pommerns*, ABMD., Festschrift (1899), N° 5, pág. 9 y sig.

remos presuponerlos, junto con la auténtica colonización, siempre que en una región de cultura distinta hallemos inequívocas analogías de fenómenos específicos de otra unidad cultural. Estos procesos podrán distinguirse posteriormente, a lo sumo, por la lingüística. Ciertamente, es aquello una determinación muy relativa, y los procesos y áreas de aculturación mencionados, históricamente recientes, no podrán siempre ser fácilmente distinguidos de otras culturas mixtas y de transición, porque éstas también derivan de análogos procesos de aculturación habidos al superponerse y rozarse las culturas primarias. La diferencia, pues, reside únicamente en el tiempo, y sobre ello estriba el único criterio de distinción: todo proceso de aculturación es secundario en relación con las unidades culturales que lo alimentan, mientras que éstas se hallan en un mismo pie de igualdad en su relación con aquél. Por lo tanto, las formas difundidas por aculturación, deben ser idénticas a una de las formas básicas, o derivaciones secundarias de ella. Volviendo de nuevo sobre la recíproca influencia de las unidades culturales contemporáneas, citaremos como ejemplo el hecho de que ciertos adornos en las embarcaciones del grupo Duke of York se caracterizan formal y claramente como préstamos de los existentes en los botes de tablas del tipo de la Nueva Irlanda meridional (7). Y aunque este tipo tenga afinidad estrecha con los tipos

(7) Comp. STEPHAN-GRAEBNER, *Neu-Mecklenburg*, lámina IV. Por lo demás no se encuentran formas análogas en toda Oceanía.

del archipiélago de Salomón, en lo formal, sobre todo respecto de la forma de las extremidades, es independiente de ellos ⁽⁸⁾.

Otro buen carácter distintivo de aculturaciones recientes es su enlace con fenómenos culturales indudablemente nuevos, criterio éste, empero, que ya presupone una extensa elaboración de la historia general de la cultura. Así, el área de dispersión de la cultura melanésica del arco en la parte occidental del Archipiélago de Bismarck, se documenta como reciente, entre otras cosas por el enlace con elementos de la cultura indonésica, que es la más joven de Melanesia, y que, además, recién en Nueva Guinea han sufrido modificaciones específicas ⁽⁹⁾.

Una vez demostrada la distribución secundaria de un fenómeno, tendremos en el grado de analogía formal con el tipo originario un medio de relativa determinación cronológica; pues es evidente que en igualdad de las demás condiciones, la transmisión de un elemento que en su forma se ha adaptado ya, poco o mucho, al estilo del nuevo país, deberá ser atribuída a una antigüedad mayor que cuando la adaptación todavía no se ha producido.

El establecer todas las dispersiones secundarias susceptibles en las actuales circunstancias de una segura demostración, sin olvidar sobre todo las comunicaciones, es de un alto valor no sólo intrínsecamente. Su capital

(8) L. c., pág. 181 y sig.

(9) GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 772 y sig.

importancia reside, más bien, en que hace posible conocer con cierta seguridad la distribución aproximada de los distintos elementos y formas de cultura del pasado, aunque de un pasado relativamente reciente. Por los procesos de las comunicaciones y, en un amplio sentido, de la aculturación, son constantemente niveladas y borradas las antiguas situaciones, delimitaciones y contrastes cuya demostración es una de las faenas primeras de toda investigación etnológica. Por lo tanto es un requisito esencial el excluir en lo posible aquellos desplazamientos y anularlos en espíritu (10).

§ 3. — Los distritos culturales poseen una muy diversa extensión. Ellos pueden abarcar una sola tribu y ésta, a su vez, una sola comunidad sedentaria o nómada —aldea u horda—, o bien extenderse sobre grandes áreas geográficas con tribus numerosas y sistemas de tribus. Fracciones de cultura relativamente pequeñas han sido documentadas reiteradamente en América (11), mientras que las agrupaciones de tribus australianas de

(10) VAN GENNEP, *Mythes et Légendes d'Australie*, pág. XVIII y sig., recalca la necesidad de este trabajo previo. Pero, al reprocharme a mí su descuido, a pesar de haber yo mismo llamado expresamente la atención sobre ello en ZfE., XXXVII, pág. 29, sólo demuestra que la real situación australiana —su objeción va referida a la cultura material— no le era muy conocida. Por lo demás, parece como si VAN GENNEP, en *Formation des Légendes*, pág. 49 y sig., se acercara nuevamente a los puntos de vista aquí mencionados.

(11) Comp. EHRENREICH, en AfA., Nueva Serie, III, pág. 54 y sig.

“naciones”, representan muy bien el otro extremo. Estas diferencias tampoco carecen de importancia para la consideración histórico-cultural; pues el advenimiento de grandes áreas de cultura más o menos uniformes lleva claramente a la conclusión de que han existido períodos más o menos largos, de relativa tranquilidad en los cuales pudo realizarse una total aculturación recíproca de todas las partes del área, mientras que como es natural, los desplazamientos recientes tienen como consecuencia un cambio todavía no igualado de la situación cultural.

Ciertamente, las grandes unidades culturales no suelen ser nunca absolutamente homogéneas; no lo son ni siquiera en Europa las unidades comarcales con su cultura relativamente igualada por las intensas comunicaciones, cuanto menos lo serán las de los pueblos naturales. Generalmente son perceptibles las particularidades de las tribus o distritos parciales que no son explicables por la influencia secundaria de las áreas vecinas, sino que más bien pueden ser derivadas únicamente de la diversidad originaria de las partes (12). A veces las comarcas se encuentran en un estado intermedio entre la pluralidad y la unidad, como por ejemplo el distrito central de Haddon, en la Nueva-Guinea británica, el cual, en cierto sentido, ya se ha convertido en una unidad, seguramente debido, ante todo, al intenso comercio de los Motu,

(12) En este caso están las diferencias existentes dentro de la cultura de los pueblos, a pesar de toda uniformidad. Comp. EICKHOFF, *Die Kultur der Pueblos*, pág. 41 y sig.; F. KRAUSE, *Die Pueblo-Indianer*, pág. 40 y sig.

mientras que, por otra parte, los subdistritos poseen sus peculiaridades bien definidas (13). En un caso así, sería también posible retroceder un paso en el pretérito, mediante la reconstrucción de una relativamente mayor independencia de las áreas parciales, si fuera siempre posible derivar con plena seguridad de uno de los distritos parciales, los fenómenos que actualmente se manifiestan. En tanto que esto no sea posible, el único camino para llegar a un mayor esclarecimiento de la génesis histórico-cultural y de la complejidad de las unidades culturales estrictas y no niveladas, complejidad puesta de manifiesto por la falta de íntima armonía o por los mencionados restos de la diversidad externa, será siempre una extensa comparación.

§ 4. — Si consideramos las diferencias culturales de una gran área geográfica, digamos de un continente entero, podremos establecer, respecto del mutuo comportamiento de las unidades culturales, dos distintos tipos principales. Tenemos primeramente grupos de tales unidades que se comportan, en lo esencial, como las ramas de un árbol genealógico, y que en cierto modo representan variaciones de un mismo tema fundamental. Como ejemplo pueden servir la cultura de los polinesios. En este caso, al parentesco cultural de los demás elementos se agrega el del idioma, y no es ello casual. Pues la uniformidad relativamente no perturbada del idioma,

(13) HADDON, *Decorative Art of British New Guinea*, pág. 140 y sig.

así como de lo demás de la cultura, se explica únicamente por el hecho de que la dispersión del complejo es un proceso relativamente reciente, cuyos resultados aun no han sido seriamente perturbados ni disociados por posteriores acaecimientos históricos. Para una extensa comparación en sentido lato, estos grupos podrán y deberán ser considerados, en lo capital, como unidades culturales. Aquí, al igual que en las unidades estrictas, no faltan naturalmente pequeños desplazamientos secundarios y procesos de aculturación; pero aun prescindiendo de ello, la homogeneidad es sólo relativa. Por ejemplo, en Polinesia, junto con el complejo unitario, enfrentamos numerosas peculiaridades locales y provinciales, digamos formas ornamentales, costumbres religiosas y otras, que tienen sus analogías fuera del particular grupo de cultura, en este caso el polinésico, sin que se pueda pensar en procesos de aculturación, al menos bajo el supuesto de la situación actual. Con eso llegamos al segundo tipo de comportamiento mutuo de las unidades culturales. Su característica es, por de pronto, negativa, o sea que no se encuentra ningún grupo de unidades culturales que por la parte principal de su patrimonio pudiera ser concebido como derivaciones de una forma fundamental. De una parte muestran transiciones paulatinas hacia distintas direcciones, en algunos casos sólo lo último. Un caso muy sencillo es aquel en que las analogías se agotan casi enteramente en la relación con dos o tres áreas vecinas, cual sucede, verbigracia, con los kwakiutl y otros pueblos del noroeste americano. Allí está patente, como de-

muestra excelentemente Boas ⁽¹⁴⁾, la superposición y mezcla de complejos culturales vecinos; se trata, pues, de un proceso de aculturación en gran escala. Siguiendo este proceso hacia atrás, llegamos de nuevo a la existencia de varias unidades culturales en sentido lato, bastante bien delimitadas recíprocamente, cuya relación con las unidades coordinadas se nos aparece luego como nuevo problema. Reducciones así, relativamente sencillas, no son muy a menudo posibles, y regularmente se reducen al marcado tipo de las relaciones irregulares.

Como ejemplo de este tipo puédenos servir la unidad cultural del Golfo Papúa, más exactamente del distrito Elema, en Nueva Guinea. La forma de su arco tiene sus afines más cercanos, en la Bahía del Astrolabio; la del escudo, en Alor y Pantar, en Indonesia. Su tipo de vivienda —el palafito—, se extiende por casi toda Nueva Guinea, mientras que el arco y la flecha falta en el este y la maza con cabeza de piedra en el extremo este y en la mayor parte del oeste. Las formas de las máscaras y, en parte, de la ornamentación, señalan hacia el nordeste de Melanesia, el cinturón de corteza y el totemismo hacia Australia y áreas aisladas de Melanesia, etc. La situación es semejante en toda Melanesia. Grandes áreas continentales, como Africa y América, favorecen una extensa igualación, y con ello la formación de unidades

(14) Comp. BOAS, *The Social Organisation and the Secret Societies of the Kwakiutl Indians*, RUSNM. (1895), pág. 315 y sig. *Die Entwicklung der Mythologien der Indianer der nordpazifischen Küste Amerikas*, ZfE., XXVII, pág. 487 y sig.

mayores; pero también esta diferencia es sólo relativa, y los grandes grupos culturales, sobre todo, muestran entre sí el tipo de las relaciones irregulares. En este tipo resaltan particularmente claras las dificultades y problemas metodológicos. A simple vista parece como si los distintos elementos culturales pudieran haberse originado independientemente en lugares diversos de una misma región y, al extenderse, haberse combinado de la más diversa manera, cual se cortan, por ejemplo, las olas circulares producidas al caer piedras al agua. Sólo se trata ahora de saber si disponemos de un medio para controlar esta, digamos, grosera impresión y de corregirla si viene al caso.

§ 5. — Aquí entra en acción el concepto auxiliar del círculo de cultura ⁽¹⁵⁾. Caracteriza, por de pronto, a toda área de cultura uniforme, y en este sentido las unidades culturales de que tratáramos en lo precedente

(15) Corresponde a este concepto, como equivalente de contenido, el de la forma de cultura introducido por FROBENIUS. Sólo que esta palabra es ambigua. Se entiende por formas de cultura las formas de los elementos culturales en determinadas unidades de cultura; VIERKANDT (GZ., III, pág. 256 y sig.) lo utiliza para los tipos del nivel cultural. Por lo tanto prefiero más la designación puramente externa, y por ende clara, de "círculo de cultura", cuyo equivalente de contenido igualmente inequívoco, paréceme ser la palabra "complejo cultural". Llamo grupo cultural a una pluralidad de complejos afines, a pesar de que el complejo cultural, estrictamente hablando, es ya un grupo de cultura. Equivalentes de este último concepto son los de familia cultural o parentela cultural.

son círculos de cultura. Pero el concepto de círculo de cultura rebasa el de la unidad cultural en el más absoluto sentido. Cuando en el transcurso de la historia de la cultura, una cultura se propaga y desborda por áreas de cultura originariamente distintas, verbigracia la greco-romana avasallando el resto de Europa, la helenística-bizantina el Asia Menor, la hinduística la Indonesia occidental, casi nunca desplaza completamente a las viejas culturas; ni siquiera la superposición es total, por regla común, no siéndolo sobre todo en el sentido de que todos los elementos de la nueva cultura aparezcan en todas las partes de la zona de dispersión. A pesar de ello, en un caso tal hablamos, sin reticencia alguna, de un círculo de cultura romano, helenístico o índico. Por consiguiente, la característica del círculo cultural no es la uniformidad absoluta de la situación cultural, pues una reciente cultura puede superponerse a varias áreas parciales culturalmente heterogéneas, ni tampoco lo es la absoluta continuidad en la distribución de todos los elementos, sino el simple hecho de que un determinado complejo de elementos culturales es característico de un área determinada y, en lo capital, se limita a ella ⁽¹⁶⁾.

(16) Para los fines aquí expuestos es esencial una exacta fijación de la distribución de todos los fenómenos culturales, y esta se ve considerablemente facilitada y esclarecida por la exposición cartográfica. Estas exposiciones cartográficas han sido últimamente utilizadas sistemáticamente no sólo en la etnología, sino también en la prehistoria —mencionemos las cartas tipológicas editadas por la Sociedad Antropológica Alemana— y en el folklore (comp. espe-

Una mera consecuencia especial de esta determinación es la exigencia de que los elementos del complejo deban mostrar, sino en los detalles, al menos en su expansión general, un alto grado de coincidencia que no sólo deba expresarse, y se expresará a menudo, en la estratificación de las formas típicas, sino precisamente también en la concordancia de las zonas de depresión y declinación ⁽¹⁷⁾.

Círculos de cultura en este sentido son, evidentemente, también imaginables en áreas con relaciones aparentemente irregulares. A pesar de lo diverso y abigarrado de un determinado complejo de fenómenos y formas, es posible que manifieste notables coincidencias en la distribución general de sus elementos aislados. Que fuera de las áreas en sentido estricto históricas existen realmente casos de tal naturaleza, esto fué primeramente demostrado por Frobenius al elaborar el círculo de cultura africano occidental ⁽¹⁸⁾. Todas estas regulari-

cialmente W. PESSLER, *Richtlinien zu einem Volkstum-Atlas von Niedersachsen*, Hannover, 1909). A pesar de ello, no son ellas parte integrante del método, ni mucho menos la determinante, sino simplemente un auxiliar técnico. La importancia de la cartografía es especialmente exagerada por HETTNER, en la HZ., XIII, pág. 424.

(17) Compárese, por ejemplo, la declinación de la intensidad en la distribución y la depresión de las formas típicas de la cultura melanésica del arco en la parte occidental del Archipiélago de Bismarck y hacia el sur y el norte de las islas medias del Archipiélago de Salomón: GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 751 y sig.

(18) L. FROBENIUS, *Der Ursprung der afrikanischen Kulturen*, Berlín, 1898. Completamente erróneo es lo que dice N. W. THOMAS en ZfE., XXXVII, pág. 367, en contra de la elaboración de círculos

dades en la distribución, igualmente que en las mencionadas analogías europeo-asiáticas, se deben únicamente a la extensión uniforme del correspondiente complejo, tanto si su formación se hubiera realizado dentro de los actuales límites de distribución como fuera de ellos, por variación de uno o combinación de varios complejos antiguos. No dejaremos de señalar que un complejo cultural imaginado como independiente, deberá naturalmente abarcar todas las categorías necesarias de la vida cultural, o sean, verbigracia, representaciones religiosas, constitución social, vivienda, armas, utensilios, etc. Nuestro deficiente conocimiento de ciertas regiones del globo, a veces también especiales circunstancias histórico-culturales, tendrán como consecuencia que al fijar ciertos complejos culturales falten en ellos, de manera transitoria o permanente, o se encuentren deficientemente representadas algunas de las categorías de fenómenos que cabía esperar. De todas maneras, un complejo cultural, y con ello el círculo de cultura por él caracterizado será tanto más inobjetable, también metodológicamente, cuanto más completo sea ⁽¹⁹⁾.

de cultura, de que primero habría que ponerse de acuerdo sobre los caracteres que deban ser determinantes para su elaboración. De lo que queda expuesto arriba resulta claramente que estos caracteres no pueden ser fijados a priori, sino que deben resultar de la coincidencia de los fenómenos mismos.

(19) A este respecto, en nuestra común conferencia (ZfE., XXXVII, pág. 28 y sig., 54 y sig.) respondía mejor el tender sistemático de ANKERMANN hacia una integridad material, que no mi propio ensayo de obtener primeramente algunas seguras bases.

§ 6. — Es de completa evidencia que aquellos círculos de cultura que, cual el africano occidental, se extienden por sobre una gran área de extensión continuada, serán los que resalten más clara y seguramente ⁽²⁰⁾. Menos clara será la situación de aquellos otros con una extensión discontinua. Verdad es que la manifestación en islotes de objetos y formas de un círculo mayor fuera del área de distribución coherente, no podrá dar lugar a dudas sobre la pertenencia de ellos, ni sobre la declaración de que se trata de partes desprendidas de la gran unidad. Dificultades apenas mayores ofrecerá el caso en que el área de distribución de un complejo esté interrumpida en uno o más puntos por zonas de intensidad amenguada y hasta por la carencia absoluta de los elementos característicos. Así, el área comprendida entre Nueva Bretaña y las Salomones septentrionales, por una parte, y las Nuevas Hébridas, por la otra, constituyen zonas principales de concentración de dos complejos de fenómenos concordantes en todo lo esencial, aunque con ligeras variaciones de contenido y forma; sin embargo, la posición de ambas zonas dentro de la mayor área geográfica, en este caso dentro de la totalidad de culturas oceánicas, permite claramente conocer que en última

(20) FROBENIUS no pasó de ahí. En el hecho de que no prestara atención alguna a las eventuales culturas relictuales, residía uno de los errores capitales de sus trabajos, porque con ello no sólo eran más limitados los resultados, sino que al incluir el patrimonio de estas culturas en reliquias dentro de los grandes y coherentes complejos, la imagen resultante tenía forzosamente que ser errónea.

instancia se trata de partes de un mayor círculo de cultura separadas por soluciones de continuidad relativamente pequeñas. En el caso presente se agrega a las coincidencias de contenido y forma el hecho de que los elementos característicos de los dos complejos parciales se hallan muy bien representados en las zonas intermedias de las islas centrales del Archipiélago de Salomón⁽²¹⁾, de manera que además de los criterios de forma y cantidad se agrega todavía el otro auxiliar de la distribución rudimentaria, o sea la existencia de un puente cultural para la demostración de una conexión originaria.

Bastante más difícil es la situación de aquellos círculos de cultura que, a consecuencia de acaecimientos históricos cualesquiera, han quedado desgarrados en partes relativamente pequeñas y dispersas. Para elaborarlos es necesario no solamente extremar los cuidados al fijar y tratar las relaciones de la distribución, sino que también saber manejar amplia y seguramente los criterios de parentesco. Lo correcto será siempre apoyar las conclusiones de cierta importancia, al menos por de pronto, sólo en coincidencias de distribución realmente claras. Como ejemplo tenemos el círculo de cultura totemista en Melanesia⁽²²⁾. Toda una serie de elementos culturales, tales como el totemismo de grupo

(21) GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 739 y sig.

(22) L. c., pág. 733 y sig. Un ejemplo análogo en Africa es ofrecido por la antigua cultura del Sudán meridional; comp. ANKERMANN, *ZfE.*, XXXVII, pág. 77 y sig.

exógamo patrilineal, ciertos motivos mitológicos, la sepultura en plataforma, el propulsor, la choza de techo cónico, banquito nucal, fuentes de madera de forma oval-puntiaguda, estuche para el pene, cinturón de corteza y formas diversas de adornos, un determinado estilo ornamental y otras cosas más aparecen si las consideramos aisladamente, desparramadas irregular y caprichosamente por sobre toda el área melanésica. Sólo de una exacta comparación resulta que en la distribución de estos fenómenos, y a pesar de ciertas irregularidades que tampoco faltan en los grandes y conexos círculos de cultura, se manifiestan siempre los mismos puntos, los mismos sectores culturales, de los cuales los principales son los siguientes: la parte de Nueva Guinea que se halla más cerca del continente australiano, las partes centrales de la costa septentrional de aquella isla (en Micronesia las islas Palaos), las islas del Almirantazgo y Mathias, el distrito noroeste de Nueva Irlanda, las islas Salomón del sureste con la de Santa Cruz, Nueva Caledonia y el archipiélago Fiyi. A pesar de las mencionadas irregularidades que hacen que no en todos los distritos encontremos todos los elementos, o al menos no aparezcan todos en forma típica, las coincidencias son tantas que no se puede dudar de la competencia del criterio de cantidad. Pero tampoco faltan las semejanzas de forma, frente a las otras pertenecientes a los demás complejos culturales representados en Melanesia. Esto vale sobre todo acerca del estilo ornamental y de las formas de las fuentes, y también para la concepción de los fenómenos

celestes en los mitos, del enterratorio, del tipo de choza, etc. El criterio auxiliar de la distribución rudimentaria tampoco falta, ni dejan de manifestarse frecuentemente representaciones totemistas fuera de las áreas principales, en parte fusionadas con fenómenos de otros complejos, verbigracia de la cultura de las dos clases. Una aplicación muy interesante encuentra, por lo demás, el segundo criterio auxiliar del grado de parentesco, sobre todo si se llama a contribución a los datos afines de Australia. Ahí tenemos, por ejemplo, propulsores cuya forma en cuerda se halla al nordeste ⁽²³⁾, la forma de palo al oeste y sur, y dentro de este último tipo, la forma femenina al norte, la masculina al sur. Estratificaciones tan claras cabe únicamente ser interpretadas en el sentido de que al menos a cada tipo aislado le corresponde un origen uniforme; y como en este caso se tocan los puntos extremos de dispersión de los tres tipos, se realiza con ello la continuidad del área total. En suma, no cabrá duda alguna de que las actuales pequeñas áreas de distribución del consabido complejo son restos, en cierto modo nidos, de un círculo de cultura antes unitario; esta conclusión se ve todavía corroborada, en este caso, por el carácter de continuidad de las correspondientes áreas culturales de Australia ⁽²⁴⁾.

(23) De acuerdo con la corroboración por THURNWALD (ZfE., XLII, pág. 128), de un dato mal documentado de FROBENIUS (comp. ZfE., XXXVII, pág. 38), también en las islas del Almirantazgo.

(24) En América, por ejemplo, las partes desmembradas de las

§ 7. — Si bien los principios, el modo y manera de conocer y establecer complejos de cultura o, dicho geográficamente, círculos culturales, está esclarecido en forma general, sigue siendo todavía bastante difícil el delimitar correctamente contenido y extensión objetiva de cada uno de los complejos. Tal y como ya hemos mencionado, pertenece al mismo carácter de dispersión de una cultura que allí donde entra en competencia con otros complejos de una antigüedad igual o mayor, sólo pocos de sus elementos, o ninguno de ellos, se manifiestan sin solución de continuidad por toda el área de distribución. De ahí deriva la presencia dispersa de elementos aislados que todavía se puede observar. El grado en que se impone un objeto, una institución o representación, puede ser muy distinto, de acuerdo con la intensidad local del influjo del complejo total, así como según su propia índole e importancia frente a la competencia de lo existente ⁽²⁵⁾. Si a eso agregamos que los círculos culturales raramente poseen límites netos, ni siquiera en las zonas de su manifestación más inten-

familias athabasca, caribe y tupí, muestran análogas relaciones, sólo que aquí se ven caracterizadas, en su idiosincrasia, por el testimonio autoritario del lenguaje. Comp. EHRENREICH, *Die Ethnographie Südamerikas zu Beginn des 20 Jahrhunderts*, AfA., Nueva Serie, III, pág. 45 y sig. A. G. Morice, *The Great Dené Race*, en *Anthropos*, I, pág. 254 y sig., 483 y sig., 501 y sig., 506 y sig., con continuaciones en el tomo III.

(25) Comp. VIERKANDT, *Die Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 116 y sig. GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 171 y sig.

siva, sino que a menudo se sobreponen recíprocamente, y que nuestro conocimiento de los hechos reales es, en parte, muy deficiente, no dejará de verse que, necesariamente, tiene a veces que ser dudosa la atribución de determinado elemento a uno u otro complejo. El principio metodológico más importante deberá ser, también aquí, no admitir como seguro aquello que no lo sea. Ciertamente, la hipótesis es aquí admisible: no se puede impedir que el investigador, fundándose en cualesquiera razones de probabilidad, atribuya un fenómeno determinado a un determinado complejo; pero, quiero repetir lo ya enunciado: tanto el investigador como los que en él se basan deberán tener plena conciencia del carácter hipotético de sus aserciones y tenerlo bien en cuenta al dar un mayor desarrollo a las conclusiones. Por ejemplo, en tanto que fundándome en que la circuncisión aparecía en diversas partes de Australia, la atribuía de una manera completamente presuntiva a la cultura totemista, de la misma manera hipotética hubiera podido aducirla como posible punto de referencia entre aquella cultura y la polinésica; esto, empero, cambió de punto en el momento en que el conocimiento de los correspondientes datos melanesios hizo aparecer como segura su pertenencia al complejo totemista ⁽²⁶⁾. Inseguros en el mencionado sentido son, en primer lugar, todos los fenómenos o formas que sólo aparecen en regiones de manifestación uniforme de varios complejos culturales, luego, también toda presen-

(26) *Anthropos*, IV, pág. 778.

cia aislada en un distrito cultural aparentemente inequívoco; esto último en razón de que no es dable pretender haber agotado el número de posibles círculos de cultura con los establecidos hasta hoy, ni tampoco comprender en ellos todos los fenómenos culturales existentes. Excepción de ello lo constituyen sólo aquellos objetos que se hallan en una conexión lógica, psicológica u objetiva tan estrecha con indudables elementos de una cultura y sólo con ellos, que parece imposible imaginarse puedan pertenecer a otros complejos ⁽²⁷⁾. Probabilidad suma de conexión cultural tenemos también en el caso de la coherencia, es decir cuando un fenómeno dudoso aparece externamente enlazado con cierta constancia con otro seguro en lo que a su pertenencia toca ⁽²⁸⁾. Y consideraremos asegurado un elemento o forma cuando, estando documentado en un número de casos suficiente —aquí la decisión quedará librada a menudo a un cierto tacto personal—, tiene su principal distribución —sobre todo en lo que concierne a su intensidad— dentro del dominio de validez relativamente puro de la cultura total o cuando su dispersión corresponde a las características de distribución de la misma. Así, verbigracia, un fenómeno que repita el avance característico de la cultura del arco desde Nueva Guinea hacia las islas medias del archipiélago de Salomón, desde ahí su irradiación hacia Nueva Irlanda y su declinación hacia las Nuevas Hébridas, tendrá que ser atribuido a este complejo, aun cuando

(27) Cual sucede, verbigracia, con la escalera y el palafito.

(28) Capítulo IV, 3 A, § 11.

los límites de su presencia en la misma Nueva Guinea sean insuficientemente conocidos ⁽²⁹⁾. Son posibles los casos, y ellos existen en realidad, en que la extensión total de las dos áreas culturales es casi idéntica, y que sólo cabe separar mediante estas características específicas de la distribución. Ejemplos particularmente aptos para la demostración de ello serán el complejo de cultura totemista y aquel otro, típico de Australia, y del cual el bumerang puede ser considerado como objeto indicador ⁽³⁰⁾. Prescindiendo de pequeños distritos, como las islas del Almirantazgo y de Santa Cruz, donde falta, quizá completamente, la cultura del bumerang, ambos complejos sólo se diferencian en que la cultura del bumerang aparece en forma extremadamente intensiva en determinadas partes de Australia, sobre todo en el sudeste, pero también en el suroeste y en Kimberley, mientras que fuera de Australia su presencia es muy débil; en cambio el complejo totemista muestra más bien una declinación hacia Australia. A veces, las diferencias en la distribución son tan mínimas cual sucede, verbigracia, con la cultura del bumerang y la aparentemente más antigua, pero en todo caso más primitiva, tasmanoide, que para una parte de los elementos correspondientes sea tal vez para siempre imposible una segura determinación respecto de su pertenencia a una u otra cultura.

(29) GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 751 y sig.

(30) L. c., pág. 730 y sig.

§ 8. — La determinación de las grandes unidades culturales y su delimitación externa e interna, nos permite conocer los más importantes factores que actúan en la historia cultural de un área, pero no la historia de la cultura misma. Ésta sólo resulta de la posición y del recíproco comportamiento de las unidades culturales. El problema del mutuo comportar abarca por de pronto todos los procesos que caen bajo el concepto de aculturación. En principio pueden ser divididos en dos grupos: el primero resulta del estado de mutua compenetración y abarca los fenómenos derivados de la mezcla que son, en parte, muy intensivos. El segundo comprende los fenómenos relativamente más débiles, del contacto más allá de los límites del dominio intensivo de la cultura. Estos son, frecuentemente, de naturaleza secundaria, cual se desprende de su calidad de irradiaciones de formas locales, frente a las fundamentales propias del complejo total. Ambos grupos, así caracterizados, representan sólo extremos, con transición de uno a otro grupo en múltiples gradaciones, del mismo modo que los procesos secundarios, últimamente citados, conducen también paulatinamente a los fenómenos ya tratados de aculturación, en las fronteras de las unidades culturales hoy día existentes ⁽³¹⁾.

§ 9. — A todos los puntos de vista hasta ahora mencionados, les falta todavía la característica auténticamente histórica, la profundidad temporal. De la

(31) Comp. arriba, § 2.

conducta espacial de las actuales unidades culturales, ¿qué conclusiones cabe formular referentes a su recíproca relación temporal? Condición previa de toda conclusión es, naturalmente, la reducción de todos los procesos secundarios de dispersión y aculturación, cuya no consideración llevaría necesariamente a deducciones erróneas. Una vez eliminadas, en esta forma y en la medida de lo posible, las fuentes de errores —pequeñas variaciones en los límites supuestos no pueden ser tomadas en cuenta—, las ideas capitales de la ulterior demostración son muy sencillas: dondequiera que el área de una unidad cultural, o de un especial ciclo de formas de una tal unidad, sea desgarrado por otro complejo, esta última cultural será siempre la más reciente, al menos en esta área particular; igualmente, allí donde un complejo se sobreponga a otro, es decir donde esté documentada la pretérita existencia de una cultura por la presencia rudimentaria de sus elementos dentro de un área cerrada de otra cultura, la que se sobrepone es la más reciente ⁽³²⁾. Lo contrario sería imposible, porque ningún complejo cultural es capaz de extenderse esporádicamente y a saltos, sino siempre en forma continua. Se trata aquí de procesos que nos son bien conocidos de la historia de la cultura en Europa y Asia Menor. Una excepción es sólo imaginable en el caso de una dispersión cultural muy rápida y superficial, verbigracia por tribus nómadas,

(32) Estas ideas fundamentales se hallan ya en RATZEL, *Anthropogeographie*, II, pág. 651 y sig.

y de una subsiguiente reabsorción casi por completo, caso éste muy raro en situaciones antiguas y primitivas, y cuya posibilidad es fácil de ver por la índole de la respectiva cultura. Cabrá agregar aquí que la dispersión más allá de los mares, así como por encima de todo otro espacio factible de ser atravesado con los medios de que dispone la correspondiente cultura, deberá ser considerado como continua, si bien bajo circunstancias agravantes.

§ 10. — Ninguna cultura de extensa distribución podrá reclamar como patria a todo el territorio definitivamente ocupado por ella; todas ellas habrán efectuado alguna clase de movimientos de dispersión o migración. Teóricamente, toda cultura podrá haberse originado dentro de su área actual, ora endógenamente por evolución de estados anteriores de menor desarrollo, ora por fusión de varios complejos culturales a consecuencia de extensos procesos de aculturación, o bien puede haber inmigrado completamente de afuera. En el segundo supuesto aún cabrá una segunda posibilidad de determinación cronológica relativa de las distintas unidades culturales y que estriba en una peculiaridad de la conexión geográfica de los continentes. Las grandes masas territoriales de Africa, Oceanía y América, tan importantes para la historia de los pueblos naturales, enlazan con bases tan angostas a Asia, que quedan muy restringidas posibilidades de inmigración, al menos para las culturas de dispersión terrestre. De esto resulta, para el caso de sucesivos complejos, la aparición necesaria de

una suerte de estratificación en la cual los complejos más recientes se hallan situados más cerca de la puerta de penetración y los más antiguos aparecen arrinconados en las partes más alejadas del continente respectivo. Pero tampoco dentro de los continentes se muestran todas las partes igualmente favorables a la extensión cultural: los grandes y fértiles valles de los grandes ríos y las llanuras la favorecen; las montañas, los desiertos y las regiones pantanosas, etc. la dificultan. De ahí que los restos de antiguas culturas se conserven de manera particularmente fácil en las extremas ramificaciones de las cuencas de los grandes ríos, apartadas regiones montañosas, áreas selváticas de penetración difícil ⁽³³⁾, comarcas de escaso valor económico, etc. ⁽³⁴⁾. La observación de estos fenómenos, junto con los del desperdigamiento y superposición, ofrece, a pesar de que las posibilidades de penetración aumentan, debido, sobre todo, a la transmisión por mar que se agrega, buenos criterios para el estudio de la estratificación de las culturas.

§ 11. — De lo que antecede, resulta que el conocimiento de las direcciones de la expansión cultural es de gran importancia, no sólo por su intrínseco valor, sino también para apreciar su sucesión cronológica. Claro está que, en términos generales, cabe expresar que una

⁽³³⁾ Tal los pigmeos africanos. Los bosquimanos, afines, se hallan arrinconados en la región desértica del Kalahari.

⁽³⁴⁾ Idénticos puntos de vista refiere al folklore USENER, *Über vergleichende Sitten- und Rechtsgeschichte* en *Hessische Blätter für Volkskunde*, I, pág. 200.

cultura que se ha sobrepuesto a otra solamente en una parte de su dominio, se ha extendido partiendo de la parte de su territorio que se halla fuera de la zona mixta, y que en una mezcla de desigual intensidad la dirección del complejo activo es la que va de las regiones de mayor intensidad cuantitativa y formal, a las que la ostentan menor. Si la extensión de un complejo se encuentra completamente oprimida entre los dominios de la o las culturas por él desalojadas, pero de manera que el círculo quede abierto de un lado y cerrado de otro, aunque con la evidencia de que no ha sido de nuevo cerrado secundariamente ⁽³⁵⁾, entonces habrá naturalmente que buscar el origen de la penetración por el lado abierto. Luego, podría uno sentirse inclinado, cual lo hace Frobenius, a esperar del criterio del grado de parentesco,

(35) Esto es importante, porque mediante tales remociones secundarias puede sobrevenir una aparente inversión de la situación, cual sucede, verbigracia, con la cultura del oeste africano. Esta cultura que penetra toda Africa, se apoya con ancha base sobre el Atlántico, mientras que detrás de ella, en el Océano Indico, desplazamientos recientes de culturas efectuaron un vigoroso remate. Compárese ANKERMANN, *Kulturkreise und Kulturschichten in Afrika*, ZfE., XXXVII, pág. 73. Muy otra es la situación en Australia, donde al apartar los movimientos relativamente recientes, vemos que el área de la pura cultura de las dos clases penetra a manera de cuña desde la costa del nordeste hasta el centro del país. Que la dispersión cultural se efectuó arrancando de la costa del nordeste lo vemos corroborado por el hecho de que por este lado tiene su enlace con la cultura afín de Melanesia. Pero esto ya pertenece a los siguientes párrafos.

especialmente de la variación formal dentro del círculo cultural, indicaciones precisas sobre la dirección de la expansión de las culturas, partiendo del punto de vista de que la región de origen contendrá muy probablemente las formas más antiguas ⁽³⁶⁾. Este criterio, empero, está expuesto a demasiado grandes posibilidades de error. Presupone, primeramente, que la sucesión evolutiva de las formas pueda ser conocida de ellas mismas de manera indudable ⁽³⁷⁾, y que, en segundo lugar, la influencia secundariamente modificante no esté presente en el país de origen, y tercero, que las variaciones en cuestión se hayan desarrollado tan sólo en su área actual y no inmigrado en su totalidad, supuestos todos ellos que presuntivamente son muy raros o no se han dado nunca, al menos en su combinación.

Es dable imaginar que en ciertos casos no será posible resolver con seguridad el problema de la dirección de las migraciones por la situación de un área aislada. En estos casos, habremos de sacar importantes referencias —que servirán de refuerzo de la demostración en otros— de la falta o existencia de relaciones con culturas fuera del área respectiva, y en el caso segundo también de la índole de tales relaciones.

§ 12. — Toda diferencia espacial es sólo relativa, y ya antes he mencionado ⁽³⁸⁾ que no hay razones

⁽³⁶⁾ Comp. capítulo IV, 2 B, § 6 y 7.

⁽³⁷⁾ Ver sobre esto lugar citado.

⁽³⁸⁾ Capítulo IV, 3 A, § 5 y 8.

lógicas ni objetivas para juzgar de manera distinta las relaciones entre culturas muy apartadas entre sí, que cuando ellas se encuentran cerca una de otra. Ciertamente, no cabe duda alguna de que pueden ser mucho más graves para la ciencia las falsas deducciones al referirse a extensas conexiones mundiales, que abarcan varios continentes, que los pequeños errores sobre una que otra cultura local. De esto resulta que al fijar y estudiar aquellas grandes conexiones, las cautelas metódicas deberán emplearse, si ello es posible, con una severidad mayor que al investigar los dominios menores. La más segura base será siempre el fijar primeramente, con método estricto, la situación histórico-cultural de cada una de estas regiones menores; pues sólo de esta manera cabe elaborar, de manera correcta, las unidades de comparación. No siempre representa eso una restricción, sino que en ciertas circunstancias también una elevación de la comparabilidad, porque la investigación de detalle enlaza a veces áreas separadas y disuelve formaciones complejas. Por lo demás, aquí, como en las demás ciencias, una visión de conjunto, aun siendo en cierto modo anticipada, puede reportar, de tiempo en tiempo, óptimos frutos; pero los puntos de vista así obtenidos tendrán preponderantemente valor heurístico y sólo mediante un subsiguiente trabajo de detalle recibirán una mayor consistencia.

§ 13. — Sobre la función de los criterios de parentesco al comparar círculos de cultura de diversas zonas

geográficas, agreguemos aún algunos recuerdos y observaciones.

Para la aplicación del criterio de cantidad, la cuestión referente a la edad relativa de las unidades de comparación dentro de su esfera, es de importancia. Prescindiendo de la muy diversa riqueza de contenido de las culturas en general, claro está que los complejos recientes, surgidos relativamente tarde en la historia de una región, habrán conservado mejor, en líneas generales, su plena estructura y la plena existencia original de sus elementos, que no los más antiguos, que en el transcurso de los tiempos no solamente han sido limitados espacialmente, sino también expuestos el mayor tiempo a influencias extrañas y —en el supuesto de una conexión con lejanas culturas coetáneas— sometidas por mucho tiempo a la variación natural. De ahí deriva el que en el caso de relaciones de parentesco, el número absoluto de coincidencias que debemos esperar entre las respectivas culturas recientes de distintas zonas geográficas, será esencialmente mayor que en las más antiguas. Por lo tanto, en estas últimas, cada coincidencia tendrá un valor mayor que no en aquéllas. Si de esta situación queremos todavía derivar una especial consecuencia metódica, sería ésta el principio de comenzar toda investigación de relaciones entre zonas geográficas distintas con los complejos más recientes, por comprender éstos en sí la mayor posibilidad de demostración.

En el criterio de forma, y aparte de la mencionada probabilidad de una variación mayor en las conexiones

culturales más antiguas, deberemos tener presente, aquí más que en las áreas aisladas, el principio restrictivo de que sólo aquellos elementos formales que no resultan necesariamente de la naturaleza del objeto, del material utilizado o de la situación local, poseen valor de demostración. Supongamos que en una región determinada existan, junto con arcos de madera de sección circular, otros en bambú que deben ser forzosamente aplanados. Ahora bien; no es ciertamente natural que una población acostumbrada a arcos de sección redonda utilice también otros en bambú para los mismos fines; a pesar de ello, nosotros consideraríamos como acto de prudencia crítica el no deducir de la presencia aislada del arco de bambú conexiones con países de arco aplanado. Cosa muy distinta es cuando vemos en las márgenes del río Negro, en el Brasil, remos en uso que no solamente tienen la muleta en común con tipos indonesios y melanesios, sino también una forma de hoja determinada, caracterizada por una típica escotadura, inserción del mango, posición de la mayor anchura, etc. ⁽³⁹⁾. Aquí, la forma no es dada ni por el fin del objeto, cual lo demuestran las numerosas formas distintas existentes, ni por el material, ni tampoco por ninguna clase de circunstancias locales naturales; una teoría del origen independiente de los elementos culturales, tendría pues que recurrir a

⁽³⁹⁾ GRAEBNER. *Die melanesische Bogenkultur und ihre Verwandten*, en *Anthropos*, IV, pág. 1016 y sig.

disposiciones espirituales místicas, condicionadas por análogo contorno natural o cultural y a los cuales ninguna ciencia puede fijar ⁽⁴⁰⁾. En estos paralelismos de forma, la conexión histórico-cultural está, intrínsecamente, fuera de toda duda; sin embargo, ellos, serán fructíferos, en el sentido histórico-cultural, sólo como partes de un complejo de cultura o, expresado metodológicamente, por la unión del criterio de forma con el de la coincidencia cuantitativa, unión ésta que cabe calificar de muy deseable a los efectos de la acumulación de pruebas ⁽⁴¹⁾.

Con la distancia, en el espacio, de los complejos paralelos, aumenta la importancia de los criterios auxiliares. La aparición múltiple, dispersa o en grupos, de los respectivos elementos y formas precisamente sobre la supuesta línea de enlace de los complejos, mientras que en vastas áreas vecinas faltan o se manifiestan débilmente, es sólo imputable a una antigua distribución más o menos continua del respectivo todo cultural, especialmente cuando no muestra relación alguna con zonas climáticas o biogeográficas ⁽⁴²⁾. Estos rudimentarios puentes culturales son los que precisamente se oponen

⁽⁴⁰⁾ Comp. también capítulo IV, 3 A, § 6 y 9.

⁽⁴¹⁾ Comp. capítulo IV, 3 A, § 10.

⁽⁴²⁾ Precisamente a este respecto, es un típico ejemplo de ello el enlace a través del Extremo Oriente de los grupos americano y africano de la cultura melanésica del arco (GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 1023 y sig.), porque atraviesa las áreas geográficas más heterogéneas.

a la utilización en grande de la idea de convergencia. Pues, de acuerdo con la teoría que quiere que las coincidencias particularmente estrictas y de detalle sean solamente producto de una análoga situación cultural, estas analogías dispersas, aunque sorprendentes, deberían postular la antigua existencia de análogas culturas en las áreas respectivas, y colmarían con ello las lagunas existentes. El criterio del grado de parentesco, especialmente de las formas de variación, toma una importancia mayor del hecho de que cuando la extensión es grande las variaciones se manifiestan naturalmente en forma más clara. Puede, también, aunarse con el criterio de la distribución rudimentaria, reforzando la argumentación cuando, dada una pluralidad de las posibles líneas de enlace, aquella que es caracterizada por una más vigorosa manifestación de los rudimentos indica al mismo tiempo el complejo formalmente más aproximado. Por ejemplo, los elementos de la cultura del arco en el occidente de Norteamérica y en el Asia oriental se manifiestan de una manera relativamente más recia que en Polinesia, y la unión así establecida entre el complejo sur y centroamericano, de una parte, y el del Asia del sudeste, por la otra, caracteriza a un tiempo el estricto parentesco frente a un enlace imaginable entre Suramérica y Melanesia ⁽⁴³⁾.

§ 14. — De la demostración de parentesco de varios círculos de cultura separados entre sí, derivan otras conclusiones referentes a los complejos aislados. Prime-

(43) GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 1024.

ramente en lo que respecta al contenido, la pertenencia de un fenómeno dudoso a uno u otro de los grupos parciales puede quedar asegurada por una situación inequívoca en los demás grupos. Así, verbigracia, atribuiremos sin reparo alguno a la cultura del arco, la costumbre de que el marido ingrese en la comunidad de la esposa, fundándonos en la comparación de los datos indonesios y americanos ⁽⁴⁴⁾ —la conexión supuesta—, pese a que para Melanesia su pertenencia a una cultura determinada no podía ser adjudicada sino de una manera muy hipotética ⁽⁴⁵⁾. Sin embargo aquella proposición es, por de pronto, sólo admisible sobre la base de una unidad cultural sencilla, no compleja —diferencia que tocaremos en seguida—, excepto el caso de que puedan quedar eliminados el o los demás componentes de la cultura por no tener nada que ver con el respectivo fenómeno. Inadmisible es la atribución de un fenómeno no documentado al correspondiente círculo de cultura, basándose en que se halla presente en una o varias otras culturas hermanas; pues siempre hay la posibilidad de que uno o más grupos parciales de una misma familia muestren un desarrollo especial o hayan realizado préstamos de afuera ⁽⁴⁶⁾. La única excepción sería, también aquí, el caso de que el elemento en cuestión se hallare en una íntima relación con otro perteneciente al mismo

⁽⁴⁴⁾ L. c., pág. 1004, 1017.

⁽⁴⁵⁾ L. c., pág. 766.

⁽⁴⁶⁾ Es esto una falta en que de nuevo incurre, con un ejemplo típico, el P. W. SCHMIDT en *Die Stellung der Pygmäenvölker in*

círculo de cultura que no fuese posible imaginar el primero sin el segundo.

Fuera del contenido, también la estructura de los grupos y complejos aislados cobra, a veces, una especial ilustración por la actividad comparativa. Puede que aquí y allá las culturas compuestas puedan ser también reconocidas intrínsecamente por contener elementos funcionales en dos formas distintas, concurrentes, digamos varios tipos de vivienda, varios estilos ornamentales, etc. Pero cuando los elementos no son de naturaleza concurrente, el carácter de compuesto de una cultura es sólo cognoscible mediante la comparación con otras situaciones afines en las cuales los distintos elementos todavía se manifiestan separados en dos complejos distintos. Así, la cultura occidental africana, al ser comparada con la melanésica se reconoce estar esencialmente formada de dos componentes que corresponden a la Cultura Melanésica del Arco y de las Dos Clases (47). La mezcla puede ser parcial o total, según que una de las culturas haya absorbido en sí, mediante un proceso de aculturación —que no debe haber tenido forzosamente lugar en su actual área de dispersión—, una parte de otro complejo, o que dos diferentes complejos se hayan fusionado de manera total en un solo todo

der Entwicklungsgeschichte der Menschheit. Incluye en el patrimonio de los pigmeos hasta fenómenos que, cual el totemismo de sexo están documentados en un solo pueblo, el Semang.

(47) GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 1010.

(⁴⁸). En el último caso, la cuestión de si el complejo alcanzó la extensión actual en su forma compuesta, o si la fusión tuvo efecto tan sólo en sus actuales dominios, podrá ser sólo resuelta con alguna probabilidad —dada la carencia de todo criterio estratigráfico— en favor del carácter compuesto primario, cuando los elementos de ambos componentes, o de todos ellos, dominen en la totalidad del área no sólo en la mezcla más diversa, sino también en productos de unión formalmente coincidentes.

§ 15. — De índole especial es el problema referente a si es posible, mediante la comparación con otras zonas, formular conclusiones respecto de la existencia de complejos de cultura cuya elaboración no se logra con el material de una región aislada. Aun en el caso de colocarnos en el punto de vista de que los elementos culturales análogos tengan originariamente que haber pertenecido a unidades culturales análogas, sería naturalmente erróneo, en sí, suponer que en este caso estén precisamente aquellas que en uno u otro continente podemos documentar, pues existe la posibilidad de que estas mismas no sean sino un producto de concreción (⁴⁹). A este

(⁴⁸) Como, verbigracia, la reciente cultura polinésica ha absorbido en sí ciertas partes de complejos indonesios más antiguos. L. c., pág. 774 y sig.

(⁴⁹) Por ejemplo, de la coincidencia existente entre la cultura paleoaustraliana y la de los fueguinos, no resulta necesariamente que la primera tenga que ser hermana de la antigua cultura suramericana, sino que, teóricamente, podría sólo haber absorbido en sí una parte de otro complejo, afín del americano.

respecto, los hechos de la estratificación cultural conducen a una cierta probabilidad, aunque de vastos límites. Supongamos que la conexión entre las recientes culturas caribe-aruacas de Suramérica, en vital avance, con las melanésicas, estuviere demostrada ⁽⁵⁰⁾. En el extremo del continente, en el mismo borde de la ecumene, vegeta la cultura de los fueguinos con sus elementos esenciales afines de los paleoaustralianos. Más recientes por su posición estratigráfica, pero más antiguos que aquel complejo septentrional, aparecen diseminados unos cuantos elementos como el propulsor, el cinturón de corteza, la funda para el pene, la choza redonda con techo cónico, que se encuentran, verbigracia, entre los bororó, de idioma aislado, o entre los pueblos arrinconados en el alto Amazonas y la vecina región montañosa ⁽⁵¹⁾. Son todos esos elementos que en Oceanía pertenecen también al complejo que, cronológicamente, se halla entre las culturas antigua australiana y reciente melanésica. Esta concordancia existente también en la situación estratigráfica, nos lleva con cierta probabilidad a la conclusión de que los elementos de capas análogas pertenecen, sino a un mismo complejo cultural, al menos a un grupo de culturas coetáneas. La conclusión será

⁽⁵⁰⁾ GRAEBNER, l. c., pág. 1013 y sig.

⁽⁵¹⁾ Estableciendo estos datos referentes al propulsor, el cinturón de corteza y la choza circular con techo cónico. KRICKEBERG (en BUSCHEN, *Illustrierte Völkerkunde*, pág. 108 y sig., 147, 164), en contra de su presunción, ha vigorizado, antes que debilitado, mi exposición.

tanto más concluyente cuanto mejores sean las razones que se hayan obtenido del área aislada en favor del supuesto de la pertenencia.

§ 16. — En tanto que con la ayuda de los criterios y puntos de vista referidos se hayan obtenido resultados positivos, nos ofrecerán un cuadro extremadamente variado de relaciones culturales. De una parte conexiones a manera de árbol genealógico, de otra una influencia recíproca en grado diverso que abarca todas las fases desde los grupos culturales más extensos y primitivos hasta las pequeñas unidades que hoy observamos. No todos los grados ni todas las fases pudimos seguir aquí; ni era ese tampoco el objeto. Se trataba únicamente de hacer resaltar los tipos de los procesos y los medios para su reconocimiento. Cuanto más complejo el proceso histórico, tanto más lo es el proceso cognoscitivo; pero sus elementos son los mismos, sin que por ello quiera yo pretender haberlos agotado. De las relaciones a manera de árbol genealógico —en realidad, la índole de variación debe ser imaginada más bien ondulante, como en el lenguaje, antes que ramificada— deriva la conclusión de complejos arcaicos de relativa sencillez. Pero también entre éstos, y en razón de los mismos criterios, cabe establecer las mismas relaciones de parentesco y de interacción ⁽⁵²⁾. Un especial y, en cierto aspecto, último problema, lo constituye la cuestión referente al país de

(52) Compárese GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 778 y sig., 1028 y sig.

origen de las diversas unidades culturales originarias. Para eso carecemos todavía, en el estado actual de nuestros conocimientos, de los más esenciales criterios. Ciertamente, un complejo cultural que desgarrar a dos o más complejos afines, no puede tener carácter de indígena en la región de su actual distribución, resultando tal vez, de ello, dado la mencionada limitación de puertas de penetración a las distintas zonas geográficas, determinadas conclusiones respecto de irradiaciones radiales. Es indudable, igualmente, que grupos culturales estrechamente afines deban ser derivados, en última instancia, sino del mismo lugar geográfico, al menos de lugares vecinos ⁽⁵³⁾. Un criterio último e importantísimo en estos problemas de dirección y procedencia es el del grado de parentesco y de la variación de la forma; es probable que la unidad o grupo de unidades, del cual los demás miembros de la misma familia representan variaciones en sentido distinto ⁽⁵⁴⁾, sea el que se encuentra más cerca del presunto punto de partida. La conclusión no es, empero, absolutamente segura, mas yo creo que carecemos de criterios que puedan proporcionarnos mayor seguridad ⁽⁵⁵⁾. Una confirmación esencial o control

(53) Sobre la parentela de la cultura melanésica del arco, compárese l. c., pág. 1030 y sig.

(54) L. c., pág. 1024, 1030.

(55) Las objeciones formuladas arriba, capítulo IV, 3 B, § 11, en contra de análogas deducciones de la situación de las áreas aisladas, permanecen, en lo capital, sin efecto para el problema tratado ahora con una extensión universal, porque esta consideración general

de los resultados obtenidos por otros medios, nos será tal vez dada en lo futuro por los argumentos antropogeográficos, o sea los problemas referentes a las relaciones entre cultura y suelo. Estos problemas se hallan hoy todavía muy lejos; pues primeramente se trata de conocer los antiguos troncos de la cultura, antes de que por su aspecto podamos resolver la cuestión referente a la índole del suelo en que hayan podido originarse. Hasta ese momento, la investigación fortalecida etnológica histórico-cultural, habrá tal vez ya llevado a madurez determinados criterios particulares, en los cuales no nos es dable todavía pensar.

C. SERIES EVOLUTIVAS.

§ 1. — El ensayo hecho en el último capítulo de hallar con el mayor grado posible de seguridad y objetividad los medios para establecer relaciones culturales, conexiones de parentesco y mezclas, así como caracteres de la sucesión en el tiempo, nada expresa, naturalmente, sobre la extensión en que son viables estos medios, ni tampoco en lo que efectivamente lo sean, sobre la singularidad o pluralidad de las series evolutivas que mediante aquéllos podamos alcanzar. Ciertamente, pa-

agota la total riqueza de formas, y ella misma ofrece los puntos de vista capitales para la elaboración de las series evolutivas, como expondremos en el capítulo siguiente.

récame a mí como si fueran muy pocos los datos etnológicos que vayan a quedarse fuera de aquellas conexiones, y que la unidad genética de las culturas humanas será el último de los resultados a alcanzar. Pero, sea como fuere, en la misma extensión en que aquella metodología nos lleve a establecer relaciones culturales de toda índole, obtendrá también influencia decisiva sobre la solución de los problemas del desarrollo. Este punto de vista ha sido hasta ahora demasiado descuidado. Verdad es que Frobenius, en cierta ocasión, habla de una genealogía de las formas de cultura como del objeto final de su método ⁽¹⁾; pero ya hemos dicho antes ⁽²⁾ que él mismo basa sus formulaciones genealógico-culturales, axiomáticamente, sobre puras hipótesis evolucionistas. El procedimiento opuesto es metodológicamente correcto, porque los caracteres evolutivos radicados fuera de los problemas del parentesco cultural carecen de todo criterio objetivo de verdad, mientras que para los problemas del parentesco cultural disponemos de diversos criterios de efecto absolutamente objetivo y que se controlan mutuamente. Por estas razones, los resultados de la investigación histórico-cultural, que indaga cada una de las relaciones, pueden servirnos de base e instancia de control para el tratamiento de los problemas del desarrollo, pero no es posible el camino inverso.

§ 2. — Todo grupo conceptual de fenómenos, di-

(1) FROBENIUS, *Naturwissenschaftliche Kulturlehre*, pág 32.

(2) Capítulo IV, 2 B, § 7.

gamos, por ejemplo, de escudos, prendas de vestir o tipos de familia, se presenta de inmediato como suma de numerosos fenómenos aislados y enlazados de la más diversa manera por distintas semejanzas formales o de contenido, y que por lo tanto cabe ordenar en series ora sencillas y paralelas, ora de múltiple entrecruzamiento. ¿Dónde está el punto de arranque del desarrollo, y qué trayectoria siguió luego? No deberemos negar que alguna que otra vez las mismas relaciones de forma nos ofrecen una inequívoca respuesta. Por ejemplo, seguramente que no habrá duda alguna de que los instrumentos de cuerda deriven del simple arco musical ⁽³⁾ y que de él se hayan desarrollado, de una parte las formas con un solo soporte, y por otra las formas con varios soportes ⁽⁴⁾. La inseguridad comienza —hasta en este mismo claro caso—, por una parte al pasar a considerar las formas más complicadas y, por otra, con el problema referente a la forma originaria, del cual trataremos luego. Pero los casos así, relativamente tan seguros, son raros. Son, sin duda, sanos en sí, los puntos de vista dirigidos a considerar los comienzos de todo fenómeno como sencillos y, en cierto modo, con fundamento natural, y que los desarrollos ulteriores deban ser comprensibles

⁽³⁾ Por razones de claridad incluyo aquí, bajo esta denominación, el correspondiente tipo de arco en forma de palo derecho, no curvo.

⁽⁴⁾ ANKERMANN, *Die afrikanischen Musikinstrumente*, pág. 113 y sig.

psicológicamente de manera sencilla. Desgraciadamente, tanto uno como otro, pero especialmente el segundo, regulativo, no son inequívocos, como demuestran las muchas hipótesis que sobre un grupo de objetos suelen frecuentemente formularse, pretendiendo cada una de ellas la mayor sencillez lógica y psicológica (5). No es necesario que el primer punto de vista, a pesar de toda validez objetiva, sea aplicable a las formas actualmente existentes; resulta más bien que la conclusión de que la forma que se acerque más, de las documentadas, al ideal del origen natural, tenga también que ser la que, genéticamente, esté al principio de la serie, no es más que indebida inversión de una proposición correcta. La sencillez puede también ser un fenómeno secundario. Ciertamente, nos es permitido suponer la existencia de pequeñas comunidades sociales de tipo horda, para los comienzos de la evolución social humana; mas nada justifica el considerar a los pueblos que hoy día viven en comunidades de tal índole como representantes de este estado primitivo y deducir de su actual estructura la de aquellas hordas primigenias. De si le corresponde a uno de estos pueblos, y a cuál de ellos, desempeñar este papel, para eso es menester de criterios particulares, y éstos residen, por lo que yo veo, única y exclusivamen-

(5) Esto es válido hasta para el principio de intuición inmediata en la derivación de los mitos. Comp. EHRENREICH, *Allgemeine Mythologie*, especialmente pág. 2 y 191 y sig.

te en la consideración de las relaciones culturales y de los agrupamientos genealógicos que de ello resultan.

§ 3. — Su primer efecto capital reside en el sentido de una distinción entre variación y combinación. Casi todas las series de formas pueden ser concebidas, a priori, de tres distintas maneras. En primero y segundo lugar, cada uno de los extremos es factible de ser considerado como punto inicial del desarrollo, y el otro extremo como su punto terminal. En tercer lugar, cabría la posibilidad de tratarse de una serie de contactos engendrada por la acción opuesta de ambas formas terminales, en la cual cada uno de los estadios intermedios representara una preponderancia gradual de uno u otro de los componentes. Así, por ejemplo, en el arte de superficie, al tratar de las transiciones del dibujo figural al ornamento geométrico, se empezó colocando en los comienzos del desarrollo lo último, para pasar luego a considerar más primitivo al primero ⁽⁶⁾ y teóricamente puede muy bien haber alternado, al menos en los casos aislados. Pero también es posible —y esto habrá sido, en general, el origen de todas estas series de transición— que ambas formas artísticas hayan actuado en conjunto en forma tal que, por una parte, determinadas formas ornamentales, verbigracia la cinta en espiral, hayan influido sobre las líneas de la representación figural y

(6) Compárese, por ejemplo, el resumen en STEPHAN, *Südseekunst*, pág. 52 y sig.; también BOAS, *Decorative Designs of Alaskan Needle-Cases*, Proc. U.S. National Museum, XXXIV, pág. 321 y sig.

la hayan llevado a una progresiva estilización, y por otra, que representaciones figurales hayan sido interpretadas en los ornamentos. Aun más crítica deviene la situación allí donde se cortan varias series de formas cual sucede particularmente en casi todos los complejos de representaciones religiosas. La comparación formal y de contenido de los fenómenos, muy raramente nos llevará a una segura separación de las diversas posibilidades de concepción, mientras que, al contrario, la consideración de las conexiones histórico-culturales nos ofrece una inequívoca base para el juicio: si en una serie formal —y esta reflexión es también aplicable a situaciones más complejas— ambos eslabones finales pertenecen a dos distintos complejos culturales y los estadios intermedios aparecen sólo allí donde se superponen, se penetran o se rozan los dos círculos de cultura, no cabe la menor duda de que no se trata de un desarrollo de uno a otro extremo, sino de una serie de contacto o de combinación. Conocida es la doctrina del desarrollo social que va del matriarcado al patriarcado y en favor de la cual se aduce, sobre todo en Australia, la serie continua de formas que va desde el sistema matrilineal de las dos clases, por los sistemas de cuatro clases, al sistema local patrilineal. Esta teoría queda sencillamente anulada por el hecho de que en Oceanía la exogamia local patriarcal-totemista y el sistema matrilineal de las dos clases, se manifiestan como elementos de dos complejos culturales completamente distintos, y que los presuntos estadios de transición del

desarrollo pertenecen a zonas mixtas de las dos culturas, también demostrables por otros medios (7).

§ 4. — El conocimiento y relevamiento de las series de combinación tiene aún otro resultado favorable: impide que sean puestas en una recíproca relación genética íntima, formas fenomenales que en realidad sólo deben su origen a análogas mezclas y contactos en regiones distintas o sea a una especie de convergencia. Es, en general, otro efecto de la indagación de las relaciones culturales el que posibilita una limitación no influida por consideraciones subjetivas, de los complejos de comparación. Ya antes, al tratar de los criterios de parentesco, mencionamos que en la comparación de las formas quedaba un cierto margen para la multiplicidad subjetiva de concepción (8). La corrección, que allí es dada por el criterio de cantidad, es facilitada aquí en las cuestiones del desarrollo, por los resultados del estudio de las relaciones culturales en su totalidad. Quiere esto decir: que sólo aquellos fenómenos o formas entre los cuales es dable demostrar relaciones histórico-culturales, deben primeramente o al menos en caso de duda, ser llevados a conexión filogenética entre sí. Que al hacer esto, y de acuerdo con el respectivo estado limitado de la investigación histórico-cultural y de su campo de visión,

(7) Comp. GRAEBNER, *Wanderung und Entwicklung sozialer Systeme in Australien*, en *Globus*, XC, pág. 181 y sig., 207 y sig., 220 y sig., 237 y sig.

(8) Capítulo IV, 3 A, § 10.

datos aislados que en realidad pertenecen a la serie evolutiva puedan quedar excluidos de la primera comparación y así dificultarla, ¿quién podría negarlo? Mas, al erigir un edificio científico lo único que importa es la segura fundamentación; carecer de toda morada será siempre mejor que poseer un castillo de naipes.

Por esta razón, allí donde la falta de seguro material dificulte el conocimiento del desarrollo, nada se pierde. Por el contrario, los resultados obtenidos con la ayuda de material de comparación histórico-culturalmente asegurado, nos proporcionarán un sólido fundamento. Si por las series debidamente establecidas se llegare a postular, o a hacer probable, estadios de evolución correspondientes a determinadas formas que por lo pronto no fueron tomadas en cuenta, su posterior inclusión en el conjunto estará naturalmente justificada, y entonces ella podrá, a su vez, constituir, en un caso dado, el punto de partida para conclusiones referentes a pertenencias histórico-culturales hasta el momento no consideradas.

§ 5. — Descartadas las formas de mezcla y de contacto, el problema capital del desarrollo es el que se refiere a la sucesión evolutiva, y en las ramificaciones del desenvolvimiento, además, la ordenación en la verdadera serie evolutiva. La indagación de las relaciones de parentesco nos ofrece también aquí, por una parte respuestas inequívocas a nuestra interrogación, y en otra, cuando menos, importantes puntos de vista. Claro está que la genealogía de las formas de un elemento determi-

nado de cultura debe corresponder a la genealogía del grupo cultural al cual pertenece. Así, las formas, o ciclos de formas, limitadas a una sola unidad estricta de cultura o a un limitado complejo de un grupo mayor, deberán ser consideradas, con la mayor probabilidad, como formaciones particulares de esta unidad, vale decir, como formas más recientes en comparación con las demás, mayormente difundidas. En tanto que, verbigracia, el totemismo mágico específicamente centro-australiano sólo esté documentado en este determinado círculo de cultura, no será correcto querer ver en él la forma primigenia del totemismo de grupo en general ⁽⁹⁾, sino que deberá ser considerado como formación local particular. Los distintos grados de parentesco de los grupos mayores de cultura, sirven para la valoración histórico-evolutiva de las formas de sus elementos. Para los grupos culturales frente a cada uno de sus complejos, es incondicional el valor de la tesis de que el todo es anterior a las partes; pues es evidente que no sólo hubo de existir primero el todo, sino que también éste tuvo primeramente que haber logrado una determinada extensión antes de que cada uno de los grupos pudiera formarse en su peculiaridad, ya sea por variación o contacto con otras culturas. Por esta razón, las formas de un elemento comunes a la totalidad del grupo deben necesariamente ser más antiguas que las particulares de los grupos

⁽⁹⁾ Cual quería antes FRAZER y sigue queriendo ahora el P. W. SCHMIDT, en ZfE., XLI, pág. 345 y sig.

aislados o de varios de ellos. Por lo tanto es inadmisibile otorgar carácter de primigenia a la *valiha*, o sea al instrumento de bambú con cuerda del mismo material desprendida por rajadura, de entre todos los distintos instrumentos de cuerda de Africa, Indonesia y Melanesia ⁽¹⁰⁾. Pues este tipo está completamente limitado al círculo de cultura indonésica ⁽¹¹⁾, mientras que en las tres regiones geográficas citadas se encuentran instrumentos en forma de palo o de arco con cuerda tendida doble o simple. Verdad es que el concepto de general distribución dentro de un grupo total necesita de una determinación más exacta. Aparentemente, la falta de un elemento en un determinado distrito parcial nada dice en contra de su primitividad. Por ejemplo, a nadie se le ocurrirá borrar del inventario cultural primitivamente polinesio a aquellos elementos de cultura que faltan en Nueva Zelandia, como ser la preparación de tapa, el consumo de kava, etc., basándose en este solo hecho. Por otra parte, tampoco es imaginable una suerte de acuerdo por mayoría que considere como tipos primarios en el grupo de parentesco de la Cultura Melanésica del Arco, verbigracia, a las formas de tambor

⁽¹⁰⁾ Así lo hace FROBENIUS en *Ursprung der afrikanischen Kulturen*, pág. 274 y sig.

⁽¹¹⁾ Prescindiendo del área de irradiación indo-africana, indudablemente más reciente, que atraviesa el Sudán meridional y al cual pertenecen seguramente los instrumentos de los fan y de la región del Congo oriental (ver ANKERMANN, *ZfE.*, XXXVII, pág. 77 y sig.)

cuya tensión de la membrana es mantenida con cuerdas y tarugos, por el mero hecho de hallarse en los complejos parciales africano, indonesio y americano y faltar sólo en el melanesio ⁽¹²⁾. Lo que cabe es más bien una cuidadosa consideración de la especial situación de los grupos parciales. Y como los tres complejos citados donde existen los tipos de tambor en cuestión se hallan estrechamente conexos por numerosas particularidades comunes ⁽¹³⁾, sólo podrán ser reunidos en un solo grupo parcial frente al melanesio, a pesar de su vasta extensión y ramificación. Sus comunes peculiaridades de forma sólo serán consideradas como formaciones aparte en el mismo grado que lo son las melanésicas, siempre y en tanto que éstas, por razones que luego expondremos, no deban ser miradas como más primitivas. Con probabilidad predominante cabrá considerar como pertenecientes originariamente a un determinado grupo cultural aquellas formas o ciclos de formas que figuran en todos los grupos parciales de primer grado. Una posición crítica ocupan aquellos fenómenos que sólo se manifiestan en una sola parte, aunque preponderante, de complejos secundarios. Es indudable que existen causas capaces de producir la total desaparición de un elemento en un determinado grupo parcial de una familia cultural. Así, en el círculo de cultura africano occidental, la clava puede

(12) GRAEBNER, *Anthropos*, IV, pág. 770, 1005, 1011 y sig., 1018, 1020 y sig.

(13) ANKERMANN, *ZfE.*, XXXVII, pág. 60.

muy bien haber sido desplazada por la espada, a pesar de que algunos ejemplos, como la permanencia de la maza con cabeza en forma de estrella en la India, indican que no es una necesaria consecuencia. Por lo tanto, de la falta de un elemento en uno de varios complejos coordinados, tampoco resulta incondicionalmente una conclusión negativa. Donde otros criterios no posibiliten una decisión, la posición de los elementos con una tal distribución deberá ser tratada con cuidado sumo, y no podrá ser excluída a priori ninguna de las dos posibilidades, mayor primitividad o formación independiente, en la valoración histórico-evolutiva. Con todo, el supuesto de la desaparición de un fenómeno cultural o de una forma sólo parecerá justificado cuando sea factible demostrar una razón evidente de la precisa desaparición de este elemento o de esta forma.

§ 6. — Con ello queda indicado el criterio principal de la sucesión evolutiva obtenido del estudio de las relaciones culturales, bajo mención del punto capital que tampoco aquí suprime toda duda: las formas de las conexiones más antiguas —que por lo común son las más extensas— son, por propia naturaleza, más arcaicas que las de las más recientes. Las formas pertenecientes a cada rama aislada de un grupo cultural constituyen en sí una serie parcial autónoma del desarrollo. Apenas si será necesario recordar que en el curso de la investigación habrá continuamente que considerar y excluir no sólo las formas mixtas y de contacto de los complejos parciales recientes, sino también las de los grupos más

antiguos y más extensos. Con ello habríamos alcanzado una absolutamente clara genealogía de las formas si a cada complejo de grupo cultural le fuera propio una sola forma y a cada unidad mayor también una sola forma de cada uno de los elementos. Pero a menudo sucederá que cada uno de los fenómenos, tales como mazas, mitos, etc., poseerán, dentro del mismo estadio histórico, una cierta libertad de variación, y en lugar de una sola forma tendremos todo un ciclo de formas. Pero aun en estos casos sigue subsistiendo un criterio de la sucesión evolutiva en el necesario enlace con las formas de la unidad inmediatamente superior. Habrá también que recalcar que la tendencia a querer ordenar en series evolutivas, bajo toda circunstancia, las formas existentes en un tal estadio aislado, podría llevarnos muy lejos del correcto camino; pues las formas de un fenómeno dentro de una misma unidad cultural, se hallarán frecuentemente en una mutua interacción tan permanente durante su desarrollo, que no podrán ser consideradas y tratadas más que como ciclo inseparable de formas. Este punto de vista no debe naturalmente ser descuidado al indagar las formas en los complejos derivados inmediatamente más recientes, ya que en determinadas circunstancias tampoco podrán ser derivadas de una sola forma, sino de un complejo ciclo de formas (14).

(14) Compárese FOY, *Australische Flachkeulen und Verwandte*, *Ethnologica*, I, pág. 245 y sig., sobre la pluralidad de tipos de

§ 7. — Pero no siempre se realiza el supuesto de las anteriores disquisiciones, o sea que las distintas partes de un grupo total contengan en común formas de un elemento, de las cuales luego habría que derivar las formas particulares de cada uno de los complejos. Pues dado que las formas particulares corresponden mejor, naturalmente, al espíritu todo, ya sea más adelantado, ya más especializado, del grupo aislado, se manifestará frecuentemente una tendencia a imponer estas formas peculiares y a eliminar el tipo común. Por lo regular, esta tendencia habrá tenido tanto más éxito cuanto más haya actuado, es decir cuanto más antiguas sean las derivaciones de las culturas. Con ello pueden acaecer dos cosas: la forma primigenia seguirá existiendo en uno de los complejos, o no estará presente en él. Claro está que metodológicamente habrá siempre que suponer el caso segundo, porque ninguna de las formas particulares lleva en sí, a priori, el sello de la forma primigenia. Más bien deberá resultar de las cualidades del ciclo más arcaico de formas de todo grupo parcial, la dirección en que se halla la forma madre común; y sólo cuando una de las formas existentes corresponda a esta dirección estará justificada la conclusión de que si ella no es idéntica a la misma forma primigenia no está muy lejos de ella. Constituyen un ejemplo de ello los anchos escudos en madera —fuera

mazas en la antigua cultura australiana y las numerosas interacciones entre las clavos y las mazas planas de la cultura de las dos clases que se desarrollaran de ellas.

de los redondos— del círculo de cultura del oeste africano, de Indonesia y Melanesia ⁽¹⁵⁾, que muestran todos ellos un trenzado muy característico, como si ello sirviera de vínculo para unir partes diversas. Si de ello inferimos que estas actuales formas de una sola pieza derivan de otras originariamente compuestas, cobrará valor especial el hecho de que en la porción occidental de la Nueva Bretaña existen realmente escudos de esta índole que son compuestos de varias tablas. Que este tipo, a su vez, se halla muy cerca de la forma primigenia sin ser, empero, idéntica con ella, resulta ante todo del hecho de que la índole del trenzado corresponde especialmente a las demás formas melanésicas, pero no a las indonésico-africanas.

§ 8. — Un criterio último de la sucesión cronológica de formas paralelas nos lo ofrece la investigación de las relaciones culturales con el conocimiento de la situación estratigráfica cultural. No sería, ciertamente, correcto el declarar como absolutamente más antiguo al complejo cultural que en un área cualquiera de extensión geográfica precede a otro, y por esta sola razón; por causas múltiples, como ser la distribución primaria de los distintos complejos, es posible que una cultura reciente penetre antes que otra más antigua en una región determinada. Pero cuando una misma cultura se nos manifiesta siem-

(15) FROBENIUS, *Der Ursprung der afrikanischen Kulturen*, pág. 38 y sig.; *Die Schilde der Ozeanier*, pág. 7 y sig.; STEPHAN-GRAEBNER, *Neu-Mecklenburg*, pág. 169 y sig.

pre en la misma relación cronológica con los otros complejos en todos los países en que puede ser ella demostrada, entonces no será posible negarle un valor absoluto a este principio de cronología relativa. Nosotros, por nuestra parte, no tenemos reparo alguno en agregar a ello que el indicio del nivel general de cultura que antes rechazamos como criterio independiente del desarrollo ⁽¹⁶⁾, al agregarlo al criterio de la posición estratigráfica, puede tener un efecto fortalecedor. Cuando dos formas o ciclos de formas de un fenómeno cultural pertenecen a dos distintos complejos culturales que se hallan a una perceptible distancia cronológica uno de otro, la mayor probabilidad es en favor de que la forma perteneciente al complejo más antiguo se halla más cerca del tipo primigenio que no la del más reciente. Me refiero de nuevo a los escudos: del principio que acabamos de establecer resulta que los escudos en madera recientemente mencionados de la Cultura de las Máscaras son más recientes que los escudos de parar, y es presumible que deriven de ellos ⁽¹⁷⁾. Comparo también los escudos de palo con guardamanos de cuero del Africa oriental, con los escudos de parar de madera. Por la forma, muy bien se podría suponer a los últimos como derivados de los primeros. Sin embargo, debemos rechazar esta suposición porque los escudos de palo africanos se encuentran en una clara conexión tipológica con los

(16) Capítulo IV, 2 A, § 2 y sig.

(17) *Comp. Anthropos*, IV, pág. 730, 742.

demás escudos africanos de cuero y piel, y éstos pertenecen a un círculo cultural relativamente muy reciente, mientras que los escudos de parar de madera integran las principales características de uno de los más antiguos grupos de cultura (18).

D. PROBLEMAS DE CAUSALIDAD.

§ 1. — La exigencia que formulara Ratzel (1) de transformar la ordenación espacial de las culturas en una ordenación temporal y luego causal, se ve esencialmente satisfecha en lo que se refiere a su parte primera, con los puntos de vista formulados en los últimos capítulos. Pero también el enlace causal ha sido dado, en gran parte, al demostrar que la formación de numerosas formas de cultura está condicionada por la coincidencia e influencia recíproca de diversos fenómenos culturales, y que esta coincidencia, así como en general la aparición de los elementos y de los complejos enteros en los lugares determinados, estriba en una migración de estos elementos y complejos, cuya trayectoria cabe establecer con harta seguridad, en determinados casos. Las dificultades comienzan con el problema relativo al carácter de estos

(18) FROBENIUS, *Der Ursprung der afrikanischen Kulturen*, pág. 30 y sig. ANKERMANN, *ZfE.*, XXXVII, pág. 61.

(1) Sobre todo en RATZEL, *Geschichte, Völkerkunde und historische Perspektive*, *HZ.*, 93 (1904), pág. 1 y sig.

movimientos migratorios. ¿Se tratará, aquí, de migraciones étnicas en gran estilo, o de transmisiones por la comunicación de un pueblo a otro, con el cual corre paralelo, en pequeñas distancias y muy despacio, una mezcla de sangre? Ya antes he mencionado ⁽²⁾ que carecemos de un seguro criterio para determinar, en una cultura mixta, el recíproco comportamiento de cada uno de los componentes de la misma. Sólo en las últimas ramificaciones de los movimientos, las actuales, nos es dado observar directamente los sucesos ⁽³⁾. Aquí es el lugar en que la antropología, como ciencia auxiliar de la etnología, puede ejercer su acción principal: siempre que en un punto determinado se agreguen concordancias somáticas a las analogías culturales, podremos presuponer con seguridad migraciones étnicas. El caso inverso, la conclusión negativa, no sería evidentemente correcta, porque, prescindiendo de la posibilidad de una absorción secundaria del elemento, es perfectamente imaginable una declinación del tipo somático hasta cero, teniendo en cuenta las grandes distancias a presuponer en las antiguas migraciones étnicas y su gran lentitud. Luego, podemos también inferir migraciones de pueblos, en los casos en que es seguro el parentesco lingüístico. Pues no tenemos ejemplos de transmisiones de un idioma a grandes distancias, sin una cierta intensidad de acción personal del pueblo portador del idioma. Respecto de

(2) Capítulo IV, 3 A, § 14.

(3) Capítulo IV, 3 B, § 2.

las demás partes de la cultura se ha tratado de hacer una distinción entre objetos de transmisión más fácil o más difícil. A este respecto es completamente errónea la tesis que pretende que la cultura espiritual sea más difícil de propagar que la material (4), porque ésta es factible de extenderse con el comercio. Pero a esto se opone, verbigracia, el conocido fenómeno de las leyendas migratorias y la gran extensión, documentada en Australia, de las ceremonias religiosas. Más exacta es la división hecha por Vierkandt de acuerdo con la medida de conocimientos que exige la aclimatación de un elemento cultural, y del grado de estímulo que ejerce de acuerdo con el general estado de cultura (5). Cuáles sean los fenómenos culturales que corresponden a cada categoría, no es naturalmente posible fijarlo a priori, sino que debe ser inferido en cada caso de los hechos. La relación entre esta cuestión y el problema capital del cual tratamos es que una transmisión externa, sin movimiento étnico, aparece tanto menos probable —aunque

(4) Como todavía recalca el P. W. SCHMIDT en *Globus*, XCVII. pág. 174, 176 y 189.

(5) Para la dispersión por vía marítima, los desvíos de ruta de embarcaciones pueden desempeñar un importante papel. Comp. THILENIUS, *Die Bedeutung der Meeresströmungen für die Besiedelungen Melanesiens*, MMVH., I, pág. 1 y sig.; HAMBRUCH, *Das Meer in seine Bedeutung für die Völkerverbreitung*, AfA., Nueva Serie, VII, pág. 75 y sig. No es, empero, posible atribuir a un abate de embarcaciones todas las dispersas analogías. Para saber si se trata de ello, o si es más bien una supervivencia de unidades culturales más antiguas, es menester una seria indagación en cada caso.

no imposible—, cuanto mayores sean las dificultades opuestas a la aclimatación de los elementos respectivos. Otro importante y último criterio, que resulta de manera mediata de estas dilucidaciones, es que apenas podrá ser imaginada la aparición en forma cerrada o casi cerrada de complejos enteros sin suponer movimientos étnicos; pues aún ubicando donde se quiera el punto de arranque de la dispersión, una transmisión externa de tribu a tribu y a grandes distancias, presupone siempre una dilución y declinación tal, que en las vecindades de la periferia del área de distribución puede darse todavía la existencia de elementos aislados y formas atenuadas del complejo, pero nunca la compacta masa entera. Cuanto menor sea la distancia, menos valor tendrá este argumento. De todos modos, una transmisión sin movimiento de pueblos será tanto menos probable cuanto más compacto se manifieste el respectivo grupo cultural en el país en cuestión.

§ 2. — Ciego estaría quien no quisiera reconocer que el conocimiento que mediante la etnología se puede alcanzar de las causalidades externas, como podríamos llamar al grupo de causas que acabamos de mencionar, es extremadamente pobre en comparación con el otro que nos proporciona el material de las fuentes heterogéneas de que disponen las épocas que llamamos históricas en sentido estricto, y que por lo tanto, estas últimas se hallan más cerca del ideal del conocimiento histórico. Y es que en etnología nos falta la rica historia de acontecimientos y también la tan calumniada historia

política. Los mismos movimientos culturales, también las migraciones de pueblos, podrán ser sólo fijados a grandes rasgos y no en sus verdaderos detalles, mientras que a su vez las propias causas, llámense superpoblación o presión de pueblos extraños, serán probablemente más presentidas que demostradas en la mayoría de los casos

A este respecto, tal vez desempeñe un papel en una parte de la más antigua historia de la Humanidad, la Edad del Hielo, con su advenimiento, sus fluctuaciones y su desaparición. De todos modos, nos es, empero, posible advertir en los hechos, de una manera completamente objetiva, ciertas capitales relaciones causales. Un campo mucho más propicio al peligroso juego subjetivo de la fantasía, lo constituyen los problemas de la causalidad íntima en las cuestiones que se refieren a las condiciones y causas del origen y a las transformaciones de los fenómenos culturales. En parte alguna de la historia es posible una auténtica comprensión de las relaciones causales sin la posibilidad del sentir psicológico. La gran diferencia radica en que en la historia europea no sólo tenemos frecuentemente ante nuestros ojos los acaecimientos y sus productos en el momento del acaecer, y por ende en su inmediata determinación psíquica, sino que también conocemos, en su prominente medida, además de los acontecimientos, a los hombres que deben ser considerados como sujetos y objetos de aquéllos. En la inmensa mayoría de los hechos etnológicos, en cambio, no vemos sino efectos cuyas causas datan en parte de épocas inmensamente arcaicas y como sujeto de estos

efectos sólo al hombre abstracto tal y como es deducido de la totalidad de fenómenos de los pueblos actuales, a lo sumo en una cierta gradación de acuerdo con el vago concepto de primitividad. Pues la única posible restricción y especialización de acuerdo con el inmediato estado de los hechos, o sea la explicación de todo fenómeno por el lugar y pueblo en que ha sido documentado, falla por la base ante la mera posibilidad, y más aún por la demostración, de importantes desplazamientos culturales. La dificultad se agranda todavía frente a lo complejo de la condicionalidad, que en su parte formal demostrara últimamente Vierkandt, no sólo para el origen y el cambio de los fenómenos, sino también para su receptibilidad, y con ello para la mezcla y combinación de culturas (6).

§ 3. — En mi entender, el único camino apto para que en estas cuestiones se ponga a raya, de acuerdo con puntos de vista completamente objetivos, a la actividad de la fantasía, y si no eliminando enteramente, reduciendo al menos al mínimo posible las probabilidades de error, nos lo proporciona de nuevo la investigación de las relaciones culturales. Generalmente aceptado ha de ser el principio siguiente: todo fenómeno debe ser derivado únicamente de la situación cultural y natural en que se ha originado. Para comenzar con esta última, recordaremos haber mencionado ya la inadmisibilidad del ensayo de explicar por su contorno actual todo fenó-

(6) VIERKANDT, l. c., pág. 102 y sig.

meno de cultura. Esto es sólo admisible para aquellos elementos que, de acuerdo con la comparación histórico-cultural, deben ser considerados como formaciones locales. Así, verbigracia, no es completamente improbable que la forma manifiestamente centro-australiana del totemismo mágico esté condicionada, al menos en parte, por las especiales condiciones climáticas de la región (7). Por lo demás, esta restricción reza únicamente para el origen de los fenómenos y sus variaciones. Tampoco podría serles negado el carácter de importante factor causal, a las condiciones naturales, en cuanto se refieren a los elementos no locales. Pues en primer lugar, un fenómeno de cultura sólo puede perdurar inmodificado bajo condiciones naturales adecuadas —lo cual es particularmente exacto en lo que respecta a las formas de la economía (8); luego, es probable que una cultura, ya al expandirse, se posea primeramente y del modo más intensivo de los países cuyas condiciones naturales le son más propicias, pensamiento éste que constituye el núcleo sano en el trabajo de Mucke sobre migraciones de pueblos y culturas (9). Donde no parece ser posible

(7) Compárese SPENCER and GILLEN, *The northern tribes of Central Australia*, pág. 283 y sig.; en la pág. 311 y sig., los autores explican precisamente la no existencia de esta forma en las tribus del litoral, por las condiciones naturales distintas.

(8) L. FROBENIUS, *Naturwissenschaftliche Kulturlehre*, pág. 15 y sig.

(9) MUCKE, *Das Problem der Völkerverwandschaft* (1905), pág. 9 y sig.

la derivación de las condiciones naturales del actual área de distribución, o serlo sólo en parte, el sentido de la expansión de los complejos ⁽¹⁰⁾ puede permitir conclusiones más o menos seguras sobre la patria aproximada del grupo total; o también un grupo podrá ofrecernos, en la totalidad de sus elementos, indicios inequívocos referentes a un determinado país de origen, cual pretendiera Frobenius, con mediana razón, de su cultura malayo-nigrítica ⁽¹¹⁾. Claro está que en todas esas deducciones habrá que tener el mayor cuidado, y es muy posible que nunca podamos rebasar las hipótesis, entendiéndose que éstas deberán siempre ser caracterizadas y valoradas como tales.

§ 4. — Resultados más concluyentes pueden ser inferidos en el asunto de las condiciones de la cultura. Verdad es que el conocimiento de las conexiones histórico-culturales que puedan ser inferidas mediante la metodología expuesta no es suficiente para hacernos ver el exacto estado cultural en el momento de una nueva creación o modificación, y mucho menos los procesos individuales que condujeron a ello. Pero al permitir fijar el complejo o grupo al cual pertenece el elemento cultural respectivo, restringe tan estrechamente las posibilidades de explicación, que las derivaciones que en ella se basen se acercarán, o alcanzarán, en numerosos casos,

⁽¹⁰⁾ Arriba, capítulo IV, 3 B, § 11 y 16.

⁽¹¹⁾ L. FROBENIUS, *Der Ursprung der afrikanischen Kulturen*, pág. 245 y sig.; *Das Zeitalter des Sonnengottes*, pág. 37 y sig.

la interpretación inequívoca. Así, por ejemplo, el conocido problema referente a si el origen de la inhumación en cuclillas se basaba en la posición embrional o servía a la sujeción del cadáver ⁽¹²⁾, podría ser fácilmente resuelta por la simple comprobación de que el grupo cultural en el cual aparece primeramente esta costumbre funeraria, no conoce el temor a los muertos. Y de la misma manera, el P. W. Schmidt tendría razón indudable en su pretensión de que los grandes dioses del sudeste de Australia no son representaciones mitológicas ni deben su origen a la fantasía del mago, ni al animismo ⁽¹³⁾, si pudiera demostrarnos la falta de aquellos tres elementos, o su atenuada presencia, en el grupo cultural en cuestión; pero la demostración falla en este caso, probablemente, en que los supuestos son erróneos. El principio que aquí entra en juego, expresado categóricamente, es: todo fenómeno debe únicamente ser derivado de las ideas del grupo cultural al cual pertenece como elemento. Este límite admite sólo hacia atrás un cierto ensanchamiento, dado que la derivación podría hacerse también de la unidad inmediatamente superior, o sea más antigua. Pues, en rigor, el origen de un fenómeno o de una forma se halla radicado dentro de un período cuyo punto terminal está constituido por el

(12) Compárese ANDREE, *Ethnographische Betrachtungen über Hockerbestattung*, AfA., Nueva Serie, VI, pág. 282 y sig.

(13) P. W. SCHMIDT, *L'origine de l'idée de Dieu*, en *Anthropos*, III, pág. 125 y sig., 336 y sig., 559 y sig., 801 y sig., 1081 y sig.; IV, pág. 207 y sig., 505 y sig., 1075 y sig.; V, pág. 231 y sig.

término de formación del respectivo grupo parcial, al cual pertenece, mientras que el punto inicial lo forman ya los comienzos de la evolución que lo separa del grupo madre, de manera que las raíces deben ser aún buscadas en el estado del grupo madre, al menos en las formaciones parciales más antiguas. Este principio se nos presenta, pues, en cierto sentido como una extensión del otro formulado para la apreciación de las series evolutivas (14), ensanchamiento basado en la conexión orgánica de los complejos, y en el hecho de que, aparentemente, los nuevos fenómenos tampoco se engendran cual Atenea vestida de guerrero arnés de la cabeza de Zeus, sino que en sus comienzos empiezan a formarse poco a poco de otros fenómenos e ideas ya existentes, y aparecen así solamente como transformaciones y desarrollos del haber cultural antiguo (15). En este sentido, M. Schmidt creyó poder demostrar el origen de una forma del arte que comprende ornamentos tan evolucionados como el meandro y las cintas en espiral, de una técnica del trenzar existente en un área cultural determinada de América (16). La conexión formal formulada por este autor es indiscutible, y el ornamento en espiral hasta pertenece al mismo grupo cultural que

(14) Capítulo IV, 3 C, § 5 y sig.

(15) Comp. VIERKANDT, *Die Stetigkeit im Kulturwandel*, pág. 5 y sig.

(16) M. SCHMIDT, *Indianerstudien in Zentralbrasilien*, pág. 330 y sig.; *Peruanische Ornamentik*, AfA., Nueva Serie, VII, pág. 22 y sig.

la técnica del trenzado que él coloca al principio ⁽¹⁷⁾; en tanto la demostración estaría, pues, de acuerdo con las condiciones arriba especificadas. Mas ella falla por el hecho de que las formas evolucionadas del ornamento en trenza, de las cuales únicamente pudo partir el ulterior desarrollo, pertenecen a un grupo parcial más reciente que el ornamento en espiral y hasta que el meandro. Un positivo ejemplo a la inversa nos es ofrecido por la institución de la caza de cabezas, cuyo origen enraizado en el culto de los cráneos resulta de la comprensión de que ambos pertenecen al mismo grupo de cultura, pero como el culto de los cráneos se manifiesta también en otra cultura hermana más antigua, representa el elemento más arcaico ⁽¹⁸⁾. En estos últimos ejemplos se hace patente un caso especial particularmente importante del criterio general, o sea el principio de que lógicamente ningún fenómeno cultural deberá ser derivado del estado de un grupo o complejo que sea histórico-culturalmente más reciente que él mismo ⁽¹⁹⁾. En el detalle sólo es admisible una explicación por el estado cultural local, cuando se trata de elementos o formas que se caracterizan histórico-culturalmente como formaciones locales especiales. El carácter local debe, empero, estar realmente asegurado: si, verbigracia, hasta hace

(17) GRAEBNER, en *Anthropos*, IV, pág. 769 y sig., 1004, 1017, 1020 y sig., 1024, 1027 y sig.

(18) L. c., pág. 740, 768, 1004, 1017, 1020 y sig.

(19) Comparar lo expresado en el capítulo IV, 3 C, § 6, sobre la formulación de series evolutivas.

poco parecía justificado buscar el motivo, todavía enigmático, para la subincisión, en las ideas de las tribus australianas, por ser esta costumbre únicamente conocida por ellas ⁽²⁰⁾, ahora, después de haberse establecido que también en las islas Fiyi se practica la operación y es allí motivada de muy distinta manera, todas aquellas deducciones fallan por su base ⁽²¹⁾.

En los productos de mezclas culturales el principio general sigue naturalmente siendo el mismo, sólo que son precisamente dos, en lugar de uno, los componentes que se ofrecen a la explicación. Sólo en el caso de una mezcla muy desigual será posible atribuir, con alguna probabilidad, una preponderancia absoluta en uno u otro de los componentes. En los demás casos de características menos acusadas la relación de influencia no podrá ser resuelta a priori, y sólo a posteriori cabe deducirla de los resultados de la investigación, sobre la base de criterios formales.

§ 5. — Como las causalidades históricas son por propia esencia de naturaleza principalmente psíquica, es menester que el etnólogo, al igual que todo historiógrafo, posea un profundo conocimiento de la psiquis humana. En esto, tanto la psicología individual como la

⁽²⁰⁾ Comp., por ejemplo, KLAATSCH, en P. W. SCHMIDT, ZfE., XLI, pág. 373. Por supuesto que en los datos dados tampoco existe en realidad una segura fundamentación de la costumbre misma, porque como es sabido la operación no es necesaria para realizar actos homosexuales.

⁽²¹⁾ MARZAN, en *Anthropos*, V, pág. 808 y sig.

de los pueblos, podrá desempeñar su papel de ciencia auxiliar de la etnología. Claro está que la condicionalidad de un fenómeno cultural o de un proceso histórico-cultural no podrá nunca residir fuera de las generales posibilidades psíquicas cuyo estudio atañe a la psicología. Por otra parte, es natural que el etnólogo no tiene necesidad alguna de esperar hasta que los psicólogos hayan solucionado un problema determinado, ni tampoco la indagación psicológica, dirigida a lo general, a lo típico, permitirá siempre una segura aplicación a los procesos individuales de la historia. Lo que en primer lugar ha menester el etnólogo es un gran conocimiento práctico del espíritu humano, una comprensión de la naturaleza humana en todas sus más sutiles emociones. Estas cualidades que no pueden, como los resultados de una ciencia, ser adquiridas, sino que deben ser congénitas y cultivadas por educación, hacen posible una multiplicidad del comprender, una abstracción de las trabas del propio contorno espiritual, un aprehender de las posibilidades, a veces múltiples, cuya observación impide deducciones unilaterales (22). Y es también esta multiplicidad la que crea la facultad de la introversión intelectual y afectiva en determinados estados de cultura extraños al nuestro,

(22) Buen ejemplo de un tal tratamiento múltiple de una materia, que sopesa y percibe sistemáticamente todas las posibilidades, nos lo ofrece EHRENREICH en su *Allgemeine Mythologie*, recientemente aparecida.

y también el poder de congeniar con la materia aislada que precisamente está uno tratando (23).

Esta aptitud es, naturalmente, condición previa para la solución de los problemas de causalidad de los cuales tratáramos en lo que antecede, y también para la comprensión de un fenómeno por su medio cultural. Pero es de la mayor importancia siempre que los criterios metodológicos objetivos no ofrezcan deducciones inequívocas y tenga que intervenir, completando, la hipótesis. Allí donde, verbigracia, la sucesión evolutiva de varias formas o la pertenencia de un fenómeno a éste o aquél grupo de cultura no puedan ser establecidas objetivamente, los problemas se convierten en cuestiones de la causalidad psíquica. Requisito capital es de nuevo el evitar toda unilateralidad. Donde, de entre varias posibilidades, ninguna prevalezca de un modo absoluto, ahí cabe de nuevo el *ceterum censeo* de toda ciencia libre de prejuicios, o sea no tener la pretensión de querer producir a toda costa una solución y, bajo reserva plena de la opinión personal, sopesar tranquilamente, libre de toda pasión, todas las posibilidades, confesando al final, honradamente, que el estado actual de la ciencia no permite una segura solución al problema.

(23) BERNHEIM, pág. 622.

NOMINA DE LAS ABREVIATURAS PRINCIPALES

ABMD.	Abhandlungen und Berichte des kgl. Zoologischen und Anthropologisch-Ethnographischen Museums zu Dresden.
AfA.	Archiv für Anthropologie.
ARBE.	Annual Report of the Bureau of Ethnology.
BTLV.	Bijdragen tot de Taal-, Land-en Volkenkunde van Nederlandsch-Indië.
GZ.	Geographische Zeitschrift.
HZ.	Historische Zeitschrift.
IAE.	Internationales Archiv für Ethnographie.
JAI.	Journal of the (Royal) Anthropological Institute of Great Britain and Ireland.
JbMVL.	Jahrbuch des Museums für Völkerkunde zu Leipzig.
JPS.	Journal of the Polynesian Society.
KBIAEU.	Korrespondenz-Blatt der Deutschen Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte.
MAGW.	Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien.
MAM.	Memoirs of the American Museum of Natural History.
MMVH.	Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde, Hamburg.
NBG.	Notulen van de algemeene en Directievergaderingen van het Bataviaasch Genootschap van Kunsten en Wetenschappen.
PEMD.	Publikationen aus dem kgl. Ethnographisches Museum zu Dresden.
RHR.	Revue de l'histoire des Religions.
RUSNM.	Report of the United States National Museum.
ZfE.	Zeitschrift für Ethnologie.

I N D I C E

	Pág.
PRÓLOGO, por Fernando Márquez Miranda	VII
CAPÍTULO I	
<i>Introducción</i>	1
CAPÍTULO II	
CRITICA DE FUENTES	
1. Introducción: Coleccionar y observar; Publicación	9
2. Crítica de los testimonios directos	15
A. Crítica de autenticidad	16
B. Determinación de tiempo y lugar	30
CRITICA DE LAS RELACIONES	
A. Crítica externa	46
B. Crítica interna	56
CAPÍTULO III	
INTERPRETACION	
1. Generalidades	81
2. Interpretación a distancia	91

CAPÍTULO IV
C O M B I N A C I Ó N

1	Introducción	105
2.	Parte crítico-histórica	114
	A. Teorías evolucionistas	114
	B. Parentesco cultural	135
	A. Criterios de las relaciones culturales	155
	B. Círculos culturales y capas de cultura	184
	C. Series evolutivas	224
	D. Problemas de causalidad	240
	Nómina de las abreviaturas principales	264

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

(Noviembre de 1940)

Presidente

DOCTOR JUAN CARLOS RÉBORA

Vicepresidente

DOCTOR ALFREDO D. CALCAGNO

Consejo superior

Consejeros titulares: ing. agr. Juan C. Lindquist, ing. Gabriel C. del Mazo, ing. Julio R. Castiñeiras, ing. Aquiles Martínez Civelli, dr. Luis R. Longhi, dr. Ricardo de Labougle, dr. Juan E. Cassani, dr. Alfredo D. Calcagno, dr. Carlos A. Sagastume, dr. Hércules Corti, dr. Jorge E. Durrieu, dr. Víctor M. Arroyo, dr. Orestes E. Adorni, dr. José Belbey, dr. Joaquín Frenguelli, dr. Max Birabén e ing. Félix Aguilar.

Consejeros suplentes: ing. agr. Teófilo V. Barañao, ing. Arturo Burkart, ing. Juan B. Gandolfo, ing. Juan L. Albertoni, dr. Carlos Cossio, dr. Arturo Barcia López, dr. José María Monner Sans, prof. Alberto Palcos, dr. Reinaldo Vanossi, dr. Alejandro M. Oyuela, dr. Abel Rottgardt, dr. Victorio Monteverde, dr. José A. Caeiro, ing. agr. Lorenzo R. Parodi y dr. Juan Keidel.

Representantes de los estudiantes: Sr. José E. Cifre y Sr. Ramón E. Arigós.

Guardasellos de la Universidad: ing. agr. Alejandro Botto.

Secretario general y del Consejo superior: Abogado Bernardo Rocha.

Secretario de publicaciones: sr. Emilio Azzarini.

Biblioteca Central de la Universidad, director: Alberto Palcos.

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 20
DE DICIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS
CUARENTA EN LA
IMPRESION LOPEZ
PERU 666, BUENOS AIRES

